

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

3 octubre 1942

30

centavos en
todo el país

En este número, dos obras famosas COMPLETAS:

LA JAULA DE TUL,

LA ILUSTRE FREGONA,

223
novela policial de
ESTEBAN CORBIERE

novela ejemplar de
CERVANTES

CADA NUEVO ALUMNO ES...

IMPORTE DE LOS CURSOS
PAGADEROS EN PEQUEÑAS
CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros.....	\$ 40
Contador General.....	\$ 190
Contador Mercantil.....	\$ 130
Jefe Oficina.....	\$ 100
Empleado Bancario.....	\$ 105
Cajero.....	\$ 40
Emp. de Comercio.....	\$ 40
Corresponsal.....	\$ 40
Secretariado.....	\$ 95
Mecanografía.....	\$ 18
Tequigrafía.....	\$ 42
Téc. Arg. Cinem.....	\$ 175
Taqui-mecanógrafo.....	\$ 50
Caligrafía.....	\$ 30
Aritmética Comercial..	\$ 28
Redac. y Ortografía.....	\$ 37
Martillero Público.....	\$ 54
Pracuración.....	\$ 150
Prep. p/la. Farmacia.....	\$ 130
Química Industrial.....	\$ 125
Técnico en	

Vinos y Licores.....	\$ 100
Jabones y Perfumes.....	\$ 100
Telegrafía (c. discos).....	\$ 110
Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes.....	\$ 60
Aceites y Grasas.....	\$ 70
Dibujo Artístico.....	\$ 100
Dibujo Ind y Com.....	\$ 105
Adminis. de Hoteles.....	\$ 100
Radio-telefonía.....	\$ 170
Electrotécnico.....	\$ 100
Construcción.....	\$ 170
Arquitectura.....	\$ 185
Mecánico Automóvil.....	\$ 140
Mecánico Aviación.....	\$ 160
Motores a Explosión.....	\$ 140
Perito Agrónomo.....	\$ 195
Adm. de Estancias.....	\$ 100
Técnico Tambero.....	\$ 60
Mecánico Agrícola.....	\$ 65
Arquitectura.....	\$ 45
Jard. y Arboricultura.....	\$ 78
Motores Diesel.....	\$ 160
Carle y Confección.....	\$ 39
Radio-telegrafía.....	\$ 165
Inglés (c. discos).....	\$ 150



un COMPROMISO de HONOR!

Para los profesores de la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, la tarea de enseñar a sus alumnos siempre ha sido una misión sagrada, y por eso el progreso de cada nuevo alumno es para ellos todo un compromiso de honor!

Más de 40.000 ex-alumnos triunfantes comprueban que en todos los casos hemos logrado el éxito anhelado. Esto se debe tanto a la abnegada atención personal que siempre brindamos a los estudiantes, como a la perfección didáctica de los cursos, que son los más modernos, claros y sencillos para la enseñanza por correo!

Si Ud. quiere progresar, confíe en la eficiencia *probada* de nuestro método y mándenos HOY MISMO el cupón adjunto!

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín

LA PAZ (BOLIVIA)
Calle Díaz Romero (Miraflores)
Casilla Correo 1307

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cobriza
Brasil 142, Asunción

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el importante libro "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulán, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.

NOMBRE
DIRECCIÓN
LOCALIDAD

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACIÓN DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de
la Propiedad Intelectual
Nº 138.577

AÑO X - N.º 223
1 septiembre 1963
ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

LA JAULA DE TUL, texto íntegro de la famosa novela policial de Esteban Curbier.	50
LA ILUSTRE FREGONA, texto íntegro de la novela ejemplar de Cervantes.	86
LOS AMORES EN CUARESMA, otro episodio de "Escenas de la vida bohemia", la popular obra de Enrique Murger.	4
LAS TRES SORPRESAS DE AMANDA VARELA, impresiones de una actriz argentina en Hollywood, por Pedro Patti.	8
SACHEM, cuento dramático, por Enrique Sienkiewicz.	12
TERRANOVA ESPERA UN MILAGRO, nota al margen de la guerra, por V. Asensio.	16
EL ENIGMA, cuento trágico, por Björnsterne Björnson.	20

Sumario

LA CULTURA EN LA REGION DE CUYO, glosa literaria de Juan Pablo Echagüe.	24
LA DESPEDIDA, cuento del mar, por Leónidos Barletta.	26
HISTORIA EN DOS FOTOGRAFÍAS. - PAULINA Y BERTA SINGERMAN.	30
MEDA DIE, cuento cordobés, por Manuel M. Aida.	32
FIGURAS DE AMÉRICA. - ABRAHAM LINCOLN, por Mario Brago.	34
EL CABALLO, cuento árabe, por Sliman Ben Ibrahim.	38
LA PAGODA DE LOS ATORMENTADOS, un exponente del infierno budista, por J. R. Herreros.	40

GUÍA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES, nuevas estampas de la vida porteña, por Fernández Moreno.	42
ACTUALIDADES GRÁFICAS.	43
TIERRA BRAVIA, cuento campero, por Rosario Beltrán Núñez.	44
SIN COMPAS NI RITMO, sección recreativa.	46
CUÁNDO LUCILA WELLS VENCIO AL DESTINO, por Víctor N. Nep.	48
PARA MATAR EL TIEMPO, palabras cruzadas, problemas, jeroglíficos.	98
AQUÍ LE CONTESTAMOS, correo de "Leo-plan".	98

Ilustraciones de Arteche, Valencia, Premiani, Liso, Bernabé y Mariano Alfonsi.-Historietas de Cao, Villafañe, González Fossat, Tim, Berta, etc.
Fotografías y chistes de diversos autores.

En el próximo número:

LA LUNA Y SEIS PENIQUES

TEXTO ÍNTEGRO de la famosa novela de W. SOMERSET MAUGHAM

Con espectaculares fotografías de la película homónima

Y trabajos de:

LEÓN TOLSTOI ♦ ENRIQUE MURGER ♦ EDUARDO MALLEA ♦ SALVATORE DI GIACOMO ♦ NEDJET ♦ ETCÉTERA, ETCÉTERA

LEOPLÁN aparece el 15 de septiembre ♦ Treinta centavos en todo el país



ESTAMPA CAMPERA
Estudio fotográfico
de Angel Castellano.



LOS AMORES EN

UNA noche de Cuaresma, volvióse Rodolfo a su casa temprano con intención de trabajar. Pero apenas se hubo sentado a la mesa y mojado la pluma en el tintero, cuando le distrajo un ruido singular, y aplicando el oído al indiscreto tabique que le separaba del cuarto vecino, escuchó y distinguió claramente un diálogo intercalado con besos y otras amorosas onomatopéyas.

—¡Diablos! — pensó Rodolfo mirando su reloj —. No es tarde... y mi Julieta vecina retiene generalmente a su Romeo hasta mucho después del canto de la alondra. No podré trabajar esta noche.

Y tomando su sombrero, salió.

Al dejar la llave en la portería encontró a la mujer del portero medio aprisionada en los brazos de un galán. La mujer se quedó tan abochornada que permaneció más de cinco minutos sin poder tirar del cordón.

—Realmente — pensó Rodolfo —, hay momentos en que las porterías vuelven a ser mujeres.

Al abrir la puerta encontró en el rincón un hombre y una cocinera que se estrechaban las manos y trocaban prendas de amor.

—¡Eh! ¡Vaya por Dios! — exclamó Rodolfo aludiendo al hombre y a su robusta compañera —. Aquí tenemos dos herejes que no se acuerdan que estamos en Cuaresma.

Y se puso en camino para dirigirse a casa de uno de sus amigos que vivía en la vecindad.

—Si Marcelo está en su casa — se decía — pasaremos la noche hablando mal de Colline. Hay que entretenerse en algo...

Quando llamaba dando golpes vigorosos, entreabrióse la puerta y se asomó un joven sencillamente vestido con un monóculo y en camisa.

—No puedo recibirte — dijo a Rodolfo.

—¿Por qué? — preguntó éste.

—¡Mira! — contestó Marcelo, señalando una cabeza femenina que acababa de aparecer detrás de una cortina—. Ahí tienes mi respuesta.

—No es linda — comentó Rodolfo, bajo cuyas narices acababan de volver a cerrar la puerta —. ¿Y ahora, qué hacer? — se dijo al encontrarse en la calle—. ¿Iré a casa de Colline? Pasaríamos la velada hablando mal de Marcelo.

Al cruzar la calle del Oeste, ordinariamente

oscura y poco transitada, Rodolfo guió una sombra que se paseaba melancólicamente mascullando rimas entre dientes.

—¡Eh! ¡Eh! — exclamó Rodolfo —.

espera ese soneto? ¡Calla! ¡Colline!

—¡Hola, Rodolfo! ¿A dónde vas?

—A tu casa.

—No me encontrarás en ella.

—¿Qué haces aquí?

—Espero.

—¿Y qué esperas?

—¡Ah! — exclamó Colline con énfasis —. resco —. ¿Qué puede esperar uno a los años, habiendo estrellas en el cielo y castaños en el aire?


—Habla en prosa.

—Espero a una mujer.

—¡Buenas noches! — repuso Rodolfo.

continuó su camino monologando —. resco —. ¡Es, pues, hoy San Cupido y no dar un paso sin tropezar con enamorados! es inmoral y escandaloso. ¿Qué hace, pues, Colline?

Como el Luxemburgo estaba todavía cerrado, Rodolfo entró para abreviar camino los paseos desiertos, vela de vez en cuando desaparecer ante sí, casi espantados por el ruido de sus pasos, parejas misteriosas



CUARESMA

Otro episodio de
"ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA"

la popular obra de

ENRIQUE MURGER

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

andanzas y buscando, como ha dicho un poeta: "La doble voluprosidad del silencio de la sombra".

—He aquí una noche — pensó Rodolfo — que parece sacada de una novela.

Y no obstante, impregnado a pesar suyo de un encanto lánguido, se sentó en un banco y se puso a mirar sentimentalmente a la luna.

Al cabo de un rato, estaba por completo bajo el yugo de una fiebre alucinante. Le pareció que los dioses y los héroes de mar que pueblan el jardín bajaban de sus pedestales para ir a hablar de amor a las diosas y heroínas cercanas, y escuchaba distintamente al corpulento Hércules dedicar un ma-

ARTECHE



dirigal a la Velada, cuya rúbrica le pareció singularmente acertada. Desde el banco donde estaba sentado, vió al cisne del estanque que se dirigía a una niña del contorno.

— ¡Buena! — pensó Rodolfo, que aceptaba toda aquella mitología—. Ahí va Júpiter que acude a una cita de Leda, ¡Con tal de que no los sorprenda el guarda!

Luego oprimió la frente entre las manos y se clavó más y más las espigas del sentimiento. Hallábase en lo mejor de su ensueño cuando súbitamente fué despertado Rodolfo por un guarda que se le acercó y dándole una palmada en el hombro, le dijo:

— Señor, haga el favor de salir. Ya es hora.

— Más vale así — pensó Rodolfo —. Si permaneciese aquí cinco minutos más tendería en el corazón mis *vergiss-mich-nicht* (*) que las que puede haber en las orillas del Rin o en las novelas de Alfonso Karr. Y continuando su camino, salió apresuradamente del Luxemburgo, tarareando en voz baja una ronzancia sentimental que era para él la Mar-sellesa del amor.

Media hora después estaba, ignoró cómo, en el Prado, sentado a una mesa ante un ponche y hablando con un mozcón célebre por su nariz, que, por singular privilegio, era aguilena de perfil y chata de frente; nariz ejemplar que no carecía de espiritualidad y que había tenido hartas aventuras galantes para poder, en caso semejante, dar buenos consejos y ser útil a su amigo.

— De manera — decía a Rodolfo, Alejandro Schaunard, el hombre de la nariz — que estás enamorado!

— Sí, querido. Eso me ha entrado de repente, hace un momento, como un profundo dolor de muelas que se declarase en el corazón.

— Dame tabaco — dijo Alejandro:

— Figúrate — prosiguió Rodolfo — que desde hace dos horas sólo encuentro amantes y mujeres, en parte. Se me ha ocurrido entrar en el Luxemburgo, donde vi toda una suerte de rasmagorias. Esto me ha removido extraordinariamente el corazón. Me brotan las elegías. Balo y arrullo. Me traspasa en mitad corporo, mitad palomo.

— ¡Qué diablos has bebido? — preguntó Alejandro, impaciente —. ¿Estás de mala ma, eh?

— Te aseguro que conservo mi sangría — contestó Rodolfo —. Es decir, me he de comunicar que necesito besar cualquier cosa... ¡Ves, querido Alejandro! El hombre no debe estar solo. En una palabra, es necesario que me ayudes a encontrar mujer... Ven a dar una vuelta por el baile, y a la manera que te designe tu irás a donde que la quiero.

— Por qué no irás tú mismo a donde se lo — replicó Alejandro con su característica voz nasal de bajo.

— ¡Av, amigo mío! — contestó Rodolfo —. Te confieso que sé me ha olvidado por completo la manera de decir cosas. En todas mis novelas amorosas mis amigos han escrito el prefacio, y ninguno hasta el desenlace. Nunca he podido empezar.

— Basta con saber terminar — dijo Alejandro —, pero te entiendo. Como a una muchacha que siente gusto por las poesías pastoriles. Quizá le pueda convenir.

— ¡Ah! — exclamó Rodolfo —. Quería que tuviese guantes blancos y azules.

— ¡Diablos! Ojos azules, puede ser, pero guantes... Ya sabes que siempre no se puede tener todo a la vez. Mira, vamos al barrio de la aristocracia.

— Mira — dijo Rodolfo al entrar en el salón donde se congregan las elegantes del barrio —. Ahí tienes una que parece muy dulce.

Y le indicaba una jovencita bastante elegantemente puesta, que estaba en rincón.

— ¡Está bien! — respondió Alejandro —. Quédate un poco atrás. Voy a lanzarle de tu parte el bulrote de la pasión. Cuando tengas que acercarte ya te llamaré.

Durante diez minutos, Alejandro estuvo conversando con la muchacha, la cual, de cuando en cuando, prorrumpe en alegres carcajadas. Acabó por dirigir a Rodolfo una sonrisa que quería decir: "Venga usted, su abogado ha ganado el pleito".

— Ve ya — dijo Alejandro —. La victoria es nuestra. La niña no es sin duda, cruel. Pero hazte el tonto para empezar.

— No tienes necesidad de recomendármelo.

— Entonces, dame tabaco — dijo Alejandro —, y ve a sentarte junto a ella.

— ¡Dios mío! — exclamó la jovencita cuando Rodolfo tomó asiento a su lado —. ¡Qué gracioso es su amigo! Habla como un cuerno de carra.

— Es que es músico — respondió Rodolfo.

Dos horas después, Rodolfo y su compañera se detenían ante la casa de la calle de San Dionisio.

— Aquí es donde vivo — dijo la joven.

— Y bien, querida Luisa, cuándo la volveré a ver, y dónde?

— En su casa de usted, mañana por la noche, a las ocho.

— ¡Es verdad!

— Aquí tiene usted mi promesa — respondió Luisa tendiendo sus manos mejillas a Rodolfo, que hasta mordió aquellos hermosos frutos duros de juventud y de salud.

Rodolfo entró en su casa, ebrio, loco.

— ¡Ah! — exclamó recorriendo su habitación a grandes pasos —, esto puede quedar así. Es preciso que haga versos.

Al día siguiente por la mañana su portero encontró en el cuarto treintena de cuartillas en las que se destacaba con majestad como un bezamiento de una composición no escrita este alejandrino solitario.

— ¡Oh, amor! ¡oh, amor! ¡Tú reinas en pechos juveniles!

(1) "No me olvides".

Aquel día, el siguiente, contra su costumbre, se despertó Rodolfo temprano y, aunque había dormido poco, se levantó en seguida. — ¡Ah! — exclamó. — ¡Con que hoy es el gran día!... Pero, doce horas... ¿Cómo llenar estas doce eternidades?... Y como su vista fue a dar en la mesa de trabajo, le pareció ver estropearse a su pluma como diciendo: "¡Trabaja!".

— ¡Ah, sí, trabaja! Asco de prosa... No puedo permanecer aquí, ¿de a tonta!

Y se marchó a un café donde tenía la seguridad de no encontrarse con nadie.

— Comprenderían que estoy enojado — pensaba — y de antemano insultarían mi ideal.

Después de comer frugalmente se fue a la estación y subió a un tren.

Al cabo de media hora estaba en el bosque de Ville d'Avray.

Allí estuvo paseando todo el día, abandonado a la naturaleza rejuvenecedora, y no regresó a París hasta la caída de la tarde.

Luego de poner en orden el templo que iba a recibir a su ídolo, se dispuso Rodolfo lo mejor que pudo, sintiendo mucho no poder vestirse de blanco.

De siete a ocho fue presa de la fiebre característica de la espera, supliendo lo que le recordó pasados días y antiguos amores que lo habían entorpecido. Después, siguiendo su costumbre, sonó ya con una gran paleta, con un amor en diez volúmenes, verdadero poema lírico con claros y oscuros, soles ponientes, citas bajo los sauces celos, suspiros, y lo demás, ponía así cada vez que la casualidad conducía una mujer hasta su puerta y ni una se había separado de él sin llevar en la frente una aureola y un collar de lágrimas al cuello.

Preferían un sombrero o unas botitas — le decían sus amigos. Pero Rodolfo se obstinaba sin que hubiesen podido aleccionarle las experiencias sufridas. Esperaba siempre una mujer que quisiese ser su ídolo, ángel en traje de terciopelo al que pudiera gustosamente dedicar sonetos escritos en hojas de saúce.

Al fin, Rodolfo oyó sonar la "hora santa", y al dar la última campana en el timbre de metal creyó ver el Amor y Píquis que coronaban reloj y enlazaban sus cuerpos de alabastro. En el mismo instante sonaron dos golpes tímidos a la puerta.

Rodolfo fue a abrir. Era Luisa.

— Soy de palabra — dijo ésta. — Ya ve usted.

Rodolfo corrió las cortinas y encendió una bujía nueva.

Entretanto la muchachita se había quitado el chal y el sombrero, que se puso sobre la cénita. La deslumbrante blancura de las sábanas le hizo sonreír y casi sonrojarse.

Luisa era más bien simpática que linda. Su fresco rostro producía una ante impresión de ingenuidad y malicia. Era algo así como un motivo Greuze, retocado por Gavarni. Todos los atractivos juveniles de la chacha estaban, pues, cuidadosamente puestas de relieve por un traje que, aunque muy sencillo, ostentaba en ella aquella ciencia innata de coquetear que todas las mujeres poseen desde sus primeros pañales hasta que visten el traje de novia. Luisa parecía, además, haber estudiado particularmente la teoría de la mimica y adoptaba ante Rodolfo, a la examinaba como artista, varias actitudes seductivas, cuyo enamoramiento tenía, a veces, más gracia que la misma naturalidad. Sus ojos, finamente calzados, eran de una exiguidad satisfactoria... hasta para un romántico enamorado de miniaturas andaluzas o chinas. En cuanto a las manos, su delicadeza manifestaba la ociosidad. En efecto, desde que sus meses que no tenían ya que temer los pinchazos de la aguja, ella decía todo de una vez. Luisa era una de esas aves de paso, volando por fantasía y a menudo por necesidad, anidan por un día, o bien por una noche, en las bohordillas del Barrio Latino y allí viven entretanto algunos días si se las sabe retener por un capricho... por algunas cintas.

Después de haber charlado una hora con Luisa, Rodolfo llamó la atención de Luisa, como ejemplo, hacia el grupo del Amor y Píquis.

— ¿Son Pablo y Virginia? — preguntó ella.

— Sí — contestó Rodolfo no queriendo contrariarla con una rectificación.

— ¿Está bien imitado? — repuso Luisa.

— ¡Qué lástima! — pensó Rodolfo mirándola — Esta pobre chica no sabe nada de literatura. Estoy seguro que se limita a la ortografía del zón, aquella que no pone eses en el plural. Tendré que comprarle un monedero.

A todo esto, como Luisa se quejaba de estar molesta con su calzado, Rodolfo se prestó galantemente a quitárselo.

De pronto se apagó la luz.

— ¡Call! — exclamó Rodolfo — ¿Quién ha soplado la vela?

— Le contestó una jublosa carcajada.

Unos días después Rodolfo halló en la calle a un amigo.

— ¿Qué haces? — le preguntó éste. — No se te ve por ninguna parte.

— Hago poesía íntima — respondió Rodolfo.

El desgraciado decía la verdad. Había querido pedir a Luisa más de lo que la pobre muchacha podía darle. Musset no tenía los sonidos de la lira. Hablaba, por decirlo así, la jerga del amor, y Rodolfo se embobaba en hacerla hablar el buen lenguaje. De aquel modo no podían comprenderse. A los ocho días, en el mismo baile donde la había encontrado, Luisa halló a un joven rubio que la sacó a bailar varias veces y

al fin de la jornada se la llevó con él. Era un estudiante de segundo año, que hablaba muy bien la prosa del placer, tenía hermosos ojos y sonoro bofido.

Luisa le pidió papel de escribir, pluma y tinta, y redactó una esquela para Rodolfo concluida así:

"No cuentes más conmigo: te ves por última vez. Adiós. — Luisa."

Cuando Rodolfo fue allí aquel billete al volver aquella noche a su casa, la luz se apagó de pronto.

— ¡Ah! — exclamó Rodolfo a manera de reflexión —. Es la vela que encendí la noche que Luisa vino. Debía acabarse con nuestra unión. Si lo hubiera sabido, la habría escogido más larga — añadió con acento nitido de desprecio, mitad de pena, y depositó el billete de su amante en un cajón que llamaba a veces la catacumba de sus amores."

Cierto día, estando en casa de Marcelo, al recogerle del suelo un pedazo de papel para encender la pipa, conoció Rodolfo la letra y ortografía de Luisa.

— Tengo — confesó a su amigo — un autógrafo de la misma persona. Sólo que tiene dos faltas menos que el tuyo. ¿Probará esto que me amaba más que a ti?

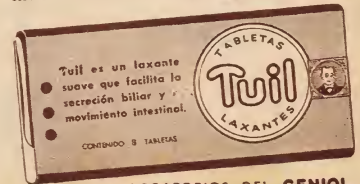
— Eso prueba que eres un tonto — le contestó Marcelo —. Los honores blancos y los brazos blancos no necesitan saber gramática.

En el próximo número:

ALI - RODOLFO, O EL TURCO A LA FUERZA



SI LO NECESITA
TUIL SE ACOSTUMBRA...
"BUEN DÍA" AL LEVANTARSE TUIL. Libro de 8 tabletas 30 centavos.



LABORATORIOS DEL GENIO

LAS TRES SORPRESAS DE



Amanda Varela

En el "set" de Tomiřoff

—**E**H. William, espera! ¿Sabes una cosa? — exclama excitadísimo, en perfecto inglés, un marroquí tomando del brazo a un oficial de la marina que en ese momento se le cruza en el camino.

—¿Qué te ocurre, Jack?

—Acabo de ver a Leni Riefensthal.

—¿Dónde?

—Aquí mismo, en el estudio.

—Imposible: hay orden-terminante de dejarla entrar.

—Sin embargo, la he visto. Más todavía como la miré asombrado, ella me sonrió.

—Pero, ¿en dónde la viste?

—En el "set" de Akim Tomiřoff.

—¿Leni Riefensthal en los estudios de Paramount? No, no es posible, Jack.

—Te digo que sí. Ven, vamos a verla.

El marroquí y el oficial de marina aprueban el paso, echando a andar por el sendero de granza que conduce a las galerías de producción.

—¡Aló, Mrs. Withney! — grita ahora el oficial a una señora que viene en sentido contrario —. ¿Se ha enterado de la novedad? Parece que la Riefensthal está en la galería 18.

La noticia se propala con velocidad alarmante. Conmoción en los estudios. No es para menos. Estamos a fines de 1938. Leni Riefensthal, la espiéndida morocha, directora del Departamento Cinematográfico del Tercer Reich, y considerada la gran amiga de Hitler, acaba de llegar a Los Angeles con el propósito de visitar oficialmente los estudios de Hollywood. Pero los productores, que están en absoluto desacuerdo con el régimen político del führer alemán, no quieren saber nada de miss Riefensthal y han resuelto darle el acceso a los estudios, desoyendo inclusive, las gestiones extraordinarias del embajador alemán en Washington. Fácil es comprender entonces el inusitado alboroto que causa la noticia de la presencia de Leni Riefensthal en el estudio. Una multitud de invidiosos se precipita en la galería 18. ¡Sorpresas general! En efecto. Allí está sentada en

He aquí a Amanda Varela, Paul Ellis, Alberto Vilia y otras figuras conocidas, en un night club.

Lilita Fontana, James Cagney, Amanda Varela, Dennis Morgan y Roberto F...



AMANDA VARELA

Por **Pedro Patti**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Amanda Varela en las
sierras de Córdoba

silla de lona, de tijera, mostrando las piernas espléndidas hasta más allá de la zona de las rodillas, una joven morocha, delgada, elegante, que observa con interés como Akim Tamiroff ensaya haciendo restallar diez, veinte, cincuenta veces el látigo larguísimo que deberá usar en su próxima película. Los curiosos — extras en su mayor parte, que visten indumentarias extraordinarias —, formando un semicírculo a tres metros de distancia, la miran serios. La forastera sonríe, creyendo que se trata simplemente de gente que viene a verla, a saludarla; pero pronto se muestra inquieta al advertir los gestos duros y la creciente hostilidad de los recién llegados.

—¿Qué es esto? — exclama de pronto Akim Tamiroff, dejando de sacudir el látigo —! ¿Qué significa esta invasión?

—Venimos a ver a la Riefensthal, Mr. Tamiroff — replica alguien, señalando con un movimiento de cabeza a la joven sentada en la silla de lona.

—¿A quién dice? — repite Tamiroff, buscando a su alrededor.

—A miss Leni Riefensthal... ¿No la ve?

—¡Ja!... ¡Ja!... ¡Jaaaa! — estalla Akim Tamiroff —. Pero si esa joven es miss Varrreela... Si, si, Amanda Varrreela, que acaba de llegar de Buenos Aires. ¡Ah! Allí viene Luraschi. El les explicará.

En ese momento llega al "set" Luigi Luraschi, jefe del Departamento Extranjero de la Paramount, quien explica que, efectivamente, aquella joven que tanto se parece a la alemana Leni Riefensthal es una actriz argentina que ha llegado a Hollywood ese mismo día para hacer un par de películas con Tito Guizar. La actitud de los curiosos cambia como por arte de birlibirloque. A la hostilidad del primer momento, siguen aplausos; y a continuación cada cual vuelve a sus ocupaciones.

25.000 fósforos

—Esta fué la primera sorpresa que me proporcionó Hollywood cuando asomé en un estudio — recuerda Amanda Varela.

—¿Y la segunda?

—La segunda vino en seguida, porque Hollywood es una caja de ellas. Calcule que a la noche siguiente alguien propone: "¿Vamos a la taza de leche?" Me encogí de hombros, sin saber qué responder. En cambio, una de nuestro grupo aceptó en el acto, agregando: "Sí, vamos; esta noche se clausura la temporada". Fuimos a la taza de leche. ¡Qué espectáculo inolvidable! Imagínese usted que...

Amanda continúa contando. Taza de leche llaman humorísticamente en Ci-

nelandia al famosísimo Bowl de Hollywood, el teatro al aire libre más grande del mundo. Las gradas dispuestas en semicírculo, construidas en la roca viva entre espléndidas colinas, tienen capacidad para 30.000 espectadores. Esa noche cantan luminarias del arte lírico, algunas de las cuales acaban de llegar directamente desde Nueva York: Petipa, Braccato, Minsky, Von Essen, Beattie, Bronson, Fischer, etc. Además interviene la compañía de "ballet" de Kosloff. Se representará "Las alegres comadres de Windsor". Para presenciar este espectáculo sensacional bajo las estrellas — tomen nota las autoridades de nuestro teatro Colon! — se paga medio dólar.

Cuando termina el espectáculo — en cerca de medianoche —, Dim Taylor, locutor número uno de los Estados Unidos, desde el escenario; frente al micrófono, pide a todo el mundo que se ponga de pie y saque un fósforo y que, al extinguirlo, le haga tres, lo enciendan y miren hacia atrás. Con increíble sentido de disciplina, los espectadores obedecen a pie de la letra.

—Uno... dos... tres!

Se encienden los fósforos.

Veinticinco mil lucecitas brillan por todas partes, en el gigantesco anfiteatro. ¡Espectáculo maravilloso! Estrellas arriba y abajo. Es como si durante un minuto el cielo se desbordase dentro de la taza de leche.

Una ciudad sin piropos

Amanda Varela continúa con sus confidencias.

En Nueva York le ha llamado la atención la indiferencia que el hombre muestra por la mujer. En la calle ni siquiera la mira. La trata como a un igual, como si llevase pantalones. El piropo es ignorado y la mujer de Brooklyn o de Manhattan se muestra poco menos que desconcertada cuando un desconocido la se apresura al pasar con una mirada intencionada lisonja. De ahí el éxito, llamémosle sentimental, que tienen los latinos en la gran ciudad. Pero la cosa cambia al ir a un aspecto en California. Allí la mujer hermosa es lisonjeada en la calle y en donde se la encuentran y el requiebro amoroso resulta más común e inflamado más. Sur, hacia la frontera mejicana. Y esta modalidad no se debe, precisamente, a la proximidad de la zona equinoccial, sino a que perdura la influencia, la costumbre que durante siglos ejercieron los españoles en los Estados del suroeste de la Unión. Tal la diferencia temperamental, desde el punto de vista amoroso, entre el norteamericano de la costa del Atlántico y la del Pacífico.

—En Hollywood, el argentino tiene muchísimo éxito — afirma

Amanda—. La mujer norteamericana, incluso las grandes figuras, lo busca, porque lo sabe reconocido, vehementemente, un poco afortunado. Barry Norton, hoy capitán norteamericano y en el ejército del Tío Sam, ha sido afortunadísimo en este sentido. Pola Negri, Anita Page y Marjorie Loy fueron sus grandes amantes. Marlene Dietrich, primero, y

Amanda Varela, morocha, a los pocos semanas de haber llegado a Hollywood, interpretando una escena con Tito Guizar, en "Popá Soltera".



de las hermanas de Loretta Young, después, estuvieron a punto de casarse con Barry. Paul Ellis, el primer galán que tuvo Greta Garbo en Hollywood, fue otro de los grandes afortunados en el amor.

Ficción y realidad de los galanes

—En cambio, los galanes que en la pantalla de plata emboban a las mujeres del mundo con su personalidad seductora e inigualable, resultan en la realidad, y aquí mi tercera sorpresa — promégame Amanda Varela —, hombres increíblemente sencillos, asombrosamente normales, desesperadamente serenos, inaportablemente juiciosos, Charles Boyer, por ejemplo, el galán número uno, el amado ideal, es la quintaesencia del bourgeois francés; su vida se concreta a un triángulo que ninguna fuerza puede cambiar: el estudio, el golf y Pat Patterson, su esposa. Robert Taylor tiene tres pasiones: Bárbara Stanwick, actriz; Bárbara Stanwick, mujer, y el café que prepara Bárbara Stanwick. En cambio, Clark Gable, Walter Pidgeon, George Sanders, Gary Cooper y Randolph Scott son los "wolfs", los lobos más peligrosos de Hollywood, no porque sean donjuanes por naturaleza, sino porque los buscan las mujeres. El magnetismo personal de todos ellos sobre el otro sexo es inaudible. Basta que aparezcan en un salón, en una reunión cualquiera, para que las mujeres les rodeen y estén pendientes de lo que digan o hagan.

Un consejo de Carmen Miranda

Cuando la entrevista llega a su término, pregunto a Amanda:

—¿Piensa volver a Hollywood?

—Sí, pero cuando encuentre la canasta de fruta que ponerme en la cabeza.

Como no puedo disimular el asombro, Amanda Varela aclara su extraño concepto. Me cuenta que, al poco tiempo de llegar a la Mecca del cine, se encuentra con Carmen Miranda en el "Pirates Deem", el "night club" que tienen en sociedad Bing Crosby, Rudy Vallee y Bob Hope. Hablan de esto y de aquello y cuando le dice que está tomando clases de inglés en la academia de Max Reinhardt para perfeccionarse y luego hacer películas, Carmen frunce la nariz como si éliese a cosa desdichada, para explicarme en seguida:

—¡Hum! Por ese camino no se va a ningún lado, y si es posible ir a alguna parte, se avanza muy despacio. Aquí, Amanda, hay que actuar a la manera de Cesar: venir, ver y triunfar. Hollywood es un centro industrial cuyos directores buscan, hambrientos, novedades, ideas nuevas, motivos no explotados todavía. ¿Qué habría sido de mí si no hubiese venido aquí en esta canasta de frutas y hortalizas en la cabeza? ¡Nadie me hubiese visto! Y ahora, para que no me pierdan el momento de vista, voy de paseo, salgo de compras e, incluso, vengo a estos lugares de diversión con la canasta auestas. Quíteme usted la canasta y... adiós Carmen Miranda! Esta es la realidad, Amanda: para triunfar en Hollywood hay que saber elevar la canasta y exhibirla bien para que todo el mundo la vea. ¿Sabe lo que haría yo en su lugar? Andaría vestida de gaucho por las calles de Cinelandia. ♦

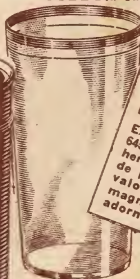


**TODDYtos los niños
deben tomar TODDY
TODDYtos los días!**



Fíjese en este niño, señora! ¿Verdad que es TODDYto un torito? El secreto de que sea tan robusto y hermoso está en que su mamita lo vigoriza TODDYtos los días del año con TODDY. Y hay que ver cómo se toma TODDYta la tatarra de TODDY!

Haga feliz y fuerte también al suyo! Déle TODDY, que es deliciosamente nutritivo, frío o caliente, 3 veces por día! TODDY es fácil de preparar y resulta muy económico. Y en cuanto su tesoro lo pruebe una vez ¡se lo va a pedir TODDYta su vida!



¡GRATIS!
ESTE REGIO VASO
Exija con cada tarro de 545 grs. de TODDY este hermoso vaso con borde de platinado, de gran valor, y fómese un magnífico luego para adorno de su hogar.

Y TODDY le ofrece también un atractivo programa de radio TODDYtos los días, menos domingos, a las 17 hs. por R. SILENDIO, en cadena con todas sus emisoras del interior.

PRUEBE TODDY UNA VEZ Y LO TOMARA TODDYta SU VIDA!

EL CUENTO DRAMÁTICO



Sachem

NADIE hubiera supuesto, de haberse acercado esa noche a los alrededores del gran circo levantado en la plaza principal de Antiope, que quince años antes no existía nada de esta ciudad, ahora tan floreciente. Ningún blanco se hubiera atrevido entonces a acercarse a la confluencia de los dos ríos, donde más tarde se construyera una ciudad. Las pocas chozas indias que se veían allí resultaban temibles para los colonos alemanes de las cercanías. Indios de Texas, los "Serpientes Negras", que las habitaban, sabían defender su territorio, y más de una cabeza de audaz europeo había conocido el horror del escarpelo.

Ese estado de cosas no podía durar.

Una noche de luna llena, varios centenares de "caras pálidas" cayeron sobre el pueblo indígena dormido. Y el triunfo de la buena causa se reveló completo a la luz de la mañana. Chiavatta — así se llamaba dicho pueblo — había sido quemado, y sus habitantes degollados sin distinción de sexo ni edad. Sólo escaparon a la muerte algunos guerreros que estaban de caza en la llanura.

Destruído el pueblo, sus destructores dieron buenas noticias acerca del lugar, y pronto, con la ayuda de la inmigración alemana, surgió sobre las cenizas de la bárbara Chiavatta una Antiope civilizada. Dos mil habitantes la poblaban al cabo de cinco años, y esta cantidad se duplicaba y triplicaba poco después, gracias a la explotación de unas minas de mercurio existentes a corta distancia.

En virtud de la ley de Lynch, diecinueve guerreros de la tribu de los "Serpientes Negras" — los últimos que fueron capturados — habían sido colgados, siete años después del triste fin de los suyos, en la plaza donde resuena esta noche la fanfarria del circo.

La fanfarria del circo resuena, y bien perspicaz sería quien pudiera señalar entre los espectadores que esperan el comienzo de la función — negociantes enriquecidos o modestos trabajadores — a los despiadados hombres que quince años antes incendiaban y mataban en esta misma plaza en fiesta.

Millares de curiosos amontonábanse sobre las gradas. ¿Qué era lo que producía tanto éxito? Tal vez el legítimo deseo de proporcionarse algún placer después de la ruda labor de la jornada; o el orgullo, quizá, de ser honrado por la troupe del célebre "barnum" Dean, cuya llegada testimo-

niaba evidentemente la importancia de la ciudad. Estas eran las razones, sin duda; pero había también otra, y sobre todo, esta otra:

El número 2 del programa anunciaba: *Paseo sobre la cuerda floja a 15 metros de altura, con acompañamiento de música, por el célebre acróbata, "el Buitre Rojo" Sachem, jefe de los Serpientes Negras, último descendiente real de la raza, único sobreviviente de la tribu.*

El honorable señor Dean había dicho en la Taberna que, pasando por Santa Fe, hacía quince años, había encontrado allí, acompañado por un muchacho, a un viejo indio moribundo. Antes de morir, el indio le contó que ese muchacho era hijo y heredero del Sachem de los "Serpientes Negras", asesinado, y que sería en adelante el único jefe incontestable de su tribu destruida o dispersada. Y el niño, recogido por la compañía de cómicos, se convirtió con el tiempo en el primero de los acróbatas. El señor Dean, que ignoraba lo de Chiavatta cuando llegó a Antiope, sólo aquí supo que su bailarín en la cuerda iba a bailar sobre la tumba de su padre, y los burgueses de Antiope fueron todos al circo para ver al único sobreviviente de una raza que ellos habían destruido, para mostrarlo a sus mujeres, a sus hijos, y a los que, recién llegados de Alemania, nunca habían visto un indio.

¡Qué orgullo poder decir!

—Miren, miren, éste es el último de aquellos "Serpientes Negras" que nosotros exterminamos.

—Ah! Herr! Ych!

¡Qué dulce satisfacción del amor propio! Las exclamaciones admirativas se mezclaban a los relatos de las proezas pasadas, mientras de un extremo a otro de la ciudad se oía esta palabra muchas veces repetida:

—Sachem... Sachem...

Desde temprano habían rondado por el circo los muchachos más audaces, dominando su miedo y esforzándose por ver a través de las rendijas de las tablas mal unidas... Y los más grandes de los muchachos, animados ese día de un espíritu guerrero, sacaban pecho y marchaban con aire amenazador.

Al fin sonaron las ocho.

Era una maravillosa noche, clara, estrellada.

De lo lejos, la brisa traía a la ciudad el

perfume de los naranjos, que se mezclaba con el olor de la malta.

En el circo brillaban grandes luces provenientes de enormes antorchas de resina que flameaban, arrojando altos penachos de humo, lo mismo que una inmensa lámpara a kerosene que dominaba la pista.

Afuera, ante la puerta, se agolpa la multitud de los que no consiguieron localidades, los que asisten al desfile de los carros de la troupe y miran y comentan la gran tela pintada, que representa un combate entre blancos y pieles rojas. Y detrás del telón, bocks de cerveza se chocan sobre las mesas del ambigü, y resuenan los pedidos:

—Frisch wasser! Frisch Bier! ¡Agua fresca! ¡Cerveza fresca!

Pero suena una campanilla, y se hace silencio.

Aparecen seis palafreneros calzados con botas y se alinean en doble fila, a la entrada de la pista.

Por entre ellos se precipita un caballo al galope, sin riendas y sin montura, llevando sobre él una nube de muselina, cintas y tul.

Es la écuyère Lina, que hace su entrada al galope, sin riendas y sin montura, llevando sobre él una nube de muselina, cintas y tul.

La función comienza, con acompañamiento de orquesta.

Lina es tan bella que la joven Matilde, hija de un cervicero de Oppungigasse, se inclina de pronto inquieta y murmura al oído del joven Floss, su vecino, propietario de un grocery.

—¡Me querrás siempre!

El caballo galopa, jadea como una locomotora.

Los látigos restallan.

Los payasos, algunos de los cuales han entrado bruscamente tras la bailarina, gritan a más no poder y hacen sonar cachetadas, mientras ella remolinea siempre sobre su caballo.

Estallan los "bravos", que se multiplican cuando ella desaparece.

¡El espectáculo es magnífico! Pero la palabra "Sachem!" "¡Sachem!" vuela de boca en boca entre los espectadores, cuyos "bravos" cesan.

Y mientras, ante la indiferencia general, los payasos ejecutan sus gestos de monjes, unos palafreneros traen caballetes de madera que colocan a los dos lados de la pista.

Tienden un alambre de un caballetes a otro.

Y, de repente, un haz de luz de Bengala roja parte de la entrada e inunda la arena.

por

ENRIQUE SIENKIEWICZ

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

con sus reflejos de sangre.

Se espera, con angustia, al terrible Sachem, al último de los "Serpientes Negras".

Pero, ¿qué sucede?

No es el indio quien aparece, sino el director de la troupe en persona, el honorable Sr. Dean.

Saluda al público y habla.

Tiene "el honor de rogar a los honorables y benévolo gentilemen, así como a las hermosas y no menos honorables ladies, que permanezcan completamente quietos, que no aplaudan y que se mantengan en el silencio más absoluto, porque el jefe indio está muy irritado y más salvaje que nunca".

Estas palabras producen gran impresión. ¡Cosa rara!, esas mismas notabilidades de Antilope, que destruyeron Chiaavatta hace quince años, experimentan en este instante una sensación muy desagradable.

Hace sólo un momento, cuando la bella Lina hacía piruetas sobre el caballo, ellos se sentían contentos de estar sentados cerca de la pista, en ese lugar alto desde donde se podía ver todo tan bien; mientras que ahora lanzan tristes miradas hacia las filas más altas del circo, sintiendo, contra las leyes de la física, que cuanto más bajo se está más se ahoga uno.

Ese Sachem, ¿recorrió el pasado? ¿No se crecido en la trou-



pe del honorable Sr. Dean, compuesta de alemanes?

—Sería posible que no hubiera olvidado?

Esto parece increíble.

El medio ambiente, quince años de ese oficio ambulante, el marcado del éxito, deben haber ejercido su influencia.

—¡Chiavatta! ¡Chiavatta!

Ellos mismos, buenos alemanes, ¿no se encuentran acaso en un país que no es el suyo, lejos de su patria... y sólo piensan en ella cuando el business lo permite?

Lo primero es comer y beber. De esta verdad debe compenetrarse, así como los burgueses, el último de los "Serpientes Negras".

Pero las reflexiones de los espectadores son, de golpe, interrumpidas por un silbido salvaje que sale de la caballería. Sachem, impacientemente esperado, aparece por fin en la pista.

Se oyen, como un murmullo de la muchedumbre, estas palabras:

—¡Es él! ¡Es él!

Y en seguida se hace el silencio.

Sólo crepita el fuego de Bengala. a la entrada.

Todas las miradas convergen hacia la figura del jefe que aparece en el circo... sobre la tumba de los suyos.

Tiene un aspecto altivo... la altivez de un rey.

El manto forrado de armiño blanco, insignia de los jefes de tribu, subraya su aspecto altanero y destaca su cuerpo ágil y tan salvaje que evoca al temible jaguar.

Su rostro, como esculpido en bronce, recuerda la cabeza del águila; y en ese rostro brillan dos ojos con reflejos fríos: dos verdaderos ojos de indio, calmos, diríase indiferentes.

Pasee su mirada por sobre el público, como si quisiera elegir una víctima.

Encima de su cabeza vacilan las plumas. De su cintura cuelgan una hacha y un cuchillo de escalpar.

En su mano, sin embargo, en lugar de un arco, tiene un largo palo, balancín del bailarín en la cuerda.

Y he aquí que después de detenerse en medio de la pista, lanza un grito de guerra.

Es el grito de los "Serpientes Negras".

Los que asesinaron a la población de Chiavatta recuerdan bien ese alarido siniestro, y, quien sabe por qué, aquellos mismos que hace quince años no temblaron al grito de los guerreros indios, sienten ahora la frente inundada de sudor.

—¡Chist!

El director se acerca al jefe y le habla, como si quisiera apaciguarlo, calmarlo.

—¿La fiera ha sentido el freno?

Sin duda, puesto que ahora, muy tranquilo, Sachem se balancea sobre el alambrado.

Con los ojos fijos en la gran lámpara, avanza.

La cuerda se tiende fuertemente y se hace invisible por momentos; entonces parece que el indio queda suspendido en el aire.

Sube, baja, avanza, retrocede, avanza de nuevo, haciendo equilibrio.

Sus brazos extendidos, cubiertos por el



manto de armiño, parecen enormes alas. —Se tambalea... va a caer!... ¡No; se endereza!

Oyense breves aplausos, como contenidos; en seguida se calman.

Pero he aquí que la cara del jefe se vuelve amenazadora.

En su mirada, fija en las lámparas, brilla un resplandor terrible, y de pronto un canto de guerra se escapa de su pecho.

Cosa singular: ¡el jefe canta en alemán! Todos piensan, con cierto alivio:

—¡El jefe no conoce más la lengua de los "Serpientes Negras"!

Pero todos escuchan el canto, que se hace más y más violento.

Es medio canto, medio llamado quejumbroso; salvaje y bronco, lleno de acentos feroces.

Se oyen las palabras siguientes:

"Después de las grandes lluvias, cada año, quinientos guerreros salían de Chiavatta por los senderos de la guerra, por los de las grandes cazas de primavera".

"Y cuando regresaban, venían ornados de cabelleras escalpadas si no traían carne y pieles de bisonte".

"Y sus compañeros los saludaban con alegría, y dabanzan por la gloria del Gran Espíritu".

"Chiavatta era feliz! Las mujeres trabajaban en los wigwams, los niños se convertían en hermosas muchachas y en guerreros valientes".

"Los guerreros morían en el campo de la gloria y se iban de caza con sus padres a las Montañas de Plata".

"Sus hachas no fueron jamás manchadas con sangre de mujeres ni de niños, pues los guerreros de Chiavatta eran hombres generosos".

"Chiavatta era poderosa cuando los "caras pálidas" vinieron del otro lado de los lejanos mares para poner fuego a Chiavatta".

"Se deslizaron furtivamente hasta los wigwams dormidos, y sus cuchillos se hundieron en los pechos de los hombres, de las mujeres y de los niños".

"¡Chiavatta no existe más! Sobre sus ruinas, los blancos han establecido sus casas de piedra".

"¡La tribu asesinada no existe más, y

Chiavatta destruida clama venganza!"

La voz del jefe se vuelve bronca.

Su balanceo sobre la cuerda parece el de un arcángel rojo de la venganza planeando encima de la muchedumbre humana.

El director mismo está aparentemente intranquilo.

En el circo reina un silencio de muerte sobre el que pesa la amenaza del indio.

"¡De toda la tribu, sólo quedó un niño! ¡Era pequeño y débil, pero juró al Espíritu de la tierra que vengaría a los suyos!"

"Que vería los cadáveres de los blancos, hombres, mujeres y niños, en el incendio y la sangre!"

Estas últimas palabras, apenas articuladas, son más un rugido que un canto.

De las gradas del circo se eleva un ruido que parece el soplo del viento.

Mil preguntas sin respuestas se atropellan en las cabezas.

—¡Qué va a hacer ese tigre rabioso?... ¿Qué es lo que anuncia?... ¿Se vengará... él... sólo? ¡Hay que quedarse o escapar?... ¡Defenderse?... ¡Y cómo?...

—Was ist das? Was ist das? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto? — murmuraban las voces asustadas de los mures.

Y he aquí que un aullido que nada tiene de humano se escapa del pecho del jefe.

Se balancea más violentamente que antes, salta sobre la plataforma del caballete de madera que está bajo la lámpara y levanta su palo.

Un pensamiento terrible atraviesa las mil tabezas de los espectadores:

—Va a romper la lámpara y a inundar el circo de kerosene encendido.

De todos los pechos se escapa un grito de terror.

Pero, ¿qué sucede?

Una voz ordena:

—¡Quédense! ¡Quédense!

El jefe ya no está allí.

¿No ha incendiado el circo? ¿Adónde se ha fugado? ¿Dónde está escondido?

¡Aquí está! ¡Helo aquí de nuevo!

Aparece sin aliento, cansado, abatido... Tiene en su mano una gamella de lata que tiende a los espectadores, y mendiga con voz suplicante:

—¡Sean generosos, señoras y señores! ¡Esta es mi pequeña ganancia!

El pecho de los espectadores se dilata. Todos piensan:

Pero, entonces... ¿todo eso formaba parte del programa... no era más que un ingenioso truco del director... un golpe de efecto?

Y los dólares y medios dólares caen en la gamella.

¿Cómo negar ayuda al último de los "Serpiente Negras"? ¿No se está en Antilope, sobre las cenizas de Chiavatta?

¡Esta buena gente tiene buen corazón!

• • •

Después del espectáculo, Sachem bebe cerveza, fraternizando con los matadores de los suyos.

Sobre él, la influencia del medio es evidente.

¡DEBE USTED PREPARARSE!






4

CARRERAS DE GRAN PORVENIR

RADIO

TELEVISION
CINE SONORO-DIFUSION
TECNICA DEL SONIDO

y todas las otras aplicaciones de esta maravilla de nuestra época, presentan oportunidades sin igual al hombre emprendedor que desee independizarse estableciéndose en *Radioreparación* y Venta de Aparatos y Accesorios, o prestando sus servicios en puestos Técnicos, de responsabilidad y bien remunerados en: *Estaciones Difusoras* y de Comunicaciones; *Fábricas de Receptores*; *Laboratorios*; *Operadores de Radio a Bordo*, etc. etc.

AVIACION

VUELO—MOTORES
CONSTRUCCION DE AEROPLANOS
TRAFICO AEREO Y COMUNICACIONES

y todas las materias relacionadas con la Aeronáutica son conocimientos indispensables para el progreso y defensa de las naciones y de ahí que, quienes sigan estos estudios contribuyen al bienestar de su patria, a la vez que labran el suya propio, por ser ellos las llamados a ocupar puestos importantes de *Piloto - Oficial de Navegación - Operador de Radio - Experto en Motores - Diseñador y Técnico de Construcción; Administración*, etc. etc.

INGENIERIA MECANICA

DIESEL—MOTORES DE COMBUSTION y todas las fuentes de producción de energía están consideradas como bases fundamentales del adelanto económico del mundo industrial que conocemos; ofreciendo estas actividades un campo de acción amplísimo para el especialista en *Fuerza Motriz*, tal como los preparo esta Escuela, para dedicarse a la *Transportación; Agricultura; Minería; Marina; Construcción de Grandes Obras*, etc.

ELECTROTECNIA—REFRIGERACION Y ACONDICIONAMIENTO DE AIRE

son otros de los ramos de la Industria Moderna en donde existe en nuestros días, mayor demanda de hombres debidamente preparados. Este Plantel lo capacita, con su enseñanza, para desempeñar los más enviables empleos de esta profesión, como *Experto en Instalaciones; Plantas y Subestaciones Eléctricas; Tranvías y Locomotoras Eléctricas y Diesel-Eléctricas; Refrigeración; Acondicionamiento de Aire*, etc.

ESTUDIE EN SU CASA

Por medio de mi Método por Correspondencia, COMPROBADO, que es el más fácil y eficiente. Comprende Equipo Profesional y Herramientas para que

GAÑE MAS DINERO

EN POSICION PRIVILEGIADA
Esta antigua Escuela ocupa un lugar privilegiado por contar con Sucursales en la mayoría de las Capitales del Continente, de donde rinde rápido y esmerado servicio a sus educandos. Dirijase Ud. a la de su país.

FUNDADA EN LOS ANGELES
CALIFORNIA EN 1905



NATIONAL SCHOOLS

VICTORIA 1556
Buenos Aires, Argentina

Pida LIBRO Gratis

Envíe este cupón!

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Depto. Num. X 380-9

Mándeme su Libro GRATIS con datos para ganar dinero en la Industria que he seleccionado y marco con una "X"

NOMBRE _____ EDAD _____

DIRECCION _____

LOCALIDAD _____ PROV. _____

RADIO ☐

DIESEL ☐

AVIACION ☐

ELECTRO-TECNIA ☐

TERRANOVA ESPERA UN

Newfoundland

Entre los muchos fenómenos que producen las guerras continentales, quizá sea uno de los más singulares el de la "movilización geográfica".

Hoy, como las distancias no son un obstáculo para que los países más distantes se declaren la guerra y hagan chocar sus ejércitos en los puntos más apartados de sus bases, el conflicto bélico origina, casi inmediatamente de haberse producido, una verdadera zarabanda de nombres geográficos que obligan al informante a realizar estudios sobre fauna, flora, razas, hábitos, costumbres, riqueza, etc., para servirlos al lector, ávido siempre de novedades.

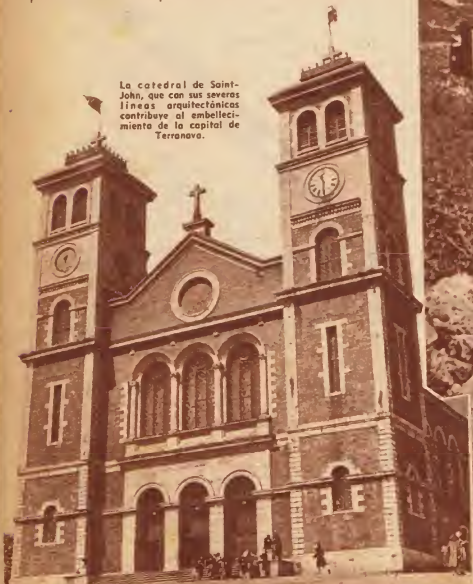
Más conocida por isla de Terranova, la Newfoundland de los ingleses adquirió su prestigio y pasó su nombre por el mundo gracias a la industria del bacalao, muy abundante en sus costas.

No se le conocen otros productos o industrias que impulsaran su fama, y al disminuir esa pesca como consecuencia de la presente guerra, casi cayó en el olvido, hasta que la misma guerra, con sus giros caprichosos, la vuelve a poner de actualidad. Y su destino, que está marcado por circunstancias que no dependen de ella misma, la moviliza ahora para hacerla intervenir en forma pasiva, como siempre, en el eterno pleito de los hombres.

Separada de las costas occidentales de Irlanda por sólo 3.150 kilómetros, está tan próxima a las occidentales de América que en algunos puntos existe una distancia de 15 kilómetros. Es la más extensa del continente americano, con una extensión de 300 millas y 6.000 de litoral.

Puede decirse que prácticamente Terranova es una isla abierta, pues no tiene ni la más insignificante fortificación. El 98 por ciento de su población de 300.000 habitantes es nativa, pero de origen británico, y vive en una ininterrumpida serie de aldeas que se extienden a todo lo largo de

La catedral de Saint-John, que con sus severas líneas arquitectónicas contribuye al embellecimiento de la capital de Terranova.



MILAGRO...

Por
Vicente Asensio de Aledo
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



El territorio está cruzado por una red de caminos que conducen al mar y desde los cuales se dominan hermosos panoramas, como el que ilustra la foto.



Frente a la oficina de cables transatlánticos, está opostada siempre un miembro de la "Milicia de Terranova", para custodiar el edificio.



El pequeño cuerpo de ejército de la isla, conocida también con el nombre de "Defensa del Hogar", fue organizado e instruido por oficiales ingleses. Hele aquí en un día de revista.

Desaparecida la pesca a consecuencia de la guerra, la actividad industrial de Terranova ha quedado reducida a la elaboración de celulosa.



las costas. La educación no es obligatoria y está librada a la buena voluntad de las tres parroquias principales, sostenidas por el gobierno inglés. Fuera de Saint-John, la capital, no existe el impuesto a la propiedad. Como no posee una producción agrícola que abastezca a la población de artículos de primera necesidad, algunos de éstos, como la papa y la carne, han de ser importados, pagando un alto derecho de introducción. Las gentes allí no temen a una invasión porque están convencidas de que su pobreza es muy difícil que pueda tentar a nadie.

Un poco de historia

Las referencias históricas de Terranova antes del siglo XV son un tanto vagas e imprecisas. Parece ser que allá por el año 1000 las costas del golfo de San Lorenzo y las de la isla fueron visitadas por navegantes escandinavos. En cambio, son más exactas las noticias sobre esas regiones a partir del año 1498, fecha en que se da como cierta la llegada a Terranova de marinos venecianos, concretándose aquellas en el año 1524, dándose por seguros los frecuentes arribos de navegantes normandos, bretones y vascos.

Finalmente, en el año 1623, un caballero francés, Georges Calvert, estableció allí una colonia, hecho del cual se valió Francia para declarar sus derechos de propiedad sobre la isla, pero 90 años después pasó a ser posesión inglesa en virtud del tratado de Utrecht.

Los indígenas de Terranova, pertenecientes a la antigua raza de los algonquinos, fueron desapareciendo exterminados por los blancos y sus enemigos continentales, los mic-macs, en tal forma que en la actualidad sería muy difícil encontrar un representante de aquellos pobladores.

El trampolín de América

Antes de la guerra, Terranova no poseía fuerza militar alguna, pero a poco de producirse aquella se organizó un pequeño grupo militarizado, que en un principio recibió el nombre de "Milicia de Terranova" y luego "Defensa del Hogar".

Recientemente se terminó de construir un magnífico aeropuerto muy bien equipado, como asimismo un aeródromo civil que cuenta con un excelente campo de aterrizaje, circunstancia que ha sido aprovechada por Norteamérica en su tarea de suministrar una gran cantidad de aviones de guerra, al imperio británico.

De esta manera la isla ha comenzado a conocer de nuevo una actividad que había perdido y que tanto añoraban sus habitantes, afectados por la paralización absoluta de sus pesquerías. Desgraciadamente esa actividad se ha circunscripto a la capital, Saint-John, y las

pequeñas poblaciones restantes sobreviven pacientemente las vicisitudes de su pobreza.

Pero siempre hay un motivo para mantener viva la esperanza, y en la actualidad los habitantes de la isla sueñan con que, por un golpe feliz de la suerte, a los norteamericanos se les ocurra instalar allí algunos establecimientos fabriles, haciéndoles participar así de la abundancia que siempre han gozado ellos.

Mientras espera el milagro, Terranova vive satisfecha con el papel que le ha correspondido en el presente conflicto bélico: el de trampolín de Norteamérica y de la quinta arma de guerra. ♦



se buscan...

Sea usted el elegido!!!

ESTUDIE POR CORRESPONDENCIA CUALQUIERA DE ESTOS CURSOS Y SERA EL ESPECIALISTA SOLICITADO.

- AVIACION • RADIO • DIESEL • TORNERIA •
- SOLDADURA • DIBUJO • MECANICA • FUNDICION •
- ARQUITECTURA • CONSTRUCCIONES •
- CAMINOS • AGRONOMIA • CONTADURIA • PU-
BLICIDAD • COMERCIO • QUIMICA • CORTE Y
CONFECCION • LABORES Y TEJIDOS • COCINA

AUN QUEDAN
ZONAS DISPONI-
BLES PARA RE-
PRESENTANTES

UN NUEVO
RITMO EN

INSTITUTO
POLITECNICO
AMERICANO

MATERIA DE
ENSEÑANZA

Envíe
este
CUPON

Sr. DIRECTOR DEL "INSTITUTO POLI-
TECNICO AMERICANO" - Avda. de
Mayo 840, Buenos Aires.
Ruego de usted enviarme informes
GRATIS sobre el curso de...

Nombre:
Dirección:
Localidad: F. C.

L. 101

Vista del muelle de una aldea de pescadores, cuya aspecto da una idea de los característicos de la isla.



El enigma

—¿Por qué hemos de sentarnos aquí?— dijo ella.

—Porque es un lugar alto y soleado.

—Pero, allí abajo es profundo; siento el vértigo, y el sol brilla en el agua con demasiada fuerza. Mira detrás de ti aquel cerco verde. Sería tan lindo allí!...

—No; aquí.

Y se sentó en el suelo, como si no pudiera o no quisiera seguir andando más. Ella se detuvo, con los ojos siempre fijos en él.

—Aasta — dijo Botolf —, debes decirme por qué has tenido miedo cuando el capitán extranjero pasó, en la bruma.

—Justamente en eso pensaba yo — murmuró ella, y quiso escaparse.

—Es necesario que me lo digas antes de irte; si no, no te seguiré.

Ella se dio vuelta.

—Botolf! — le gritó.

Y se quedó inmóvil. El prosiguió:

—Te prometí no preguntártelo más, es verdad. Cumpliré mi palabra, si lo consientes; pero que sea ahora.

Ella rompió a llorar súbitamente y se acercó a él. Su fino y delicado cuerpo, sus pequeñas manos, sus sedosos y brillantes cabellos que la pañoleta había dejado escapar, sus ojos y su boca, todo, era en ella resplandeciente. Los rayos del sol la envolvían.

De un salto, él se incorporó:

—Sí, bien sabes que cuando me miras así ya no puedo exigir nada; pero estoy seguro de que después sería peor. No comprendes que sería inútil prometerte cien veces no tratar de conocer lo que tú has hecho antes; no viviré en paz mientras no lo sepa.

Su rostro no podía ocultar el sufrimiento que lo dominaba.

—Botolf — le dijo ella —: ¿es eso lo que me has prometido? No me dejas tranquila, y me has jurado no hablarme de lo que no podré decirte nunca. Me lo prometiste solemnemente, asegurándome que ello te era indiferente, que era sólo mi persona lo que tú querías!...

Botolf!

Y se arrodilló sobre los brezos. Lloraba como si sufriera por su existencia; la miraba y sus lágrimas le decían más que cualquier palabra; era la más bella y más desgraciada mujer que él había visto en su vida.

—¡Dios me perdone! — dijo Botolf, volviéndose a sentar —. Si me quieres bastante como para tener confianza en mí, seremos felices los dos.

—¡Si pudieras tener tú un poco de confianza en mí! — gimió ella, acercándose más a él,

Bojornstjerne Björnson es una de las más grandes figuras de la literatura escandinava y universal. Su producción dramática, en un tiempo, impresionó tanto como la de Ibsen.

Nació el 8 de diciembre de 1832, en Kvikne, Noruega. Toda su vida fué de lucha polémica, literaria, política y filosófica. Murió en 1910.

siempre de rodillas —. ¿Amarte? La noche en que nuestro barco tocó el tuyo, cuando subí al puente, tú estabas en los obcues dando órdenes... Nunca había visto a nadie que se te pareciese; y en seguida te quise. Después me llevaste a tu barco mientras el mío se hundía... Entonces sentí una vez más la alegría de vivir, cosa que, pensaba, no volvería a experimentar.

Se detuvo y lloró. Después, juntando sus manos sobre las rodillas de él:

—Botolf — exclamó —, sé grande, sé grande como el día en que me tomaste sin nada, nada más que yo, Botolf!

El respondió casi con dureza.

—¿Por qué me tientes? Bien sabes que no puedo. Es el alma lo que queremos poseer y no... Así era en los primeros tiempos, pero no después.

Ella retrocedió, y dijo con

desesperación:

—¡Ah!, una vida deshecha no se rehace más — y estalló en sollozos.

—¡Dáme toda tu vida y yo haré con ella una vida nueva!

El hablaba fuerte, para animarla. Ella no respondió. Su espíritu luchaba.

—¡Sé dueña de tu voluntad! Nunca sera peor que ahora.

Tú me arrastrarás a casos extremos!

El se equivocó sobre el sentido de estas palabras y prosiguió:

—Si es la mayor de las infamias, tratar de soportarla, pero esta duda es superior a



Por

BO-JORNST-JERNE BJÖRNSON

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

mis fuerzas.

—Y a las mías también! — gritó ella, irguiéndose.

—Yo te ayudaré — le dijo él, levantándose a su vez—. Te ayudaré cuando conozca la verdad. Soy demasiado orgulloso para ser guardián de una cosa que ignora, y que, tal vez, interese a algún otro.

—Deberías avergonzarte! — exclamó ella—. De los dos, yo soy la más altiva, ¡no ofrezco nada que pertenezca a otro! Ahora, es necesario que te atengas a ello.

—No; si eres orgullosa, disipa primeramente mi sospecha.

—Oh, Jesús, no puedo sufrir este suplicio por más tiempo!

—En efecto, he jurado que esto terminará hoy.

—No es cruel — exclamó ella — que atormentes y aflijas a una mujer que se ha confiado a ti y que te ha rogado tan tiernamente como yo lo hice?

Iba a llorar de nuevo, pero dominándose, estalló:

—¿Te comprendo: quieres humillarme hasta hacerme gritar, y crees que entonces yo me traicionaré!

Lo miró con cierta expresión de resentimiento, y se alejó:

El pronunció, lentamente, estas palabras:

—¿Quieres o no quieres?

—No..., ni siquiera si me dices todo lo que vemos desde aquí — respondió ella tendiéndole la mano.

Se separó de él. Su pecho se levantaba, y sus ojos extraviados se fijaban en cualquier parte, principalmente sobre él, unas veces con dureza, otras con dulzura; pero las más con dureza. Se apoyó contra un árbol, sollozando. Después se sacugó el llanto y echó a andar.



— ¡Bien sabía que tú no me querías! — dijo Botolf.

Y, de nuevo, ella fué la más humilde, la más apesadumbrada. Dos veces trató de contestar, pero después de un esfuerzo se tendió sobre los brazos y ocultó su rostro.

Entonces él se aproximó y permaneció a su lado. Aasta sintió que él estaba allí; esperó a que hablara, y hundió la cabeza entre las manos. Pero como él continuaba callado, sintió miedo y se vió, por decirlo así, obligada a mirarlo. Al mismo tiempo, respiró. La seca y larga cara de Botolf, sus ojos hundidos, sin cejas, su anchura boca apretada, su cuerpo de gigante, la impresionaban de tal manera, que de pronto le pareció verlo entre las jarcias, la noche del naufragio. Allí estaba, grande como entonces y de una fuerza sin límites, pero estaba a su lado!

— ¡Has mentido, Aasta!

Ella retrocedió, pero él, siguiéndola, continuó:

— ¡también me has hecho mentir. No hubo un solo día de plena verdad desde que nos encontramos.

Tan cerca estaba de ella que sentía su cálido aliento. La miraba a los ojos, y todo se oscurecía a su alrededor. No sabía lo que iba a decir o hacer, él tornó los párpados. Estaba a punto de caer o huir; había llegado la hora de la decisión. También él sintió miedo ante el profundo silencio que los envolvía. Y, cambiando de nuevo, le dijo:

— ¡Dame esa prueba! Déjate de evasivas. Hazlo ahora.

— ¡Sí — respondió ella sin pensar en la palabra.

— Ahora, te digo.

Lanzó un grito. Aasta corría ya hacia el precipicio... Él vió sus cabellos brillantes, sus manos extendidas; la pañoleta, agitada por el aire, se le desprendió y flotó sola sobre ella. No se oyó ni un grito, ni un choque, porque el abismo era profundo; él no oyó nada...

Del mar, pensó, le había llegado una noche; en el mar se había perdido y con ella la historia de su vida. En el abismo sombrío como la noche había desaparecido todo lo que poseía su alma... ¿La seguiría él? Había llegado hasta allí con la voluntad inquebrantable de poner fin a su tormento, y ese tormento no había concluido, no concluiría nunca; sólo estaba en su comienzo. El acto de Aasta le decía bien claro que se había equivocado sobre ella, y que él la había juzgado mal. ¡Su angustia aumentaba, y debía seguir viviendo para descubrir aquel pasado!

— ¡A ella, la única, o casi la única que sobrevivió a la espantosa noche, él no la había salvado sino para matarla! — Entonces era un hombre malo? ¡Jamás le habían dicho eso, ni él lo había pensado. Pero, ¿qué era entonces? Se levantó, se alejó del abismo e inició el descenso, no quería morir en el momento en que tenía un misterio que esclarecer.

— ¿Hallará alguna vez el enigma? Ella había vivido en América, allí había crecido y de allí tenía cuando naufragó la nave. ¿Por dónde comenzaría la búsqueda? ¿En qué lugar de Noruega estaba su pueblo? No lo sabía; sólo estaba seguro de que su nombre era el que su familia había llevado en Noruega. El capitán extranjero. ¿Dónde estaba? ¿La conocía él? ¿Solamente era ella quien lo conocía a él? Igual habría sido preguntar al mar; ponerse a buscar, era perderse entre las olas.

Sí, se había equivocado acerca de ella. Culpable y arrepentida, se habría consolado confiándose a su marido; y, si él, al menos, sin sentir arrepentimiento, hubiera recurrido a subterfugios. No había querido confiarse ni ha-

bía buscado subterfugios. Se había precipitado en la muerte cuando él quiso obligarla. Esa decisión no era de una culpable. Sí, ¿pero, por qué? ¿Cómo prefirió eso en vez de confesar? No era la fuerza para confesar todo lo que le había faltado, puesto que manifestara que había algo que no podía decir. Sólo podía ser la falta misma lo que lo impedía; no obstante, no parecía cargada con el peso de ningún crimen; frecuentemente se mostraba alegre, hasta traviesa; era impetuosa, aunque buena. Si hubiera sido la falta de algún otro, todo se habría remediado. Pero si no era ni la suya ni la de otro, ¿cómo era eso? Ella misma había dicho que había algo... ¿Y el capitán extranjero que la atormentaba tanto? ¿Qué sería eso? Por Dios, ¿qué sería eso? Si aun estuviera allí, la habría seguido torturando... ¿Quizá no era tan culpable como ella creía, o tal vez era tan culpable como parecía serlo; ¡cuántas veces la verdadera inocencia se esconde en actos culpables, la pureza bajo el pecado, aunque pocos puedan comprender tal cosa, y ella no lo había creído capaz de esa comprensión, a él, que era todo sospechoso! La había interrogado demasiado en nombre de su desconfianza, y por eso había preferido confiarse a la muerte antes que a él. ¿Por qué no la había dejado, nunca, nunca, tranquila? Por él había escapado del pasado, en él había buscado un refugio contra ese pa-



sado, ¡y era él quien volvía a traerle ese pasado, cada día, hasta agobiarla! Ella le era abnegada, era bella y ardiente para él... ¿Qué le importaba, entonces, su existencia pasada? Cada vez que aumentaba la temura de ella, mayor se hacía su inquietud. Cuanto conocimiento, aunque de todo corazón, más quería saber si ella había significado algo para otro, y cómo había vivido antes. Cuanto más parecía sufrir, más la acosaba, porque sentía entonces que valía la pena.

Así, por primera vez, tuvo este pensamiento: él mismo, ¿le habría dicho todo? ¿Era posible que se hubieran dicho todo el uno al otro? ¿Estaba establecido que debía ser así? Gritamente que no.

Los gritos de dos niños que jugaban le llamaron la atención, y miró en su derredor. Se encontraba sentado en el cerco verde adonde ella trataba de llevarlo, y no se había dado cuenta. Cinco horas lo separaban del drama, y él tenía la sensación de que habían pasado sólo unos minutos. Quizá hacía mucho tiempo que los niños jugaban allí, sin que él se diera cuenta hasta ese momento. ¡Ella misma, no era íntica, la hija del clérigo, una chiquita de seis u ocho años, a quien Aasta había querido apasionadamente y la cual se le parecía en extremo?... ¡Dios!

¿dónde estaba el otro? Ella había ayudado a su hermenito a subir sobre una piedra, jugaban a la escuela y ella hacía de maestra.

— ¡Repite lo que te digo — comenzó la niña—. Padre nuestro...

— ¡Padre nuestro!

— ¿Qué estás en los cielos...

— ¡Cielos!

— ¡Santificado sea el tu nombre...

— ¡Santificado sea tu nombre!

— ¡Veniga a nos en tu reino...

— ¡No!

— ¡Hágase tu voluntad...

— ¡No, no quiero!

Botolf se había desilizado por detrás. Era la oración lo que le atrahía, ni siquiera había dado cuenta de que era una oración, sino que, mientras miraba a los niños y escuchaba, él se volvió a sus propios pensamientos. ¿Qué era eso? ¿Era una bestia impura, rechazada de la sociedad de Dios y de los hombres. Se escondía detrás de las zarzas para no ser visto de los niños. Jamás había experimentado miedo como el que sentía ahora ante la niña que aparecía en el bosque, lejos del camino.

¿Dónde ir? ¿A la casa vacía que él compró y adornado para Aasta? ¿O lejos? ¿Qué importaba! En cualquier lugar donde fuese, estaría ella siempre presente.

Se dice que los muertos se llevan en la retina la última imagen que sus ojos contemplaron; el que se despierta después de haber cometido una mala acción, guarda también la impresión de la primera cosa que mira, y de ella no se libra más. Y esto Aasta lo que él veía sobre la cresta del acantilado, sino una niña inocente: la misma que él había visto en la infancia. Hasta la imagen de la desaparición se confundía con la pequeña en ese mismo gesto de las manos implorando. Y he aquí que la idea del cariño de Aasta por la niña formaba la serie de sus recuerdos, y el espacio de esta semejanza extraordinaria se expandía ahora por sobre todo lo que él recordaba de aquel mes de duda y de tortura. ¿Había muerto Aasta con la imagen de esa niña en su corazón? Sí, sí, sólo ahora daba cuenta de que lo había visto en alma.

En cualquier punto hacia donde dirigiera su pensamiento en procura de luz, encontraba a la niña. La vía que debía seguir buscada estaba obstruida. Cada escena su corta intimidad, desde la noche del naufragio hasta el drama sobre el acantilado; y esa escena giraba alrededor de su rostro, y ese extraño fenómeno lo agotó tanto, que a cabo de algunos días se sintió incapaz de hasta para alimentarse, no pudiendo ponerse de pie nada más que una hora a la vez. Todo el mundo pensó que iba a morir.

Aquel que lleva consigo un enigma, una niña siendo un enigma él mismo, Nadie se pechaba a que había sucedido; ni los que habitaban a lo largo de la ribera y en las colinas, ni quienes pasaban por allí habían mirado hacia el lugar de donde ella se había precipitado, la mañana del domingo, a la luz del sol. Y su cadáver no había vuelto a la costa como testimonio. Nació una nueva leyenda. Tendido, con su larga cara hacia su barba roja y sus cabellos crizados y vueltos, Botolf presentaba un aspecto horrible; se hubiera dicho que sus ojos miraban desde el fondo de un lago interior, y gentes, que no sabían si iba a vivir o no, aseguraban que se trataba de un condenado entre Dios y el diablo. Algunos habían al "malo" mismo, rodeado de llamas, como lo habían visto rondando en la proximidad de las casas, bajo la forma de un ovillo de hilo. Otros, que pasaban cerca de la gruta lo habían visto enfrente; y no faltaban que habían oído una procesión, gran

ando, burlándose, que salía del mar y
lanzaba lentamente hacia la casa, entraba,
abre la puerta estuviere cerrada, se ator-
mentaba furiosamente, y, con los mismos gri-
tos, los mismos ladridos y los mismos alulidos,
volvía al mar, de donde saliera. Los criados
del enfermo, hombres y mujeres, se iban
contando estas cosas. Nadie osaba acercarse
a la granja, y si no hubiera sido por un
matrimonio, para quienes él había sido
un buen y que en agradecimiento deci-
dieron cuidarlo, se habría quedado sin nadie
que lo atendiera. La vieja mujer, su guar-
diana, sentía un gran miedo, quemaba paja
frente de la cama de Botolf para espantar
al "maligno", pero, aunque casi llegó a cha-
marlo, no lograba salvar al amo. Este su-
frió de una singular enfermedad. Al fin, la
muerte llegó a pensar que él esperaba a alguien.

Una mañana le preguntó si quería que le
hiciera un sacerdote. Él sacudió la cabeza.
No existía nadie a quien quería ver? A
ella, preguntó, no respondió. Al día siguiente
anunció con toda claridad el nombre de
Inés. Seguramente no fué una contestación
a la pregunta que la vieja le había hecho la
muerte, pero ella creyó que sí.

Muy decidida fué en busca de su marido,
le pidió que enganchara los caballos con
rapidez y que fuera a casa del sacerdote
para traer a Inés. En el presbiterio se pensó
que se trataba de un malentendido y que lo
que se quería era el clérigo para que le
hiciera la comunión; pero el anciano insistió
que debía llevar a Inés. Esta oyó la con-
secución y sintió miedo, porque conocía la
historia del diablo y de la procesión que salía
del mar; pero también sabía que el enfermo
esperaba a alguien para morir, y ella no en-
contraba extraordinario que ese alguien fuera
ella misma, puesto que la mujer de Botolf
había la costumbre de venir a buscarla muy
a menudo. Lo que un moribundo deseaba,
debía ser cumplido, le dijeron, y si rogaba
a Dios con todo su corazón, no sufriría ningún
dolor. Lo creyó y fué a vestirse.

Era una fría y clara noche con espesas
nieblas. El bosque enviaba el eco de las
campanillas. Todo eso era un poco angus-
toso, pero ella permanecía inmóvil y jun-
tando las manos. No vio al diablo ni oyó la
procesión cuando pasó junto al mar. Sólo
vio las estrellas, cuya claridad caía sobre
la colina. Arriba, cerca de la granja, reinaba
una calma impresionante. Pero la vieja salió
de la casa y le hizo entrar; le tomó su tapado
y lo invitó a calentarse al fuego. Entretanto,
ella dijo que debía ser valiente, ir hacia él
con temor y rezar el Padre Nuestro. Luego,
cuando la vio repuesta del frío, la tomó de
la mano y la condujo a la habitación. Botolf
estaba acostado allí, con su larga barba y
sus ojos hundidos. Miró a la niña fijamente.
Pero ella no tuvo miedo, porque no le pa-
recía espantoso.

—Me perdonas? —murmuró Botolf.

La niña juró que debía responder que sí,
respondió sí. Entonces él sonrió y trató
de levantarse, pero volvió a tenderse, sin
fuerza. Rápidamente, la niña comenzó a rezar
el Padre Nuestro, y él hizo un movimiento
de rechazo, mostrando al mismo tiempo su
dolor. Entonces, la niña puso sobre él las
manos, pues así había comprendido su
gracia, y, cerrando los ojos, Botolf colocó las
manos, húmedas y frías, encima de las man-
os de Inés. Terminó su plegaria, pero
como él no dijo nada no se atrevió a reti-
rarse, y recomenzó. Después que hubo rezado
varias veces, la vieja mujer entró, vio todo, y
lloró:

Basta ya, niña; él está salvado! ☼

RESPONSABILIDAD...?

la mayor, la más seria, la
única en cocinas,
"VOLCAN"

En venta en todas las casas del ramo.

Fabricantes: Cuareta & Cía.

Maipú 250 - 33-9731 - Bs. Aires



HERMOSA, JOVEN Y MULTIMILLONARIA es la protagonista de
"NOBLEZA AMERICANA" comenzará a publicar
novela que próximamente MARIBEL en capítulos semanales

Poderoso Atractivo

Una mujer sin perfume es como una flor sin
aroma. Su belleza se ve por los ojos. Por su
aroma se la presente, y ese aroma se recuerda,
como se recuerda su imagen.

Posea Ud. el poderoso atractivo que presta a
toda mujer el sugestivo aroma de Loción
CHIPRE de PREAL.

En todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

Camauér y Cía. Soc. de Resp. Ltda.

Capital \$ 200.000.—

Inclán 2839/47 - Buenos Aires.

REPRESENTANTES:

URUGUAY: José C. Codenazzi y Cía.

Pasandú 906, Montevideo.

PARAGUAY: Vicente Scavone y Cía.

Palma 224-26, Asunción.



EXTRACTO
Y LOCION

Chipre de PREAL

(El perfume femenino por excelencia)

LA CULTURA EN LA REGION

A principios del siglo XIX, San Juan de Cuyo era una pequeña aldea perdida en los alejados andinos. Si el viajero curioso llegaba a ella desde las riberas del Plata, donde también Buenos Aires era aldea algo mayor, había debido atravesar pampas semi-barbáras, yermos y salitrales, serranías y desiertos. Ahogada entre la doble inmensidad de la cordillera y del llano encontraba el viandante una población modesta y solitaria, sólo rica en huertos fragranciados. Calles polvorosas y estrechas, tal cual campariño, algunas casas morunas, las silenciosas y herméticas paredes de un convento, cascos de patios anchos y floridos; en suma, la típica población colonial mediterránea.

Al evocar aquel núcleo urbano, generador de la ciudad del presente, insinúa el asombro de un hipotético pasajero europeo escuchando incidentalmente, tras los postigos de una de aquellas moradas, música de Mozart ejecutada al clave. ¿Cómo!, ¿en ese predio primitivo de agricultores y pequeños funcionarios se cultivaba ya el arte?

En efecto: una niña sangrienta interpretaba, entre otros, a Mozart, y hasta leía a Virgilio en la penumbra del estrado familiar, sin que eso le impidiera rezar su devocionario, asistir a misa, cuidar un esclavo enfermo, vigilar el trabajo de las criadas o regar las plantas de su ventana.

Fue Sarmiento quien recordará a la muchacha lectora del poeta de Mantua y ejecutante del músico famoso en el apartado y soñoliento Valle de Tulum. Llamábase María del Tránsito del Carril, y era hermana de cierto ingeniero joven que contribuyó no poco, después, a cambiar la fisonomía política y moral de su tierra. Niñas como ésta, adelantadas a su medio y a su tiempo, hubo entre muchas en San Juan, en Mendoza y en San Luis. Su inteligencia y su gusto naturales superaron la escasez de elementos ilustrativos del lugar y de la época. Como ellas, sus contemporáneos varones se sobrepusieron frecuentemente a las restricciones coloniales renuentes al desenvolvimiento de una cultura superior. Por fortuna, la vida espiritual de los pueblos no se nutre únicamente en los colegios: lo prueba el precoz florecimiento cultural de Cuyo, debido en primer término al tesoro vocacional con que sus hijos se afianzaron a cultura, venciendo considerables obstáculos, las propias debilidades sensitivas e intelectuales.

La reciente libro del doctor Edmundo Correa, esclarecido escritor y propulsor cordial de toda empresa cultural, destaca el proceso evolutivo del pensamiento en aquella región, refiriéndose no sólo al pasado, sino también a la bella realidad actual, afanada por escutar todos los horizontes. Encontramos allí un índice del florilegio artístico, un informe sobre la producción historiográfica en los centros especializados del oeste, un esquema de la actual vida universitaria plérea de energías e ideales conductores, una síntesis de los problemas educacionales y de las iniciativas mejor orientadas en cuanto a la extensión y al intercambio cultural, así como oportunas recordaciones de figuras cuyanas desaparecidas. Citemos entre estas la de Manuel Antonio Sáenz, mendocino, a un tiempo doctor en leyes, periodista, escritor, bibliófilo, magistrado, fundador de bibliotecas; verdadero representante-tipo del varón ejemplar que para bien de su provincia supo alternar en ella de fecundo modo la actividad pensante con la política.

Esta obra del doctor Correa implica un llamado a la atención nacional sobre aquella zona argentina adherida a los Andes, que poseyó siempre fuerte personalidad sociológica, marcada por el sello genuino de su paisaje, su idealismo, sus costumbres, sus tradiciones y su historia.

Ni la poesía ni el hombre de la montaña son idénticos a los de la llanura litoraleña. Hasta ahora se ha querido ver en el errabundo habitante de las pampas, el único emblema psicológico y artístico de la tradición nacional; pero no es de justicia reconocer que junto a él existió y existe en cumbres y valles otro tipo tan genéricamente representativo del agro argentino como el decantado gaucho de las planicies. Sólo que su individualidad nuestra facetas y matices diferentes de la colectiva. La más nítida característica del montañés es esa capacidad de lucha consciente e indomable que le asiste en todos sus afanes. No hubo en Cuyo jinetes trashumantes, sino agricultores apegados al territorio donde levantaron hogar y abrieron surco; o también arrieros casi constabulados con la Cordillera materna. Más sedentarios y reconcentrados que el gaucho pampeano, menos dispersas sus energías y su disciplina interior más arraigada, más dramática tuvieron también la rebeldía y más rudas las pasiones. En ciertos perfiles, el montañés aparece tan distinto del llanero como la montaña de la planicie. Otros cánones rigieron allí la vida, el espíritu tuvo otras inclinaciones, la voluntad otros resortes, otra cadencia y otra voz la poesía. Todavía aguarda la montaña al sociólogo, al intérprete o al artista que



Doctor Edmundo Correa

le asigne su debido lugar en la evolución formativa del "yo" argentino. Así como fué de potente esa evolución para modelarse a sí propia, así fué de tenaz en la persecución de sus ideales. Aspiró a un nivel espiritual muy alto, y lentamente, porfiadamente, fué forjando su cultura, como va el minero peritraz buscando filones entre la hosca dureza de las rocas.

Un libro sobre vida espiritual cuyana puede ser, pues, un documento psicológico e histórico. El del doctor Correa lo es. Surge de él la imagen de un pueblo fuerte, tenaz, que vivió y vive entrañablemente unido con el suelo nativo, y que, como el Anteo del mito milenario, cobra renovadas fuerzas al contacto de la tierra maternal. Hombre lanzado al porvenir fué siempre el cuyano. A él no lo desalentaba el progreso como al gaucho errátil, pues desde el principio se habituó a luchar por alcanzarlo. Secudido por todos los dramas de la historia patria, desde el sacrificio épico hasta la turbulencia anárquica, desde la opresión tiránica hasta la lucha con el salvaje, hallóse también sujeto el cuyano a las fatalidades telúricas que desencadenan catástrofes en sus comarcas. Mas las convulsiones de su historia no le estorbaron el acceso a las altas esferas del espíritu. Así como trocaba sus montes en fértiles salitrales y pantanos, así como trocaba sus montes en riqueza, luchó contra la soledad, contra la falta de comunicaciones, contra las restricciones del ambiente, contra la barbarie del interior librado a sí mismo, contra las tormentas civiles, y, en fin, contra todos los influjos adversos, para elevarse cada vez más en el plano existencial.

La obra de Correa sigue el ritmo del intelecto de su tierra, y va destacando el largo esfuerzo pasado. Evoca los días lejanos de la colonia, cuando el libro era un artículo de lujo traído con sacrificio desde Chile o Buenos Aires, y cuando los jóvenes debían atravesar todo un país para acercarse a los colegios superiores o los claustros universitarios. A través de coloridas estampas nos lleva a las poblaciones primitivas en tiempos de la independencia y asistimos allí a las fundaciones de cultura popular, realizadas gracias a la liberalidad de los gobiernos patrios. Presenciamos, por añadidura, el penoso proceso de desintegración que en aquella obra incipiente desató la anarquía. No habría de malograrse en Cuyo, sin embargo, la siembra de los Godoy Cruz, del Carril, Videla, Laprida, Oro y Zapata, entre otros precursores proceres. La simiente brota y fructifica ahora copiosamente. Después de labrada y fomentada por tantos dignos sucesores: Sarmiento, Calle, Cortínez, Larraín, Bustos, Laspur, Aberastain y tantos otros, que ni aun en lucha abierta con la tiranía cejaron en la empresa. Cuando la violencia y la barbarie triunfantes los arrojaron de su patria, ellos siguieron su brega en el destierro. La Reorganización que trajo paz y libertad pudo, pues, encontrar incólumes en Cuyo los cimientos de la civilización.

Ya resurgía, pujante, el pensamiento autóctono; ya seguía el periplo regional las huellas del viejo "Zonda" de Sarmiento, que se reabían los colegios; ya cantaban los poetas y documentaban el reciente pasado los historiadores; ya volvían a sonar y a crear los artistas. iban a gravitar ahora los sostenedores de esta polidrica corriente iluminista. Como sus antecesores, en las actividades del pensamiento y la belleza. Carlos Salas, los dos Berutti, los hermanos Larraín, Gez, Llerena, Agustín Alvarez, Pedro Echagüe y muchos otros promueven la evolución de las ciencias y de las artes en el orden nacional, pero tenazmente enraizados al solar ardido. La juventud cuyana avanza desde entonces en apretadas filas por las viejas rutas del pasado. Y vino la Universidad, por fin, a coronar tanto esfuerzo, plasmada ya según los rasgos esenciales del solar comarcano, cuya significación espiritual se afirma y se agiganta en los tiempos, pues Cuyo tiene un alma secular forjada a la vez por el choque y por la armonía del hombre y del paisaje, que recíprocamente se modelan y se integran.

¿Cómo podría no ser así, si existe una cultura cuyana, salida de esa fragua; cultura hecha con la substancia de la naturaleza grandiosa, del pasado aborigen, de la tradición hispana, del folklore del sentimiento nacional, del pasado común y con destellos de la conciencia universal? Todo cabe y se fusiona en el cuño montañés. Como las vides regionales que prosperan hundiéndose en la tierra la raíz tenaz mientras prenden en la altura su dorado zarzillo, así se ahínca el alma de Cuyo en el suelo natal para lanzarse hacia arriba y florecer en la luz.

Porque ayuda a comprender a Cuyo, es el del doctor Correa un libro de acción, de justicia y de fe.

Y es además un bello libro, porque en un estilo pulcro, flexible y pleno, refleja el talento del educador apostólico que lo escribió.

Juan Pablo Schagüi

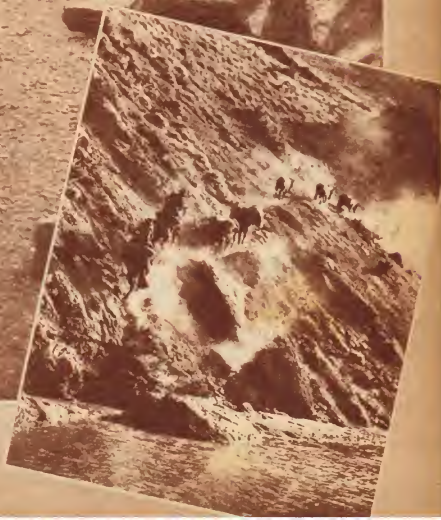
DE CUYO

Por **JUAN PABLO ECHAGÜE**
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Paisaje típico de la región, visto desde la boca de un túnel.

Es el arriero cuyano lo antitémis del gaucho pampero, como lo es la montaña de la planicie.



LA

DESPEDIDA

Por LEONIDAS BARLETTA

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIONES DE PREMIANI

Aquí estaba Barile, tendido largo a largo en la cucheta del capitán. En los bordes de la suela de sus botas de cuero cañi-llaban algunas escamas de pescado. Sus manos gruesas, con cortaduras, se habían detenido sobre el pecho condecorado por la barbita gris, de hebras ralas. La gorra con visera de hule estaba en el suelo. El aire afoscado de la camarata bajaba perezoso hasta la frente del pescador y remoloneaba en la revuelta mata de cabellos cenicientos.

Don Pedro, el chileno, le explicaba al capitán, con su tonadita:

—Estábamos fumando, señor, cuando le vi turbios los ojos, señor. La frente, señor, la tenía cubierta de gotitas de sudor, señor. Se llevó una mano al corazón, señor. Dígame a de la Cruz..., empezó a decirme, señor, y no pudo seguir. Lo repitió una o dos veces, señor, y no pudo seguir. Yo lo había tomado por abajo de los brazos, señor, y un de repente, se aflojó, señor. Entonces me lo cargué en la espalda, señor, y lo traje aquí, señor. Pero creo que antes de ponerlo en la litera ya había fallecido, señor.

De la Cruz se sacó y levantó la gorra, la tuvo un rato entre sus manos y después la colocó sobre el pecho entre las manos del marino. De un cajón sacó un crucifijo y lo puso sobre la gorra. En la puerta de la camarata se movían las caras ensombrecidas de los tripulantes. En sus expresiones se veía que sabían respetar la muerte. Los que no saben vivir, los que no entienden la vida, los que no han conocido el gozo simple de las cosas insignificantes en apariencia, esos se quejan e imprecán a la muerte; pero el que ha soportado catorce horas de temporal y, al amainar, se tira sobre un rollo de cuerdas, a sota-vento y carga cuidadosamente su pipa y aspira el humo acre y el aire áspero y amistoso a la vez, ése siente gratitud profunda y respeta a la muerte y aprueba sus impenetrables designios.

Catorce horas de temporal. El caserio de popa arrasado, buena parte de la amura destrozada. Y el "María Delfina" bailando sobre el lomo moribundo de las enconadas olas. Y cuando el barco ahoeicaba en abismos de espuma, según explicaba don Pedro: *era como si estallara una carcajada siniestra, señor, en todo el océano, señor...*

En el libro de órdenes, de la Cruz había escrito de su puño y letra: *El capitán se fué a dormir a las 20 y 45; despertarlo a las 6. Orden permanente.* Pero Simeón había golpeado en la puerta de la cámara a





las ocho. Estaban extenuados y hubo que acortar las guardias. Entreabrió la puerta y oyó a de la Cruz que decía:

—Está tranquilo el Atlántico...

—Como una taza de leche, señor.

—¿La avería es grande?

—Regular, señor. Más por la popa. Se llevó todo ese moderamen acobillado, que daba tanto trabajo.

—Total... había que cambiarlo...

Salió a cubierta saludando a los que encontraba a su paso y fué a apreciar los destrozos de la tormenta. Barile le había dicho:

—Hace mucho que no teníamos un temporal como éste.

A las quince, la tempestad había arreciado. No había modo de conservar la dirección. Los bandazos hacían retemblar el armazón del "María Delfina". Las máquinas se detuvieron y toda resistencia cesó. De vez en vez los que estaban alrededor del capitán en la timonera, miraban de soslayo su semblante impasible. Martínez dijo, con la voz velada, pegando la nariz al vidrio:

—Barco a babor!

Y todos sintieron un inmediato alivio. Desde el buque negro, que ahora tenía enfrente, como a trescientos metros, preguntaban por telégrafo si necesitaban ayuda. De la Cruz hizo responder que no. Pero el buque no se apartaba y maniobró como pudo alrededor del "María Delfina" hasta que encendieron las primeras luces a bordo.

El "María Delfina" parecía que iba a zozobrar. Subía a la cima de montañas de bulente espuma y descendía vertiginosamente a negrus abismos que se cerraban sobre su casco rechinante. Pájaros de tormenta se arrojaban con graznidos de gozo sobre las rachas furiosas del vendaval que los arrollaba o bajaban hasta rozar las embravecidas aguas. Tito, en el telégrafo recibía este mensaje: *Capitán Jipiter, Stop. Por favor darle un cabo de remolque antes que llegue la noche. Stop.* De la Cruz escribió con lápiz en el mismo papel que le había llevado Tito: *Capitán María Delfina. Seguimos por nuestros propios medios. Agradecido.*

El buque negro, con su grueso penacho de humo, saltaba sobre las olas, de proa al buroción.

—Debe ser de bandera chilena — dijo Martínez con la boca endurecida.

—Los chilenos — afirmó de la Cruz — son buenos marinos.

Era alentador tener aquel barco a la vista, aunque todo salvatje hubiese sido imposible, en caso de naufragio. Al menos se descartaba la aterradora posibilidad de zozobrar en aquella inmensa soledad, bajo la indiferente cúpula gris del cielo. Toda la tarde anduvieron dando tumbos en la timonera, en el sollado, poniendo ahorcerones en todas las cosas que podía llevarse el agua. Y entretrataron don Pedro, Barile y Celestia tratando de reparar la máquina con las manos ennegrecidas y las caras tiznadas, con agua hasta arriba del contrafuer-

te de las botas. Como decía Cordero:

—¿Cuando más necesita trabajar el barco, se produce la avería!

De la Cruz gritaba:

—¡Larguen la cadena!

Siméon y Loreto, trincados por la cintura, avanzaron como borrachos, cayendo de rodillas, arrastrándose a trechos, abrazándose a los molinetes, sepultados un instante por el golpe de mar, que al retirarse los descubría unos metros más atrás del trecho que habían avanzado. El ruido de los grilletes al deslizarse por el escombido apenas se oyó, ahogado por los bramidos del temporal. Bueno, vino la noche y seguía el baile. Las lucecitas del barco negro desaparecieron. El viento cambió; pero no decreció en su furia. Las máquinas funcionaban de nuevo. La campanita del control sonaba irritante dentro de la cabina del timón. Orden repetida. Después, cuando ya uno empieza a abandonarse un poco a su suerte, el viento va aminorando, los golpes de agua son buenos violentos, los ojos se van achicando, la tensión se afloja...

—¡A ver uno... aquí... parece que va a escampar... yo me voy a dormir!

Eran exactamente las 20 y 45. A las ocho, Siméon había golpeado la puerta de su cámara. A las ocho y veinte, estaba recordando el rumbo en la bitácora, no recordaba qué tenía había llegado sofocado a la timonera. Teodoro o Martín, no recordaba su rostro:

—Capitán; Barile..., parece que le llegó la bora...

—Pero, ¿cómo?... ¡A ver..., quédate aquí!

Bajó en dos saltos. Ahí estaba Barile, tendido largo a largo en su litera. Lo sacudió agarrándolo por los hombros:

—¡Barile! ¡Vicio!... A ver..., traigan esa botella de ron.

—No hay nada que hacer, señor... — masculló don Pedro.

De la Cruz se inclinó y puso el oído sobre el corazón del viejo. Al incorporarse lentamente, ya se confirmaban en su expresión las palabras del maquinista.

Don Pedro empezó a explicarle cómo había sobrevenido el ataque, con esa abundancia de "señor" que le cortaba la frase como si hablase jadeando. Y de la Cruz dijo, al rato, con la voz contenida, como si temiese despertarlo:

—¡Vamos a ver sus cosas!

Bajó con Celestia y Cordero y abrieron el pequeño armario que Barile tenía junto a la litera. De la Cruz fué sacando media libra de chocolate, una barra de jabón de sapon, una cajita con etiqueta: *Bicarbonato de soda — Vichorato de soda — a 30 grs.* pero adentro había unos anzuelos de pejepero. Mientras iban sacando cosas sin importancia, una toalla, un atadito de escombros para limpiar la pipa, apareció un librillo grueso, de viejas tapas que conservaban restos de una inscripción en oro. En cada página había una fotografía pegada en una de ellas podía verse a tres marineros

con enristrados bigotes y chaquetones de los que se llevaban antes, y al propio Barile, sonriente, a horcajadas en un caballo de juguete y los otros, quienes con un tambor quien con una corneta, haciendo como que tocaban. Y en otra página estaba el retrato de una mujer, de mirada noble, con un peinado de bucles y tirabuzones y amplio descote velado por un peto de encaje. Y en esta página había una flor, un pensamiento descolorido y seco. Y en la siguiente, el retrato de una nena moletuda, con largos rulos — esta deficitaria, hecha con letra redonda: *¡A mi querido papito, su cariñoso Poli.* Entonces, de la Cruz cerró el álbum y ordenó que empaquetaran esos efectos para entregar a los deudos, como se decía en el lenguaje oficial.

Así transcurrió la mañana, una mañana de sol, de aire suave que borraba hasta el último recuerdo del bárbaro temporal.

El barco navegaba liviano sobre las aguas mansas y sin enlargo algo había en la suavidad con que hendía las aguas, en el amortiguado rumor de las máquinas, en el obstinado silencio de los tripulantes, en los círculos que describían planeando unos pájaros, en la lentitud con que se desfilaba el humo algo había que señalaba de modo preciso en el "María Delfina" al marino muerto.

El barco navegaba con su muerte. Y todos estaban tocados por cierto orgullo, los vestidos de alguna pompa, hasta el mismo barco, con una solemnidad que acaso quería significar que a ellos también les alcanzaba la muerte, aun en alta mar, lejos de donde se congregaban las muertes comunes y donde con tanta diligencia se procedía a ubicar a los muertos entre los muertos, con una certificación de cintas violetas y de flores achicharradas.

Loreto dijo de modo que pudiera oírlo de la Cruz:

—Vivió en el mar y tiene que ser sepultado en el mar. No va a sentirse contento de que lo lleven a tierra.

De pronto, salió Sidonio de la cocina, golpeando estrepitosamente en la sartén con la cucharón, y los que no estaban ocupados bajaron al rancho y silenciosamente se sentaron a la mesa.

Era el mediodía.

En el lugar que solía ocupar Barile, junto al ojo de buey, como de costumbre estaban sus cubiertos y su servilleta anudada al arco de madera y su plato y su jarro de lata. Sidonio sirvió la sopa de pescado y llenó hasta los bordes el plato de Barile. Un olor fuerte y estimulante corrió por el rancho. Entonces el capitán se levantó con movimientos pausados y, del plato del ausente, fué sacando y repartiendo a cada uno una cucharada de sopa.

El plato de Barile quedó vacío. Se hizo un respetuoso silencio. Luego, dijo de la Cruz:

—¡Hav que tomarla calentita. A Barile le gustaba bien caliente.

Y todos, haciendo mucho ruido, empezaron a tomar la sopa. 6



Fragil y ligera

COMO UNA
MARIPOSA

En venta en
todas las far-
macias del
pais.

La moda y la elegancia imponen cuerpos esbeltos, considerando que no puede haber elegancia verdadera cuando la grasa invade y deforma el cuerpo.

A las personas con tendencia a engordar recordamos la Yodosalina, eficaz regulador de las funciones de recambio y activo disolvente de los tejidos grasos.

En la Yodosalina se asocian en combinación los alcalinos que desintoxican el organismo con una rica proporción de yodo. La Yodosalina se viene empleando eficazmente en la Obesidad, Reumatismo, Gota, Arteriosclerosis, etc.

Foto Paramount

Yodosalina

PISANI

Historia en 2 fotografías

Paulina Singerman



Ayer

Este foto presenta a Paulina Singerman cuando sólo tenía dos años. Nació en el barrio de Palermo, "el año... en que en esta ciudad nacieron otros muchos niños", según ella misma declara. Todos los recuerdos de su infancia están ligados al teatro, pues apenas sabía hablar cuando ya interpretaba los huacufritos de algunos comedios que se representaban en la capital. A los diez años ingresó en el Teatro Infante Lobardén, con cuyo conjunto recorrió las plazas y los bailes de Buenos Aires, representando comedias dedicadas al público minúsculo. Luego, después de estudiar un curso completo de arte escénico, debutó en la compañía de Ferencio Parravicini, en calidad de primera actriz, compartiendo con dicho actor la responsabilidad de los principales papeles en la comedia "Una cura de reposo". Desde entonces, Paulina Singerman jamás ha abandonado el teatro. Ahora...



Hoy

... lo encontramos en el Odeón, o la uno de la mañana, cuando termina la representación de "Himeneo", comedia de Eduardo Boardet, que la actriz ha incorporado a su repertorio. El cronista conoce el poco tiempo de que dispone su entrevistado, y apura los preguntas. "¿Cuándo se produce su incorporación a las actividades cinematográficas?" — Inquirimos. — "Mi primer trabajo para el cine figura en "La rubia del camino", que se estrenó en 1938. ¿Qué me agrada más interpretar, el cine o el teatro? Los dos cosas me entusiasman por igual, siempre, naturalmente, que tengan verdadera calidad artística". Sobre una silla del camarín hay un libro de ensayos literarios. "¿Lee usted ese libro?" — preguntamos. — "Oh!... No. Como soy mujer y jeren todavía, prefiero leer novelas y buenos poemas. En cuanto o los ensayos... con los del teatro tengo bastante".

Berta Singerman



Ayer



Aquí tenemos a Betzabé, es decir, Berta Singerman. Aunque le ha atribuido nacionalidad rusa, pero lo cierto es que ella ha nacido en la Argentina; en cuanto al año, la excelente intérprete de la poesía hace suya la respuesta de su hermana. "La edad de una artista — dice — no es la que tiene, sino la que representa". Contestando a una de nuestras preguntas, Berta Singerman declara: "La inclinación por los versos nació en mi cunado en silla de muy pocos años. Recuerdo que una vez, cuando cursaba el tercer grado, tuve que sufrir las iras de mi maestra por haber arrancado de un libro dos páginas, en las que figuraba un poema que yo tenía interés en recitar esa noche en la casa de mis padres... La profesora — agrega — se reconcilió conmigo ocho días más tarde, regalándome un libro de versos".

Hoy



Berta Singerman, en una de sus últimas fotos. Vive ahora en la calle Viamonte, al mil cuatrocientos, en un amplio y luminoso departamento de claridad y detalles de buen gusto, que revelan el exquisito temperamento de su dueto. En la conversación con el cronista, evoca los momentos culminantes de su vida de viajera y artista. "Entre esos recuerdos — dice —, quizá ninguno conserve en mi espíritu con más grata emoción que el de la noche en que un hotel de Granada me deporó la puerta de hacerme amiga de Fallo y de García Lorca, dos de las más puras expresiones del genio español...". Berta Singerman se inició en el cine en los Estados Unidos, el año 1935, en la película "Nada más que una mujer". En nuestro país ha filmado "Centzas al viento". Con la labor cumplida en ambas producciones, sólo relativamente está en su momento, pues en ninguna de las dos — dice — figura el personaje al que hubiera podido dar una interpretación de verdadero mérito artístico.



Medá Dié...

Por **Manuel M. Alba**

ESPECIAL PARA
"LEOPLAN"

ILUSTRACION DE
MARIANO ALFONSO

¡Medá Dié!... El muchachote lo pensó un momento, se quedó mirando a una torcecita que se esplumbaba en el tala, y luego contestó, con voz indolente:

— ¡Vóov...! Siesta. Una siesta pesada y caliginosa; una siesta que ablandaba los huesos perzozos de Medá Dié. Con la lengua afuera, jadeando, y la lana agresiva de abrojos, Chucho contemplaba a su amo, como admirando su pereza, que de cuando en cuando prolongaba en su bostezo.

— ¡Medá Dié!... ¡Veni, pues, hombre!... Don Acevedo lo llamaba para atar el sulky. El muchacho se levantó de golpe, como con miedo a arrepentirse, se frotó los ojos colorados de sueño, alzó los pellones que había tendido en el suelo para la siesta y se fue rumbo al llamado de don Acevedo.

Le llamaban Medá Dié desde chiquito. Nadie le sabía otro nombre. Ni él tampoco. Se podía llamar José, como don Acevedo, o Vicente, como el muchacho de la Juana, o Antonio, como el hijo del Tuerto. ¿Quién sabe? Pero dicen que era namón todavía cuando pidió en su media lengua los primeros diez centavos:

— ¿Me da dié, don...?

Por costumbre había pedido siempre, que para su dormir bajo el tala y su comer en la olla de don Acevedo, para su vestir con los trapos viejos que le daban en la casa de los Castro, no necesitaba monedas. Fumaba chala, y beber... sólo a escondidas de don Acevedo; había ido dos veces al boliche de Amaro, aceptando un convite de los mayores, que querían reírse de sus traspies...

No los necesitaba los diez. Pero no se le iba un portoneo sin el pedido, aunque muchos se le escapaban sin la respuesta:

— ¿Me da dié, don?

Hacían un calmoso, era de asombro ver cómo, todos los días, estaba a su hora en la estación con su sulky de llanta de goma, esperando al pasajero que le brindara la casualidad. Allí estaba su voz aflautada, con esos tonos variantes del muchacho que se está haciendo hombre, rompiendo el coro cerrado de los cocheros y choferes que peleaban el viaje: — ¡Tilburcito, don...! Llanta de goma el tilburcito, don...! Ballejas, le cargo las ballejas, don...

Y muchas veces, en aquel asalto agresivo al pasajero, Medá Dié se quedaba olvidado y volvía a lo de Acevedo con el sulky vacío.

— ¿No hiciste nada?

— Nada, Me alelé...

— Y cuándo no alelado, vos.

Pero don Acevedo no se enojaba. Y eso que el peso del sulky era la base del presupuesto... Pero muchas veces caía el hombre de la ciudad que, para adelantarse un poco de vida de campo, subía al tilburcito de Medá Dié y hacia la delicia del muchacho. Don Jervier, que era el único que tenía Ford en Adelina, nunca pudo explicarse cómo había gente que subiera al sulky.

Cuando caía pasajero, el muchachote respira-

— ¡Viene de Güenos Aire, don?

— De Buenos Aires...

— ¿Está lindo ahora, ah?

— Lindo.

Y allí se callaba otra cuadra para seguir preguntando:

— ¿Terminaron el Congreso, ah?

— Siempre falta un poco...

— ¿Y la Avenida, ah?

Medá Dié escuchaba las contestaciones fugaces del porteño, preparando un viaje que iba a hacer nunca. No sabía lo que era el Congreso, ni la Avenida, pero sí sabía que en Buenos Aires todo era tan lindo y tan grande como el chalet de don Ignacio Alcorbe. Y al trote lento del tordillo se le iba acompañando el sueño: entreveía paisajes maravillosos, noches iluminadas y quién sabe cuántas cosas raras que estaban del otro lado del tren...

Adelina era un campo apenas salpicado de casas al pie de la sierra; ¡Pero Buenos Aires! Sin embargo, cuando llegaban a destino despertaba de pronto, y después de cobrar el porte del viaje, abría la boca en una sonrisa amistosa para alargar el pedido:

— ¿Me da dié, don...?



—Apurate, muchacho. Ya is l'ho'a...

—Yastoy...

Y el tilbury partió por la cuesta incrustada de piedras. Firme en las riendas, Medá Dié apuraba al torcido por no perder los viajes del tren de las siete. Tren de porteños, que tantas veces le había dado pasajero...

—Anda...

Llegó a la estación justo cuando movían la señal para dar entrada. El cambista lo saludó con la mano y lo miró como reprochándole la tardanza. Medá Dié se largó del tilbury, ató las riendas, y se fue a charlar con los cocheros:

—¿Tabas durmiendo?

—¿Y no?... Y se me pegaron los pellones...

Sobre el paso a nivel brillaba ya el ojo rojo de la locomotora, en las primeras sombras de la tarde. Se prepararon todos en fila para el asalto a los porteños. Cuando llegó el tren, antes de que parara, se desataron los gritos en el andén.

—Cooche, don...

—La bailija, señor...

—Al for, don, al for...

—¿Al hotel, niño Pablo?

—¿Y a lo de Castro, don?

Y arrinconado contra un acacio, el tilbury de Medá Dié se quedaba sin viaje. Y el muchacho había gritado más que nunca:

—¡Tiilburicio...! Llanta e goma el tiilburicio...

La gente se fué del andén antes de que el tren saliera. Y ya cuando iba a sonar la campana de partida, una mujer vestida de negro bajó del último coche:

—¿Tiilburio, niña?

Ella, nerviosa, miró al muchachote preguntándole:

—¿Es Adelina, esto?

—Adelina es, pué...

—¿Quiere el tilbury, niña?

—No hay coches?

—El mio es coche, pué...

—Bueno... ¿Cocopes la quinta de Alcorbe?

—¿Y no...? Suba no más.

Medá Dié subió las valijas, ayudó a la joven y se ubicó en su asiento. Restalló el látigo.

—¿Tordillo...!

El caballo soltó el trote cansado. Medá Dié se dio vuelta por primera vez para observar a su pasajera. Le miró los ojos y se quedó asombrado. Nunca había visto unos ojos así, enormes y azules. La miró toda: joven, rubia, magnífica con su traje negro...

—¿Me conocés?

No, No la conocía. Pero comprendió que estaba siendo impertinente. Se sentó duro en su sitio, mirando hacia adelante. Sin volverse, sintió la pregunta, que más bien era una afirmación:

—Usted es de Güenios Aire.

—Sí, muchacho...

¿Muchacho? Ahora era cuando debía preguntarle lo del Congreso y la Avenida, pero se quedó a la voz en la garganta. ¿Muchacho? Se lo había dicho con un tono amigable, con una sonrisa que lo desarmaba. Apenas de reojo, la miró de nuevo. Enormes los ojos azules, magnífico el cabello dorado...

Medá Dié había pensado muchas veces en una mujer así. Sus diecisiete años adivinaban que allá en Buenos Aires las mujeres eran así. Petra, la sirvienta de los Castro, era una negraita linda con ganas. Y le hacía miradas... ¿Pero ésta!

—Sí, muchacho...

Le hacía coquilleto en el óido aquí el muchacho, con una voz que no había escuchado nunca. Recordaba: "Ya sos grandote—le ha-

bía dicho una vez don Acevedo—pero si te hacés de novia pedime consejo, que sos muy alelado."

—¿Tordillo...!

Le gritó al caballo como para gritarse él. Estaba pensando pavadas y aquella señorita le iba a leer los ojos y reírse. También él tenía ganas de reírse. ¿Qué bueno! Medá Dié, roto y sucio, con una novita porteña y linda! ¡Ni para risadas iban a tener los cocheros...!

—¿Vos conocés Buenos Aires?

La pregunta de la joven le golpeó en la cabeza. Otra vez aquella voz tibiecita acariciándole el oído.

—Sí, niña...

—¿Qué había dicho? Por Dios que no quiso mentir. Aclaró en seguida:

—No, niña, no. No lo conozco. Es que me trabé al hablar, nada más...

—¿Sabé?

La muchacha, sin duda, se estaba dando cuenta.

No tenía arte, Medá Dié, para el disimulo.

—Tendrás aquí tu novia...

Una sed rara le picaba la garganta al muchacho. Sentía al lado el calor del cuerpo de la porteña, porque la valija grande se le había volcado del otro lado y le achicaba el asiento.

Ahora no miraba los ojos azules; los recordaba. Ya en el recuerdo eran todavía más grandes y más hondos.

—¿Que hí de tener, niña...

Y se rió con una risita zozca y pegajosa.

—¿No te gustan las muchachas?

—¿Y de ahí? ¿Acaso si Medá Dié se lava y se viste bien, no es tan hombre como los otros?

¿Acaso las porteñas no pueden estar cansadas de los porteños? Al muchacho le parecía que todo aquello que recién era sueño, empezaba a volcarse en realidad. ¿La niña hacía cada pregunta...!

—Me gustan... si son lindas... como...

Y se quedó nervioso, temblando como un perro mojado. Se empezaba a hacer noche y allá cerca aparecieron las luces del chaler de los Alcorbe. Medá Dié respiró. Le parecía mejor que iban a flojar sus nervios, a descargar aquella valija que lo apretaba cada vez más.

Quiso dar vuelta la cara para decir que llegaban, pero en el reojo adivinó la mirada de la joven que estaba fija en él. ¿Por qué lo miraba? Se sintió más hombre, menos cosa y hasta tosió un poquito:

—¿Llegamos, niña?

No más tenía que decirle, con los ojos bajos: "¿No quiere que la vea otra vez?", pero eso ya demasiado, para tan pronto. Otra vez le salió al encuentro la voz de la joven, quebrando un silencio:

—Bueno, ¿A ver si me visita alguna vez...

Saltó la joven ágilmente del tilbury, tomó en sus manos la valija, y abrió la cartera para abonar el viaje.

Medá Dié no sabía lo que estaba haciendo. Automáticamente estiró la mano mientras decía:

—Dos pesos...

Se le alborotaban las ideas, y algo, entre risa y llanto, le bullía en la garganta. Era el momento de decir una palabra, una sola palabra, linda, redonda, una palabra de hombre que lo dejara bien ante la moza. Los ojos azules lo estaban mirando y una mano blanca se tendía hacia él para decirle adiós. Los labios del muchacho temblaron un poco, estiró la mano, y casi entre llanto le salió de la boca una frase absurda, que tantas veces había repetido:

—¿Medá Dié?

La rubia entró corriendo a la quinta de los Alcorbe. En el crile, el muchacho se dio cuenta de golpe de que esa frase sosa le había roto todos sus sueños. A caraban, en la palma de su mano extendida, los diez centavos de la limosna. De esa limosna que recién ahora le dolía como limosna...

Sea MECANICO DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES, CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS. Se otorga diploma. Usted podrá abrir laboratorio propio por atender el trabajo de los Dentistas. HAY GRAN DEMANDA.



No hace falta experiencia mecánica previa. ABÁZSE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Fida inmediatamente el interesante folleto explicativo, a mejor pase a conversar personalmente. — Escribanos hoy mismo. NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

Nombre

Calle

Localidad.....

VISTOSOS Y ECONOMICOS



REPASADORES
ORO y PLATA
COLORES FIRME
GARANTIZADOS

Una novela inolvidable:

"NOBLEZA AMERICANA"

Próximamente en MARIBEL



SIN DESEMBOLO ESTUDIE EN EL
INSTITUTO ARGENTINO DE AVIACION

Inscribale en el curso "Técnico de Aviación", que esta institución dicta por correo. Duración del curso un año, otorgándose Diploma al terminar el mismo. Los mejores alumnos serán favorecidos con vuelos gratuitos y becas para seguir cursos prácticos de pilotos, costeadas por este Instituto, a fin de poder obtener patente de Piloto Aviador Civil. Solicite condiciones de ingreso y matriculas a nuestra dirección postal.

CASTILLA de CORNEJO 268

Ba. As. Argentina



Reproducción fotográfica de un cuadro de H. B. Hall, que muestra al presidente Lincoln con sus generales y los miembros del gabinete, en el primer consejo de guerra, en 1861.

ABRAHAM

El primer "bravo"

-BRAVO, bravo muchacho! Dale fuerte que le tienes...
—¡Magnífico! Aprieta que se acaba el campeón... Vas a destrozarlo...

—Ya lo pone, ya lo pone...

Rugen cientos de voces en torno al cuadrado. Dos hombres están luchando con todas sus fuerzas: uno, grueso, enorme, imponente; el otro, flaco, alto, de músculos recios. El primero es el campeón de lucha del estado de Illinois, que ha lanzado su desafío con una sonrisa de hombre invencible. El otro, un joven campesino de Kentucky, leñador o marino, que ha aceptado el reto. Y el que vence, el que estre-

mece de entusiasmo al público, es ese joven flaco que muy pocos conocen

—¡Lo vence, lo vence!... ¡Ya lo tiene en sus manos!...

—¡Bravo, bravo muchacho!...

Es, quizá, la primera vez que ese muchacho oye que le gritan "bravo". En su vida ha de escuchar, después, muchas veces la misma palabra envolviendo su figura severa de pastor. Ahora nadie le conoce. Después, le conocerá el mundo:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Venció el leñador! ¡Cayó el campeón! ¡Bravo! ¡Bravo!

¿Cómo se llama ese muchacho que acaba de sentar sobre la espalda del campeón de lucha del estado de Illinois? El mismo aclara, con voz firme, pero sin vanidad:

—Soy Abraham Lincoln, de Kentucky.

Esta fotografía, obtenida por Guillermo Brady, primer fotógrafo americano de guerra, muestra al presidente y al general McClellan, en la tienda que servía de cuartel general, en Antietam.

Un soldado lleva a su esposa y a sus hijos a visitar la estatua de Lincoln, la más conocida de todas las que se le erigieron, situado al frente del monumento a su memoria.



LINCOLN

Por Mario Braga

ESPECIAL PARA "LEPLÁN"

Dos naufragos en el Sangamon

— Bravo, muy bien!... ¡Ese muchacho es un héroe!...
En la orilla del río le aguarda un grupo de gente. Han visto su ha-
za. El río Sangamon, manso cuando manso, pero terrible cuando una
corriente le enfurece, ha hecho zozobrar una barca. Por allí pasaba un
bote y a su bordo estaba aquel muchacho flaco y musculoso, a
quien vimos dar en tierra con el campeón de lucha de Illinois. Dos
hombres pedían auxilio desde el río. El agua se retorció en remolinos
y amenazaban tragarlos. El joven se lanzó a la corriente, dió unas
puñetadas brazadas y tomó a uno de los naufragos por la ropa. Ahora
ha alcanzado al otro, y debatiéndose triunfante entre la fuerza de la
corriente y de los dos naufragos estreñecidos por la angustia, llega
a ellos a la orilla.

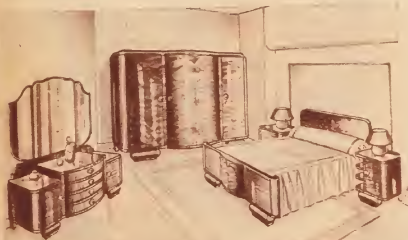


El monumento a Abraham Lincoln está en el corazón de todos los norteamericanos. Se encuentra en el Parque Potomac, en Washington. Fue diseñado por Enrique Bacon en estilo griego puro y construido en mármol de Colorado, piedra caliza de Indiana y granito rosado de Massachusetts. Lo esculpieron, que se halla en el interior, es obra de Daniel Chester-French.

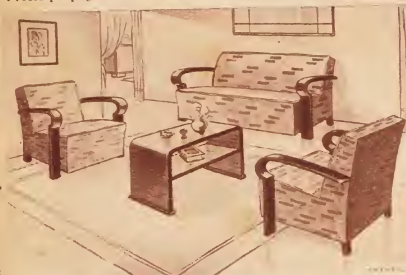
GRANDES FABRICAS DE MUEBLES BRUCCINI

¡ATENCIÓN! - CASA NETAMENTE ARGENTINA

Aproveche nuestras grandes ofertas mes aniversario, cincuenta años de existencia, cuatro Exposiciones en la misma cuadra, inmenso surtido de: DORMITORIOS, COMEDORES, LIVING-Room, VESTIBULOS, SOFAS, CAMA, OTOMANAS, COLCHONES, Etc.



Espléndido juego de dormitorio "BOMBE" finamente terminado, compuesto de: ROPERO 2 metros, TOILET, 2 MESAS DE LUZ, Cama 2 plazas, elástico flejes, 1 Banqueta.
Precio propaganda..... **\$ 350.-**



Soberbio juego de Living Room brazos curvados, fina tapicería, compuesto de: SOFA, 2 SILLONES y Mesita. Precio propaganda..... **\$ 140.-**

Compre directamente en nuestras grandes Fábricas. Venta directamente al público. Visítenos y se convencerá.

Solicite catálogo ilustrado, N° 60

SARMIENTO 1554-57-61 y 77 - Bs. Aires

—¡Bravo, bravo!... Este muchacho es un valiente. Es la segunda vez que Abraham Lincoln, de Kentucky, ha escuchado esa palabra de boca del pueblo.

El recuerdo del Sur

Abraham Lincoln nació en el condado de Hardin. Su padre, carpintero; su madre, camisera. Nadie sabe leer en la casa ni nadie piensa que este muchacho tímido, al que le gusta correr por el bosque, sabrá leer un día. Es la madrastra que llega más tarde, una madrastra buena que redime en su historia a todas las madrastras, la que mañana le mienda a la escuela. Y aquí va el condado de Hardin le resaca. Hará de todo en la vida: dependiente de almacén, timonel, fogonero de barcos, leñador, carretero, soldado, diputado y presidente. Como para todo se ingenia bien y el bosque ha sido su cuna, adquiere de muy joven el arte de hacer jangadas; de armar, en formación de soldados, los maderos que ha de arrastrar el río. Y así surge el primer día que le abre el horizonte y que fija su destino. Conduciendo jangas remonta un río que el río Ohio hasta el Misisipi, y por el río padre a un ritmo de corriente hasta Nueva Orleans...

Veámoselos ahora, subido en una mesa de un bar de Springfield, Illinois. En torno a él, atento a su palabra, un auditorio improvisado de los parroquianos. Tomando sus solapas con los pulgares, actitud que repetirá cien veces y que recordará la historia, el joven leñador de Kentucky habla con paíabra pausada:

—He visto a los esclavos del Sur, he visto que se les trata como bestias, he visto cómo los señores pretenden que los negros son una raza que sólo tiene derecho a trabajar. Los esclavos no comen otro alimento que el maíz, viven en infectas viviendas, no tienen derecho a sus hijos ni a sus mujeres. No tienen derecho a la vida, amigos. Si vemos eso sin reaccionar, si no se nos crisan las manos contra esas injusticias, mal podemos llamarnos cristianos...

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Muy bien, muy bien!

Illinois ya tiene su héroe. Por tercera vez le ha gritado "¡bravo". Por tercera vez le ha aplaudido con toda su alma.

Abe interpreta su destino

El joven leñador es va célebre. Todos le llamaban Abe, y cuando el pueblo de Estados Unidos llama a un hombre por su diminutivo, porque ya le ha consagrado. Abe sigue trabajando rudamente, en cualquier trabajo. Pero ya ha intuido su destino, y prepara su arma: Ordena sus lecturas cuidadosamente, se preocupa de todo lo que relación con el derecho, con la justicia, con el bien del pueblo, hace abogado y pronto, empujado por los acontecimientos, abandona la carrera política. Tiene 27 años cuando entra en el Congreso como representante por Illinois. Llega a su banca desde los más bajos niveles del pueblo, después de convivir con todos los desheredados de la suerte, por eso su voz suena extraña y nueva, y trae verdades que hasta entonces habían quedado en silencio.

Su voz es demasiado clara. Todas las tentaciones y todas las tentaciones se cruzan en el camino de Lincoln para acallar esta voz. Los más poderosos intereses del Estado y del país están dispuestos a dar muerte para que el leñador de Kentucky cese en sus campañas. Abraham Lincoln es mucho más que un hombre: es un destino. Un destino nadie puede torcerlo.



Reproducción fotográfica de un retrato que muestra al presidente y a su familia en la Casa Blanca.

El viejo Abe

Siempre flaco, musculoso, erguido y severo. Lincoln maduro era a distancia igual que Lincoln joven. Pero ya cuando ingresó en el Congreso, arrugas en su frente y canas en su cabello marcaban las huellas de la lucha. El pueblo de Illinois comenzó entonces a llamarle "El viejo Abe", que más tarde había de quedar en aquello que fué uno de los grandes títulos de su vida: "El honrado viejo Abe".

"El honrado viejo Abe" no olvidó nunca los días de su juventud. Aquellos "bravo" que culminaron su primer discurso en un bar de Springfield señalando su destino. Siempre con la visión de aquel Sur esclavista que pusiera ante sus ojos el viaje en la jangada, llevó a los más altos triunfos a su partido republicano abolicionista. Y un día, el 9 de noviembre de 1860, el leñador de Herdín fué elegido presidente de los Estados Unidos de Norteamérica.

Tan honrado le sabían los hombres del Sur, que comprendieron que para evitar que su antiesclavismo se convirtiera de inmediato en una unidad libertadora, no quedaba otro expediente que la revolución. Y comenzaron aquella guerra terrible que había de prolongarse cuatro años, destruyendo al país...

El final inesperado

24 años y dos meses tenía el viejo Abe aquella noche en que, celebrando la capitulación del general Lee y el final de la angustia terrible de la guerra, concurrió a una representación del teatro Ford, en Washington. Al asomarse al palco, la sala estalló en un cerrado aplauso, en un solo grito de entusiasmo:

¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!
El hombre flaco, con aspecto de pastor, agradecido con la cabeza. Lo haber llorado en ese momento todas las lágrimas que contuvo aquellos cuatro años terribles de la secesión. Pudo haber dicho cualquier cosa enorme, con aquella voz profunda y esas palabras conmovedoras y claras que todos admiraban en él. Pero calló y ocultó su emoción. Era el hombre que había educado su carácter en la severidad y el pudor de sus emunciones.

¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!
Seguramente, en una instantánea cabalgata desfilaban en ese instante la mente del honrado viejo Abe, todos aquellos "bravo" que habían ido jalando su vida hacia la cumbre que le marcaba el destino: el cuadrado de lucha, los naufragos del Sangamon, el bar de Springfield, su proclamación de diputado, su discurso de Gettysburg...

La sala no acañó sus aplausos y sus gritos hasta que comenzó la representación. El viejo Abe escuchaba, miraba y sonreía. Pero estaba lejos de allí, estaba en aquel distante padazo de Nueva Orleans donde él, visto sufrir a los esclavos, estaba en los ojos llenos de lágrimas decididas de las madres negras que ya sabían que sus hijos iban a ser libres...

El destino estaba a la espalda del viejo Abe. El destino se llamó esa noche Juan Wilkes Booth, un actor loco, un apasionado esclavista. Un día de su pistola desahozó de pronto la calma de la sala y se incrustó en la cabeza del presidente, que desde ese momento se sentó al lado de Jorge Washington en la historia de los Estados Unidos.

Ocho horas después moría "el honrado viejo Abe", y sus honras fueron presenciadas por un millón quinientos mil americanos. Todos guardaron en el pecho ese último "¡bravo!" que no le pudo gritar... ♦



Escena del baile y recepción efectuados con motivo de la inauguración de la presidencia de Lincoln, en 1861. A la izquierda se ve a su esposa Mary Todd de Lincoln.

PALIDA y DESGANADA



Al borde de la anemia, en una vida de sinsabores y sobresaltos, ya que no puede haber buena salud con la sangre empobrecida en sus elementos vitales. Estos estados, precursores de algo peor, se combaten mejor y eficazmente tomando CLORIFOR.

CLORIFOR, creación científica a base de la clorofila, rica sangre vegetal similar a la humana, aumenta en seguida los glóbulos rojos y lleva a las arterias la riqueza del nuevo fluido vital del organismo.

Goce la alegría y la dicha de revivir con sangre nueva y opulenta.

Ensaye CLORIFOR y aprecie los resultados obtenidos en pocas semanas. De venta en todas las farmacias. Solicite folleto.

Lab. E. FREY. Boedo 452
Buenos Aires.

clorifor

es sangre vegetal

RECONSTITUYENTE • ESTIMULANTE • HEMATOPOYETICO

Micro pianos
verticales,
y de
cola

Nuevos y semi-
nuevos desde
\$ 30.- por
mes



RADIOS
DISCOS
GUITARRAS
CUERDAS

VIOLINES
VIOLONCELLOS
ACCESORIOS
METODOS

BREYER PIANOS

SARMIENTO 757 - Buenos Aires

El caballo

ILUSTRACIONES DE LISA



Por
**SLIMAN
BEN IBRAHIM**

Es árabe, la misma palabra significa a la vez caballo y ciudadela; es que, para el jinete, el caballo es una verdadera muralla. Su bala, pasando a través de la tronera que forman las orejas de su balagadura, va a herir al enemigo, mientras él está protegido por la rapidez de su marcha.

Porque esa ciudadela está construida sobre el viento y se desplaza con la velocidad de las centellas del huracán. Y el corazón del caballo fué animado por el Altísimo de sentimientos senescentes a los del corazón del hombre, al cual él debía servir de compañero inseparable.

Ben Merzoug recibió el sobrenombre de Ben Aouda —Hijo de la Yegua—, porque su madre, desde que lo privara de la leche de sus pechos, lo confió al lomo de una yegua, que lo llevaba y lo mecía en lugar de ella.

Y, antes aun de saber caminar, era ya un cumplido jinete.

Más tarde, cuando hubo alcanzado la edad del hombre, montado sobre su fiel El Azreg, cuyo pelo era del gris azulado de las piedras del río, se hizo célebre por sus proezas en todo el Hodna, donde se cuentan, no obstante, tantos jinetes intrépidos.

Había que verlo, de pie sobre sus estribos, jugando al juego de la pólvora, pasando como la sombra de una aparición y excitando con su aulacia los gritos de gozo de las multitudes.

Había que verlo cuando sabía que la esbelta Feralhoha, su prima, lo seguía con la mirada, apartando los cortinajes de su palanquin.

Y El Azreg, él también, sentía los ojos del ama de su amo fijos sobre él, y dejaba bien lejos tras de sí a los otros caballos de la tribu, para venir a arrodillarse ante ella.

Después, llevaba a su amo hacia apasionantes partidas de caza y hacía los espesismos perturbadores de las rutas del desierto.

Encontrábanse en los alrededores de Mdoukal, en la época en que los peregrinos se reúnen allí para visitar la *Koubba* (monumento) de Sidi Mohammed el Hidi, cuando los alcanzó una carta que venía de Bou Saâda, el país de su prima.

—¡Moja tu cabeza en Mdoukal!— le escribían —, y procura llegar a Bou Saâda antes de que esté seca, si quieres ver a tu prima antes de que haya entrado en la tierra, des-

El autor del cuento que publicamos a continuación, Sliman Ben Ibrahim, es considerado como uno de los escritores árabes más representativos. Nació en Bou Saâda, en 1870, y durante años fué compañero inseparable del pintor Etienne Dinet, a quien acompañó en sus correrías por Arabia. Este cuento le fué inspirado por el cuadro "El caballo", del citado pintor. Sus obras, tales como "Espejismos", "Había el Kouloub", etc., tienen un doble valor, etnográfico y literario. "El caballo" es un cuento de rico sabor árabe, cuya lectura permite adentrarse en el alma de los Hijos del Desierto.

apareciendo en ella para siempre jamás".

Espantado por esta noticia, Ben Merzoug ensilló rápidamente su caballo y lo dijo.

—Esta es tu noche, ¡oh, El Azreg!

Y el caballo pareció responder:

—¡Oh, mi amo; estarás en Bou Saâda al amanecer o no me llamo El Azreg el Relinchador!

Y llegaron, franqueando dos largas etapas en una sola noche.

La luz del sol acababa de extinguirse en capas de oro sobre el umbral de la puerta, cuando El Azreg relinchó, Feralhoha, agonizante, se irguió en seguida en su lecho, gritando:

—El relincho de El Azreg ha llegado a mis oídos.

Incrédulo, su hermano salió afuera y dijo a Ben Merzoug, a quien saludó, diciéndole su estupefacción.

—¿Cómo has podido llegar tan rápidamente? ¿Es por la ruta de los aires o por la de la tierra?

—Alaba a El Azreg, que aproxima las largas distancias, antes de pensar en mí.

Y Ben Merzoug, agradecido, besó a su caballo sobre la estrella blanca de su frente, después lo puso entre las manos del *Khamme* negro y penetró en la casa.

Cuando sus ojos encontraron los ojos de Feralhoha, la pobre enferma se incorporó, pero volvió a caer, agotada.

Ben Merzoug levantóle de nuevo la cabeza, la apoyó contra su seno y lo dijo:

—Toda criatura debe pagar un duro tributo a la enfermedad; pero la primavera llega,

trayendo nuevas fuerzas a todos los seres animados, y pronto, si Dios quiere, viajaremos el uno al lado del otro, respirándonos el aire vivificante de grandes llanuras; tú, nacida en tu lanchón de colgantes adornos de coral; yo, montado en mi fiel El Azreg. Y los cascos de nuestras balagaduras pisarán tapices de flores embalsamadas. Pero, en este momento, ¿cómo manejar reparador de tus fuerzas el viento de tu desecho?

—Hacia la carne sorprendida, y bre todo hacia la carne sorprendida por un cazador como tú.

Sin tomarse el menor descanso, Ben Merzoug ensilló El Azreg, aun cubierto de sudor y de espuma, piéandole un nuevo esfuercio, mientras montaba sobre su lomo, dijo a su prima:

—Queda tranquila; esta tarde te traeré carne impregnada con los aromas del Saâda.

Partió; pero apenas hubo salido de la ciudad cuando vio en seguida volar un cuervo que craba, y sintió que un fúnebre presagio se abría sobre su alma, al oír el saludo de pájaro de fea plumaje, considerado como separador de los amigos.

Pronto le rodeó una cintura de colinas que abundaba la caza. La emoción de la cacería triunfó sobre sus ideas tristes, y el fusil desgranó los collares de perlas y de corales que llenó su mochila de guerra.

Luego, tomó el camino de regreso. En un pastor que acababa de capturar una *Rimi*, graciosa gacela blanca de las arenas, cuyos ojos suplicantes le recordaron los ojos de los negros de Feralhoha.

Ante el recuerdo corrieron sus lágrimas, ofreció al pastor dos comellas gordas a cambio de la tímida *Rimi*, a la que besó entre los ojos y la liberó, diciendo:

—Queda en libertad, en honor de aquél a quien me recordas.

En las proximidades de la ciudad, el borde del cementerio del Norte, donde una tumba recién excavada.

Por las tres piedras superpuestas allí, él notó que era una tumba de mujer; los sentimientos fúnebres lo asaltaron nuevamente, y su corazón palpitó el corazón



noticias mucho antes de que las reciban los oídos.

Le pareció que esa tumba era la de una tumba salida hacía muy poco tiempo de la tierra donde ella había ya entrado.

Lloró, y El Azreg fijó sus ojos en el suelo dentro del cual parecía querer enterrarlos. Y mientras se alejaban, apurados por entrar en la ciudad, una hierba de la tumba, que había verdecido bajo la humedad de esas miradas amigas, marchitose y se secó súbitamente.

Ben Merzoug llegó a la vista de la casa; una multitud de mendigos se agolpaba a la puerta esperando la comida que se acostumbraba a ofrecer de parte del que acaba de entrar en el otro mundo.

Comprendió; sus fuerzas le abandonaron y se deslizó por el flanco de su caballo, que se inclinó para dejarlo en tierra suavemente.

Después suspiró y dijo:

—El mundo se ha hecho para mí más estrecho que mi anillo; ¡Solamente la tumba es lo bastante grande como para contener mi desesperación!

De pronto resonó un relincho lúgubre que hizo temblar hasta los mismos muros, y El Azreg, después de haber golpeado rabiosamente con su casco esa tierra maldita que había arrebatado el único tesoro de su amo, cayó muerto de repente.

El Azreg era la energía y el coraje del jinete.

No podía ya vivir. ¿Qué hubiera podido hacer en lo sucesivo en ese mundo, vacío de lo que inspiraba tan nobles pasiones?

Ben Merzoug amortajó a ese fiel amigo en un mortaja de seda, cuyo color verde simbolizaba la frescura de las pasadas alegrías.

Luego, después de haber dado un supremo adiós a su coraje, que abandonaba en esa mortaja, fué a tenderse sobre la otra tumba, que contenía ya su corazón.

Y cuando fueron a levantarlo, no levantaron más que un cuerpo privado de corazón, privado de energía, cuyo aliento acababa de dejarle a su vez y que la tierra ávida reclamaba implacablemente. ♦

LA PAGODA DE LOS

Los tres encuentros de Siddhartha

NO hay indicio alguno de que Sidartha, el hijo del rey de un pequeño territorio enclavado en las estribaciones del Himalaya, consintiera nunca en que le llamasen *budha*, que quiere decir *el ilustrado*, el que ha alcanzado la *boधि* o ciencia perfecta.

demasiado sencilla, demasiado puesta para éllo. Estando todavía más en la niñez que en la adolescencia, fue a salir una tarde del real palacio paterno y hubo en la puerta al anciano con todos los ingratos estigmas de la decrepitud... Retrocediendo, intento una segunda salida por puerta distinta y se tropezó con un enfermo... la tercera vez hubo de presenciar el paso de un entierro.

¡La vejez, la enfermedad
y la muerte!

Estos espectáculos de las humanas miserias conturbaron su ánimo hasta tal punto que desde aquel momento sólo pensó en remediarlas, en hallar una fórmula salvadora y en ir a predicarla a los hombres... Enterado de ello su padre, le hizo vigilar estrechamente para que no abandonara el palacio.

Cuando el joven llegó a se pensó en casarle. Negó hacia con una mujer per existía: era su prima, la Gona fué la esposa de Sid

El rey empezó a tranquilizarse: su Sidartha era feliz en palacio... Luego Gopa le dio un hijo... Y entonces el monarca del pequeño reino al aniparo del Himalaya, se sintió seguro: el heredero del trono no le abandonaría ya por nada. Ignoraba que ante el pequeño, sangre de su sangre, Gautama había murmurado en el fondo de su alma:

—Un lazo más que habrá que romper.
Y aquella misma noche, después de contemplar a la joven madre que dormía con el nardo de sus amores entre los brazos, Sidartha montó a caballo y desapareció en la oscuridad con dirección al sur, hacia los montes de Vindhuya donde, albergados en cuevas, vivían unos eremitas... Era por el año 600 antes de Jesucristo.



sadhodama en Kapilavastu, el reino cuyo suelo daban sombra las cumbres del Himalaya... Llegó a la mujer elegida como un ave de siete colores, los misnos del mántrika, el concubio sin haber tenido contacto alguno con varón. Acudieron a recibirle en su palacio, a bañarle y ungirle con aceites preciosos, a vestirle con los dioses y Brahmin, el señor de las criaturas. Cuando su padre, el rey, le presentó en el templo, las imágenes divinas, todas, sin excepción alguna, se levantaron para ir a humillarse ante los pies venerables del infante... Otros signos del excepcional nacimiento de Siddhartha, el futuro Buda, narrados al venir al mundo: cantos de aves, músicas misteriosas, iluminaciones sobrenaturales.

Sidhartha empieza su predicación en Benarés... Ha descubierto el secreto de la felicidad humana y se lo comunica a sus seguidores... La culpa de nuestros males está en las aspiraciones, en los anhelos, en las ambiciones, en las apetencias. Hay que ahogar al deseo, hay que llegar al nirvana, que es la anulación absoluta del yo.

El budismo está fundado.

El infierno de Budha

En la nueva religión se establecen las categorías glericales. En el libet existen, como estrellas en el firmamento, monasterios, conventos y eremitorios hasta tal punto que la quinta parte de su población está constituida

por sacerdotes budistas.
frente de todos ellos
Dala-Lama o santo por
ce... Hay también religi
El mismo Gautama
interés en reclutarlas.

Además de las jerarquías eclesiásticas, el budismo tiene también su cielo y su infierno.

La tierra para los
tas es como un im
navio circular cuyo
es el monte Merú...
ella hasta el vacío de
grandes alturas, ex
veinte pisos celestes.
superficie para abaj
dieciséis infernos, och
fuego y ocho de hiel

La idea del infierno, en verdad, en las religiones hindúes... Vedes nos hablan de demonios, sus clases y ministeres a que se atan. Pero las torturas se infligen a los condenados sólo se concretan al brahmanismo: que el castigo de los miembros maduras atroces, baño en agua hirviendo...

Los demonios son di-
órcenes: demonios que
chican, juegan los dios,
demonios que se dedican
a hacer dadas a los
bribes: *asuras y rakshas*.

El más notable de los asuras fue *Va-
sukh*, con Indra, luego viene *Val-
pues Arunda*, *Svavahana*, que tiene
para celar al sol... En el museo *G.
de Paris* hay una moraleja cosa interna-
distra, *Mikha-sero-Ma*, y los *ganasins*, en-
nacion se profesa casi exclusivamente
disino, tienen tambien diables de pinto
representacion.

Los *rachas* persiguen a los hombres, saquean, les causan enfermedades, entre la locura... Son seres ávidos de carne, sangre y tienen una especie, la de los devoradores de cadáveres... Estos *rachas* comprenden individuos de ambos sexos, tiruyen familias y son mortales. Aparecen forma de animales o con aspecto humano para engañar a sus víctimas. A veces se presentan monstruosas deformidades. Suelen ser pequeños, varlos o a veces...

Hay una pagoda famosa en Candou-
la que se representan los tormentos in-
fles con un primitivo verismo. Es la de
han-Fou. Se ven allí hombres que sólo
torso; el verdugo, con un instrumento lo-
no del tenedor del diablo del catol
pincha a los reos; hay figuras sumergi-
el agua que hierve. Llámase a esta pa-
la *pagoda de los atormentados*. Bu
muestra furioso, decretando suplicios;
blico cruel, que nunca falta en estos co-
regocijo en los sufrimientos de los con-
goz; y en el rostro del saxon que tortu-

ATORMENTADOS

Por J. R. Herreras

Los salones y coléricos, se advierte una satisfacción entre horripilante y cómica. Hay un condenado que reza de rodillas... ¿Será redimido? Porque el infierno budista no eterno. El atormentado, cumplido el castigo, se convierte en una cosa infuina o inmortal, un animal inferior, por ejemplo, que vuelve a la tierra para regresar después al infierno en forma de *preta*, denuncio a la par que condenado, que padece hambre y sed que no se sacará nunca. Más tarde se trucea en hombre por último, asiendo a dios.

En esos *preta*, distinguen los sacerdotes budistas hasta treinta y seis especies. El *preta* conocido se encuentra en los bajoreliefes, con apariencia humana, tan flaco que se pueden contar sus costillas, con un vientre hinchadísimo, hinchado, con una boca irrisoria, con un pico, pero estrecha como el ojo de una aguja para que no puedan pasar por él ni una miga de pan ni una gota de agua.

Gran contradicción

No ofrece un punzante contraste tanta dulzura con la dulzura de la doctrina de Kartha?

El mudo budista empieza por hacer morir a Mayadevi siete días después de alumbrar a Budha, para librarla del dolor de verse abandonada por éste al empezar su predicación, detalle piadoso de una ternura infinita. Gautama estima en tan alto grado la mansedumbre, que merece recordarse este diálogo con el converso Purna que quiere pertenecer a una tribu de costumbres feroces:

— Cuando los hombres de Sronaparantaka dirijan palabras groseras, ¿qué harás?

— Pensaré que son buenos porque no me

maltratan con las manos ni con piedras.

— ¿Y si lo hacen?

— Pensaré que son nobles porque no me hieren con bastón ni espada.

— ¿Y si te golpean con ellos ¿qué harás?

— Pensaré que son benévolo y mansos porque no me quitan la vida.

— ¿Y si te la quitaran?

— Pensaré que son generosos al liberarme, con tan poco dolor, de este cuerpo miserable.

— ¡Oh, Purna! — exclama Sidartha —. Puedes, con la perfección de paciencia de que estás dotado, fijar tu residencia en el país de los Sronaparantaka.

— No son estas palabras, gemidas de aquellas aras.

— Mi ley es una ley de gracia para todos.

— Cabe la menor concordancia entre el gesto sereno de los discípulos de Budha, que se observa en sus estatuas, y las expresiones odiosas de la pagoda de Yohuan-Fou?

Y sin embargo el templo es francamente budista por su emplazamiento, ya que la nueva religión, combatida por los sacerdotes brahmanicos a los que convertía, emigró de la India hacia la China, Indochina, Siam, Japon...

Desde luego, a la visión de Budha furioso preferimos la imagen del joven esposo de la bella Gopa, del príncipe errante que con palabras de paz y amor dirigidas a todos los seres, hombres y animales, con la exaltación de la pobreza y la castidad, consiguió reunir en torno a su recuerdo quinientos millones de adeptos que se renuevan incesantemente como se renuevan las hojas del árbol bajo cuyas ramas estaba sentado, cuando descubrió el secreto de la humana felicidad: la renuncia.

REGULADOR TRADICIONAL



DE LA FUNCION INTESTINAL

Desde hace mucho tiempo SACAROL es popularísimo en todos los hogares de la República, como un purgante SUAVE y EFICAZ.

Su exquisito gusto a cocoa lo hace indicado para las personas reacias a los purgantes.

La próxima vez púrguese con SACAROL. SE VENDE EN SOBRES DE 4 DOSIS EN TODAS LAS FARMACIAS DEL PAIS.

FUNCIONA COMO UN RELOJ DE PRECISION



SE TOMA COMO AZUCAR
FABRICANTES Y DISTRIBUIDORES:
Drog. SCHMITZ Hnos. - Aliso 2853 - Bs. As.



\$ 5 90

\$ 2 50

Envíes al interior en el día. Agregar \$ 0.50 para flete.

QUINTANA

CAMISAS en poplin importado, colores firmes y novedosos, \$ 5 90
CORBATAS en rayón, gustos seleccionados... \$ 1 50
MEDIAS de calidad, diversas fantasías... \$ 1 95

CAMISETA ideal, superelástica, en algodón egipcio, \$ 1 50
CALZONCILLO perfecto, de poplin importado, tipo sport, \$ 2 50
a... \$ 2 50



LAVALLE 894

Para llegar al nirvana hay que ahogar el deseo y dar tormento al cuerpo. Estos creyentes dan aquí un ejemplo de perfecto calm, rezando con velas encendidas en sus brazos.



GUTA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES



Baldios

Si querés ver lo fea que es una ciudad, no tenés más que derribar una casa o un grupo de ellas. En seguida se hace el milagro: aparece el baldío. Y con él, la tierra auténtica, la hierba tierna, algunas gallinas y los chicos de la cuadra. El cielo baja o se eleva, cargado de pájaros, o de curvas de pajaros. Todo se colma de claridad, y el alma, en fin, siente como un arrobamiento, como una renovación. ¿Qué sería si se derribara un barrio entero, la ciudad entera?

Por aquí, en la calle Rivadavia, han echado aba o un palacio antaño rodeado de una quinta lóbrega y ha quedado un tajo maravilloso que, como un ancho rayo de sol, atraviesa la manzana de parte a parte. Han surgido los muros vecinos con sus ventanitas y las tapias de algún jardín interior con sus ramajes. Se ve lo que ocurre en la calle paralela. Cada vez que paso vuelvo los ojos al terreno vacío, luminoso, como hacia un consuelo efectivo. Imaginar otra vez

el viejo fantasma arquitectónico, la vieja sombra, angustia como cerrar de golpe una ventana.

Pero no va a durar mucho mi gozo. Ya empieza a brotarse de nuevo, aunque lentamente. En una esquina le ha salido una calesita, hoy, día de lluvia, cónica, bélica, gris como una tienda de campaña. Y en la otra, ladrillos mojados y maderas, ya están edificando una casita, la primer casita.



Vida literaria

Francisco López Merino

El primer recuerdo que conservo de Francisco Lóñez Merino, salvo las alusiones literarias, que son algo así como los balbuceos de la fama, es el de un muchacho apoyado con negligencia en una ventana de mi casa de Chascomús, cuando yo era médico. Después, ya en Buenos Aires, en la rueda casi diaria del R. Bar de la calle Florida, López Merino avanzaba con timidez, entre el bullicio, y se sentaba un poco ladeado. Era alto, le sobraba esqueleto, hablaba poco, y al hacerlo con la cara vuelta hacia uno, arqueaba las cejas, la boca y las palabras. Yo lo sabía muy noble, muy niño, pero, sin duda, se reservaba. El humo del cigarrillo lo envolvía en algodones claros que sólo dejaban ver pestañas y bigotes muy negros. Venía o se iba sobre el pasillo central con un vaivén lento de los hombros: de La Plata o para La Plata. Pero, según el aire que tenía, y el tono con que lo anunciaba, esta ciudad adquiría en su voz un matiz misterioso, recóndito, lejano, como si realmente se tratara de un país desconocido y exótico, lleno de peligros.



Por
*Fernández
Moreno*

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIONES DE
RAUL VALENCIA



Un cartero

AHI va, en el subterráneo, en el ángulo que forman un barrote blanco y un espejo, tapado a medias por un aviso. ¡Lenoro qué edad puede tener. Mucha. Hace frío, pero va vestido de brin, con los botones resplandecientes, y un cuadrado azul en las solapas con las letras C. y T. Lleva una cinta de luto sobre el corazón, y debajo, paralelas, cinco estrellas duras como cinco cabezas de clavo. El rostro bien afeitado, arruga tras arruga, valle tras valle. Es un rostro de una mansedumbre extraordinaria, bajo la visera lustrada. No me explico cómo no está jubilado o en su casa, al fuego.

Va distraído, con las manos atrás, sin darse cuenta de que yo lo miro con crueldad. El subterráneo lo traquetea, sobre un fondo de correillas danzantes. Está blando, macerado de traer y llevar correspondencia, alegrías y dolores. Me fijo más, y veo que mueve los labios continuamente: no sé si reza o canturrea.



ACTUALIDADES GRAFICAS

EL 93° ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SAN MARTIN

EXTRAORDINARIO relieve alcanzaron los actos realizados, en todo el país para recordar el nuevo aniversario del fallecimiento del prócer. En Buenos Aires efectuáronse numerosas ceremonias a las que el público se adhirió con hondo fervor cívico. Los actos culminaron con los realizados el 17 de agosto en la Plaza de Mayo y en la Plaza San Martín, donde, con asistencia de las altas autoridades de la Nación, rindióse emocionado homenaje a la figura del Libertador. Las presentes fotos muestran diversos aspectos de esas emotivas ceremonias.



Una vista del palco de las autoridades, en Plaza de Mayo, durante la ejecución del Himno Nacional.



Un sector del público en la Plaza de Mayo.



Los granaderos montan guardia frente a la estatua del prócer, en la Plaza San Martín.



EL CONSEJO DE MUJERES.—Otro de los actos públicos realizados en homenaje a San Martín efectuóse en la biblioteca del Consejo de Mujeres. En una brillante reunión se recordó al prócer, evocado en la poesía, en el arte y en la oratoria. Colaboraron en dicho acto la Dra. Gisberta Kurth y la Sra. Enrique Adessio de C. Lapelma, que aparecen en la foto.



EXPOSICION.—Un nutrido conjunto de cuadros al óleo presentó el pintor Demetrio Lubovsky en la Galería Van Riel. En la fotografía, obtenido el día de la inauguración de la muestra, aparecen, junto al pintor, el escultor Stephen Erzo, monseñor Ignacio Aburrus y otros asistentes al acto.

LITERARIAS. — “El romo” tituló la novela de Luisa Sofavich que acaba de aparecer. Con dicha obra, la escritora afronta nuevamente el juicio de la crítica.



DEL PATRONATO SINDICALISTAS.—En un lucido acto, la asociación del epígrafe procedió a elegir nuevas autoridades para el período 1943-1944. El señor Marcelo José Azize fue reelecto, por unanimidad de votos, para el cargo de presidente.



Por Rosario Beltrán Núñez

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

ILUSTRACIÓN DE MARIANO ALFONSO

gine que te ibas a dar cuenta de que estaba sola.

—Sí, y como no veía la hora que llegara este momento... Me dejaste tan desesperado cuando dijiste esta tarde que era duro vivir aquí.

—Como siempre que tu padre me habla de su vida y de la de mi padre, me hace reflexionar, y tu comprendes...

—Y ahora? — le tomó los dos brazos y la atrajo hacia él.

—Ahora, ahora... — y encandilándolo con esa coquetería que la tornaba irresistible, agregó: — ¿Qué mejor para un hombre que al descubrirlo poco a poco el corazón de la mujer que ama?

—Dime de una vez, Elvira, ¿claro? — repuso él soltándola y frunciendo el entrecejo. — ¿No me quieres?

—¿Que no te quiero? Ja, ja, ja... — e inesperadamente lo besó y le huyó hasta su pieza.

—El la alcanzó en el umbral; pero ella logró cerrar la puerta.

—Te niego, te pido por favor que ahora te vayas... le suplicó desde adentro. — Ya te he dado una buena respuesta. ¡Por favor! ¡Me vas a hacer enojar!

—Elvira... — insistió empujando la puerta suavemente.

—Me enoja! — Sé bueno, por favor...

—Haré todo lo que quieras...

—Hasta luego, entonces.

—Hasta luego!...

Ella escuchó pegada aún a la puerta.

—Se va, se va... — y su decisión de huir le dobló en el alma.

—Ah, si me quedase, si me quedase...

Tomó el sombrero de viaje y fue a ponerse frente al espejo; pero al mirarse quedó suspensa ante su propia imagen, como si nunca estuviera allí, desencajada de angustia, temblando de pasión, fuera otra mujer y no ella misma.

—Coqueta, falsa — comenzó a murmurar estrujando el sombrero entre las manos — ¿Cómo vas a quedarte aquí al lado de un hombre que no mereces? No eres para esta tierra, como no era tu padre, te morirías vencida por él, como él. ¡Tampoco puedes decirme toda la verdad de tu vida...

—Unos golpes en la puerta la sacaron de su tortura. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Niña, niña, ya está el coche. — Abrió la puerta; dio una valija a la sirvienta y tomó la otra.

—No ha vuelto nadie?

—Naide, niña...

—Presuroadamente fueron hasta el break que esperaba frente a la calle de paraísos.

—Adiós, Adelaida; y díles a la señora, a don Pedro que...

Al poner el pie en el estribo se contuvo sorprendida, alelada.

—¿Arriba, arriba!... — le ordenó con violencia Goyo desde el pescante con las riendas en la mano.

Subió aturdida, rápidamente.

—Vámos... vámos... a dár una vuelta. ¿O te crees que te vas a reír de mí? ¡Ahijuna!

Restalló el látigo. Los caballos arrancaron. La sirvienta quedó allí siguiendo con ojos maliciosos el coche que se alejaba por la calle de paraísos.

El azoramiento de Elvira no tenía límites; sentíase sin voluntad ni para hablar. Sólo cuando el repitió:

—No te vas a reír de mí...

—Av, Goyo!, es que... ¡Dios mío!, ¡hay cosas — arinó a decir.

—Ya me imagino lo que te pasa. Y sé también que me quieres. ¡Me quieres! ¿O te crees que soy tonto para no darme cuenta? Ahora los dos solos por el campo me vas a hablar sin vueltas ni remilgos.

—¿Goyo!, ¿Goyo! — sentíase vencida, trémula de temores y de pasión.

—Me quieres y te quiero hasta la médula de los huesos. Y tené en cuenta que no soy hombre de ahogar en un vaso de agua ni de dejarme embotar por poleras.

Elvira lo escuchaba mareada de sensaciones, vencida por la energía que emanaba de aquel hombre tan seguro de sí mismo y tan orgulloso de su honra. En medio de aquella tromba de pasión que arrasaba con su voluntad y sus propósitos, que se apoderaba decididamente de su destino, no pensaba, no razonaba, pero sentía, sentía con todo su ser, que Goyo era distinto por completo a aquellos hombres con los cuales su coquetería jugara hasta el hastío.

—Te quiero y te vas a quedar aquí conmigo... ¡Mía, mía!

En el silencio del campo anochecido oíase la voz de Goyo, varonil y ardiente, sobre el trotar de los caballos. De vez en cuando el látigo chasqueaba sobre las ancas lustradas de las bestias.

De pronto, del caos mirino de Elvira, surgió un recuerdo: don Pedro.

—¿Que tierra! ¿Que tierra, Dios mío!... — suspiró profundamente como si aspirara el hálito del campo bravo; se reclinó en el respaldo y entrecerrando los ojos repitió: — ¿Que tierra?

En tanto, en la voz de Goyo oía vibrar una absoluta certeza.

—Mía! *



Su deseo de progresar es lo más valioso que Ud. tiene. Pero sea cuidadosa en la elección de sus maestras, porque la desilusión de un fracaso puede perjudicarla para siempre.

Confíe en la enseñanza por correo de la UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER, cuya eficiencia ya ha sido probada en más de 40.000 casos, y que por eso mismo le da la más absoluta seguridad de lograr el triunfo.

Mándenlos HOY MISMO el cupón adjunto y confíe su futuro a la cariñosa atención que nuestras profesoras le dedicarán, hasta haberla llevado hacia el éxito que Ud. anhela.

UNIVERSIDAD POPULAR DE LA MUJER

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADERO EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Corte y Confección.....	\$ 25	\$ 3 por mes	Secretaría.....	\$ 75	\$ 10 por mes	Idioma Alemán.....	\$ 50	\$ 10 por mes
Labor.....	\$ 25	\$ 3 por mes	Combinado General.....	\$ 100	\$ 10 por mes	Idioma Inglés.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Labor.....	\$ 25	\$ 3 por mes	Idioma Francés.....	\$ 32	\$ 4 por mes	Idioma Italiano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Alemán.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Griego.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Francés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Italiano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Ruso.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Turco.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Árabe.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Persa.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Chino.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Coreano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Vietnamita.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Japonés.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Japonés.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hebreo.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Ruso.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hebreo.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Hindi.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Turco.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Hindi.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Árabe.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Indonesio.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Persa.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Indonesio.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Birmano.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Chino.....	\$ 120	\$ 10 por mes
Idioma Birmano.....	\$ 22	\$ 3 por mes	Idioma Vietnamita.....	\$ 18	\$ 5 por mes	Idioma Coreano		

LA PELOTA DE FUTBOL

Un año, y a veces más, se tarda en hacer una pelota de las que se emplean en el popular juego del fútbol. La piel con que se fabrica este objeto de juego, hay que tenerla once o doce meses en el curtiembre, y luego hay que dividirla en dos capas, de las cuales sólo una de ellas es la que se aprovecha.

ALGUIEN DIJO:

El dinero es un buen criado, pero un mal amo.



La amistad y el negocio

Cena con tu amigo, pero no hagas negocios con él. —PROVERBIO ARMENIO.

DATO SEGURO

Quejándose uno a un capitán de ladrones de que le habían despojado unos individuos de su compañía, para ver si era cierto le preguntó:

—¿Traía usted esa capa cuando lo robaron?

—Sí, señor.

—¿Y esa chaqueta?

—También.

—Pues no son de mi compañía —dijo el capitán—, porque, a ser ellos, lo hubieran dejado a usted en ropas mucho menores.

EN EL SUELO Y CON LOS DEDOS

Por lo menos un tercio de los habitantes del mundo como sentado en el suelo o en cuclillas. Más o menos la misma proporción como directamente con los dedos.

JUEGOS DE SOBREMESA

Este es el último juego de sobremesa de nuestra serie. Con tal motivo, vamos a obsequiar al lector con el más estupendo que jamás se haya visto. Los grandes "truquistas" están acostumbrados a lucirse colocando las cucharas como muestra la foto, pero sobre una mantequera en posición horizontal. Nosotros las colocamos, por el contrario, en sentido vertical, lo cual constituye la hazaña máxima en tales asuntos. Al lector que logre realizar lo que aquí ve, le entregaremos un gran premio.

EPITAFIO

Aquí don Diego reposa.
Y en su vida hizo otra cosa.

ARMENIO

MEDIAS

¡Estas sí que son medias! Batien el record de altura. Pero su elaboración no fue muy costosa: solo hubo que continuar tejiendo. Podrían llevar a constituir una moda. Moda útil para los fabricantes. Aunque terrible para las muchachas: reparar los puntos que se corren ha de ser cosa seria y laboriosa. Sin embargo, el mundo está curado de espanto; venga lo que venga. Peor es la guerra.

PINCELITO PURAPOSE



Ilusiones

sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS

VANIDAD DE MOREAS

Hablando Baragón con entusiasmo de Mistral, ante Moreas, éste le preguntó: —¿Cree usted realmente que Mistral es tan gran poeta como dicen?

→ Claro que sí — afirmó Baragón.

—Vamos... ¿tan gran poeta como yo?

—Sí.

—¿Usted no piensa lo que dice?

FRESCURA

—Caballero; acabo de llegar de afuera y no conozco... ¿Podría usted decirme dónde se come por dos pesos?

—Sí, señor. En el restaurant.

—Muchas gracias. Ya que es usted tan amable, ¿cuánta le da para conseguir los dos pesos?

SALIO DEL PASO

—La sal se saca del agua salada, ¿verdad, papá?

—Sí, hijo mío.

—¿Y el azúcar?

—Del agua dulce.

LA LINDA MUCAMA



—Es que acabo de llegar el teniente Wilson que viene a verlo a usted, señorita.

EL PERRITO DE NINÓN

La hermosa Ninón de Leoclos, edebre por haber conservado toda su belleza hasta muy avanzada edad, tenía un perrito pequeño que le servía para cuidar de la higiene de las comidas de su ama.

Si servían a Ninón algunas salsas con demasiadas especias o algún embutido grasiento e indigesto, se apitaba en el asiento y se arrojaba sobre el plato, no con ánimo de comer el contenido, sino para avisar que la bella Ninón lo probaba. Era un perro aficionado a la higiene, que aprobaba el contenido del agua y ladraba en cuanto olía el vino o las especias fuertes.

SUERTUDO

—Dime, mamá: ¿de dónde han traído a mi nuevo hermito?

—De Nueva York.

—Dichosa de ti que no tendrás que estudiar el inglés!

CONSTRUCCION MODERNA

En la construcción de un transatlántico entran más de 50.000 piezas de acero diferentes.

POBRE OFICIO

Enrique el Grande, rey de Francia, preguntó a un autor que le presentaba un grammo de su nombre con la esperanza de un recompensa.

—¿Qué profesión tienes?

—Señor, hago onagramos, pero soy pobre.

—No es extraño que seas pobre —testó el rey—, porque tienes un oficio.

JACINTO PIESFELICES



Lectura

perdidas

por DOMINGO VILLAFANE



ni ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

CURIOSIDAD

Los doctores Galambos y Griffin, de Harvard, informaron que los murciélagos pueden volar a ciegas (con los ojos vendados) sin tropezar con objeto alguno.

¡MEJOR QUE ESA!

LA MUJER.—Clámate una buena acción que hayas hecho en la vida.

EL MARIDO.—¡Impedir que a mujeres viejas y solteronas!

LA NECESIDAD

DE HUIR DE CASA

Hacia veinte años que un hombre casado pasaba las tardes en compañía de su vecina, la señora N.

Murió la mujer propia y entonces le aconsejaron sus amigos que se casase con la señora N., puesto que le unía a ella una amistad tan estrecha y tan antigua.

—Pero, necios —contestaba enojado—, ¿no veis que si me caso con ella ya no tendré donde ir a pasar las tardes?

NO BAILE ASI

El lector pensará, ante esta foto, que no se trata de un baile. Porque, ¿quién baila así? ¿En qué posición pueden haberse colocado los bailarines para que en un descuido ocurra esto? ¿O es que ella, furiosa por el pisotón que acaba de sufrir, se halla en el preciso momento de la venganza femenina? Pues, no; la soberbia pata-da que el caballero recibe en el pecho no es voluntaria; de ahí lo extraordinario del hecho. Ella solo quiso levantar elegantemente la pierna, y ¡zas! Ya ven ustedes lo que puede suceder.



POR AMOR A LA MUSICA

En 1795, plena época del terror en Francia, fue condenado ante el Comité de Salud Pública el famoso violinista Poppo, acusado de relaciones con los aristócratas.

- El presidente del tribunal interegó así:
- ¿Cuál es vuestro nombre?
 - Poppo —contestó el violinista.
 - ¿Que hacéis?
 - Toco el violín.
 - ¿Que hacéis en tiempos del aborrecido tirano?
 - Tocar el violín.
 - ¿Que hacéis en estos sagrados días de la libertad?
 - Toco el violín.
 - ¿Y que pensáis hacer por la patria?
 - Tocar el violín.
- Ante estas razones, el tribunal puso en libertad al célebre violinista.

DEL VIEJO VIZCACHA

—¡Jamás llegues a parar donde veas perros flacos!.

LA MUJER HERMOSA

La hermosa de hoy es, sin duda, la más bonita de cuantas hemos presentado hasta ahora. No quiso posar para esta página; pero le pedimos que pose para otra, y aquí está. Se llama Frances Gifford. No consigue amigos: todos son pretendientes. Dice que eso constituye su desgracia, y que, por eso mismo, querrá no ser tan linda. Esto último no se lo creemos. Porque ¡ni cosa, dicha por una mujer, es siempre una mentira!



NO ERA LO MISMO

Reprendían sus amigos a un celebre juriconsulto porque escuchaba los negocios después de casado, y le citaban, como ejemplo de lo contrario, a Sócrates, que no había perdido con el casamiento el entusiasmo por el estudio.

—No me sorprende —respondió el abogado—; pero no puede haber comparación, esto que no hay igualdad de circunstancias. Xantipa, la mujer de Sócrates, era mala, sucia, fea, mientras que mi mujer es amable, dulce, buena, y sobre todo hermosa.

PATRIA GRANDE

- Acusado: dígame cuál es su patria.
- ¿Mi patria? ¿Y quién podría saberlo? Explíquese.
- Mi padre era inglés, mi madre francesa, yo vi la luz a bordo de un navío americano que navegaba bajo bandera turca en aguas de Grecia...
- ¡Basta! Señor escribiente, ponga usted: patria, el globo terráqueo.

interesante

por CAO





Lucila Wells no descansa sobre sus éxitos: estudia siempre, tratando de superarse. Hela aquí junto al piano, donde realiza largos sesiones de práctica.



Todos las manifestaciones del arte interesan a Lucila Wells: a la vez que reposa, ocupa el arte francés. Al fondo puede verse uno de los cuadros que ella pinta.

DE LA VIDA ARTISTICA

CUANDO LUCILA WELLS VENCIO

Una pregunta...

—¿D ESEARÍA usted actuar ante el micrófono? —interroga el hombre.

—Pero... ¿Cómo? —balbucea la muchacha, sorprendida por la pregunta.

Quien ha interrogado es Carlos López Buchardo, profesor del Conservatorio Nacional. Quien contesta, una de las alumnas de su curso.

Esa pregunta y esa respuesta fueron el comienzo de la brillante carrera artística de una de las más celebradas cantantes de nuestro Teatro Colón: Lucila Wells.

He aquí la interesante historia:

En la progresista ciudad bonaerense de Junín, una niña había organizado un elenco teatral con sus amigos. Recitaba poesías, cantaba, representaba. A veces, el elenco se presentaba en público. La niña tenía aptitudes sobresalientes, pero no había en Junín quien pudiera conducirla por el camino de la perfección, y Lucila Wells—que así se llama—fué, poco a poco, volcando sus inquietudes en otro arte: la pintura. Unos óleos, algunas acuarelas y otros trabajos que ella posee aún, demuestran que no fué en vano.

Pasaron algunos años; joven aun, Lucila se casó, trasladándose con su esposo a Buenos Aires. Un día, López Buchardo la oyó cantar en casa de unos amigos y, gratamente impresionado por su voz, le aconsejó que ingresara al Conservatorio para perfeccionarse.

Corría el año 1934; por esos días, el profesor sostuvo una conversación con su amigo el escritor Agustín Remón.

—Escucha —le dijo este último—, estoy preparando

algo nuevo para la radio con mi amigo el compositor Jacobo Fischer: una comedia musical. Necesito, para primera actriz, una joven de bella voz y dotada de temperamento artístico.

—Y por qué me lo dices a mí?

—Como tú estás en el Conservatorio.

Y fue entonces cuando López Buchardo hizo aquella pregunta a Lucila Wells:

—¿Desearía usted actuar ante el micrófono?

De frente al destino

Lo demas se adivina con facilidad: Lucila debutó como actriz en una popular broadcasting porteña, triunfando plenamente. Era el primer paso hacia la consagración definitiva. Ese mismo año actúa también en el teatro Argentino, siendo primera figura en la comedia "Roma", de don Enrique Larreta.

Al año siguiente, y en 1936 y 1937, la joven actriz sigue ascendiendo por el camino del éxito, siempre en el teatro. Ella misma nos lo dice:

—En 1935 actué como primera actriz en la Compañía Argentina de Comedias, en el teatro Moderno.

—¿Y después?

—Después, en la temporada siguiente, en el teatro Astral, con la dirección de Armando Discépolo, y en 1937, siempre como primera figura, en la Compañía Nacional del Uruguay.

En seguida Lucila Wells nos cuenta la parte más interesante de su historia. Ella, en efecto, no estaba satisfecha. Había triunfado, es cierto, pero el destino le jugó una broma: cuando era niña, ansiaba actuar en el teatro y el destino la impulsó hacia la pintura;



La belleza física de la diva no cede a sus condiciones artísticas. Esta original pose es la prueba mas evidente de ello

AL DESTINO

Por Víctor N. Nep

luego, cuando todas sus aspiraciones estaban puestas en el canto, ese mismo destino la retenía en la comedia.

Entonces Lucila se cuadró frente a su destino. Y triunfó una vez más.

El 28 de noviembre de 1938

Con ejemplar perseverancia continuaba perfeccionándose en el canto, hasta que por fin, cuatro años después de su debut en la radio, Lucila Wells veía colmada su máxima aspiración.

En la noche del 28 de noviembre de 1938, en efecto, personificaba a Mimi, de la ópera "La Bohème", en el Teatro Colón. Desde entonces Lucila Wells ha sido una de las más notables divas del Colón, y hasta 1942 fué primera figura femenina en "Pagliacci", "La hija del regimiento", "Madame Butterfly", "Ariana", etc., etc.

Hoy, la exquisita soprano se halla momentáneamente alejada de su arte, pero pronto volverá, sin duda, a deleitar al público argentino con su voz privilegiada. Su perseverancia, su capacidad de trabajo y su reconocido talento artístico, así permiten augurarle. ☽

TOS

Y RESFRIOS
de los
NIÑOS

Resotil
FUCUS
contra la tos infantil

Los niños
lo toman
con facilidad por su gusto
agradable

ESTUDIE POR CORREO

¡Aproveche su tiempo libre! Estudie por correo en estas famosas Escuelas, fundadas en 1915. Enseñamos por CORREO: RADIO, AUTOS, DIESEL, DIBUJO, CONSTRUCTOR, CONTADOR, SASTRE, MODISTA, TENEDOR DE LIBROS, SECRETARIO, AGRONOMIA, ELECTRICIDAD, ORTOGRAFIA, CALIGRAFIA, ARITMETICA, etc.

Envíenos sólo su nombre y dirección y recibirá informes muy interesantes.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
695, Avenida Montes de Oca, 695 - Buenos Aires

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... (6)

LA JAULA DE

TEXTO INTEGRO

de la famosa novela policial de

ENRIQUE CORBIERE

Traducida especialmente para "Leoplán" por la doctora Clara Campoamor

TAPA E ILUSTRACIONES DE PREMIANI

LA AMENAZA

Cos el fin de dominar su impaciencia, Carlos Birniön caminaba a grandes trancos a todo lo largo de la calle de Rénar, completamente bañada por el sol; llegó hasta la esquina de la Bolsa, y retornó sobre sus pasos.

Como había renunciado hasta a sacarse el sombrero de paja que le cubría la cabeza, para sacarse la frente, el sudor le corrió a lo largo de las mejillas. Era un hombre bajito, delgado, de rostro flaco y tez oscura. Mientras caminaba, apretaba las mandíbulas, para no hablar en alta voz, exponiéndose a que lo tomasen por un loco.

Pero en sus ojos, negros y penetrantes, se leía la impaciencia. Era una inquietud que iba convirtiéndose en angustia. Por tercera vez acababa de preguntar al portero si el señor Nicolle había llegado a la oficina, y el señor Nicolle no había llegado aún.

Ni siquiera había tratado Carlos Birniön de ver a la secretaria, a Julieta Larbeau, que debía estar allí desde las dos; cuando habló con ella por teléfono por la mañana, le había dicho que el patrón no había venido; que iría seguramente después de almorzar, como lo

hacía dos o tres veces por semana. El señor Nicolle no se tomaba nunca vacaciones, pero de julio a septiembre, durante el verano, pasaba de vez en cuando una noche en Saint-Cloud, en la villa que se había edificado sobre el ribazo.

—Con tal de que venga, y pronto... — refulguró Carlos Birniön, había telefonado a Saint-Cloud sin que nadie le contestara, y desde que acabó de almorzar, iba y venía de un lado a otro, deritiéndose bajo el sol. Sintió pronto los efectos de la sed, pero para no perder de vista la puerta del inmueble, cruzó la calle hasta un bar de enfrente y se hizo servir una cerveza en el mostrador. No había terminado aún el vaso cuando arrojó los cuarenta centavos sobre el cine y salió rápidamente, llegando por la portezuela contraria, en el momento en que el señor Nicolle salía de su auto.

—Buenos días, Nicolle — dijo.

Volvió el otro apenas la cabeza y le contestó sin asombro alguno: —¿Es usted?

Cerró lentamente con llave la portezuela de su coche, y tendió después, sin apresurarse, su mano ancha, entre la que estrecho la mano delgada de Carlos Birniön.

Era una especie de gigante, antipático a primera vista, tan ancho por arriba como por abajo, con hombros de cargador y reventando de gordo, bajo el traje marrón, que parecía a punto de estallar. El rostro muy encarnado, los ojos azules y firmes, con una cabeza de borracho anglosajón, recientemente conformada, sobre la que caía mal el sombrero de pana clavado sobre los rojos cabellos y un poco inclinado sobre la oreja.

—Le esperaba con impaciencia — dijo, Birniön —. Estamos a 30 y...

—¡Ah! Es verdad, que estamos a 30. ¿Y qué?

—Birniön lo contempló con asombro.

—¿Y lo que le pedí? — exclamó.

—Ya me he ocupado de ello. Pero creo que podríamos subir en vez de tostarlos aquí.

Y Nicolle se dirigió hacia la puerta, si-

guiéndole Birniön, al que le flaqueaban piernas. El portero, que regaba las losas pasillo con una manguera, suspendió la ración.

—Un señor... — comenzó a decir. Entonces vio a Birniön.

—Bueno — agregó —. ¿Es éste.

Nicolle había llegado en tanto a la puerta. A pesar de su mole, cubió sin detenerse tres pasos. Mientras que Birniön le seguía cándidamente la frente. Sobre la puerta de su estudio había una placa esmaltada que decía: "Adrien Nicolle. Importaciones. Exportaciones".

Uno en pos del otro, atravesaron la puerta entrada, y después el escritorio de la secretaria, Julieta Larbeau. Esta, cesando de escribir a máquina, se levantó; era una mujer alta, sonriente, de lindos apodos y elegante.

—No hay novedad, señor — dijo.

—Bien. Firmaré la correspondencia a cinco.

Y Nicolle se hizo a un lado, para dejar pasar a Birniön a su estudio. Tiró el sombrero sobre un diván y se instaló en su sillón, tras de la mesa.

—¿Y los cuarenta francos? — preguntó Nicolle sin más preámbulo.

—No he podido encontrarlos — contestó Nicolle.

—¿Es imposible! — exclamó Nicolle. — Los había usted casi prometido, y estamos a treinta...

—Sí, estamos a treinta — dijo Nicolle.

—Y los necesito mañana, antes del día diez.

Nicolle hizo un gesto de impaciencia.

—Todos dicen lo mismo, pero no hay nada.

—Pero cuarenta francos los tiene usted. Su negocio marcha bien!

—Marcha, sí — dijo Nicolle. — Pero como todos los negocios, sin dinero en efectivo.

—Entonces, ¿por cuando se los pedí?

—¿Por cuando se los pedí? — dijo Nicolle. — ¿Por cuando se los pedí?

—¿Por cuando se los pedí? — dijo Nicolle. — ¿Por cuando se los pedí?

—¿Por cuando se los pedí? — dijo Nicolle. — ¿Por cuando se los pedí?

—¿Por cuando se los pedí? — dijo Nicolle. — ¿Por cuando se los pedí?

—¿Por cuando se los pedí? — dijo Nicolle. — ¿Por cuando se los pedí?

—¿Por cuando se los pedí? — dijo Nicolle. — ¿Por cuando se los pedí?



TUL



—¿Qué es lo que sé?

—Bien sabía él lo que Birmón no quería, por delicadeza, poner sobre el tapete: que había sido salvado por él dos veces, en 1920 y en 1926, y que si «Adrien Nicolle, Importaciones y Exportaciones» no había querido, que si la casa se había desenvuelto admirablemente, era «gracias a los dos préstamos de doscientos cincuenta y ciento ochenta mil francos hechos por Birmón, amigablemente, sin garantía y sin firma. Sabía también que de aquellos préstamos le debía todavía un centenar de miles de francos, y que era muy extraño que el otro tuviera que presentarse como un pedigrío.

—¿No ha buscado usted por otra parte? — le preguntó —. Yo no puedo hacer nada, absolutamente nada.

—He buscado y no he encontrado. Necesitaba además proceder con prudencia para no dar la alarma a los bancos, que están dispuestos a hundirle a uno a la menor sospecha de flaqueza. Le recuerdo, Nicolle, que haga lo imposible, y sin demora, antes de que salga de aquí. No tiene usted más que decir una palabra, que dar una firma, para encontrar en su banco, o en otro, todo lo que necesite...

—Pero no le digo que estoy acorralado y que no puedo hacer nada? —

Birmón se había dejado caer sobre una silla, del otro lado de la mesa; con las manos colgando entre las piernas, la espalda encorvada, buscaba un argumento que decidiera a su amigo a actuar y a lograr lo que deseaba, cuando entró Juliette Larbeau, con su bloque en la mano; Nicolle la había llamado.

—Haga el favor de tomar una carta para Porrev — dijo —. Disculpeme un minuto — agregó dirigiéndose a Birmón.

Y dijo a la secretaria:

«Le acuso recibo de su cheque cruzado número 43.557 recibo de 132.528 francos, para pago de su pedido de mini del 6 de marzo...»

A Birmón se le cortó la respiración. Tuvo el valor de esperar a que la secretaria saliese de la pieza, pero apenas se cerró la puerta, exclamó:

—¡Ha cobrado usted el dinero de Porrev!

Nicollé le había prometido reembolsarle el saldo de su último préstamo, tan pronto como realizara este asunto del mini.

—¿Dónde está ese dinero?

—En el banco, en mi cuenta... ¿Qué ocurre?

Con sus anchas y peludas manos sobre la mesa, Nicollé se inclinaba ligeramente hacia adelante sin separar sus ojos de Birmón; su mirada tenía ahora una expresión distinta, netamente agresiva.

Birmón tardó un minuto en rehacerse y decir el alcance del golpe que se le asestaba. La actitud de aquel con quien contaba para salir de un apuro financiero, se mostraba abiertamente hostil. Aquel hombre, al que había salvado de la ruina, cuya fortuna había asegurado, que era su amigo, que se había conducido siempre como un amigo, le hundía deliberadamente en la ruina, si no en algo peor, a causa de aquel venecimiento del día siguiente.

—¿Qué es lo que ocurre, Nicollé? — pudo al fin balbucear —. Parece como si de repente estuviera usted irritado conmigo, por algo que ignora. Ese dinero me lo debe usted.

—Yo no le debo a usted nada — cortó Nicollé apretando los dientes.

—¿Cómo! Me debe usted todavía cerca de cien mil francos...

—¿Nada! Cuando se tiene un crédito contra un comerciante hay que probarlo... ¿Tiene usted un recibo? ¿Un reconocimiento de deuda? ¿Me ha entregado usted maní? No, ¿no

es verdad? Entonces, déjeme trabajar en paz...

Aquello era tan brutal, de un cinismo tan monstruoso, que Birmón pensó por un momento si Nicollé se habría vuelto de repente loco. Pero éste no le dejó durante mucho tiempo en la duda. Sin moverse, con las manos siempre apoyadas en la mesa, sin levantar la voz, le dio con voz clara:

—Desde cuando un comerciante presta a otro ciento y doscientos mil francos sin un papel, sin una firma?

—La amistad...

—Déje usted la amistad en el cajón de los accesorios. También yo creí que era por amistad, porque en esos casos todos somos débiles, y tenemos una venda sobre los ojos. Lo que usted me preguntó hubiera podido guardármelo, no devolverle nada, y usted lo hubiera encontrado muy natural. Jamás me hubiese usted reclamado nada, si no hubiera surgido esta necesidad. Porque usted sabía muy bien lo que pretendía pagar con ese dinero que me prestaba... ¿Lo sabía usted? ¿No?... Era mi mujer... Porque era usted su amante es por lo que me ha prestado ese dinero, por lo que me lo ha dado... Y ahora, si se la hubiera ido, se acabaría por encontrarla en alguna parte, instalada por usted, en un departamento, pagado por usted...

—¿¿¿Es monstruoso! ¿Monstruoso! — tartamudeó Birmón —. ¿Y ha sido por eso!...

—Sí, por eso es por lo que aprovecho un momento difícil en su vida para hundirle todavía más. Y ahora, ¡márchese usted o lo echo a puntapiés!

Pero, lejos de marcharse, Birmón se irguió.

—Es usted repugante — gritó —. Yo no he sido jamás el amante de su mujer, y usted va a devolverme mi dinero.

El otro rió burlesco.

—¿Jamás hubo nada entre ella y yo! — afirmó Birmón —. ¿Devuélvame mi dinero!

—¿No!

—¿Canalla! Pero dígame bien, Nicollé: voy a remover cielo y tierra para encontrar esos cien mil francos, pero le aseguro a usted, que si no los consigo, si me voy al fondo, puede usted tener su piel en muy poco.

Nicollé rióse de nuevo.

—¿Qué? — dijo —. ¿Pensará usted en matarme después de haberme quitado mi mujer?

—Le mataré, sí.

—¿Hace usted bien en advertírmelo.

Nicollé descolgó el teléfono y marcó sin apurarse un número en el disco.

—¿¿¿La comisaría? — preguntó en cuanto se estableció la comunicación... El señor comisario, haga el favor... De parte del señor Nicollé, de la calle de Réamur, Si, importaciones... Gracias... ¿El señor comisario?... Aquí el señor Nicollé... Es para informar a usted que un tal señor Carlos Birmón, B, como Bertrand, sí; que está en mi estudio, acaba de amenazarme con matarme... No, no, prescindo de denunciar... Solamente le recuerdo a usted por si ocurriera algo... Muchas gracias, señor comisario... Perfectamente — dijo burlón a la vez que colgaba el auricular.

Birmón sentía deseos de destrozarlo todo en el estudio, y de romperle una silla en la cabeza a su antiguo amigo. Abrió varias veces la boca, sin encontrar nada capaz de traducir su furor. Decidióse entonces a marcharse y al cruzar la pieza dióse cuenta de que había sido llevado encerrado por la secretaria que debía haberlo oído todo, y antes de salir volvióse para decir:

—Es usted un perfecto bribón, pero va nos encontraremos.

Y ya en la escalera, que bajó corriendo, gruñó todo lo que hubiera querido gritar arriba, y salió a la calle Réamur.

A las seis de la tarde, los empleados comenzaron a descender ruidosamente las escaleras, desde los pisos del inmueble en el que había

oficinas. Todos estaban apurados por ir a contrar un poco de aire y de libertad. Desde la una de la tarde estaban sufriendo del calor que era abrasador en las piezas reducidas a pesar de los estores bajados y de las persianas tendidas; afirmaban que no habían sentido un estío más calido.

Todos saludaban familiarmente al portero al pasar.

—Adiós, señor Lefort.

Pero ninguno se detenía.

Parado en el umbral de la portería, Lefort les devolvía el saludo, llevándose dos dedos a la frente. También él sufría del calor y a más que ellos, pues estaba muy viejo. Había una semana que se pasaba las tardes regando hasta inundarlo, el pasillo; pero el agua podía volatilizarse instantáneamente, y por la puerta, apenas entreabrada, de la calle Réamur, llegaban grandes bocanadas de aire caliente y saturado de nafta nial quemada.

Julietta Larbeau fué de las últimas en ir. Estaba tan ansiosa como los demás escapar, pero, a pesar de ello, se detuvo en la portería.

El señor Nicollé estaba todavía en su estudio cuando ella se fue, pero le dio mucho peso tenga usted la amabilidad de dar vuelta por arriba tan pronto como baje.

—Perfectamente, señorita — dijo el portero y la siguió con ojos de admiración.

—¿Qué linda muchacha! — murmuró.

Sí, era una linda muchacha, esbelta, llevaba con gracia su traje de crepón verde sus guantes blancos y su leve capelina. Voló en la calle, era difícil determinar si se movía con la agilidad que pagaba todo lo llevaba puesto con sus novecientos francos aproximados de sueldo.

El señor Lefort entró en su portería, encendió la pipa y abrió un diario; siempre concedía a sí mismo una media hora, de salida de los empleados y antes de ir a su primera visita a las oficinas. Dos horas después, luego una joven, bajó corriendo, con las llaves en la mano, para entregarle sus llaves. A siete menos cuatro colgó detrás de la puerta de su portería el letrero: «El portero está en la escalera», y subió con un puñado de llaves en la mano. Pasaba rápidamente cada una de las habitaciones, vigilaba las llaves de electricidad estaban bien cerradas, calculaba el trabajo de limpieza que le quedaba por hacer a las once, antes de la salida de los empleados. En invierno, y también si alguien había dejado encendida alguna luz, que en ese caso hubiera lucido ante toda la noche.

La inspección del primero y segundo le ocupó durante un cuarto de hora. Le estaba aburrido en silencio; las piezas olían rancio y a tabaco, a pesar de las ventanas abiertas. Durante la noche sólo quedaba el inmueble el portero en su portería. Crudo el frío, una nuca de unos cinco años, que tenía alquilada una buhardilla poco séptimo y un estudiante de derecho ocupaba otra de las buhardillas.

Ya en el tercer piso, el señor Lefort con su llave la puerta del estudio del señor Nicollé. Estaba en la puerta, cuando le dijo que había dicho Juliette Larbeau. El señor Nicollé estaba todavía en su estudio, como si hubiera descendido en un ascensor, como si hubiera descendido en un ascensor, como si hubiera descendido en un ascensor. Crudo el portero la pieza de Juliette Larbeau, y llamó a la puerta del estudio; nadie le contestara, abrió la puerta.

Inmediatamente vió el cuerpo del señor Nicollé, su imponente masa tendida en de la pieza, con la cara vuelta contra una alfombra y los brazos en cruz, sangre sobre la alfombra, en el suelo, las ropas de la víctima.

—¡Ah, la gran flauta! — exclamó el

Secretos del perfume

Arma invisible y sutil, el perfume debe envolver a la mujer como si fuera el aroma de su alma.

Loción Origan de Preal es la quintaesencia de la femineidad, que ayuda en forma casi imperceptible a conservar un corazón ya conquistado o a apoderarse de otro que se muestra lejano e inaccesible...

Loción Origan de Preal acaricia los sentidos con su fragancia exquisita y cautivadora.

En farmacias, tiendas y perfumerías.
CAMAUER y Cía. - Soc. de Resp. Ltda.

Capital \$ 200.000.—

Buenos Aires

REPRESENTANTE:

PARAGUAY: Vicente Scavone y Cía. - Palma 224/26 - Asunción

Inclán 2839/47



EXTRACTO
Y LOCION

Origan de PREAL

(Destaca su personalidad)



CLARIFE

Llene hoy el CUPÓN

Para recibir lección de PRUEBA GRATIS del curso que le interesa. ENSEÑANZA moderna y rápida POR CORREO.

CURSO DE PROCURADOR. Para conseguir el Título Oficial en el Uruguay (con Bachillerato) y revalidar luego en la Argentina.
CURSOS COMERCIALES. CONTABILIDAD MODERNA, Ingreso a Bancos y Empleos, Geografía y Redacción, Taquigrafía Ingles, Francés, Reforma de letra en 20 lecciones, Curso Completo de Comercio.
CURSOS TÉCNICOS. Foto Oleo, Ayudante de Ingeniero, Mecánica, Electricidad, Motores a Explosión y Diesel, Dibujo Técnico, Comercial y Arquitectónico.
CURSOS ESPECIALES PARA LA MUJER MODERNA. Corte y Confección (Diploma, 6 meses), Contabilidad, Dibujo Artístico e Industrial, Taquigrafía, Cultura Femenina. Escriba HOY MISMO marcando con una X el Curso que le interesa: recibirá Catálogo y LECCIÓN DE PRUEBA GRATIS.

Precios económicos en moneda argentina.

LICEO ARIEL

SARMIENTO 1357 MONTEVIDEO
BUENOS AIRES

EL LICEO COMERCIAL Y TÉCNICO DE PRIMER ORDEN ATENDIDO POR PROFESIONALES UNIVERSITARIOS

CUPÓN

NOMBRE DIRECCIÓN

CANAS

No haga más ensayos inútiles. Use la TINTURA LÍQUIDA INSTANTÁNEA "OBSIDIO", fácil de aplicar y que os a los cabellos el verdadero color. Es la Tintura más perfecta, y se vende en 18 tonos distintos. Frasco, \$ 1,20. Pídale en la FRANCO-INGLES, Perlemerías "OASIS", y otras de reputación.

LABORATORIOS "ULLUN" - VARELA 1153 Bs. As.



Trabaje con provecho en su propia casa

Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", que la vendemos por sólo pesos 250,- y con la que Ud. puede obtener fácilmente hasta \$ 300,- mensuales. Le compramos las medias bajo control y le entregamos gratis su manejo. AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Visítenos o solicite folletos ilustrados.

THE KNITTING MACHINE Co

Salta N° 482 Buenos Aires

APRENDA RADIO en su casa

GRATIS ESTE SUPER a componer y armar aparatos. gánase \$ 20 diarios - Enseñanza práctica con material y equipos que enviamos GRATIS desde el principio para un potente receptor de TODA ONDA. Cálculo asegurado - Curso rápido. Puede pagar en pequeños cuotas y ganar dinero - Pida ahora mismo informes gratis y se decidirá por aprender RADIO



RADIO INSTITUTO UNIVERSAL
AVENIDA DE MAYO 945 - BUENOS AIRES

Nombre

DIRECCIÓN

Lefort sin emocionarse ni aturdirse demasiado.

Acercóse rápidamente al cuerpo y tocó una de sus manos; estaba aún fría. Si el señor Nicolle estaba muerto no debía de hacer mucho tiempo.

El portero fué al teléfono para llamar a la comisaría.

Aquí el señor Lefort, el portero... El señor Nicolle quizá no esté muerto. No he tenido tiempo de comprobarlo, pero su mano está aún fría... No, no me muévere... nadie entrará... En el tercero... Si, espero...

Un cuarto de hora después, el comisario, su secretario y un inspector de policía judicial llamaban a la puerta.

—¡Entren! — gritó Lefort —; está abierto. Una vez ante el cuerpo, el comisario se agachó, tomó la mano y tanteó el pulso.

—No está muerto — dijo levantándose —. Sería preciso llevarle hasta el diván.

Lo hicieron entre el portero y el inspector. Cuando el cuerpo quedó tendido sobre la espalda, los cuatro hombres vieron la herida, un agujero casi en mitad del cuello, del que manaba un poco de sangre.

—Hubiera debido estar en guardia — dijo el comisario —, pues sabía lo que le esperaba. Pero el otro es un imbécil, porque si he comprendido bien, estaba en esta misma habitación en el momento en que Nicolle me telefonaba.

—Eso es precisamente lo que a mí me extraña — contestó el inspector, al que el comisario había referido la llamada telefónica de la tarde.

—A menos — observó el secretario — que se trate de un suicidio.

Llamaron a la puerta; el portero fué a abrir, era el médico, que había sido llamado por el comisario. En verdad que no había tardado mucho en llegar.

Estrechó la mano del comisario y se dirigió rápidamente al diván, donde, inclinándose sobre el cuerpo, le tomó el pulso.

—El pulso es normal — dijo.

Examinó entonces la herida del cuello, levantó el busto, pasó su cabeza por detrás de la del herido, volvió con cuidado el cuerpo a su posición y examinó la pieza.

—¿Qué cosa curiosa! — dijo.

Recorrió con la mirada toda la habitación, repitió: "¿Qué curioso!", y luego preguntó:

—¿Dónde se hallaba el cuerpo?

—Alí — le contestó el portero señalando el medio de la pieza.

—¿Y el arma?

Todos miraron al suelo. Ninguno había pensado en el arma, no obstante la sugestión emitida por el secretario del comisario: "¿Un suicidio?" El comisario se había encogido de hombros al oírlo. El crimen era evidente para él, después de la llamada telefónica del señor Nicolle.

—No hay ningún arma — dijo al fin el inspector Girardon-Collet.

El médico volvió al lado del cuerpo, abrió su estuche de urgencia y, tomando de él una sonda acanalada, sonó la herida.

—La bala está dentro — afirmó —. Ha sido disparada a distancia, porque los bordes de la herida están limpios de humo; y no se ha empleado un revólver de juguete, propio para damas, según lo demuestra el agujero de entrada. ¿Está usted seguro — añadió dirigiéndose al portero — de que el cuerpo estaba exactamente en medio de la pieza?

—Sí, exactamente — contestó el interpelado —, yo no lo toqué antes de la llegada del comisario.

—¿Que le sorprende a usted? — preguntó el

—Que a primera vista, parece que el arma era de grueso calibre, como el cuarto o quinto o cinco metros, aproximadamente, cluso a esta última distancia, la bala hubiese atravesado el cuello como si fuera un teja, y con mucha más razón, por tanto menor distancia, a no ser que el disparo se va sido hecho desde el exterior, por la puerta abierta.

—Pero estaba cerrada cuando yo llegué — contestó espontáneamente el portero.

—Pues bien, la bala ha quedado dentro del cuello, como si hubiera llegado al punto de muerte de su velocidad.

Dirigióse entonces el médico a la puerta, abrióla y miró con la vista las distancias.

—Nada, nada — dijo —. Aun partiendo de hipotéticos de que el asesino se encontrase a la pieza vecina, no habría mayor distancia de seis metros; el cuello hubiera debido ser ya fuertemente atravesado por la bala. A menos que me equivoque yo, y que la bala perteneciera a un revólver de pequeño calibre. Pero ¿cómo habría transportado al herido al hospital?

—¡Oh! Al hospital, no! — protestó el portero. — El señor Nicolle pagará de seguro clínica. Hace dos años que se hizo cargo de atender a la del doctor Champard, tuada en la calle de la Pompe.

—Vaya usted a pedir que venga una ambulancia — dijo el comisario a su secretario.

El médico examinaba de nuevo al herido.

—Ha tenido suerte — dijo — la bala ha pasado la tráquea, lo que tiene poca importancia; pero también rozó la carótida. Si hubieran debido trasladarlo al diván, la bala podría reventarse... La bala, la trayectoria oblicua, ha debido causar estrago en el plexo...

La hemorragia había quedado detenida por un coágulo que taponó el orificio.

—Podría indicarme usted la trayectoria exacta de la bala? — preguntó el inspector. — Ellet, que, sin moverse de su lugar, en la cabecera del diván, había inspeccionado la pieza. Al examinar la herida ha hundido la sonda en una dirección especialmente favorable a la de la trayectoria del proyectil?

—Evidentemente; la bala ha penetrado a una altura de la nuca, y hubiera salido por el borde del omoplateo.

—Lo que quiere decir que el disparo ha sido hecho de costado y de alto abajo.

—Así es, precisamente.

Volvióse bruscamente el inspector al portero, y le preguntó:

—¿Conocía usted a un tal señor Boncompagni?

—Sí que le conozco; precisamente Boncompagni, por la tarde, muy tres veces a pasar por el señor Nicolle, y subió con él a la pieza las tres.

—Y hacia las tres y media fué cuando telefonó el señor Nicolle — agregó el comisario.

—¿Cómo es ese señor Birmont? — preguntó el inspector, sin detenerse por la interrogación —. ¿Qué estatura tiene?

—Más bajo que yo — contestó Lefort —; mide un metro sesenta y tres, o tal vez un metro sesenta y cuatro.

—Ya le verá usted muy pronto en la pieza — dijo el comisario —; voy a hacerle a usted una visita.

—Hágale ir a la comisaría, si quiere, vaya usted con precaución, si es que quiere exponerse a tener que darle excusas.

—¿Cómo darle excusas?

—Le considera usted culpable?

—Me parece que después de la llamada

ónica que recibí del señor Nicole.

Simple coincidencia — cortó el inspector — señor Nicole estaba en medio de la habitación en el momento de ser alcanzado por el disparo, porque, doctor, después de oír su ubicación acerca de la herida, supongo que debido caer de súbito.

Si.

Además, que no hay sangre sino aquí, en el piso de la habitación. Dejo ahora a un lado los datos de que se haya empleado un resaca de grueso calibre y la anomalía que presenta la bala que entró y no salió, por su extracción nos lo explicará. Repito al señor Nicole se encuentra en pie en medio de la pieza. Es un hombre alto, mide no menos un metro ochenta. Nuestro hombre es mucho más pequeño que él; si la ubicación de la bala indica que el disparo fue hecho desde arriba, habría que suponer, siendo Birnon el autor, que se subió a una silla para disparar.

¿Entonces? El portero abrió la puerta al señor, que había esperado en la vereda la llegada del coche de la ambulancia, y que fue acompañado por los dos enfermeros. En el momento en que éstos se disponían a llevar el cuerpo, el herido lanzó un grito que abrió los ojos. Su ancho rostro sanguíneo se conservó en una gota de sangre, su piel terrosa, las venillas formaban ramos violados. El señor Nicole lanzó un grito, se agachó y abrió la boca; pero no pudo escapar un solo sonido; tan sólo por el movimiento de los labios comprendieron lo que pedía agua.

Vaya y tráigale usted un vaso de agua al comisario al portero.

Mientras éste se precipitaba a la cocina, el magistrado se inclinó sobre el herido y le preguntó:

— ¿Tiene usted sed? ¿No puede hablar? — le preguntó el médico interviniente.

No le pregunte nada... Y usted no trate de hablar, señor... Ahora le traen el agua, agregó el portero con un vaso de agua, el médico tomó de sus manos y llevó a los labios del herido, mientras le levantaba la cabeza con precaución la cabeza. Nicole, hasta la última gota, y luego, visiblemente calmado, cerró los ojos.

Pueden ustedes llevarse — dijo el médico — Caminen con precaución.

Los enfermeros llevaron el cuerpo tendido en una camilla. El portero, que los acompañó hasta el descansillo para abrirles la puerta, volvió rápidamente al estudio.

Perdone usted — dijo — pero me ha parecido que hace un momento suponía usted que el señor Nicole había sido herido por el señor Birnon. ¿No es así?

— Sí, le contestó el comisario.

— ¿Entonces, pues eso no es posible?

— ¿Por qué?

— El primero, porque el señor Birnon era amigo del señor Nicole, un buen amigo.

— ¿De antes que el señor Nicole hubiese tenido conflictos en su hogar, según usted entendido?

— Que clase de disgusto?

— ¿Que con su mujer le ha abandonado?

— Bueno, ¿y eso qué importa?

— ¿Que el señor Birnon venía a menudo a ver a la señora Nicole en su casa?

— ¿Por qué iba a venir a ella, o bien se iban los dos al coche del señor Nicole? Pero no es eso lo que yo quería decir, sino otra cosa.

— ¿Que el señor Birnon no puede haber disparado contra el señor Nicole, porque bajó al alrededor de las cuartos de la tarde?

— ¿No no prueba nada. ¿Usted vio al señor Nicole a las cuatro?

— No, no le he visto, pero la señorita Ju-

Eres un tesoro.
Tu sonrisa enamora.
No te quiero más.
Dámelo que tú quieras.
¿Me quieres, mamá?
Suspiro por ti.
Mi corazón te llama.

STAROSTA

LA MEJOR PASTILLA

10 cts.

EL PAQUETE

En cada paquete encontrará un pipero, chiste o modismo.

Fábrica y escritorios: BILLINGHURST 480 - 82

U. T. 79, Gómez 3408, - Buenos Aires

NECESITAMOS Agentes en el interior. SI NO LO HAY SEA UD. uno de ellos.



Pipermint, eucalipto, limón, mandarina, anís.

lita, su secretaria, permaneció aquí con el hasta las seis y cuarto, y cuando se marchó no tenía ni mucho menos el aspecto de alguien que ha visto herido a su patrón. Incluso que dijo.

Derivóse bruscamente el portero y se quedó con la boca abierta. Un pensamiento que acababa de asaltarle le abría perspectivas inquietantes.

— ¿Que le dijo a usted? — preguntó el inspector Collect.

— Me dijo que el señor Nicole no tardaría en bajar y me pidió que viniera a dar una vuelta después de su salida.

— ¿Y qué hay de extraordinario en eso?

— Pues que no hay razón alguna para que me dijera que viniese a dar una vuelta, porque estamos en verano. En invierno sería comprensible, ya que puede quedarse encendida una lámpara y no vale la pena que se consuma electricidad durante toda la noche; pero ahora es de día hasta las nueve.

— ¿En qué términos estaba la secretaria con el señor Nicole?

— En buenas relaciones, ya que actualiza con él desde hace tres años. Es una linda muchacha, siempre sonriente. Y sonreía como de costumbre cuando me dijo adiós, hace poco.

— ¿No hubo nunca nada entre ellos?

— ¿Quiere usted decir que si no relacionaron nunca?

— No. Pregunto si era sencillamente su secretaria.

— De seguro que sí. Hace dos años hubieron creído otra cosa, porque se iba por la noche en el auto con su patrón, yo creía que era para ir a cenar juntos, pero luego me di cuenta de que la llevaba a su casa para trabajar.

— ¿La señora Nicole no había abandonado todavía a su marido?

— No; su mujer se fue en enero del año pasado. Y después, la señorita Julieta no ha sido sino una secretaria como las demás, sin horas extraordinarias. Desde entonces se marchaba siempre de seis a seis y cuarto. Y creo, además, que tenía un amigo.

— ¡Ah! ¿Un amigo? ¿Y por qué lo crees usted?

— Porque hace tres semanas, una tarde que

tuve que hacer una comisión hacia la hora de cerrarse las oficinas, la vi dar vuelta a la esquina de la calle de Aboukir, y agarrarse del brazo de un hombre moreno, con aire de americano del sur, que la estaba esperando.

— Gracias; puede usted bajar a su portería.

El médico descendió al mismo tiempo que el portero; en el estudio se quedaron el inspector con el comisario y su secretaria.

Contempló el primero la mancha de sangre de la alfombra, y murmuró:

— He debido preguntarle qué estatua tenía la secretaria.

— ¿Sospecha usted que haya sido ella? — preguntó el comisario.

— Por ahora, no; pero si es alta, y, durante el curso de la discusión, el señor Nicole estaba inclinado, eso explicaría la trayectoria de la bala en el cuello. Aunque eso no explicaría que la bala llegase sin velocidad en una distancia tan reducida. Porque el disparo no ha sido hecho con un revólver de señora.

El médico podrá vacilar, pero no yo, que conozco las heridas. La puerta estaba cerrada; en el peor de los casos, la secretaria pudo dejarla abierta... ¿Quiere usted abrir la, Chapellic... Gracias. Veamos: Nicole está aquí, en medio de la pieza; de pronto oye ruido en la habitación del lado; comprende usted mismo que no hay campo para el disparo... Esperé.

En tres zancadas llegó el inspector hasta una de las dos ventanas, que abrió y volvió a cerrar; dirigióse a la segunda, que sólo estaba entornada. Collect examinó la fallica, abrió la ventana y la cerró de nuevo.

— No hay balcón fuera, desde el cual se hubiera podido tirar — dijo —. No encuentro la solución. Tratenos ahora de saber por qué se realizó el hecho.

La habitación estaba en calma, los muebles eran pocos; la mesa de escritorio se hallaba colocada cerca de la puerta, entrando a la derecha, e iluminada de frente por las dos ventanas. Era un mueble de encina, macizo, muy ancho y que descansaba sobre dos cuerpos de cajones. Tras de ella había un sólido sillón de cuero, que había sido retirado hasta tocar

con la pared. A la derecha estaba el diván, que se encajaba exactamente entre el ángulo y la chimenea, la que tenía la cortinilla de hierro echada. Una gran papelera situada entre ambas ventanas, y, a la izquierda de la entrada, dos sillones y un sillón adosados al muro, completaban el mobiliario. El centro de la pieza, sobre el que se reflejaba una lámpara de techo, de cristal esmerilado, estaba libre de muebles.

El inspector Collet pasó al otro lado de la mesa. De uno de los cajones pendió un llavero; abrió todos los cajones, levantó con precaución los expedientes y acabó dejando todo en el mismo lugar.

— Parece claro que no se ha tocado nada — dijo—. Además, no parece ningún mueble de secreto donde guardar papeles o dinero, como tampoco la papelera. Es evidente que aquí no hay dinero.

— Sin embargo será preciso echar mano a ese Birnón.

— Evidentemente — dijo el comisario —, aunque no sea más que para obtener algún indicio. No ha sido el robo el móvil. No queda otra hipótesis que la de la venganza...

— Birnón...

— O la de drama pasional... ¿Conocía usted a ese Nicolle? ¿Cafía bajo su competencia?

— Le vi dos veces en la comisaría, una vez para registrar su firma y otra por una contravención de estacionamiento.

— ¿Y a su mujer?

— Me es totalmente desconocida. Ambos vivían en Passy.

— Podemos marcharnos. Pediré la dirección al portero e iré a hacer una investigación allí. Y me ocuparé de la dactilografía.

— ¿Y de Birnón?

— También.

TRES MANCHAS DE SANGRE

El inspector Girardon-Collet se había propuesto encontrar aquella misma noche a Julietta Larbeau. Pero en la calle de la Estrampade, donde la joven vivía, la policía le había dicho que Julietta no había vuelto aún. — Eso no tiene nada de extraordinario — agregó—. Vuelve siempre muy tarde, hacia media noche o a la una de la mañana. Y algunas veces no vuelve a casa. Son cosas de la juventud. Por otra parte, es una buena inquilina.

— ¿Conoce usted a su amante?

— ¿Tiene un amante?

— Vamos, no trate usted de hacerse la tonta. No creo que su inquilina vaya a plantar lechugas hasta la una de la madrugada.

— Puede que vaya a bailar.

— Pero su amigo, un moreno, de tipo latinoamericano, ¿no viene nunca a su casa?

— Nunca, señor inspector. Jamás ha traído un hombre a la casa, y para mí eso es lo único que importa. Lo que ocurre fuera de la casa no me interesa.

— Pero, ¿y su amigo?

— Puesto que le conoce usted, sabe ya tanto como yo. Tan sólo lo he visto dos veces; la esperaba siempre en la esquina de la calle, mientras que ella subía a cambiar de traje para ir a bailar.

— Sin duda a la calle de la Huchette — comentó sacorrón el policía.

— No, a la calle de la Huchette, no. Va sobre todo a Montmartre. Una vez me encargó que dijera a su amigo, si venía, que iba directamente al *Poison Bleu*.

— ¿Y entonces fué usted a decirselo a la esquina...

— Aquella noche él no vino y ella no regresó a casa. Es por él por quien usted investiga? Porque respecto de ella no creo que pueda tener nada que ver con la policía. Tiene una buena colocación en la calle Réaumur...

El inspector Collet llegó al *Poison Bleu* a las once de la noche. Apenas traspuso la puerta y levantó una cortina, tropezó con el patrón, que inmediatamente le identificó como policía, y le preguntó cortésmente, tras buscarlo en el establecimiento. La sala, muy larga, no tenía recodos; a lo largo de las paredes se alineaban mesitas cuadradas sobre las cuales había lámparas con pantallas rojas. Los muros estaban tapizados de terciopelo granate. En el fondo, a la derecha, el jazz tocaba en aquel momento, y todos los consumidores, una treintena entre hombres y mujeres, bailaban. El lugar era bastante elegante y sin duda alguna correcto.

El inspector fué directamente a su asunto: — ¿Conoce usted a una tal Julietta Larbeau?

— Es una cliente de hace seis meses, una buena cliente. Está allí, al fondo de la sala. ¿No la ve? Es la rubia; está con José Souverán, que viene a bailar.

— ¿Es su amante?

— Eso no lo sé, señor comisario. No habría escándalo, ¿verdad?

— ¡En absoluto, Sríame! Usted está algo de beber, en una mesa cerca de ellos.

Con sus piernas cortas y sus anchos hombros, cruzó el inspector hasta el fondo de la sala, evitando hábilmente chocar con los que bailaban. Tenía treinta y dos años y aparentemente cuarenta. Al iniciar su carrera en la policía judicial abrigaba ciertas pretensiones de elegancia, y hasta había adoptado el aspecto de un detective americano. Pero luego había vuelto a su natural, dejándose el bigote, que llevaba cortado a ras del labio superior.

En otros tiempos había frecuentado bastante las *boîtes* de noche, más por su cuenta personal que por razón del oficio; por ello no experimentaba ninguna corticidad al rozarse con aquellas gentes ricas y elegantes.

Una vez ante su mesa, no rindió sin embargo pleitesía al champaña, sino que pidió una cerveza y encendió un cigarrillo. La pareja, muy próxima a él, ni siquiera había observado su presencia. El hombre y la joven discutían y no parecían hallarse de completo acuerdo.

Collet tardó algunos segundos en comprender el objeto de su discusión.

— Haré lo que me parezca — decía Julietta Larbeau —, y volveré a mi casa. Estoy ya harta de tu habitación...

— Es ya la décima vez que me lo repites desde las seis — dijo tranquilamente José Souverán, en tono más bajo—. No te desgradias tanto cuando la alquile...

— Pero estoy ya cansada. ¿Crees que me he dado cuenta de por qué la alquile?

— Para que estuviéramos más tiempo juntos, querida, y para que no tuvieses que hacer unos cuantos kilómetros por la mañana para ir a tu oficina.

— Así lo creí...

Con un guiño le hizo el acompañante señal de que los escuchaban. Julietta bebió entonces un poco de champaña y volvió ligeramente la cabeza para ver a Collet.

Tenía un interesante perfil y era bella. Sus cejas caían y sus pestañas oscuras y muy largas formaban contraste con los rubios cabellos, hacían más oscuros sus azules ojos y daban relieve a su rostro. La mirada era viva, inteligente y voluntariosa. Como Collet no tratase de volver a otra parte su mirada, Julietta se levantó diciendo:

— Bailenlos.

La pareja fué a mezclarse con las demás. Ambos bailaban admirablemente. José Souverán era más bajito que Julietta Larbeau, pero los dos eran delgados, ágiles y se movían con perfecto sentido del ritmo.

El patrón, que vigilaba con inquietud al inspector, se le aproximó.

— ¿Han hecho alguna tontería? — le preguntó.

— ¿Es que ese Souverán tiene dinero? — le preguntó a su vez el aludido sin contestar.

— Lo tenía, e incluso mucho, hasta hace un año. Su padre debía poseer una hacienda en América. Pero ha cesado de mandarle dinero, a menos que sea por haber hecho malos negocios. Es la cosa que comprendo: El caso es que José, que acumulaba mucho, ahora no nada precisamente en oro. Estaban en tratos: él quisiera ceder aquí como bailarín profesional. Yo he...

mis cuentas.

— ¿Es ella quien le sostiene?

— No lo creo, aunque, acaso. Ella pasa vez en cuando las conusiones.

— ¿Le pasa también el dinero para que baile?

— Sí, y él se guarda el vuelto. Pero me atrairía mucho si tuvieran algo pendiente con usted, porque, como comprenderá, no puede volver a marchar bien en su patria.

— ¿Dónde vive?

— Antes tenía un departamento en la rue Tilsit, cerca de la plaza de la Estrella, pero ahora no sé.

No estaba muy convencido el inspector que Julietta Larbeau sostuviese a su amante, como acababa de preguntárselo al patrón, por más que así debía de suceder, por todas las apariencias, porque, ¿de dónde sacaría el dinero para vestirse tan bien, para al *Poison Bleu* todas las noches o casi todas las noches, para pagar el champaña a su amante?

Ellet sabía que sólo tenía noventa y cinco francos de sueldo.

— Esto no tiene probablemente nada que ver con la mala de Nicolle — reflexionó —, pero sin embargo curioso.

Los dos jóvenes volvieron a su sitio. Al salir junto al inspector, le lanzaron una mirada oblicua y luego se sentaron sin decir palabra. Era sin embargo notorio que Julietta estaba reanudar la querrela que había iniciado con su amigo.

— Es irritante de todos modos el sentimiento — murmuró al cabo de unos minutos en voz bastante alta para que su reflexión escapara a su vecino.

— La policía sonrió.

— Te apuntaste un tanto, muchacha — dijo.

Porque una mujer con la conciencia mala no hubiera buscado la provocación de desconcertarse, Girardon-Collet se levantó por el respaldo su silla y la acercó a la mesa de la pareja.

— Permitan ustedes — dijo sin parar —, en su sorpresa y sin esperar sus protestas, tan tal desenfado —. Soy el inspector Girardon-Collet, de la policía judicial. Y la bien...

— ¡Mí! — dijo con asombro Julietta Larbeau —, ¿a pesar de su aire desprecupado, ¿no perdía un solo gesto de sus rostros, creía ver tan sólo un levisiano relampagueo inquieto en el sudamericano, en la mirada la joven no veía otra cosa que el asombro un poco de curiosidad.

— ¿Quisiera pedirle algunos informes del señor Nicolle?

— ¡Del señor Nicolle! Pues vaya a ver... Una hora para venir a pedir información. Puede usted estar seguro de que no darle ninguno.

— Pues será una lástima, señorita; si en ese caso tendrá usted que avenirse a pañarle hasta la jefatura de policía.

— ¡Vamos, Julietta — terminó entonces Souverán —, deja que el inspector te vea menos lo que desea...

Julietta Larbeau dijo cuenta clara de su amigo estaba inquieto.

— ¿Que quiere saber? — inquirió el patrón.

— Cuando vio usted por última vez a Nicolle.

—Hoy mismo...
 —¿A qué hora?
 —A las seis de la tarde, quizá a las seis y cinco, pero, ¿por qué?
 —¿Estaba bien? ¿No observó usted nada extraño?
 —Me inquieta usted? ¿Le ha sucedido algo?
 —No me ha contestado usted...
 —Ah, sí! Estaba bien.
 —¿Cómo estaba en su oficina, sentado o de pie?
 —Sentado, tras de su mesa.
 —Cuando salió usted, ¿dejó cerrada la puerta que comunica las dos salas, la de usted y la de su patrón?
 —Desde luego; siempre la dejé cerrada, a causa de las corrientes de aire que molestan al señor Nicolle.
 —¿Las corrientes de aire?
 —Sí, la que hay con las ventanas abiertas.
 Al inspector costóle trabajo contener una exclamación y se calificó a mismo de imbécil. Él, que jamás omitía detalle por observar en teatro del crimen, y que estudiaba cuidadosamente todas las salidas, había olvidado de las ventanas. Se había contentado con comprobar que no correspondían a ningún balcón en el que pudiera haberse escondido el agresor.
 —Recuerde usted bien, señorita, todo lo ocurrido en el momento en que se separó usted del señor Nicolle. ¿Estaban abiertas las ventanas?
 —La de la izquierda estaba cerrada, yo misma la había cerrado, por mañana; la de la derecha quedó abierta.
 —¿Era usted segura de ello?
 —O entreabría; no recuerdo con exactitud; pero, desde luego, tenía echada la falabella.
 —¿Pero tenía las hojas cerradas?
 —Puede ser que sí, aunque yo sentí pasar un poco de aire, cosa que daba la atención en seguida en esta tarde de tanto calor.
 —Y el señor Nicolle estaba tras de su mesa, sentado en el sillón?
 —Sí, sentado en su sillón. Pero yo no hice más que entreabrir solamente la puerta, para anunciarle que me marchaba; y él me dijo también iría dentro de algunos minutos.
 —¿Precisó así: "dentro de algunos minutos"?
 —Así mismo.
 —No tendría que examinar algún expediente, algún asunto, ya que quedó allí más de una hora?
 —No comprendo qué haya podido retardarle tanto tiempo, a menos esperase a alguien, de quien no me habló.
 —¿Quizá al señor Birnón?
 —Collet había lanzado aquel nombre, como hubiera podido pronunciar cualquier otro; pero Julieta no se engañó acerca de su intención.
 —Entonces viene usted por Birnón? ¿Por la llamada telefónica comisario?
 —¿Cómo sabe que hubo una llamada telefónica al comisario? ¿Es que el señor Nicolle le habló a usted de las amenazas del señor Birnón?
 —Es que yo estaba en la habitación de al lado, cuya puerta estaba entornada.
 —A pesar de las corrientes de aire?—preguntó irónicamente el policía.
 —A pesar de las corrientes de aire—contestó con tranquilidad la niña—; el señor Nicolle me había dado orden de que dejase la puerta entreabrada y no me moviera de mi sitio, mientras que el señor Nicolle permaneciera en su oficina.
 —¿Cuándo le dio a usted esa orden?
 —Hace ya algunos meses. Era una consigna general. El señor Nicolle estaba convencido de que las cosas se pondrían feas entre ambos. Ya hablaríamos de eso. ¿Puede usted decirme todo lo que ha pasado del momento en que dejó al señor Nicolle y la oficina?
 —Y por qué tengo que decirselo?
 —Porque una hora después de su salida se ha hallado al señor Nicolle tendido sobre el suelo, en medio de su cuarto, y con el cuello roto por una bala...
 —No es posible! ¿Nunca le hubiera creído capaz de eso!
 —¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?
 —Ah! De ningún modo...; el señor Birnón no puede ser el autor... Y por qué no él?
 —Tendría que haber vuelto después de mi marcha. ¿Le hubiera abierto el señor Nicolle? ¿Cuándo pienso que me hizo reír la amable Birnón al señor Nicolle?
 —Quiere decirme qué hizo usted después?
 —Ahora, con mucho gusto. Cruzé la calle Réanur y fui hasta la casa de las calles de Aboukir y Montmarre, para esperar allí a mi amigo, Jose Souverain, con el que estaba citada, como todas las tardes, unos directamente, a pie, por la calle Victor Massé, cenamos en el restaurante de la "Dinde bourrée", que está al lado, y luego vinimos a parar aquí.
 Desde que el interrogatorio había comenzado, sin dejar de mirar a Julieta, Collet vigilaba también al americano, que permanecía en la boca cerrada, pero sin perder una sola palabra de la conversación. Sus miradas se contrahían de vez en cuando, en virtud de un reflejo? Collet dejaba para más tarde el asunto en claro. Sacó un cigarrillo, pero al tratar de encenderlo se le escapó la caja de fósforos

Enrique Muñio

El más popular de los intérpretes del teatro y del cine argentino dice a los lectores de la revista ¡AQUÍ ESTÁ!

"LES VOY A CONTAR MI VIDA"

Y su vida es una aventura constantemente renovada, desde los días en que el humilde muchachito partió en escape de su casa rumbo a su destino, hasta que el éxito consagra su honda vocación.

Todas las grandes figuras de nuestro teatro, todo el Buenos Aires de comienzo de siglo, desfilarán retratados por la palabra gráfica, viva, llena de gracia criolla y de emocionado evocación de Enrique Muñio.

Un desfile de días de bohemia, la eterna aventura que hoy da el hambre y mañana la gloria...

Prepárense los lectores de ¡AQUÍ ESTÁ! a conocer uno de los relatos más llenos de emoción y de graciosos anécdotos ahora que Muñio les dice:

"LES VOY A CONTAR MI VIDA"

Cuenta un gran actor y redactor un prestigioso periodista. Esta serie escrita por la pluma brillante de MANUEL M. ALBA, comenzará a publicarse en

¡AQUÍ ESTÁ!

a partir del

LUNES 6 DE SEPTIEMBRE



de las manos; inclinóse para recogerla, y permaneció inclinado bajo la mesa durante más tiempo del que parecía necesario. Cuando se irguió miró a la joven con aire muy distinto.

Era que en la parte inferior de su vestido de crespon verde, y hacia el lado derecho, había visto una mancha de sangre del tamaño de una moneda de diez centavos, y otras dos, más pequeñas; tres manchas oscuras, que eran manchas de sangre.

—La verdad es que no estamos tranquilos para hablar en medio de todo este ruido. ¿Quiere usted venir hasta el muelle de los Orefebres, a la jefatura?

—¡Dios mío! — contestó precipitadamente Julietta Larbeau, y añadió volviéndose hacia su amigo: — José, vólvete directamente a casa, cuando el señor inspector quiera dejarme en libertad. Nos veremos mañana en el mismo sitio.

No, el señor Souverán nos acompañará también — dijo Coller.

Los tres se observaron durante un momento; Julietta y el policía dispuestos al combate, y el americano muy turbado a cada instante.

—Si usted lo ha resuelto así — acabó diciendo la joven.

Un taxi los condujo a la policía judicial. Los amantes siguieron en silencio al inspector, a lo largo de los pasillos mal iluminados y casi desiertos. Al llegar al segundo piso, un hombre, con la cabeza cubierta por un sombrero de fieltro, apareció al fondo del pasillo.

—Pierre — llamó Coller.

No he podido echarle la mano encima — dijo el interpelado.

Se refiera a Bimón.

—Ya hablaremos de eso. ¿Quiéres venir a mi oficina?

Era ésta una pequeña pieza, con puerta vidriera, que estaba al final del pasillo, iluminada por una bombita de luz sin pantalla ninguna, que pendía de un cordón eléctrico del techo. No había en el cuarto más que una mesa de cajones y cuatro sillas de paja. Encima de la mesa, un tintero plomo, una carpeta casi nueva y un papel. Del muro pendía un plano de París, arcaico de una agenda de algún gran alcaide. Y eso era todo.

Coller sentose detrás de la mesa, el inspector Pierre cerca de la ventana, y un poco apartado; Julietta Larbeau y Souverán tomaron dos sillas y se sentaron frente a Coller.

—¿Lleva usted un revólver consigo, en su cartera? — le preguntó bruscamente el inspector.

—Sí — contestó sin inmurmurar Julietta Larbeau a la vez que abría su cartera y sacaba de ella una browning, pequeño modelo. Como vuelvo todas las noches a hora muy avanzada por la calle de la Estrapade...

—Tenencia de armas prohibidas... — murmuró el policía, no muy convencido con la explicación.

—Debo hacerle observar — replicó irónicamente la joven —, que no está cargado. Pero tengo tanto miedo a los accidentes... o a las tentaciones... Así, descargado y todo, me ha servido ya dos veces para alejar a algunos que se me armaron demasiado, cerca del Pantéon.

El inspector le devolvió el arma que había tomado de su mano, después de haber examinado el cargador.

—Y usted, señor Souverán, ¿está armado?

—Jamás — contestó el sudamericano.

—Decía usted, señorita, que, cuando salió del tercer piso de la calle de Réaumur, el señor Nicolle quedaba sentado, sano y salvo, detrás de su mesa. Era entonces las seis y cinco. ¿A qué hora se encontró usted con el señor Souverán?

—Drez minutos después, aproximadamente.

—¿Así que no fué él el primero en llegar a la cita?

Julietta dió pruebas de cierta vacilación, y se la vió visiblemente resistir a la tentación de volverse hacia su amante, que en aquel momento se sacaba la frente con su pañuelo.

—En efecto — dijo al fin —, hubbe de esperarles unos cinco minutos.

—Y usted, señor Souverán, ¿podría indicarme el epilogo de su tiempo a parte de las seis menos cuatro y la causa de su retraso?

—No — respondió el joven —, subí a mi departamento para cambiar de cuello, y mi reloj retrasaba unos minutos...

—¿Así que usted había ahoera cerca de la calle de Aboukir?

—En la misma calle de Aboukir, en la esquina de la calle de Réaumur.

El inspector comenzaba a estar satisfecho del giro que tomaba el asunto. Si detenerse en las hipótesis, iba estableciendo una bastante plausible: que el sudamericano, por celos o por interés, cosa que ya se determinaba, había disparado contra el comerciante; que la joven, que había asistido al drama, creyendo a su patrón muerto y desando salvar a su amante, huía inmediatamente después del hecho, y que el autor del mismo luego de borrar todas las huellas de su paso, salió minutos después, e iba a reunirse con ella en la esquina de la calle Montmartre.

—¿Vive usted en una pieza?... ¿Una pieza amueblada?

—Sí, una piecita, en el piso quinto, que la portera del inmueble alquila amueblada...

A punto estuvo Coller de lanzar una exclamación de triunfo. Aquella pieza situada en el piso quinto explicaba muchas cosas.

—¿Fue usted bien con revolver? — le preguntó.

—Muy bien, con revolver y con carabina. Anteriormente he ganado varios premios...

Y al pronunciar estas palabras se sonreía forzadamente. Es que en otros tiempos, cuando tenía dinero, practicaba los deportes.

—¿Cuáles son ahora sus recursos?

Coller ponía el dedo en la llaga, y el americano tuvo una sonrisa forzada.

—Mi padre me envía dinero.

—¿Cuándo se lo envió por última vez?

—Hace tres o cuatro meses.

—¿Y cuánto?

—Dios mil francos... Los he ido estrindando...

—Yo le he prestado dinero — dijo interviendo, vivamente Julietta —, ¿Oh! No es la primera vez; el señor Souverán me lo ha devuelto siempre, cuando recibía dinero de su casa.

Si no estuviera por medio la tentación de asesinarlo, hubiera podido creerse que aquella cuestión del dinero prestado era la única cosa que inquietaba a los dos amantes.

—¿Así que usted es rica, señorita?

—No soy rica — dijo con sequedad Julietta Larbeau —, pero puedo hacer eso.

—No tiene usted novecientos francos de sueldo?

—¿Gana tres mil francos por mes! — lanzó el acompañante.

Así se lo había dicho ella, para explicarle el costo de sus trajes, el dinero que gastaba y el que le prestaba a él. El joven le había lanzado una mirada de sospecha.

—Sí, tres mil — dijo ella.

Coller tomó nota de aquella mentira flagrante, descubierta entre ambos, sin la menor satisfacción, porque aquella mentira venía a destruir en parte su naciente hipótesis: la de la complicidad en el interés. José Souverán no era entonces más que un verdadero amante, con apuros de dinero, que aceptaba ayudando de su amiga, y que no habría matado, al acuerdo con ella, antes de despojar al comerciante. La hipótesis del robo se desvanecía al primer examen. el policía se daba

cuenta clara de ello; ambos amantes se bieran al menos asegurado de que su víctima estaba en efecto muerta. Quedaba sólo la potestad del crimen pasional.

—Si he comprendido bien — continuó inspector —, la pieza de usted da a la calle Réaumur, no lejos de la oficina del señor Nicolle?

—¿Infiere usted...

—¿Tiene usted armas en su casa?

—Tengo una carabina de concurso y un par de pistolas de duelo.

—¿Revólver, no?

—No. Y además, no he tocado más armas que están en el fondo de un baúl, desde deje el departamento que ocupaba en la Tilly, hace un año.

Todo aquello se comprobaba; no había que impedir al americano que volviera a su casa, y entreteniere hasta que fuera de

El quinto piso lo explicaba todo, y especialmente que la bala de un revólver no hubiera atravesado, de parte a parte, el cuello de la víctima. La bala había sido pasada desde el otro lado de la casa, de la boca del quinto piso al tercero. ¿Se veía con el pensamiento la sonda del médico iba a buscar la bala en el cuello del mercante, y el travecto oblicuo que para

Pero quedaba un único punto oscuro: las dos ventanas de la oficina del señor Nicolle se hallaban cerradas o enjuipadas. ¿Aún en esto era donde Julietta Larbeau podía representado a parte en el drama?

—Podría usted — dijo amablemente el policía trazame una descripción de la situación de su pieza, de la calle y de la oficina del señor Nicolle, tal y como la ve desde su casa.

—Sí, señor.

—¿Es que sospecha usted que el señor Nicolle verán haber matado al señor Nicolle?

—clamó Julietta Larbeau.

Trataba de dar un golpe de indignación a sus palabras, pero lo lograba mal. Desde momento en que el policía le había hablado de sus recursos económicos, la joven de traducir su nerviosidad. Coller juzgó que había llegado el momento.

—Pierre — dijo —, ¿quiere llevarte al Souverán en tu cuarto, y darle papel para planar?

El inspector Pierre se levantó, hizo un ademán de ir al americano, y después se la puerta.

Apenas desaparecieron los dos hombres, antes de que Coller hubiera tenido tiempo de preparar su frase de ataque, la joven se puso a llorar. A pesar de su energía y de los esfuerzos que hacía por dominarse, tardó rato antes de poder hablar. Al cabo, pasó gesto brusco el pañuelo sobre sus ojos.

—¿Por qué — preguntó con vehemencia insistiendo — lo que yo ganaba?

Y había estado no poco trabajo hacerle que ganaba tres mil francos por mes y tenía algunos ahorros. Ahora tendría que menazar de nuevo... José es un hombre rudo, un hombre leal. Si no hubiera sido la crisis, estaríamos casados, y seríamos

ces. Pero no ha querido casarse desde el momento en que su padre experimentó grandes grandes. No quería vivir a costa de una mujer. Y tampoco quería que después de

ados continuase yo trabajando... Yo trabajando, pero no encontré nada... Qué admitan como bailarín en el Poisson en espera de que se arreglen los asuntos

padre... Y yo hago todo lo posible por servarle hasta entonces... Pero era necesario que no sospechase que yo pertenecía a

que no sea él... Me había ya perdonado pasado... Todo eso había terminado, todo olvidado. Y ahora usted le ha dado nuevo motivo para que sospeche...

—Usted, señorita — le interrumpió

lencia —, se olvida de que hay un hombre herido, que acaso no salga con vida de ello. Y como al lado de eso sus historias personales son mucho menos importantes...

—Y a mí que me importa el asesinado del señor Nicolle! ¿Qué viva o muera me tiene un cuidado! ¡Lo que me interesa es mi felicidad, y José...! Lo demás puede venirse después!

Aquel apasionado arranque hubiera podido remover al inspector, si no existieran las tres manchas de sangre en el borde del traje verde.

—Y ahora — continuó con mayor violencia la joven —, va usted a sospechar de él, a insultarlo.

—Basta, señorita. Yo cumplo con mi obligación. Mi misión es hablar a la persona que asegura contra el señor Nicolle, y, hasta que haya prueba en contrario, puedo sospechar de José Souverain.

Julietta Larbeau rió despreciativamente.

—A él! Pero si estaba conmigo cuando el señor Nicolle fué herido.

—No, él no estaba con usted; pero usted sí estaba con el señor Nicolle.

—No comprendo.

—Me sorprendería mucho. Usted mintió al afirmar que en el momento de salir, el señor Nicolle se quedaba sentado detrás de su mesa y que no estaba herido...

—Yo no he mentado...

—El señor Nicolle fué herido cuando usted estaba en su habitación.

—¡Su es falso...

—La ventana de la derecha estaba abierta... Estaba cerrada o empujada...

—Pero no lo suficiente para no dejar el paso a una bala. Su amante ha disparado desde quinto piso. La dirección de la herida lo prueba. El disparo ha sido hecho de alto abajo, en dirección oblicua; y calcularemos el ángulo... Y usted se ha dado perfecta cuenta de que había sido su amante, quien, duda por celos, había disparado. Creven que el señor Nicolle estaba muerto, usted, sin más preocupación que disminuir su atención, para salvar a su amante y salvar a sí misma. Pero usted misma se ha traicionado...

—¡Yo!...

—Sí, usted. ¿No recuerda la recomendación que le hizo el portero al salir?

—Le dije que el señor Nicolle iba a bajar... Y le pidió que diera una vuelta por la oficina cuando saliera el señor Nicolle.

Es una recomendación normal que le hacen todas las tardes cuando me iba la primera y el señor Nicolle se quedaba arriba. Muchas veces le ha ocurrido dejar encendida alguna luz.

—La policía se echó hacia atrás y rompió a reír.

—Una luz encendida! En pleno mes de agosto, a las seis de la tarde y en una pieza en la que se ve perfectamente hasta las nueves de la noche!

La observación alcanzó el blanco. Julietta Larbeau mordió nerviosamente los labios y no respondió nada.

—De consiguiente, usted desecha que el crimen se descubriese lo bastante pronto para que quedase completamente envuelto en el secreto. Era preciso que entre su salida de la oficina y el descubrimiento, no hubiese lugar para colocar la visita de una tercera persona. Acaso ha hecho usted todo eso para que los cargos contra el señor Birnón no fuesen demasiado aplastantes, desde su ridícula amenaza.

Julietta Larbeau pareció medir al policía con la vista, evaluando su inteligencia y su perspicacia.

—Nada le permite semejantes sospechas — dijo al fin —. Le aseguro a usted que el señor Nicolle no estaba herido cuando yo salí de



VITANOVA

(Vida Nueva)

DEBILIDAD SEXUAL (Ambos Sexos)

VIGOR MASCULINO - AGOTAMIENTO FÍSICO Y MENTAL. ANEMIA - NERVIOSIDAD - NEURASTENIA - SURMENAGE.

Imp. de Barcelona, España. Venta en las buenas farm. Frasco de 25 tab., \$ 4.10, y de 100 tab., \$ 15.-Rep. E. Alvarez, Pasco 138, Bs. As.

¡ES UNA NOVELA DELICIOSA! dirán todas las que lean

"LAS DE LOS SOMBREROS VERDES",

una obra de Germaine Acremant, que publicará "CHABELA" en su número correspondiente a Setiembre. Además, "CHABELA", que es una verdadera guía para las elegantes, ofrecerá a sus lectoras un selecto conjunto de FIGURINES PRIMAVERALES.

¡RECUERDELO! EL LUNES 6 DE SETIEMBRE



PIORRI BRISOL

(LIQUIDO)

Está indicado en la **PIORREA ALVEOLAR**,
gingivitis, reblandecimiento y retroceso
de las encías.

PIORRI BRISOL

En frascos de \$ 3.90, \$ 5.50 y \$ 8.—

Autorizado por el H. Dpto. Nacional de Higiene, Nº 2956

Rechace imitaciones: el legítimo **Piorri Brisol** se expende
líquido en frascos originales.



ADMIRADA POR TODOS...

Annie, una joven norteamericana, bellísima y millonaria, causa sensación en Europa. **DUQUES Y MARQUES** se disputan su amor.

Lea en "Maribel" la apasionante historia de esta extraordinaria muchacha, que con el título de **"NOBLEZA AMERICANA"** comenzará a publicarse en capítulos semanales.

DOS OBRAS CELEBRES

de incomparable valor didáctico, espiritual y moral, presentadas en ediciones cuidadosas y completas. Dos libros inmortales que no deben faltar en ningún hogar ni en ninguna biblioteca.



SAGRADA BIBLIA

Valiosísima traducción de la Vulgata Latina por el Ilmo. Sr. Félix Torres Amat, enriquecida con cuatro mapas geográficos-bíblicos. Incluye bibliografía, notas y estudios especiales del Rdo. P. José J. Rebol, S.J., y una carta-prólogo de su Eminencia el cardenal primado Santiago Luis Copello.

Tamaño de la obra: 22 x 15 cm.
Encuadernada en Cuero... \$ 20.-
Encuadernada en Piel... \$ 50.-

IMITACION DE CRISTO

de Tomás de Kempis

Libro de devoción y ascético, cuyo objeto es instruir el alma en la perfección cristiana. Es, después de la Sagrada Biblia, la obra que mayor número de ediciones ha alcanzado en todo el mundo.

Tamaño del libro: 23 x 17 cm.
Encuad. en Cuero... \$ 20.-
Encuadernada en Piel... \$ 50.-



Edición Miniatúra de la misma obra; tamaño 14 x 9 centímetros.
Encuadernada en Cuero... \$ 6.-
Encuadernada en Piel... \$ 15.-

Solicítela a su librero o a la

Editorial Sopena Argentina S. R. L.

Capital \$ 1.000.000

ESMERALDA 116

BUENOS AIRES

la oficina. Pero espero, además, que su herida no sea tan grave como dice usted y que él mismo confirme lo que yo digo. ¿Adónde le han llevado?

—A la Clínica Champard.

—Me alegro, allí le han atendido ya muy bien.

—Epero, como usted, que el señor Nicolle pueda hablar — replicó el inspector, levantándose y pasando sin prisal al otro lado de su mesa.

Y, bajándose súbitamente, romo el borde del vestido de la joven.

—¿Y esto? — dijo mirándola de hito en hito, para no perder ninguno de sus gestos —. ¿Puede usted decirme de dónde proceden esas manchas?

Julietta Larbeau tuvo un movimiento de sorpresa y de viva contrariedad, que no probaba nada en fin de cuentas, porque podía esquivarse, en muy diversas maneras. Tomó la tela entre sus dedos y la levantó para iluminarla mejor.

—Esto — dijo — son manchas no sé de qué; tendré que llevar el traje a la tintorería para que lo limpien.

—No le llevará usted a la tintorería, porque, si no me equivoco, son manchas de sangre...

—¿De sangre!

—Hasta que se demuestre otra cosa. ¿Podría decirme dónde ha podido usted mancharse de sangre?

Julietta Larbeau frunció el entrecejo e hizo un esfuerzo como para recordar rápidamente en qué momento y circunstancias podía haberse caído aquellas manchas. Mientras ella permanecía con la cabeza inclinada, buscando en su memoria, el policía, en pie ante ella, esperaba la respuesta.

—Pues no sé dónde — empezó a decir.

Pero volvió la cabeza al oír que la puerta se abría. Era el inspector Pierre y José Souverain que entraban; el policía trataba una hoja en la mano.

Collet tuvo un gesto de contrariedad; su colega no había comprendido que el dibujo del plano no era más que un pretexto, y se hubiera debido esperar a que Collet le llamase para regresar.

Julietta Larbeau rompió en una carcajada que resonó mal en aquella pieza poco iluminada.

—Ya que pregunta usted tanto, señor — dijo —, ¿por qué no pregunta usted al señor Souverain cuándo y dónde se hirió en la mano derecha?

Y volviéndose hacia su amigo, añadió con tono ligero: —José, parece que sospechan de que eres tú quien ha disparado contra el señor Nicolle.

El sudamericano extendió su mano, con la palma hacia arriba, miró primero a Julietta y luego a los dos policías, con aire de satisfacción. Si representaba una comedia, al menos la representaba maravillosamente, tan bien como la misma joven. Sin esperar a que le interrogaran, explicó:

—Ha sido en la *Dinde Dorée*, donde los cuchillos cortan demasiado. Al cortar el pan me atrapé el pulgar y he sangrado un poco. Los policías vieron una pequeña señal roja en el dedo pulgar, corte debió ser muy superficial.

—¿Cómo estaban ustedes colocados en la *Dinde dorée*? — inquirió Collet.

—Yo sentada en la banqueta — contestó Julietta —, y frente a mí una silla, José.

—¿Y sacudió su dedo por debajo de la mesa?

—No me acuerdo.

—¿Es usted zurdo, señor Souverain?

—No.

—Tiene usted, para cortar el pan, el cuchillo en la mano derecha; ¿cómo entonces se ha herido el pulgar de la mano con que maneja el cuchillo?

—Como me ha sucedido otras veces, en que me he cortado el dedo al cortar el pan.

El sudamericano contestaba con toda calma, sin manifestar menor inquietud, desde el momento en que ya no se trataba de cuestiones de dinero y que era sospechoso de haber realizado un crimen. Julietta Larbeau lanzó una mirada irónica hacia Collet, había ganado la partida. Pero se precipitó demasiado pronto.

—El señor Nicolle le confirmará cuanto le acabo de decir.

En seguida se arrepintió de sus palabras al ver que el rostro de su amante se crispaba, víctima de los celos que le devoraban y el policía tenía una sonrisa nada tranquilizadora.

Sin abandonar en nada su hipótesis acerca de la culpabilidad del sudamericano, Girardon-Collet comenzaba a entrever una cosa más entre el comerciante y su secretaria, complicidad negativa, y se trataba únicamente de dar una falsa pista a la investigación que razón el señor Nicolle, que era el herido, apoyaba a Julietta Larbeau? Aquí era donde se acumulaban los puntos oscuros. Pero el inspector tomaba interiormente la resolución de interrogar al comerciante, tan pronto como éste pudiera hablar, y antes de que estableciera contacto con la joven.

LA VENGANZA DE NICOLLE

La clínica Champard exhibía sus cinco metros de fachada, cuatro pisos y sus altas ventanas, en la calle de la Pompe, entre la avenida de Henri Martin y la de Passy. En la parte posterior

edificio había un jardín que estaba a la disposición de los internos dos convalecientes.

El doctor Champard tenía su clientela propia, pero la mayor parte de la clínica estaba a disposición de una decena de médicos cirujanos cuyos enfermos no daban importancia a los precios elevados.

Habiéndose ocupado anteriormente del señor Nicolle el doctor Champard, el mismo se encargó del herido tan pronto como la ambulancia lo condujo a la clínica. Era el doctor un hombre alto, de barba y cabellos rojos, ojos claros y gestos y palabra plácida. Tenía adquirida una reputación de primera línea, debido a la rapidez y seguridad de sus diagnósticos, fama que había reforzado la exactitud de sus intervenciones durante veinte años de práctica quirúrgica.

La extracción de la bala, luego de cloroformizado el paciente, fué cosa sencilla.

—En cuanto a las consecuencias — dijo el cirujano al médico que asistía y que anestesiaba al herido —, nada podremos ver, con seguridad, hasta que transcurran unos días. La herida no está infectada; después de una semana cicatrizará. Y por lo que se refiere a los nervios interesados, no habrá más que la electricidad; el tiempo y la reducción harán lo demás...

—¿Se le puede poner en un cuarto que dé a la calle?

—Sí, desde luego.

Era que los cuartos que daban al jardín quedaban reservados para heridos graves.

—De la policía judicial han telefonado para saber si el herido sería interrogado esta tarde.

—De ningún modo! — protestó el cirujano, que defendía siempre el principio a sus enfermos —; queda prohibido hacerle hablar antes de mañana. Ponga usted de guardia a Emilio; si piden noticias, que conteste él.

Cuando, hacia las diez de la noche, se despertó el señor Nicolle, intentó de recobrar plenamente el sentido de la realidad, su mirada se detuvo en las anchas líneas de luz que se trazaban sobre el blanco muro. El dolor le hizo volver completamente en sí; no sufría nada, experimentaba más bien como un penoso entorpecimiento mental. Analizó en seguida aquellas anchas rayas; la luz venía de la noche y pasaba a través de las maderas de las persianas. Los cristales de las ventanas no tenían cortinas.

Lanzó un gemido. Emilio, que estaba hundido en un gran sillón mirando a la cabecera del lecho, pero que no dormía, acudió a su lado y le pasó por los labios un algodón humedecido en agua.

—Agua! — pidió el herido.

—¡Todavía no es posible, señor — dijo el enfermero humedeciéndole los nuevos los labios —. No puede usted. Esto no es nada; el doctor Champard me ha encargado que se lo diga así. Trate usted ahora de dormirse.

El señor Nicolle no dijo nada más, pero no se durmió. Cerró los ojos, hasta que el enfermero volvió a su sillón; abriéndolos luego de nuevo, trató de darse cuenta.

Había estado trabajando hasta las seis. Recordaba haber oído las campanadas en el reloj de la pieza de Julieta. Ésta había entrado seguidamente, o, mejor dicho, había asomado la cabeza diciendo: —Me marchó, ¿no me necesita usted?

Ella no le había tuteado nunca; pero que sus relaciones se habían terminado normalmente después de su breve aventura sentimental.

El le había contestado:

—No; no te necesito. Además, me voy a ir yo también, en seguida.

No quieres comer conmigo esta noche?

—Tengo que salir, estoy citada con una persona.

Pero puedes darme un beso.

Entonces ella había entrado en la habitación, y él, levantándose, se había dado la vuelta alrededor de la mesa para ir a su encuentro.

—Estás muy linda — dijo —. El verde te sienta muy bien.

Ella, sonriendo, le había ofrecido los labios... Ahora se contentaba con eso. Antes le había prometido divorciarse y casarse con ella.

Entonces en la fidelidad de su esposa, y la sacrificada brutalmente, como lo que era, un implacable egoísta. Encargó a una agencia de informaciones que la vigilaran, tan sólo con la idea de que confusa a su mujer, haciéndole ver que comecía el empleo de sus minutos y poder así atraparle en mentiras insignificantes.

Por el hombre que la seguía descubrió que su mujer le engañaba; pero él tres veces por semana iba a encontrarse con Carlos Birnón, su mejor amigo, su salvador. Subía a un auto con él y se iban no se sabe adónde, porque el detective encargado de seguir sus pasos no podía seguir la pista hasta el final. Las desapariciones eran tantas, jamás excedían de tres horas, y al regresar, Berta Nicolle podía explicárselas siempre por una visita a los grandes almacenes o una sesión de cine.

Entonces Nicolle estaba dispuesto a abandonar a su mujer, no le importaba que la engañara. Y no perdonó tampoco a Birnón. No pensaba más que en vengarse. Durante una discusión con su mujer, cuando de volver ella a casa un poco tarde, había él dejado escapar lo que sabía, menos el nombre de Birnón. Habló tan sólo de un marido; azaró a su mujer por el cuello y, desencadenada ya su furia, la abofeteó y le machacó el rostro a puñetazos.

El Exito...

... y triunfo de "LA ESMERALDA" se debe a su experta dirección, dedicada exclusivamente a este gran Instituto para la belleza de nuestras damas, a su selecto y culto personal, a sus inimitables aceites y a sus máquinas ultramodernas. Por eso si usted desea lucir las permanentes más de moda

Pluma y Colegiada

debe confiar en "LA ESMERALDA" y quedará encantado y maravillado.



PERMANENTES PLUMA

SUAVES O SEDOSAS

PERMANENTES CORONITA

MAGNÍFICAS Y PERFECTAS

\$5

PERMANENTES PARA PEINADOS PLUMA

PERMANENTES AL OLEO CREMA, como SEDA PERMANENTES AL VAPOR "ROBERTS", Perfectos



Nuestra Casa Central
Corlos Pellegrini 425

PERMANENTES AUTOTERMO DE BUCLES MARAVILLOSOS

TINTURAS 6-

POLICROM al ACEITE, Colores NATURALES, \$

RETOQUE DE TINTURAS 4-

COLOR UNIFORME, \$

MASAJES MODERNOS HOLLYWOOD, \$ 3-

BAÑO FACIAL LIMPIEZA DEL CUTIS, \$ 1.50

DEPILACION GENERAL

PERMANENTES ESPECIALES PARA CABELLOS TERIDOS Y OXIGENADOS

LA ESMERALDA

(LA MEJOR y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS en SUDAMERICA)

Casa Matriz: PIEDRAS 79 - U. T. 34 - 1019

(CASI ESQUINA AVENIDA DE MAYO)

Casa Central: C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35 - 6645 - 1231

Suc. CENTRO: Suc. FLORES: Suc. ONCE: Suc. BELGRANO:
LA VALLÉE 735 • RIVADAVIA 7170 • U. T. 66-0030 • RIVADAVIA 2578 • CABILDO 2342
U. T. 31-5720 • U. T. 66-0030 • U. T. 48-2267 • U. T. 76-1017

PRODUCTOS DE BELLEZA LA ESMERALDA

Creaciones nobles GUILLERMINA SCHWARTZ

Arrugas Las CANAS Envejecen

Acetite de Flores Tinturas "POLICROM"



a base de bálsamos y aceites de flores. Un leve masaje alrededor de los ojos demuestra su bondad en las Arrugas, Patas de Gallo o Bolsas de los Ojos. Frascos de \$ 2., 3., y \$ 5.. Al interior contra reembolso.

dan aspecto juvenil. Es la tintura mejor experimentada en todos los tonos. Caja completa, para un retoque de tintura. \$ 2.; doble, \$ 3.50; y caja gigante, \$ 6. Al interior /crembolado.



En VENTA: LABORATORIOS LA ESMERALDA, C. Pellegrini 425, y en las principales farmacias y perfumerías. CONSULTAS sobre Estético y Belleza dirige a GUILLERMINA SCHWARTZ, director del Instituto de Belleza LA ESMERALDA.

Con el rostro ensangrentado, la desdichada perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, en el mismo sitio en que había caído, en el centro del salón, su marido, que la espasmo resoplando, le dijo con voz sorda:

A ella le faltó el valor para hacer público el escándalo, yendo a la comisaría próxima a denunciar que había sido maltratada; más tarde debía lamentar no haberlo hecho así. Al día siguiente desapareció del hogar.

En cuanto a Nicole, él no cometió errores: hizo constar el abandono de su mujer y se reservó sus derechos. No volvió a verla más que una vez, en la calle Réaumur, en la vereda, en donde ella le abordó, para pedirle que iniciara las gestiones necesarias para obtener un divorcio rápido.

El divorcio, jamás — le contestó бурльón. — ¿Puede obligarte a ello — le replicó su mujer.

Había cambiado mucho desde su desaparición. No podía sentirse muy desgraciada, a despecho de su falsa situación. Aunque de menuda estatura, parecía esbelta en medio de la multitud; delgada, con su pequeña cabeza, los ojos vivos, cabellos muy negros, cejas bien dibujadas y largas pestañas, la piel neta; vestida con sobriedad, pero con un conocimiento perfecto de lo que le sentaba bien, era una estatuilla preciosa y frágil, cerca de la figura alta y maciza de su marido.

Lo que había cambiado en ella era su actitud. Nicole la había visto siempre oscurrecida, casi sometida, abrigándose tras la sombra de su formidable estatura. Al replicarle ahora que ella sabía obligarle al divorcio, revelaba una voluntad precisa, disimulaba apenas una amenaza, y se mostraba segura de sí misma.

Separáronse bruscamente, al cabo de algunos minutos. Fue él quien tomó la iniciativa de esta separación, subiendo a su auto y poniendo el motor en marcha. Su partida se asemejó a una huida.

Hasta el día aquel había dejado correr las cosas, esperando los acontecimientos, desoso de vengarse, pero sin saber cómo lograrlo.

Pero aquellos minutos de conversación, mantenida sobre la vereda, en medio de toda aquella multitud que caminaba hacia la Bolsa, habían bastado para darle una directiva. Opomendiéndose al divorcio, envenenaba la existencia de los dos amantes. Los conocía sobradamente para sospechar que padecían ya con su situación irregular. Su venganza era sencilla y la tenía bien a mano; le sacrificaría hasta sus mismas posibilidades de dicha.

Al día siguiente pudo darse cuenta de lo que esta decisión iba a costarle. Julietta también por su parte conllevaba con impaciencia su misma posición insegura. Tan pronto como él le refirió el encuentro con su mujer, aquella le planteó claramente la cuestión.

— Eso es estúpido — dijo encogiendo de hombros —. ¿En qué situación me deja a mí esa resolución? Usted me hizo una promesa bien clara: divorciarse y casarse conmigo.

El divorcio lo tiene usted al alcance de la mano y en excelentes condiciones, con todas las culpas a cargo de ella; nada mejor podía usted desear. ¿Y ahora, por una mezquina consideración de amor propio de hombre, me sacrifica usted? Libre es de proceder como quiera, y nada le reprocho, pero ya vea usted que yo tengo que realizar mi vida y que no puedo contentarme con esta situación de espera. Puede usted reemplazarme como secretaria. En cuanto a lo demás, todo ha terminado desde hoy. Cuan-

do se divorcie usted, si yo estoy libre aun, volveremos a hablar de nuestros proyectos.

Faltóle a él el valor para separarse definitivamente de ella y le había propuesto una transacción: permanecería a su lado como secretaria, y volverían a sus relaciones de antes de la aventura.

Ambos se adaptaron rápidamente, tras de un breve período molesto. Cuando el se sentía demasiado solo, la invitaba a comer. Ella aceptaba de buen grado o se negaba. Julietta admitía que él continuase asegurándole una vida un poco más amplia de lo que hubieran permitido sus ingresos. Le daba dinero para que no sintiese la tentación de recibirlo de otro, y abrigaba la esperanza de que se contentase con vivir bien sin buscar consuelos sentimentales. Cuando llegó a adivinar que podía tener un amante, tuvo un breve acceso de cólera; pero Julietta cortó bruscamente sus reproches, y él acabó por aceptarlo todo. No desesperó de él, una vez que hubiera logrado sus fines en lo concerniente a su mujer y a Birnón, podría pasar la esponsa sobre este turbio período, y recobrar a la joven, rehaciendo con ella su vida...

Así que ella le había sonreído aquella tarde, ofreciéndole los labios... Un rayo de sol que pasaba a través de un desgarrón de la cortina de la ventana, a medio bajar, iluminó sus rubios cabellos. Le besaba ella a vez en cuando, y si él se lo pedía, pero sin dar ninguna importancia a aquel beso. Si, ella estaba ante él, con el pensamiento muy lejos, sin duda en su cita, y Nicole iba a inclinarse hacia ella...

Y aquí surgía una laguna de algunos segundos...

Había vuelto en sí, agitando con los brazos en el vacío, con la garganta bruscamente seca. Recordaba haber oído el grito de Julietta, que le agarraba por la manga, pero él se desplomaba sobre la alfombra, luchando contra un nuevo desvanecimiento. Su brazo derecho le pesaba terriblemente y algo caliente le corría por el cuello y el pecho. Diose cuenta de que estaba herido, pensó en la amenaza de Birnón, en los ojos negros de su mujer y en todo más que una preocupación: evitar molestias a Julietta, no hacerle faltar a su cita...

— Vete, Julietta — pudo ordenarle al fin —. Esto no es nada. Yo no tiene arreglar... Tú no sabes nada... Vete en seguida...

Ella había querido telefonar a un doctor, pero él se lo había prohibido.

Yo lo haré... Vete. Tú no has visto nada...

— No es cosa grave. Descansa de encontrarse pronto con Jose Souverain, Julietta había salido, con el mismo coqueto monstruoso que Nicole, cuando quería sacrificar a su mujer. Debía estar muy convencida de que la herida no era grave. La sangre no corría en abundancia; se deslizaba bajo el cuello de su camisa en una rayita roja que iba a perderse entre sus ropas.

Y Julietta Larbeur partió sin inquietarse por el origen del drama.

De dónde procedía la bala? Tendido sobre su lecho, con los ojos fijos en las persianas y contando inconscientemente los pocos taxis que pasaban por la calle, el señor Nicole hacía un esfuerzo para recordar los detalles. Al entrar en la pieza, Julietta había cerrado la puerta. La ventana de la izquierda estaba cerrada; la de la derecha apenas entreabierta. Birnón no estaba en la pieza. Había debido irse desde el exterior. Pero no había balcón en el cual poder mantenerse. La ventana estaba en el tercer piso. Acaso se había situado en el inmueble de enfrente. Pero aquello era estúpido! Lo primero, porque Birnón no sabía riar, ni apuntar siquiera. En el jardín

de la villa de Saint-Cloud había tirado algunas veces a blancos con carbina, cuando tocaba el carrón era por pura equivocación. Cómo hubiera podido además entrar en casa de enfrente? Aquello era imposible. Allí, en el tercero y cuarto piso del inmueble de enfrente, estaban las anchas veredas con cristales, protegidas por rejas de la Berlín de tejidos: edificio de cristal, de empleados.

Y sobre todo, que Birnón no podía en aquellos lugares. Tenía no poco que hacer corriendo a la busca de los cuatro mil francos para su vencimiento del día siguiente. Y en cuanto a su amenaza, ¿cómo podía ponerla en ejecución después de llamada telefónica al comisario?

El señor Nicole pensó después en hijos de su mujer, cuando se encontraron la vereda de la calle de Réaumur. Los ojos de una mujer resuelta a atacar. Ella quien habría disparado al Simplex así como al divorcio. Debía haber estado tirando el golpe durante seis meses de ocio. Ella si que tiraba bien; en el jardín la villa de Saint-Cloud, iba agrupando valientemente sus balas en el centro del estanco con la carbina como con el revolver. ¿Cómo habría podido entrar en las cimas de los Tüts Berlín? La policía haría la cosa.

Ya tenía su venganza. El doctor Garpard le enviaba a la pieza de la ventana, pelirrojo su vida, y Nicole se permitía así. La vida sería magnífica, desde el uero ante los tribunales criminales, mejor dicho, correccionales, en los que mujer y Birnón se verían cubiertos de gloria.

Pero, ¿por qué había partido tan pronto Julietta, sin inquietarse de donde iba a la bala, sin preocuparse del asesino, podía repetir su atentado si llegaba a cuenta de que su víctima no había sido nada de muerte? Es que tenía que morir. Al pasar tarde a su cita, Nicole había visto nunca a Jose Souverain, pero esta su existencia, tenía la descripción del rican en una de las fichas de la que se investigaciones privadas. Le asombró no oírle con la misma intensidad como odiaba a Birnón; pero no investigaba la causa de ello. Cuando Julietta había tirado sus pasos en la pieza de la ventana, cerrarse la puerta. Oursent se levantó, llegar hasta el teléfono, para llamar a su médico, avisar a la policía, había caído de nuevo dentro de aquel en el cual solo flotaba el recuerdo de pesadillas. Unos hombres inclinados le le habían dado de beber.

Y ahora se encontraba en aquel lecho, tendiendo las persianas, mirando las luminosas sobre el blanco muro y sobre el rojo, con un enfermo al lado, en el lecho, sintiendo el brazo pesado, un manguito en la punta de los dedos, la ganta seca y las vaharadas del eter en la

LAS COARTADAS DE LA SEÑORITA NICOLLE Y DEL SEÑOR BIRNÓN

Con el receptor al oído, el inspector radon-Collect refulgía:

— ¡Inhécil!

Al otro extremo del hilo, su colega inspector Perre, se sobresaltó.

— ¿Que te pasa? — preguntó.

— No se trata de ti — contestó Cusino de Birnón, que viene a echarlo por tierra. No es posible que se haya tirado.

...ana. Y, sin embargo, debía haber visto los diarios que publicaban columnas acerca de "El crimen de la calle Réaumur" y saber desde hacía muchas horas, que su amigo había recibido una bala en el pecho, suponiendo que no tuviera el nada que ver con el asunto.

—Acabará por venir; quedate ahí y que no se te escape Million y seas se ocupan también él.

—Estov en la cigarrería de frente a la casa. No me muevo de aquí.

—Oh! Espera! Me parece que es la pajarita

—La señora Nicolle?

—Si, se detiene ante la puerta y levanta la nariz. Si, son sus señas. Ahora entra ¿le la llevo?

—Y rápido... Algo es algo — añadió Collet colgando bruscamente el aparato.

El asunto era en verdad tan sencillo como inconsistente. La persona realizada en casa de José Souverán a las ocho, no había dado ningún resultado. La pieza que habitaba el americano era pequeña y abarrajada, estaba escasamente amueblada; en el fondo de una de las dos valijas que había en la pieza, entre los libros y las ropas, la policía había encontrado la carabina y las pistolas, pero ningún Silver Colt ni balas.

Desde la ventana se veía la oficina del señor Nicolle, que no estaba desde aquella, sino a unos veinte metros a la derecha. Para poder pasar a un hombre situado allá abajo, hacía falta ser un magnífico tirador, sobre todo con un revólver! Y mas aun, cuando la bala no había ni siquiera rozado los montantes de la ventana y había ido derecha al blanco.

Y Souverán no se reprimía de decir:

—Eso no es imposible... con un Colt que me fuera familiar yo podría fácilmente ser blanco.

Para añadir en segundo con la mayor calma:

—Pero no he tenido un Colt en mi vida, y no he sido yo quien tiró.

El asunto no le interesaba en lo más mínimo: no debía ya tener importancia para él ni siquiera lo relativo a los prestamos de dinero. Julieta Larbeau, que al principio le habían inquietado y molestado, había entregado completamente a sus celos, y pasaba por una crisis en la que solo se exteriorizaba por miradas rápidas lanzadas sobre su amante.

Julieta Larbeau evitaba encontrarse con sus ojos. Sólo quería estar lejos de los cargos que se acumulaban contra él. Discutía su retardo para llegar a la cita del día anterior, le disminuía siempre en algunos minutos y no se perdonaba el haber motivado que la investigación dirigiera por aquel camino.

La policía debía leer en ella como en un libro abierto. Al regresar a la oficina judicial la había acorralado con sus preguntas directas y precisas. Se encerró durante más de una hora a solas con ella, en su oficina, y sin hacer de nuevo referencia a las tres manchas de sangre de su vestido, había querido atraparla en una contradicción, conduciéndola a una confesión que ella estaba presente en el estudio de la víctima cuando éste cayó herido.

—Usted le vio caer, al caer le salpicó con su sangre. ¿Usted se dio cuenta de esto? ¿Usted se acordó, sin llorar a un médico, sin avisar a la policía... ¿por qué?

—Yo no estaba allí cuando el señor Nicolle fue herido.

La joven se encerraba en esta negativa. Estaba fatigadísima y se sentía débil. Al finalizar la madrugada se había quedado adormecida durante una hora, sentada en la silla, y la fatiga la invadía ahora completamente. Se encontraba molestanísima con su ropa interior del día anterior, y sin haber podido hacer su toilette. Por dos o tres veces se puso de nuevo polvos y rojo en los labios, menos por coquetería que por conservar durante algún tiempo aun su aspecto de mujer independiente y luchar contra aquel hombre, que la interrogaba sin violencia, pero que hacía eternamente las mismas preguntas, que volvía y otra vez sobre cuestiones desprovistas de importancia, y que daba todo un edificio sobre naipes.

—Usted se marchó... Eso es que usted le creyó muerto o herido gravemente. ¿Usted creyó que estaba muerto?

—Yo no estaba allí.

—Esa es su única tibia de salvación. Mientras que pudiera seguir andando, Julieta esperaba sacar a su amante del paso. Pero cuando a flaquear. Sentía hambre y sed. No le habían dado más que una taza de café, muy cargado, y un vaso de agua.

—No le creyó usted muerto? Se habría asegurado de ello, le hubieran dado, tendría forzosamente sangre en las manos, algo más que esas tres manchas, tan destacadas.

Julieta Larbeau no intentaba ya seguir afirmando que aquellas manchas de sangre procedían de la herida del pulgar de José Souverán. Había experimentado tal sensación de triunfo cuando recordó la herida del americano! Por que el policía volvía siempre a tema y no la creía? Era, sin embargo, bien admisible.

—Si hubiese usted tenido otras manchas de sangre, hubiera usted estado todo su tiempo... ¿Es que no estaba muerta y que no me acordaba de estarlo?... ¿Tampoco estaba gravemente herido? ¿Hubiera estado herido de gravedad, no le hubiese usted dejado, ¿verdad? sobre la alfombra, sin sentido, ¿verdad? Usted tiene aspecto de bastante egoísta, pero, sin embargo, le hubiera prestado socorro si se hubiera caído sin conocimiento allí, ante usted, ¿no es así?...



Esta es
la única
y
verdadera!

desde
30
cts



Las imitaciones pueden costar centavitos menos por su inferior calidad, pero peinan mal y rinden poco. La legítima Gomina resulta más conveniente porque peina mejor, tonifica el cabello y tiene doble rendimiento.

—Yo no estaba allí...

—Sí, estaba usted allí. Si no hubiera estado, habría reaccionado, a buen seguro, de manera muy distinta, cuando en el *Poison bleu* le hicie saber que su patrón había sido herido. Aunque es usted bastante dueña de sí misma, no hubiera debido de pedirme al menos algún detalle del hecho: sólo se ocupó usted de lanzar el nombre de Birmin, que tenía ya preparado... Pero dejémoslo de lado a Birmin... ¿Así que el señor Nicolle sólo estaba herido levemente? O al menos así lo creyó usted... ¿Se marchó usted porque creyó que podría arreglárselas solo? ¿Pero, por qué no me mira usted de frente?

—Porque estoy muerta de cansancio.

La joven se encogió en su silla, con la cabeza más inclinada cada vez, fijando sus ojos, primero en una pata de la mesa, luego sobre sus propios zapatos, apoyando los brazos sobre las rodillas... No era sólo la fatiga lo que la anonadaba... Es que aquella habitación amantillada le parecía reducirse en torno suyo... a, que las palabras del policía formaban círculos cada vez más estrechos; en medio de esos círculos estaban ella y el drama, y el policía iba acercándose... Aquel hombre insignificante se hacía formidable; decía exactamente lo que yo pensaba; la forzaba a vivir por segunda vez la escena de la oficina para leer en voz alta en su pensamiento... Por eso no quería ella mostrarle sus ojos y miraba a sus pies. Trataba de pensar en otra cosa; se repetía en su fuero interno: «¿Yo no estaba en el estudio! No, no estaba en la pieza cuando Nicolle cayó!... No, no estaba!...», y se lo repetía mentalmente con la esperanza de que el policía acabase por leer esa misma afirmación en su pensamiento, como parecía leer lo denías.

De pronto rompió a llorar.

—¿Estaba usted allí?

—No, yo no estaba. No, no y no.

Había creído Collet que las lágrimas anunciaban la confesión, y Julietta Larbeau continuaba llorando y diciendo que no. La escena se prolongó durante largo tiempo. El policía daba tres pasos a un lado, tres a otro, de la pieza, infatigablemente. Émba sin descanso. Hablaba con una entonación terriblemente monótona y natural. Hablaba y caminaba. No se detenía sino de vez en cuando, para hacer una pregunta.

—Estaba levemente herido... ¿Por qué se marchó usted dejándole así? ¿No podría usted, por lo menos, haber telefonado a un médico? ¿O es que se aseguró usted de que el señor Nicolle no corría peligro alguno? ¿Era no es posible? Es que si la hubiera usted quedado allí ya no hubiese podido salir... ¿Por qué se marchó? ¿Por qué la dejó marcharse el señor Nicolle?... Porque es evidente que no se marchó usted por su propia iniciativa... Si él le hubiera dicho que se quedase, que telefonase, usted se hubiese quedado... ¿Fue él quien le dijo que se marchara? ¿Por qué?... ¿No, no comprometería?... ¿No?... Usted no estaba comprometida. Quedándose su lado, su situación estaba muy clara, ya que el disparo había venido del exterior... ¿Es tan sólo que quiso evitarse enojosas molestias?... Así es, ¿no?... ¿No es eso?

—Yo no estaba allí...

Las crisis de lágrimas de Julietta no eran de mucha duración. La joven se decidió a abrir su sacro, secarse los ojos y emplearse de nuevo el rostro; después se pasó el peine por los cabellos y dijo:

—Me fastidió! — pensó Collet.

Se le escapaba de nuevo, en el preciso momento en que creía haberla atrapado. Pero continuó impertérrito:

—¡Ah, ya caigo! ¿Es que la quería a usted de verdad? ¿Era en algunos momentos sentimental ese tiburón? ¿Le daba a usted di-

nero y no era usted, sin embargo, su querida... Y sólo para evitarse a usted molestias fue por lo que le pidió, o le ordenó, que le dejase arreglárselas solo... Es muy posible, después de todo. Ya he conocido yo un tipo de esa clase. Pero, ¿por qué le obedeció usted? Usted no es mujer que se asuste de las molestias y no le tenía una animadversión especial para dejarle herido y temiendo sobre el suelo... Y, sin embargo, se marchó usted! Eso es lo formidable, señorita Larbeau. ¿Que usted se marchara! Es que iba de prisa a una cita... Y José Souverain llegó tarde a esa cita...

Julietta no podía dejarle ir más allá en sus deducciones. Sobrado sabía a dónde ellas le conducirían en breves momentos: hasta José Souverain y a la culpabilidad del joven.

En efecto, si ella se había marchado precipitadamente de la oficina, era porque inmediatamente había creído comprender la verdad de lo ocurrido: que Souverain, apostado a su ventana, desde el otro lado de la calle, había visto a Nicolle y a su secretaria darse un beso; que Souverain, probablemente testigo ya de otros besos iguales, esta vez había disparado su revólver, y luego empleaba diez minutos en hacer desaparecer el arma. ¿No es tan fácil hacer desaparecer un arma que ha de ser buscada, de seguro! Por eso, porque había adivinado inmediatamente el gesto de su amante, era por lo que Julietta Larbeau había abandonado al señor Nicolle, por lo que no había insistido en permanecer a su lado ni parecía haberse preocupado de quién fuera el autor del disparo.

Los diez minutos de espera en la esquina de las calles de Aboukir y de Montmartre, aquellos diez minutos de retiro de José, habían sido espantosos. Y el americano había llegado sin mostrar la menor emoción, con su sonrisilla habitual, que dejaba ver sus dientes regulares y brillantes. Se había excusado por llegar con retraso; le había hablado de su cuello, de su reloj, que retrasaba, y Julietta Larbeau había dejado para más tarde el examinar sus propios sentimientos ante aquel hecho nuevo: los minutos de retiro de José, habían sido atormentado a su amante hasta la calle Victor Massé, extrañándose de no experimentar ni repulsión ni temor hacia él, sino más bien una sensación de seguridad, puesto que José era tan dueño de sí como ella era dueña de sus nervios.

—Es muy curioso ese retraso de Souverain. ¿Era siempre puntual? ¿Era él siempre quien llegaba el primero?

—Muchas veces ha ocurrido que llegara tarde.

—Que subiera a su casa para dormir la siesta o para cambiar de cuello, es cosa aceptable; pero que su reloj se retrasara... ¡su reloj, señorita, que es de excelente marca, y podría echarse a palar en exactitud con el Observatorio! Y ¡zas!, ¡de pronto retrasa diez minutos! Y eso precisamente en el momento en que el señor Nicolle recibía un balazo...

Julietta Larbeau ni siquiera intentó poner del relieve la mala fe del policía. José había explicado claramente este error acerca de la hora. Estaba con su amiga la noche anterior, cuando se dio cuenta de que el reloj se le había parado. Le había dado entonces cuerda, poniéndole en marcha con arreglo a la hora que marcaba el reloj exterior de un relojero del faubourg Montmartre. Si llamó Julietta es porque se estaba preparando para el momento en que ella deseara en aquel momento ir a alojarse por lo menos de momento las tenazas, y después dormir.

—Volviendo al punto de partida. El señor Nicolle le manda que se vaya, y que haga como si él hubiese sido herido después que usted se marchó. ¿Por qué obedeció usted con aquella precipitación?

—Porque...

Collet se detuvo de golpe. Aquel "pero" era por sí mismo la confesión que él buscaba. Pero desconfió en seguida al darse cuenta de la expresión vaga e irresoluta del de Julietta Larbeau.

—¿Por qué? ¿Porque estaba usted en esto allí cuando fue herido?

—Le digo a usted la verdad, podré decirle darme?

—Si me dice usted la verdad podrá decirme usted y también yo.

—¿En seguida?

—En seguida.

—Pues bien, soy yo quien ha matado al señor Nicolle.

Esta confesión no pareció ni comover ni sorprender al inspector.

—Muy bien, quiero aceptarlo — dijo tras algunos segundos de silencio —. Pero, ¿qué lo mató?

—¿Quiero dormir! — gritó la joven.

A despecho del dominio de sí y de su vergüenza, sentíase abocada a una crisis nerviosa, casi la deseaba. Descaba cualquier cosa hasta una catástrofe, algo que le permitiera escapar a aquel hombre durante algunos días.

—No hablen por ahora de los minutos que la han impulsado — dijo el policía. Tan sólo voy a hacerle una pregunta: ¿dónde escondió usted el revólver?

—Me ha prometido usted dejarme dormir.

—Se lo prometí si me decía la verdad — replicó el policía secamente —. Pero está mintiendo. Y voy a probarle que miente.

—Yo lo maté.

El policía abrió la puerta y salió, dejando de sí y de la pieza vecina, que estaba encerrado Souverain. El americano estaba durmiendo apoyado en el borde de una mesa y con la cabeza sepultada en sus brazos, se despertó con dificultad y guio a Collet.

—Señor Souverain — dijo éste cuando se encontraron juntos en su oficina —, señorita Larbeau acababa de anunciarme que usted había mató al señor Nicolle.

—¿América reaccionó en dos etapas cesivas? Tuvieron primero un relámpago de ira en sus ojos, y en seguida recobró el aspecto firme, y dijo con naturalidad:

—Eso no es verdad.

—Sí, es verdad — gritó Julietta —, ¡fui yo fui yo!...

—Eso no es verdad — repitió José Souverain.

—¿Y por qué no? — preguntó Collet.

—Porque la bala fue disparada a distancia y no me quemaron.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque usted mismo lo ha dicho, inspector.

—Dispare desde mi oficina; la puerta está abierta de par en par.

—¿Y qué hizo usted en seguida, inmediatamente después?

—Fui a tirar el revólver... Tomé mi brezo, mi cartera... Y me fui sin quemarme de sí el señor Nicolle estaba muerto o vivo.

—¡Admirable! — dijo el policía —, sangre salpicó su vestido a través de las habitaciones... Y no hay más que esas manchas en su traje... Eso no es posible una explicación que usted busca; las chas, sin duda, las puso usted misma.

Aparentaba burlarse, pero en el fondo había desconfianza. Si no paraba de golpear, temía que ella deseara, la investigación se chocaba a meterse en un callejón sin salida. El pretendía tan sólo que Julietta se confesara su presencia junto al señor Nicolle en el momento del atentado; pero nada. La joven no podía haber desempeñado papel. Al endosarse el crimen pretendía sólo escapárselo. Y durante todo ese día Souverain afirmaba sus posiciones de de-

Porque el americano era intachable. Probable era que a base de los resultados primeros de la investigación iniciada, el juez de instrucción quien correspondiese el asunto aquel mismo día, no vacilase en firmar una orden de detención. Pero, en realidad, no había en contra de Souverain más que presunciones.

—¿Quiere usted decirme dónde tiró el revólver? —preguntó de nuevo el policía.

—Se lo diré cuando haya dormido —replicó Julieta.

—Muy bien. Pues vamos ahora a la calle Réaumur.

La amenaza dió en el blanco. Julieta aterróse ante el solo anuncio de este traslado. Ya no podía más. Resolviéase a abandonar la partida.

No —dijo—. No fui yo quien disparé. Pero tampoco estaba allí cuando fué herido el señor Nicolle. No estaba. Háganme usted firmar que si estaba, y lo firmaré. Pero no estaba. No tiene usted derecho a murmurar como lo hace desde ayer y a impedirme dormir. Me separé al juez. Yo no estaba allí... No estaba.

Tenblaba la joven, cuyos brazos pendían y cuya cabeza se sacudía un lado a otro. Volvía a su punto de partida y Collet comprendió que ya no obtendría nada de ella.

—Va a usted a dormir —dijo—.

V condujo a Souverain a la habitación vecina, llevando a la joven a su más modesto mobiliario que un catre sin colchón.

Duerma usted un poco —dijo—. En seguida volveré a interrogarla. Cuando la dejó allí, fuése a buscar al comisario Mallard, que era que se hacía encargado de ir a la clínica Champard para interrogar a Nicolle.

—Es un rico tipo —dijo el comisario—. Un verdadero bruto. Acusa minuciosamente a Birmón y a su mujer. Creo que es ya hora de que se eche mano a esos dos.

Pierre se ocupa de Birmón, y Million y Janais de la señora de Nicolle.

—No se sabe adónde fué ella después de dejar a su marido?

—No se sabe nada.

—Es fantástico; habrá que pasar una comunicación a todas las comarcas. Porque tiene que haber dejado alguna huella de su paso.

—Ese comunicado fué ya enviado esta mañana, y hasta ahora no ningún resultado. Quizá fué a refugiarse al extrarradio o en las montañas.

—En cuanto a Nicolle, su declaración es clara. Acababa de marcharse su secretaria. El se levantó, dirigiéndose hacia el clasificador para buscar un expediente. Llegó hasta la mitad de la habitación, y de ese momento ya no se acuerda de nada más. Y eso es todo.

En un susurro, reunió el inspector —que vamos a tener que salir en libertad a Julieta Larbeau. Sus declaraciones coinciden con las de su patrón. Ella no estaba allí en el momento del crimen... Y sin embargo estaba! Voy a hacer examinar la sangre de las manchas de traje y compararla con la de Nicolle y la del americano.

—¡So tendremos de adelantado. ¿No ha dicho usted nada a los periodistas?

—No. Pero el comisario de la Bourse se ha visto obligado a hablar de las amenazas ridículas de Birmón, y en este instante hay ya en la calle de Courcelles una media docena de periodistas que esperan el regreso del presunto asesino.

En efecto, los diarios de la mañana publicaban tan sólo que se estaba sobre la pista del asesino, un amigo de la víctima, que había amenazado al señor Nicolle unas horas antes de ocurrir el drama. En cambio, ninguno hablaba de Julieta Larbeau más que para decir que ya no había salido de la oficina antes del drama, y todos ignoraban la existencia de José Souverain.

—Al menos tenemos por ese lado las manos limpias hasta mediodía, hasta la noche —dijo el inspector—. No tenemos sino que dejar a los periodistas calentarse la cabeza con Birmón. Acaban acaban por descubrir antes que nosotros, a la mujer de Nicolle...

Y volvióse a su oficina, en el preciso momento en que se recibía una llamada telefónica del inspector Pierre, anunciándole que había sido fin hallada la mujer del comerciante.

Collet consideraba, este descubrimiento carente de importancia. La señora Nicolle daría detalles precisos acerca de los dispendios de su matrimonio, su existencia después de su fuga. Pero no podía aportar ningún nuevo dato, a menos que Birmón hubiera ido a pasar la noche en casa de ella como la cosa más natural del mundo... Pero de luego no, ya que ella pareció que se dirigía en busca de noticias a la casa de Birmón.

Dejóse oír de nuevo el teléfono. Descolgó el inspector el aparato, y de las primeras palabras pareció interesarse por lo que le decían del otro lado del hilo. Era el portero Lefort quien telefonaba.

—Hay algo nuevo, señor inspector. Le había dicho a usted que es seguro de que después de la salida de los empleados nadie ha entrado en la casa, y resulta que la señora Meliard...

—¿Quién es la señora Meliard?

—Una mujer que se dedica a la limpieza y que habita en el piso primero... Aver bajo, mientras yo estaba en las oficinas del primer y segundo piso. Dice que se cruzó al bajar la escalera con un hombre que subía... Según la descripción que de él hace, creo que es el señor Birmón...

¡Se Aproxima la Primavera!

Y ES EN LAS PAGINAS DE LA REVISTA

CHABELA,

donde se encontrarán los más hermosos

FIGURINES DE LA ESTACION VENIDERA,

elegidos entre aquellos capaces de satisfacer plenamente el buen gusto tradicional de la mujer argentina.

CHABELA,

además, les ofrecerá el regalo de una novela deliciosa de GERMANA ACREMANT, pues

"LAS DE LOS SOMBREROS VERDES"

es amena, graciosa, emotiva, plena de amables incidencias y, sobre todo, profundamente humana.

Lea usted

CHABELA,

amiga, y encontrará en ella una compañera insustituible que ofrece, generosamente, los mejores consejos y las más útiles sugerencias.

APARECERA EL LUNES 6 DE
SETIEMBRE.





Giática Lumbago

La persistencia del dolor le indica que se trata de algo más que cansancio.

Es necesario eliminar los desechos y sustancias nocivas (tales como el ácido úrico) que son la causa probable de sus dolores.

Para esto, haga uso de un medicamento de acción reconocida: las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga.

Con la ayuda de las Píldoras De Witt, las impurezas mencionadas serán expulsadas de su organismo, por cuanto este medicamento ejerce su benéfica acción directamente sobre los riñones, es decir, los órganos más importantes de eliminación.

Adquiera un frasco de Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga. Cincuenta años de éxito son su mejor recomendación.

En frascos de dos tamaños, con 40 y 100 píldoras.

PILDORAS DE WITT

PARA LOS RIÑONES
Y LA VEJIGA

—Diga usted a la señora Meliard que venga a verme inmediatamente; que tome un taxi.

Decididamente, el señor Birmón se colocaba otra vez en primer plano.

—Eso me enseñará a hacer hipótesis — gruñó el inspector, pensando en José Souverán. Este se hundía de golpe en la penumbra. Su actitud, que al inspector le parecía la de un hombre muy seguro, dueño de sus nervios y que ha calculado todos los riesgos y los medios de defensa, aparecía ahora como la de un acusado seguro de su inocencia.

Pero sin dejar de renegar de sus hipótesis, acerca de la probable culpabilidad del americano, Collet no podía dar al olvido ninguno de los cargos que sobre él pesaban: la ventana de la buhardilla, y la de la oficina de Nicole; la bala, que llegaba en punto muerto al cuello de éste; las tres manchas de sangre; los visibles celos de Souverán y las miradas no menos visibles de Julietta Larbeau y del señor Nicolle.

Mientras esperaba la llegada de la señora Meliard y de la de Nicole, atendió a la cuestión de las manchas de sangre. Telefonó al laboratorio de la Prefectura, y, cinco minutos después, veía a un joven llegar a su oficina.

—¿Podría usted — preguntó el inspector — determinar si la sangre de una mancha en un vestido es la misma que la de determinada persona?

El joven inclinó la cabeza.

—Podría sencillamente comparárlas, y acaso dadas una respuesta negativa — contestó —. En todo el giro retroactivo no hay más que cuatro especies de sangre; pero como las cuatro quintas partes de los hombres poseen la misma sangre, usted mismo se dará cuenta de lo improbable del resultado. Pero siempre se puede ensayar.

Collet le llevó a la pieza en donde dormía Julietta Larbeau. Esta ni siquiera se despertó. El joven frotó una de las manchas sobre una lámina de vidrio. Al volver a la pieza de Collet, picóse un dedo y dijo riendo:

—Yo perteneceré a la gran categoría — y a la vez recogía una gota de su sangre.

Mezcló una parte de la sangre raspada sobre el vidrio y otro poco de la suya, y examinó la mezcla con la lupa, poniéndose ante la ventana.

—La mancha pertenecía a mi categoría — dijo —. Si quiere usted ahora suministrarle la segunda muestra...

Collet fue a arrancar a Souverán de su sueño, y le condujo a su oficina. El americano dejóse picar placidamente la yema del dedo índice sin decir una palabra y sin manifestar la menor curiosidad.

El empleado repitió la mezcla de sangres, la examinó y lanzó un silbido.

—¡Vaya suerte! — dijo —. Seguramente no habré en el mundo cincuenta millones de hombres que tengan su misma sangre... Se haría pagar bien para determinadas transfusiones...

—Si comprendo bien — dijo Collet —, eso quiere decir que no son gotas de su sangre las que han manchado este vestido.

—Eso lo puedo afirmar. ¿Es todo lo que usted necesita?

—Haría también que hacer esa experiencia con la sangre de un herido que se halla en la clínica Champard, de la calle de la Pompe...

—La conozco.

—Trátase de un tal señor Nicole, que ha recibido aver un balazo en el cuello. ¿Podría usted ir allí?

—En seguida.

—Es urgente.

—Entonces, voy ahora mismo.

Salíó el joven, y el policía se dirigió agresivo al americano:

—¿Lo oyó usted? — le dijo —. No es la san-

gre de su dedo sacudida sobre el vestido de Julietta Larbeau...

—Yo no he dicho nunca que hubiera sido mi sangre sobre su traje; dije que había cortado en un dedo...

—Sin duda no de una manera deliberada.

—No se corta uno un dedo deliberadamente. Y si Julietta Larbeau se lo hubiera dado...

—No me lo pidió.

—Era que Collet se imaginaba a la joven cubriendo la existencia de las tres manchas de sangre en su vestido, y, sin tratar de hacerlas desaparecer por medio de una limpieza a la ligera, ya que no ignoraba que los restos de sangre pueden ser siempre descubiertos por el laboratorio, y le hubiera sido fácil explicar la presencia de aquellas manchas, optaba por hacer como que no las había visto e inventaba lo de la herida de su amante.

Pero no tuvo tiempo para detenerse en cuestión accesorio. Un vigilante vino a anunciarle que una tal señora Meliard quería verle. De nuevo Souverán fue a buscar silla y su sueño, y la mujer de limpieza de calle Réaumur entró en la oficina.

La señora Meliard era una mujer grande y redonda por todas partes, con mejillas enrojecidas y ancha nariz. Una gema de lana gris ocultaba sus cabellos negros, y peros y muy cortos. Desde su llegada se volvió como el tipo más temido por el inspector: el del testigo claritán, al que no se le mieda el aparato de la justicia, y que es encantado de tener un papel que describir en un drama.

—Vea la señora Meliard, señor inspector, señor Lefort le habrá anunciado mi visita. Voy a decirle todo lo que sé y como encontré en las escaleras con el asesino, seguramente no mucho tiempo antes de diera el golpe... Yo había regresado a cinco, o mejor dicho, a las cinco menos de Arreglé mi casa, porque tengo que decir que me ocupo de las de los demás durante el día y que sólo tengo la noche para arreglar la mía. Al igual que todos los demás, esperé a que salieran todos los empleados, y entonces bajé para comprar las provisiones. Es decir, para ir a comprar el arroz que lo otro lo compro siempre en otra casa de las que voy a arreglar...

—¿A qué hora bajó usted?

—A las seis y cuarto, quizá un poco porque estaba ya el letrero colgado en la portería del señor Lefort y éste suele ser puntual; siempre subo a las siete y cuarto a recorrer las oficinas. Debía estar en el primero, porque vi la puerta entreabierta. Pero yo no estaba en el primero sino en el cuarto, cuando he oído llamar a la puerta de ese pobre señor Nicole, que está un piso más abajo; si, he oído la llamada. Cuando llegué ya al descansillo, él vino llamando por segunda vez. Ni siquiera volví la cabeza, para que pudiera reconocerle; pero le reconocí entre mil. Me bien bajo que algo, llevaba un sombrero de paja y tenía cara de enfermo; una mueva mala.

—¿Y cómo pudo usted verle cuando la calera está oscura?

—Oh, señor inspector! Yo rengó la tumbre de lo oscuro. Aparte de que la luz, si la que venía de la ventana que al pario, la del segundo...

—Entonces, ¿cómo era el tipo?

La señora Meliard detalló al desconocer un hombre bajito, de nariz puntiaguda, mejillas hundidas y mirada brillante.

El policía la escuchaba con impaciencia. El retrato que hacía del desconocido era masiado minucioso. ¿Qué es lo que habría dicho? En el claro-curo de la escalera, un hombre que le volvía la espalda o...

una puerta?

Se detuvo usted?

—No, señor inspector; tenía mucha prisa, interrogatorio había terminado. ¿Cabría luego poner en duda que la mujer hubiese encontrado realmente a un hombre llorando a la puerta de la oficina del señor Cole? La presencia de este hombre, a la aproximación del drama, venía a determinar las hipótesis de Collet. Y si había Birman, difícilmente podría justificarse, otro después de su ausencia, que tanto hacía a una fuga.

—Le reconocerá usted si le viera?

—Seguro que sí.

—Collet a despedir a la mujer, cuando la campanilla del teléfono; era el inspector Pierre.

—¿Hablo otra vez desde el café-cigarrería la señora de Nicolle acaba de entrar casa de enfrente y Birman ha llegado desde de ella. ¿Voy a buscarlos?

—Y traigálos inmediatamente.

—Ha terminado usted, señor inspector? —gritó la Meliardi.

—No, la necesito a usted todavía durante un rato de hora. Puede sentarse ahí.

—La señora Meliardi obedeció dócilmente, encarándose en la silla y esperando.

—Las veces intentó después entablar conversación con Girardon-Collet, pero éste, que acababa, le cortó en seguida la palabra.

—Aquí, dentro de un rato.

—Espera duró veinte minutos; por fin llamo a la puerta y asomó por ella la cabeza de Pierre.

—Puede hacerlos pasar?

—Fizo a un lado para dejar pasar a la Nicolle y a Birman, y entró él también.

—¿Venga a bien sentarse, señora, y también el señor —dijo Collet, lanzando una mirada hacia la señora Meliardi, que miraba a los visitantes.

—La mujer no manifestaba otro sentimiento que el de la curiosidad.

—¿Cómo, qué hay? —inquirió el policía.

—¿Qué hay? —contestó ella.

—¿Qué tiene usted al señor Birman. ¿Le conoce usted?

—Claro que le reconozco. Era el que estaba en la puerta del piso tercero.

—¿Lo reconoce usted porque yo acabo de decirle que es el señor Birman. Cuando le vi en el portero que había encontrado a un hombre en la escalera, hacia las siete de la noche, ¿no le preguntó a usted el portero: ¿bajo, si tenía la cara chupada, la nariz enrojecida y la mirada viva? ¿No le hizo la descripción del señor Birman?

—La Meliardi estaba roja, tanto de confusión como de rabia.

—¿Pero que me dijo todo eso, pero yo me acordaba bien de lo que había visto.

—¡Ah, gracias por su declaración. El inspector la citará a usted sin demora. Puede usted retirarse.

—Cuando la mujer hubo salido, el policía concentró su atención sobre la señora de Nicolle.

—¿Birman, ambos parecían nerviosos?

—¿Deben ustedes ignorar —dijo Collet— que por la tarde fui víctima el señor de una tentativa de asesinato. ¿Cuánto lo supieron ustedes?

—¿Se especializó a la señora de Nicolle parecía menos emocionada de lo que suponía.

—¿Lo he sabido leyendo esta mañana el periódico?

—¿Qué hora?

—¿A las nueve?

—¿En qué circunstancias?

—Cuando, como todos los días, el diario

que me trae la portera a las siete, al mismo tiempo que el pan y la leche.

—¿Y no leyó el diario hasta las nueve?

—¿A veces ni lo abro hasta la noche?

—¿Nadie, próximo a usted, la enteró de que su marido había sido herido? Sin embargo es la gran novedad de esta mañana y los diarios tienen títulos de dos o tres columnas sobre el asunto.

—Es que todo el mundo que me rodea ignora que yo soy la señora de Nicolle, porque uso en Asnières mi nombre de soltera, Juliette Bertrand, de Asnières. Cuando lo lei, me vestí en seguida y vine a informarme a París.

—¿Y por qué no se dirigió usted inmediatamente a la policía?

—Porque el diario insinuaba que el señor Birman podía ser el autor de la agresión. Desde luego le aseguré a usted que yo no lo he creído ni por un momento.

—Gracias, Juliette —dijo el señor Birman.

—Este no era precisamente inquietud lo que dejaba traslucir, pero sí una preocupación bien visible.

—¿Y usted, señor Birman?

—Por mi parte —contestó el negociante—, ignoraba ese acontecimiento. Ha sido ya en el taxi cuando este señor —y designaba con un movimiento de cabeza al inspector Pierre— ha tenido la amabilidad de comunicarme que era sospechoso de haber disparado contra el señor Nicolle.

—¿No había usted leído los diarios?

—No; tenía otras cosas que me preocupaban.

—¿Puede usted indicarme el empleo de su tiempo, después de su visita de ayer a la calle Réaumur?

—No es cosa complicada. Cuando me hallé de nuevo en la calle me encontraba completamente sin saber qué hacer. Necesitaba cuarenta mil francos para satisfacer un vencimiento hoy, antes del mediodía. Antes de ir a hablar a Nicolle había visitado ya a todas mis relaciones y amigos. Ninguno de ellos, a causa de la crisis, había podido prestarme suma. No sabía a quién dirigirme, cuando pensé en el señor Pierre Lucret, uno de mis amigos, que tiene un importante garage en Nancy. Aunque nuestras relaciones se hubieran debilitado algo en los últimos años, pensé que Lucret me prestaría esos cuarenta mil francos, si podía disponer de ellos. Me dirigí, por tanto, a la oficina de correos de la Bourse, para tratar de hablarle por teléfono. Sólo conseguí ponerme al habla con uno de los empleados, que pudo, por lo menos, asegurarme que Lucret estaba en Nancy. Le rogué entonces que le anunciara mi visita para por la tarde y me dirigí a la estación del Este. Allí no había rápido hasta las seis menos cuatro, que tomé, y llegué a Nancy a las nueve y media de la noche. Inmediatamente me dirigí a casa de mi amigo. Cené con él y con su mujer, porque habían retrasado la hora de comer para esperarme. Desgraciadamente, Lucret está tan apretado como yo, y no ha podido prestarme los cuarenta mil francos que necesito. Esto último le ruego que lo reserve, porque podría perjudicarme. Estuvimos hablando hasta pasada medianoche. Lucret quería que descanse en su casa, al menos unas horas, pero yo preferí partir. Caminé un poco, y hacia las tres de la mañana me dirigí al buffet de la estación, donde estuve hasta las seis y media en que tomé el rápido, llegando a la estación del Este a las once menos cuatro. Tomé un taxi para ir a mi casa, y allí, ante la portera, me encontré con la señora de Nicolle. Vi que estaba agitada, pero no llegó a decirme que su marido había sido herido.

—No me decidí, de momento, delante de la portera —explicó la señora de Nicolle.

—Y en el instante llegó este señor, pidiéndome que le acompañásemos a la policía judicial.

GUITARRAS

FABRICANTES DESDE 1870
DESDE \$18 HASTA \$1500

QUERER O APRENDER
A TOCAR LA GUITARRA

ANTIGUA
CASA MUNEZ
SUS DICHA GRACIA
SARMIENTO 1573 - B. A. A. R. S.

REMITIDOS CATALOGO

LA NATALIDAD disminuye en forma ALARMANTE

De acuerdo a las últimas estadísticas, en nuestro país han disminuído notablemente los nacimientos en forma que debe preocupar seriamente.

Es verdad que en muchos casos se debe a causas bien ajenas a los matrimonios, y en especial a trastornos funcionales de las señoras.

Para ellas la ciencia ha creado

Fertilinet

preparado de hormonas que, al regularizar las funciones íntimas de la mujer, lleva la tranquilidad y seguridad a millares de matrimonios.

EN VENTA EN TODAS
LAS FARMACIAS

—Puede usted darme el número del teléfono del señor Lucret? —dijo Collet.

—De memoria no lo recuerdo, pero lo puede usted encontrar en la guía de Nancy, en garage Lucret.

—¿Quiéres ir a telefonar? — encargó Collet al inspector Pierre.

Saló éste, y su colega dirigióse de nuevo a Birmon.

—Comprenderá usted que sus amenazas al señor Nicolle y su desaparición debían proyectar sobre usted las primeras sospechas. Ese viaje a Nancy le dejará a usted completamente al margen, una vez que haya sido comprobado. A menos que toda la investigación no tenga una base falsa y que el señor Nicolle no hubiera sido herido antes de las seis...

—¿No se ha establecido eso ya?

—Conoce usted a la señorita Julieta Larbeau?

—La conozco perfectamente.

—¿Qué entiende usted por perfectamente?

—Que durante, cierto tiempo la veía casi todos los días, cuando iba a la calle de Rémar.

—¿Cuáles eran sus relaciones con ella?

—Las corrientes: los buenos días y que me anunciara al señor Nicolle.

—¿Nunca hubo mayor intimidad?

—Nunca.

—Y usted, señora, ¿sabía que Julieta Larbeau había sido la amante de su marido?

—Lo sabía, ¿es que ya no lo es?

—No, desde el día en que usted dejó el domicilio de su esposo. Es una muchacha honrada a su manera, que sólo consistió en ser la querida de su marido a condición de que su situación fuese rápidamente regularizada. El señor Nicolle le había prometido que se divorciaría de usted, y que se casaría con ella inmediatamente.

—¿Y no quiere ahora hacerlo?

—Lo ignora. Pero sospecho que al tener conocimiento de sus relaciones y citas con el señor Birmon, ha cambiado de blanco, y no ha pensado ya más que en vengarse de usted.

—Fui yo la que me vengué — exclamó la señora Nicolle con cierta vehemencia —. El señor Birmon y yo nada teníamos que reprocharnos hasta el día que supe que mi marido había convertido en su querida a su secretaria. Ciertamente que nos gustaba estar juntos, salir. No diré que no existiera amistad entre nosotros, pero, a pesar de la brutalidad de mi marido, yo no le hubiese engañado jamás si no hubiera comenzado él.

Llamaron a la puerta y entró el inspector Pierre.

—He hablado por teléfono con el señor Lucret — dijo — y es exacto que el señor Birmon llegó a su casa hacia las diez menos cuarto. También hablé con la encargada del buffet, que recuerda que un hombre, cuyas señas coinciden con las del señor Birmon, permaneció casi dos horas en la cocina, antes de la salida del tren rápido de la mañana.

—Está usted a salvo, señor Birmon — dijo Collet.

—Nunca me he sentido en peligro — respondió Birmon.

—Pues sin embargo, esa buena mujer que han visto ustedes al entrar, afirmaba haberlo visto a usted delante de la puerta del señor Nicolle, a las siete menos cuarto.

Birmon se encogió de hombros. Estaba demasiado preocupado por su vencimiento.

El inspector se dirigió entonces a la señora Nicolle.

—Y usted, señora, ¿quiere indicarme la distribución de su tiempo durante la tarde de ayer?

—Salí de Asnières después del almuerzo, que efectué a las doce y media, poco más o menos. Quería hacer algunas compras, pero al llegar al boulevard de los Italianos me de-

tuve ante el anuncio del programa del Central cinema. Daban en continuado un film acerca del Asia, y entré a verlo...

El policía frunció las cejas.

—Mala salida, el cine — dijo a media voz —. Cualquiera puede pretender que ha pasado tres horas en el cine. Nadie ha podido verles; resulta así un cargo contra cualquiera sobre el que pese una sospecha.

—Pero — prosiguió la señora Nicolle — la cinta era mala y salí del cine hacia las cuatro. Me fui a comprar medias a las Grandes Galerias, y regresé a Asnières...

—¿A qué hora?

—Debían ser las cinco y media.

El terreno quedaba desvirtuado por este lado y Collet experimentó una verdadera satisfacción. Iba ya a dejar en libertad al hombre y a la mujer, y sólo le quedaba hacer comprender a los reporteros judiciales que sus diarios se habían equivocado al encaminarse sobre la pista del señor Birmon. Tan sólo por un último escrúpulo, y también por costumbre, terminó preguntando a los interlocutores si conocían a alguien que alentara contra el señor Nicolle un odio tal como para querer suprimirlo.

—Se había hecho enemigos por sus procedimientos y su brutalidad, desde luego — dijo Birmon —. Yo no le conocía amigos de ninguna clase. Pero de eso a suprimirlo... A menos que no le haya hecho a alguien la mala pasada que a mí me la hecho.

—¿Habrá usted llegado hasta poner en práctica sus amenazas?

—No lo sé. Pero acaso sí. Ciertamente que no lo hubiera matado a sangre fría, pero si hubiera estado armado durante una nueva discusión, es probable que no hubiera vacilado en disparar contra él.

—Alguien hubiera sido muy capaz de matarlo — dijo entonces la señora Nicolle — a su primera mujer. Yo fui sabiendo poco a poco todo lo que le había hecho sufrir. Comparado con la vida que a ella le dió, la mía era un verdadero paraíso. No me pegó más que una vez, y me marché de su lado. Pero ella se quedó. La maltrataba horriblemente, la privaba de todo. Acaso tuviera la excusa de que los asuntos no le marchaban bien en aquella época. Parece que en una ocasión ella llegó a amezarle con un revólver.

Escuchaban los dos policías asombrados y con interés. Se abrían ante sus ojos una nueva pista que jamás hubiesen sospechado.

—¿Estaba entonces divorciado ya? — preguntó Collet.

—No; era viudo cuando se casó conmigo. La desgraciada había muerto.

La pista terminaba allí. Pero la señora Nicolle, ya lanzada, continuaba explicando el carácter de su marido.

—Es un hombre raro que engaña al principio. Fue para mí un perfecto marido durante un año. Nuestras discusiones sólo comenzaron a causa de su hijo.

—¿Tiene un hijo?

—Tiene un hijo.

—¿Es que también ha muerto?

—No; pero es casi igual. Cuando yo me casé, José estaba interno en el Liceo de Versailles. Era, en verdad, un muchacho muy poco simpático; perezoso, cazarro y mentiroso. Tres meses después de nuestro matrimonio, se hacía expulsar del Liceo por haber robado dinero a uno de sus camaradas.

Entonces vino a vivir con nosotros. Yo no le tenía ningún afecto, pero sin embargo no pude sufrir sin protesta el modo de tratarlo de su padre, que a todas horas le llamaba ladrón, hasta delante de la mucama, y le pegaba. Un día, José se defendió con un bastoncillo de junco. Yo creí entonces que su padre lo mataba. Poco después le quitó tres mil francos de la cartera a mi marido y desapareció durante quince días. Cuando volvió,

su padre le echó a la calle. Desde entonces no volvimos a saber nada de él. Tan día, yendo yo en taxi por la calle de la Madeleine, le vi sentado en la terraza de un café. ¿Yo sé todo.

—¿Qué edad tendrá ahora?

—Veinticuatro años.

—¿Se parecía a su padre en la infancia?

—Nada de eso; es más bien bajito cho.

—¿No podría usted darnos alguna descripción que nos ayude a encontrarlo?

—Ninguna...

—Cuando la señora Nicolle y el inspector se hubieron marchado, el inspector movió la cabeza.

—Nada de interés, ¿verdad?

—Hay que encontrar al joven Nicolle — contestó Collet — la tía Melard no le ha dado todo lo que dijo. Es imposible que visto claramente al hombre que salió de la puerta de Nicolle ayer por la tarde, es posible que haya visto a alguien a la salida de estatura mediana, o bajito, a la del tipo de Birmon. Ese José Nicolle muy bien para que no haya podido ver de las suyas, una vez lanzado sin más a las calles de París. ¿Quiéres ir a hacer pronto una angulo acerca de él?

EL ESTOR BAJADO

El asunto Nicolle había sido en el señor Billette, juez de instrucción, buen imponente y nacio, que hubiese mejor como luchador que como juez. Tenía el rostro rectangular, la mandíbula fuerte ancha y pesada, el bigote negro cortado al ras del labio y los ojos rápidos y cortados en forma de capillo. No acusaban una inteligencia extra, pero no andaban con astucias; se les veía el acuerdo y el arrancaban todo lo que podía ocurrir.

El señor Billette captaba rápidamente los hilos de un asunto y tomaba resueltamente sus decisiones. Había entonces la fortuna de no cometer demasiados errores, y de haber obtenido excelentes resultados.

—En resumen — dijo, una vez que el crimen había sido cometido en cuya única abertura en aquel momento de la rendija de una ventana entreabrada el examen de la herida y de la bala que el disparo fue hecho a gran distancia.

—Tanto el señor Nicolle como el señor Larbeau, se muestran de acuerdo en decir que el atentado tuvo lugar poco después de la salida de esta última.

—Entre aquellos que pueden investigar, tenemos: a Julieta Larbeau, asistencial, cuyos móviles habría que investigar. Acaso Nicolle volverá a aparecer con amenazas con desacerdada con amante. Nada indica una lucha en Acaso le anunciaba que le retiraba las lidades. Pero la joven no parece ser una víctima y el asesinado no le servía.

—Y tiene además en su favor que biera podido disparar desde muy lejos.

—José Souverain: crimen pasional, que su amante podía seguir siendo su amante. Desde su venencia, los ve en la casa que a abrazarse, sin que el señor Larbeau se oponga lo más mínimo. Tienen sus negativas, que no cuentan favor las mismas si fuese culpable, contra, tiene el hecho de haber estado de la oficina, el ser un excelente y un confiable y el haberse hallado en el cuarto a la hora probable del crimen, bien está, por el contrario, en su casa, lo ha desbarbado el alfiler en su mano.

—La señora Nicolle: venganza a la queda libre de su marido y se casó.

Sílo que a la hora del crimen está ya en casa, en Asnières."

—precisó el inspector Collet, sin dar importancia e ignorando que se trata de una de Nicolelle.

señor Birmón: venganza. Nicolelle no se devolviera su dinero. Birmón tiene en su suya sus amenazas de muerte si no va a encontrar los cuarenta mil francos necesitaba para salvarse de la quiebra. Pero en su favor el juez le Nancy.

Nicolelle: interés. También hay, encuentra su padre, que lo ha echado a la Si su padre muere, él hereda. ¿No le hallado aún?"

Se busca; estamos sobre su pista. No escapásemos ni tardar en ser atrapado condenado a un mes de prisión condicional, hacen diez años, por sus heridas a una mujer, Elena Brugnón, la que vivía; luego fue también juzgado el tribunal correccional, a comienzos del anterior, acusado de encubrimiento en un de sedas, pero fue absuelto.

Se tiene en su contra su propio pasado en favor las condiciones especiales del caso. ¿Tiene buena puntería? No lo sabemos.

pero no ha podido tirar desde la calle, es en una de las buhardillas de frente de la casa de Nicolelle.

es que estaba sería oculto. Calculando el de tiro, tan sólo podía ser desde la de Souverán o, precisamente, la de al una habitación ocupada por una modista madre. La madre no puede moverse; tiene piernas paralíticas; duerme poco, y pasa casi las noches enteras en su sillón. que no vio ni oyó nada; verdad es que poco sorda.

que ocupan el cuarto piso, y acaso ha tercero, que está más alto que el terreno la casa de oficinas de Nicolelle.

el tercero, señor juez, hay veinticinco de ventanas con vidrios fijos; y ni la ventana practicable; la ventilación por medio de banderolas situadas a metros y medio de altura. Para disipar allí, hubiera sido necesario subirse a escalera, y ni aun así hubiera sido muy seguro. Y además, está todo lleno de empleadas las seis y media. En el cuarto piso el mismo, con la diferencia que hay una en medio de las cristaladas fijas, una pertenece a la oficina del director, hablado con el señor Alfredo Berlín, hombre que me ha parecido muy posesivo pasiones y sin nerviosidad. Su hermano, que actualmente viaja por Rusia le parece mucho, según dicen. Están allí desde hace un año, y jamás contacto alguno; ni de lejos, con ignoran hasta su existencia. Las familias ambos Berlín habitan en un hotel de la avenida de Villiers; tienen dos niños. Nadie más que ellos, los dos están en esa oficina, aparte de la secretaria por la mañana, para traerles el desayuno siempre hay allí uno de los dos.

consecuencia — concluyó el juez — en un orden de comparecencia para José, aunque no tenga ninguna relación de tejidos Berlín. goma, señor juez; allí ignoran hasta cuando a Souverán, voy a ordenar su preventiva.

inspector no hizo ninguna objeción. el arresto de Souverán le producía sensación de malestar, era el resultado de la primera investigación.

pero que Collet, el juez de instrucción dado importancia alguna a las afirmaciones del señor Nicolelle, que acusaba a su mujer y a Birmón. Ni-

colle estaba en su cuarto de la clínica de Champard, tendido en su cama, con una ligera venda alrededor del cuello, y con tan buenos colores casi como la vispera. La herida no le supuraba ya y en breves días se hallaría completamente cicatrizada; pero la cosa era distinta en cuanto a los nervios motores que habían sido cortados por completo; Nicolelle tendría que someterse a un tratamiento eléctrico y a una reeducación especial de su brazo.

Como se había quejado de una gran sensibilidad en la piel, habían rodeado su cama con un mosquitero que le protegiera contra las pocas moscas que volaban en medio de un rayo de sol.

Desde las primeras preguntas del juez que inquiría si sospechaba de alguien, Nicolelle comenzó el ataque:

—No hay más que Birmón, ayudado probablemente por mi mujer, que haya podido realizar la cosa... Me había amenazado de muerte si se le hundía, y yo sabía que había buscado el dinero por todas partes, y que no podía encontrarlo... No era nada difícil para él tener una llave de la puerta de mi oficina. Yo oí algún ruido en el cuarto de mi secretaria... Me levanté entonces y cuando llegaba a mitad de la pieza, abrióse la puerta y me sentí herido.

—¿Pero no había usted declarado antes que no vio a nadie, que la puerta estaba cerrada y que cayó usted al suelo sin haber oído nada?

—La puerta estaba cerrada cuando yo me levanté. No he visto al hombre que acababa de llegar, porque todo ocurrió rápidamente; pero sí he visto una silueta y estoy seguro, de que era Birmón.

Mentía como un niño, esperando que fingiendo temente la ingenuidad acabaría, si no por convencer al juez, por embarullarlo al menos. Pero tenía delante de él al juez Billotte, que era difícil de conmover y que leía claramente sus intenciones.

—Miente tan tontamente como tontamente ha renunciado a su divorcio inmediato — dijo el juez de instrucción —. Quiere echárselas de listo, pero apenas si es tonto y malo. Me parece que no le sale muy cara la cosa todavía...

La reconstrucción del crimen tuvo lugar el día siguiente a las seis en la calle de Réaumur.

Durante diez minutos, y bajo la vigilancia del inspector Pierre, José Souverán repitió en su buhardilla todos los gestos que había realizado el día del hecho, de seis menos cinco a seis y cinco de la tarde. No se acercó a la ventana más que para hacerse el nudo de la corbata delante de un espejo colgado del montante. No lanzó ni una mirada al otro lado de la calle. Pero el inspector Pierre le miraba. Cuando vio a Juliette Larbeau que venía hasta el centro de la pieza de Nicolelle, Pierre disparó un revólver al aire y se asomó a la ventana, inclinándose hacia afuera.

En la calle, los coches continuaban rodando; ningún peatón levantó la cabeza; tan sólo algunas personas que caminaban por la vereda miraron sencillamente a izquierda y derecha para buscar de dónde procedía aquella explosión. Por su gesto, era visible que pensaban en el estallido de un neumático.

En la oficina del señor Nicolelle todos habían oído perfectamente el disparo, pero era porque lo esperaban todos cuantos estaban allí: Juliette Larbeau, el juez de instrucción, el inspector Girardon-Collet y dos hombres de la Prefectura, excelentes tiradores, que habían sido llevados para que apreciaran las posibilidades del tiro; todos hubieran podido también confundir, en condiciones normales, el disparo con el estallido de un neumático.

Collet era quien había preparado la re-

TORTURADO

por el peligro de una vejez prematura

Hombres jóvenes, agotados física y espiritualmente, no tienen apego alguno por la vida. Son en realidad fracasados, sin voluntad, muchos de ellos a causa del vicio de los alcaloides, por graves perturbaciones en su sistema nervioso, o porque han perdido su vigor masculino. Pero actualmente la ciencia les ofrece

Virilinet

moderno preparado de hormonas.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS.

construcción y fijado el papel de Julieta, por más que ésta continuase afirmando que no se encontraba allí cuando Nicolelle fué herido.

Seguía la joven dócilmente las órdenes que le daban. Estaba decepcionada por no haber logrado, a pesar de sus esfuerzos, poner a su amante al margen de todo.

De repente rompió a reír nerviosamente. Encotrábase en medio de la pizca, y el sol iluminaba su rubia cabellera. En el momento en que ella ofrecía sus labios al señor Nicolelle, un rayo de sol que penetraba a través de un agujero del estor, le hizo guñar los ojos. Así es que el estor estaba bajo y toda acusación contra Souverain se venía a tierra. Con aquel estor corrido, el americano no podía ver desde su cuarto lo que pasaba en la oficina. No había podido ver el gesto del beso; no había podido apuntar; no había disparado.

—¿Que es lo que la hace a usted reír? — preguntó Collet.

—Es el sol — contestó ella.

—Tiene el sol alguna relación con el crimen?

A punto estuvo Julieta Labeau de revelar su observación, pero poseía una inteligencia muy rápida, y calculó en seguida las consecuencias de su confesión.

Lo esencial para ella ahora estaba en que Souverain no había podido venir ofrecer sus labios al señor Nicolelle. Con el estor echado, todo lo más que él hubiera podido ver eran los pies del comerciante y de su secretaria. Era, pues, seguro que no había disparado para herir al señor Nicolelle, puesto que no lo veía. ¡No había disparado! Por eso permanecía tan tranquilo ante la acusación de tentativa de asesinato, y sólo pensaba en sus celos.

La imaginación de Julieta repasó entonces a todas las personas capaces de dar la muerte al señor Nicolelle, y su mente se atormentó. Uno u otro, juntos o cada uno por su lado, o bien en complicidad. Pero tenían coartadas decisivas y era muy poco verosímil que hubieran apostado a un asesino.

Julieta Labeau acabó por detener su pensamiento en José Nicolelle, que había estado una vez en la oficina en ausencia de su padre, y que, amenazando y gimiendo a medias, le había sacado bien francos. Era en esa época el amante de Nicolelle, y no dijo una palabra a éste de la visita, para evitar todo incidente que pudiera enredar su juego. El joven no había vuelto a presentarse, pero Julieta no había olvidado su rostro, continuamente cruzado por tristes nerviosos, su agitación y su cara de brón consumado. También ella pensó que José Nicolelle podía haber matado a su padre, tanto por venganza como por interés.

Sus pensamientos eran agitados y giraban en torbellino, en medio de aquel sol dorado, Julieta ya no reía, sonreía solamente. Desde el momento que tenía un culpable posible, podía ya hablar del estor; los policías no se encogerían de hombros ni la acusarían de querer sencillamente niñear una vez más para salvar a su amante.

—¿Quisiera yo saber — dijo por fin —: quién y cuándo ha levantado el estor.

—¿Estaba echado? — preguntó el policía.

Julieta Labeau evitó la trampa que se le tendía. Ella debía negar hasta lo último que se encontraba en la pieza en el momento en que su patrón había sido herido.

—Estaba echado cuando yo salí.

—¿Es que el señor Nicolelle lo habría levantado después de su silbido?

Girardon-Collet esperaba que la joven contestara con una energética negativa; pero vióse decepcionado.

—No lo sé — contestó —. Tan sólo puedo afirmar que el estor estaba echado cuando yo partí a las seis. No creo que el señor Nicolelle se haya levantado tan sólo para ir a tirar de los cordones. Aparte de que se lo puede usted preguntar, y en tanto, el señor Lefort podrá, sin duda alguna, informarme...

Hablaba muy lentamente para no lanzar palabras peligrosas, pero se expresaba aún con muchas aplores que antes.

El inspector Collet vacilaba. Aquella historia del estor amenazaba con echarlo todo por tierra. Pero el juez de instrucción decidió la cuestión.

—Que hagan subir al reír — dijo.

El también comprendía la importancia de aquel nuevo hecho. Collet salió de la pieza, llegó al descensillo de la escalera e inclinóse sobre el pasamanos.

—Señor Lefort! — llamó.

—¡Aquí estoy! — contestó desde abajo el portero —. Ya subo.

Pero no subió solo. Los cuatro periodistas a los que, por orden del juez, prohibía el acceso a la casa, siguieron sus pasos, y llegaron al tercero a la vez que él.

—Les había prohibido que subieran — dijo para excusarse.

Collet lo hizo entrar, dando con la puerta en las narices a los periodistas, que esperaron pacientemente a que saliera el magistrado.

Al entrar en la oficina, Lefort vació en saludar a la joven que le dirigía una sonrisa.

—Señor Lefort, le preguntó el juez de instrucción —, ¿ha tocado usted algo en esta pieza desde el momento en que se encontró con el cuerpo del señor Nicolelle?

—Absolutamente nada, señor juez; se lo juro.

—Reflexione usted. Por lo menos todo este aparato, ya que avisó a la policía por teléfono.

—Yo no llamo a eso haber tocado algo.

—Entonces, repita usted todo lo que hizo. El portero, al principio desconcertado, recorrió todo su aplomo. Salí, cerrando la puerta abierta. Llegó hasta el centro de la alfombra, inclinóse, tendió la mano, como si había ido para tocar la mano del señor Nicolelle, levantéme y fué hacia el teléfono.

—¿Hace falta que descuelgue y que llame?

—preguntó.

—Sí — le contestó el juez.

—Es que no recuerdo lo que dije.

—Descuelgue, sin embargo, y llame a la comisaría. Dirá usted que es para la reconstrucción del crimen y que no se molesten.

Lefort realizó lo que le decían. Cuando colgó el teléfono el receptor, llamó a la puerta.

—No admito periodistas — dijo el juez.

—Yo me encargo de eso — dijo el inspector.

Los cuatro periodistas y dos de sus colegas, que habían seguido al inspector Pierre, Souverain y su abogado, estaban tranquilamente adosados a la rampa de la escalera, y fumaban a la espera de los acontecimientos.

—Hasta pronto — dijo uno de ellos, riéndose.

Collet hizo entrar al abogado, a Pierre y a Souverain y los hizo detenerse en el umbral del estudio.

—¿Qué hizo usted antes de la llegada del comisario de policía? — preguntó el juez de instrucción.

—Nada — contestó Lefort —. Ni siquiera encendi un cigarrillo.

—¿Permaneció usted al lado de la mesa?

—Sí, casi todo el tiempo. Tan sólo fui a levantar el estor para que esos señores pudieran ver claramente cuando llegasen.

—¿Yió usted después a Julieta Labeau?...

—preguntó Collet con viveza —. ¿Habíó usted con ella?

—Ahí, no, señor inspector. No es porque ella me hubiera molestado, porque para mí ella no tiene nada que ver en esto, pero no quería perturbar la investigación.

—¿Quiere usted bajar de nuevo el estor a la misma altura que tenía ese día?

El portero fué hasta la ventana, hizo correr la cuerda y el estor descendió. Desde el centro de la habitación, en el mismo lugar en que se encontraba cuando su patrón había sido herido, Julieta Labeau seguía la operación con

mucho interés y al ver que Lefort se iba a fijar la cuerda, le dijo:

—Un poco más bajo.

—¿Es que tiene usted una señal? — el juez.

Julieta vaciló un instante. Tuvo su respuesta.

—Sí — dijo al fin —: yo era quien ceder el estor por las mañanas al

cuando que el día en que el señor Nicolelle, pasó por aquí para acercarse a su, hacia las seis menos diez, y un día que pasaba por un agujero del estor en un ojo.

—Bájíele usted más — dijo el juez.

Lefort obedeció, dejando bajar la cuerda mientras miraba a la joven. Ésta recibió el rayo de sol en un tufo.

—Pero el estor tiene dos agujeros más Collet.

En efecto, Julieta tenía ahora del sol en uno de los ojos, pero iluminaba su rubia cabellera.

—¿No había más que uno! — afirmó siempre más que uno.

Policía y juez se acercaron a la Había, en efecto, dos agujeros en unos centímetros el uno del otro. De arriba era evidentemente antiguo, los estaban raídos y descoloridos; el otro era más pequeño y reciente.

—Aquí tenemos el camino recorrido — dijo el inspector Collet —. Souverain, situada en donde dice, le en un ojo, es que el rayo pasaba por un agujero más antiguo. Hay que bajar más

Dócilmente dejó el portero bajar más la cuerda. El juez se encaminó a la pieza, y se encontró en el primer piso, Collet cedió a ojo la que había debido seguir la trayectoria, y aplicó un ojo al agujero.

Del otro lado de la calle y en el campo visual, vio las vidrieras con ventana del cuarto piso de los T...

del piso quinto, y las dos buhardillas situadas en el ático. El juez se acercó a Nicolelle en el momento en que zado por el disparo, para poder de ventana desde la que habían dicho aquello era imposible. Pero quedaba establecido que el disparo había sido una de las tres ventanas.

—El estor — dijo el juez Bille...

por consiguiente, echado.

Dirigióse hacia el centro de la inclinación, casi hasta tocar el suelo.

—En ese caso, Souverain no había ver más que los pies del señor Nicolelle, si siquiera es seguro.

Lo que se ofrecía como seguro a presentes era la imposibilidad de que Souverain hubiera podido apuntar a Julieta Labeau se refugiaba ya en el momento cuando habló de nuevo el inspector.

—Si eliminamos la posibilidad de que paralizara y en su sillón, tan cuando la ventana de la oficina de la del cuarto de Souverain. El se...

sólo en este confluente: a la hora todo sólo él o su hermano, o ambos se encontraban en la oficina. En Souverain, situado en la ventana...

ha podido perfectamente elegir uno su blanco que pasara por la abertura y un punto de la pieza. Si varios días había concebido el disparo al señor Nicolelle, si había ido a volver en un punto fijo, al percibir el señor Nicolelle y tirando de la cuerda, estaba casi seguro de hacer cabeza o en el pecho de su víctima.

—¿No habría más que establecer la coincidencia y revelar la intención del crimen.

El inspector hablaba más para sí

los demás; pero, al escucharlo, Julieta trasladóse, y tuvo que pedir al juez para sentarse en una silla, porque las le flaqueaban. Dirigió a Souverain una con la que imploraba su perdón. Había salvarle con lo del estor echado, y sólo concentrar definitivamente cargos contra

buenos estaban los cargos! Al día siguiente un diario se encargaba de reducirlos.

Los otros hemos hecho por nuestra parte experiencia — escribía el reportero encargado de la investigación —. Anoche y durante horas, los señores Jeune, Delbrin y que por sus clasificaciones en el continental de tiro al blanco con revólver, indiscutiblemente los mejores tiradores del mundo, realizaron en el salón Brillat pruebas con revólver. Col, distancia semejante a la que separa los de la calle Réaumur a la altura de una del señor Nicolle.

Tomamos las precauciones de la reconstrucción del hecho, hasta montar las dos horas una ventana. Los tres campeones miraron la distancia, apuntaron y dispararon. El resultado de nuestra experiencia es que el tiro, estar seguro de alojarse a esa distancia una bala por la abertura de una ventana. Con mucho mayor motivo será un inculcado al fracaso, aun siendo pertinente familiar el arma empleada, el tirar muy preciso.

Lamentamos por el inspector Girardon, que de ordinario no suele caer en las hipótesis, y que se contenta con sus investigaciones sobre bases menos

queremos insinuar, y menos demorar, que Souverain no haya podido efectuar el tiro, pero nos parece que la investigación se ha encaminado excesivamente a perseguir más que una sola pista.

El primero tiene que volver al punto de la primera precaución de la policía debido ser sondear en el pasado de la y buscar en serio si en ese pasado del Nicolle no existían ciertos hechos de tal vez que revelaran determinadas y curiosidades.

Los hemos tenido al señor Birnón y a la Nicolle, cuyas coartadas han sido probadas. Pero también, según nuestras noticias, en tal José Nicolle, el cual no peca por su rigidez moral?

La policía judicial, el inspector Collet y el señor Pierre, con dos inspectores más, han ciertamente esperado esos consejos de un José Nicolle.

En el prontuario del joven delinvente, fotografías del servicio antropométrico, considero inútil ponerlas ante los ojos de la señora Meliand, que era capaz de ver en un hombre que había visto llamando a la de Nicolle el día del crimen, como ha conocido antes al señor Birnón. Pero el señor volvió una vez más a la calle y se hizo anunciar al señor Alfredo

que era una habitación de veinte metros cuadrados, instalada en medio de un inmenso tabique de madera y acristalada. Los de la pieza no eran gruesos; pero si la conversación sin miedo a indiscre-

puso una fotografía de José Nicolle en los ojos de Alfredo Berlin, quien dijo de examinarla.

No he visto en mi vida a ese hombre. No existe a todas las personas que relación con su casa? — dijo el ins-

—Desde luego que no.

—No es por tanto imposible que este individuo haya venido a sus almacenes sin que usted le haya visto nunca?

—Es muy posible.

—¿Puede usted hacer circular esa fotografía por las diferentes oficinas preguntando si no han visto nunca a ese hombre por aquí?

Alfredo Berlin llamó, y dos minutos más tarde, su secretaria recorría todas las dependencias para mostrar la fotografía a los empleados. Durante ese tiempo, Collet pedía al director detalles sobre el día del crimen.

—En ese día puede decirse que ni mi hermano ni yo hemos salido de esta habitación. El día aquella misma noche en el Oriente-Express, y teníamos todavía muchos detalles que preparar y muchos asuntos que clasificar. Entre las cinco y las seis y media, él o yo hemos ido diferentes veces a las oficinas, pero siempre permanecí aquí una de ambas. Habría sido imposible que cualquier extraño se introdujera aquí, y, sobre todo, que se hubiera aproximado a la ventana.

No tardó en volver la secretaria, acompañada de un hombre de poblado bigote negro, que mantenía en su mano la fotografía del servicio antropométrico.

—¿Lo reconoce usted? — preguntó el señor Alfredo Berlin.

Y presentó a su empleado:

—El señor Lambelle, jefe de inventarios y balances.

—Sí, señor — contestó Lambelle —. Es un vendedor ambulante que se llama José. Ignoro su apellido. Los buhoneros — dijo, volviéndose hacia Collet — compran al contado los saldos de las piezas. Los eligen, y pasan a la caja para pagarlos. Los hay cuyo nombre ni siquiera conozco. Son nuestros únicos clientes directos. Este joven vino cuatro o cinco veces en los últimos seis meses, y compró, pero poca cosa. Creo que debía vender con una valija, en la calle.

—¿Cuándo vino por última vez? — preguntó Collet.

—No hace mucho, pero no podría precisarlo. Fue el día de la tentativa de asesinato al señor Nicolle? ¿Usted sabe de qué se trata?

—Lo supe por los diarios, al día siguiente. Ahora que me habla usted de ello pienso que, en efecto, es posible que el hombre haya venido ese día. Sí, justamente, el jueves. No venía precisamente para comprar, puesto que no traía su valija. Venía para ver lo que habría, en sedas estampadas, para la semana que viene.

—¿Y no ha vuelto?

—No, no volvió.

El dato era precioso, porque permitía restringir la investigación al medio de los saldistas, probablemente entre los vendedores que no pagan derechos, y que abren la valija llena de mercaderías en medio de la vereda, escapando la aparición de un vigilante para escapar.

No quedaba sino insertar la fotografía del hijo del señor Nicolle en el Boletín semanal de investigaciones policiales, para dar a conocer y señalar al hombre a todos los agentes de París y provincias.

Eso no fué siquiera necesario; al regresar a la jefatura de policía, Collet era llamado por el juez de instrucción, quien le tendió un telegrama, expedido aquella misma mañana por el comité de Reses.

José Nicolle, detenido en Renner el viernes 9 de agosto, con toda una banda.

El viernes 9 de agosto, al día siguiente de la tentativa de asesinato! ¡Iba José Nicolle a iniciar la pista segura?

—Es evidente — dijo el juez de instrucción —, que sólo tenemos contra Souverain presunciones, y siquiera morales, tan sólo sentimentales. Y las experiencias de tiro del salón de Brillat vienen a destruir la principal: su puntería con el revólver...

AHORA ES EL MOMENTO!

Cómo aprender Radio, Construcción, Cine Sonoro, Electricidad, Aviación, Contabilidad, Mecánica, Diesel, Caucho, Motores Explosión, Dibujo, etcétera. GRATIS pide folleto: a A. Ward.

Sgo. DEL ESTERO 1519 - Bs. As.

—Pero, señor juez — protestó Collet —; eso será lo mismo para todos, para José Nicolle como para Souverain.

—Voy a citar a la señora Meliand y hacer que traigan a Nicolle de Rennes. Reconstruiremos el encuentro en la escalera...

—¿Y ella lo reconocerá de seguro aunque no sea él? Por otra parte, ¿qué iba él a hacer a la puerta de la oficina de su padre, a las siete menos cuatro, cuando el crimen se cometió hacia las seis y cinco?... ¿La pretendida necesidad imperiosa que experimenta el asesino de volver al lugar del crimen y ver de nuevo a su víctima? Eso no es más que una leyenda. Si confiamos con eso para atrapar a los malhechores, ya podíamos pedir el estribo.

—Eso no es, sin embargo, imposible con José Nicolle, en el sentido de que habría vigilado la casa, y, no viendo salir a su padre, habría ido a llamar, para asegurarse bien de que estaba muerto.

—Estando Souverain en su cuarto y la parálisis en su sillón, José Nicolle habría entonces disparado su revólver desde la oficina de los hermanos Berlin. Pero el jefe de inventarios de la casa Berlin me afirmó que José Nicolle se presentó en los almacenes en el preciso momento en que se cerraba, a las seis y media. Si hubiera permanecido en el hall desde veinte o veinticinco minutos antes, se sabría. Si me lo permite usted, señor juez, voy a telefonar a Rennes.

—Vaya a telefonar, y vuelva.

—Media hora después Collet estaba de nuevo ante el juez de instrucción y con aire casi triunfante.

—José Nicolle — dijo — ha explicado la inversión de su tiempo, y, a primera vista, parece que no ha tratado de ocultar nada. El día 8 estaba a las cinco y media en la calle Réaumur, en donde se encontró con dos tipos que han sido luego detenidos con él. Tenía la intención de ir a sacarle de nuevo dinero a Julieta Larbeau, que ya le había dado en otra ocasión un billete de cien francos; pero, ignorando si su padre estaba aún allí, prefirió esperar a la salida de las oficinas. Fue entonces cuando se encontró con sus dos cómplices. Los tres se instalaron en un pequeño bar, en la casa que ocupan los tejidos Berlin. Tomaron cerveza en el mostrador, y jugaron en una de las máquinas automáticas, hasta las seis y cuarto. Debí distraerse un momento, pues no vi salir a Julieta Larbeau. A las seis y cuarto el punto salió del bar. Será cosa fácil de compro-

Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO

Médico Especialista en Enfermedades del Pulmón

Ex-Médico del Hosp. Muñiz

HUMBERTO 11, 1947 U. T. 26-1420

Dr. ALFREDO S. RUGIERO

Méd. Cirujano - Clínica Méd. - Vías resp. - Rayos X

Luzuri, Milfr., y Vienes

CORDORA 1363 U. T. 44-4780

Dr. ANGELO DI TULLIO

MEDICO CIRUJANO

Especialista Oídos, Nariz y Garganta

NUEVA YORK 4020 U. T. 50-4278

Dr. ROMEO J. MESSUTI

Médico Cirujano del Hospital Zolabarera, de Coa, de 15 a 17

VALLEJO 4645

Dr. ANIBAL O. de ROSA

Enfermedades de la piel - Tumores - Electrocoagulación

Com. Montes y Jueves, de 17 a 19 h.

CORDORA 817, 2º piso U. T. 32-0285

bar, puesto que sólo después de haber dicho la hora al dueño del bar, que ponía en marcha su reloj. En tanto que los otros dos se instalaban en la habitación de dentro del bar, para jugar, él aprovechó que estaba en la calle Réaumur para dar una vuelta por los Tissus Berlín; aunque no tenía dinero, podía tenerlo la semana entrante. A las seis y media volvió al bar, miró cómo jugaban los otros, y se dedicó por último, a ir a la oficina de su padre para llamar, aunque estaba casi seguro de que Juliette se le había escapado; pero tenía alguna probabilidad de que aun no hubiera bajado. Como la portería estaba cerrada, subió hasta el tercer piso, el camino le es conocido. Cuando volvió junto a los otros dos, es cuando éstos le propusieron ir a la feria de Rennes para vender allí cosas robadas con el concurso de otros; pero al descender del tren en Rennes, fueron detenidos por la policía, avisada por la de Rouen de dónde procedía la mercadería robada.

—Necesitaríamos... dijo el juez de instrucción... saber exactamente la hora precisa en que fue herido Nicole y la posición que ocupaba en la habitación.

—Eso precisamente es lo difícil, porque tanto el cómo como Juliette Larbeau ocultan la verdad. ¡Ah! ¡Si la ventana no hubiera estado entreabierta!

—Sí, ¡y si no hubiera un segundo agujero en el estor! ¡Y si la bala hubiera atravesado el cuello de parte a parte! No es con *ti, sí, sí* como el asunto adelantará.

El juez se interrumpió para descolgar el aparato telefónico que llamaba en aquel momento.

—¿Quién?... ¿Quién habla?... Sí, aquí está... ¿Cómo dice usted?... Vamos en seguida a la calle de la Pompe.

Y agregó después de colgar el aparato: —Es su colega Pierre el que llama. Mucho me temo que tengamos que dejar en paz definitivamente a Souverain... Acaban de intentar nuevamente asesinar a Nicole.

EL VIDRIO ROTO

—Deben estar divertidos los clientes de la clínica Champard... dijo el inspector Collet, al descender del taxi en pos del juez de instrucción, Billeter.

El policía aludido al estrépito que reinaba en la calle, cuyo pavimento estaba en reparación; en el instante en que llegaban ambos, una taladradora acuaba a todo impulso, movida por los obreros. Como la calle estaba levantada en una extensión de cien metros, el auto tuvo que dejarlos en una calle transversal.

Collet levantó la cabeza y se impresionó con la vista la fachada de la clínica. En la ventana de la pieza ocupada por el señor Nicole estaba roto el vidrio de uno de los recuadros.

En la calle, en medio de los montones de madera del pavimento, y de arena, un grupo de unas treinta personas comentaba el suceso. Entre los papantais había también algunos obreros de la reparación, que habían abandonado su trabajo y que daban explicaciones a los otros. El juez y Collet oyeron al pasar algunas frases.

Ninguno de los que estaban en la calle había sido testigo del atentado.

—Con el ruido de la taladradora, un disparo no lo oye nadie. Hubiéramos continuado trabajando sin enterarnos de nada, si las gentes de la casa no se hubieran asomado a la ventana. Creyeron al principio que era un guirrijo lo que había roto el vidrio de la ventana. Pero, según parece, encontraron inmediatamente después la calle, que estaba destinada a Nicole, el tipo que resultó muerto en el atentado de la calle Réaumur...

Dos agentes apostados ante la puerta de la clínica, se apartaron para dejar paso al juez y al inspector. Una vez dentro, el portero les anunció que la policía estaba en el cuarto del señor Nicole.

La clínica parecía un hormiguero. Enfermeros y enfermos iban de una a otra de las piezas, para tranquilizar a los enfermos. Como había observado Collet, no debía ser aquello muy divertido para los enfermos. Desde las últimas veinticuatro horas, en que la taladradora funcionaba sin descanso, a todos les habían tapado los oídos con algodones, pero, a pesar de ello, el ruido era insufrible para los desdichados.

En la sala de operaciones trababa el doctor Champard. Menos mal que el ruido llegaba sólo en ondas a los cuartos que daban sobre el jardín, y que, con la ayuda de los algodones en los oídos, los operados más graves estaban al abrigo del estruendo. Habían tenido que transportar a algunos de los enfermos del lado de la fachada a la parte trasera del edificio, pero quedaban todavía muchos en las habitaciones que daban a la calle.

Protegido de las moscas por su mosquetero, el señor Nicole era de los que al principio había acogido con más resignación la novedad del ruido. Pero cuando el policía y el señor Billeter entraron en su cuarto, observaron en el negociante cierta agitación. Ambos vieron en seguida a Juliette Larbeau, que estaba al lado del lecho. Collet frunció las cejas. Hubiera preferido que estuviera a diez kilómetros de allí.

—¿Estaba usted aquí cuando ha ocurrido la cosa? —le preguntó antes de que el juez hubiera dirigido la menor pregunta al comisario.

—No —le contestó ella—. Había bajado para ir a comprar un bloque de papel y un lápiz, porque el señor Nicole tenía que dictarme algo.

—¿Hace mucho que llegó usted a la clínica?

—Una hora, poco más o menos. Tan sólo estuve fuera unos minutos. Hay una papelería a treinta metros, en la vereda de enfrente, y oí el ruido del vidrio roto en el momento en que volvía.

—A pesar del ruido de la taladradora...

—Sí, es un ruido completamente distinto. Llegué casi en seguida aquí, el señor Nicole se había tirado de la cama, y se arrastraba hacia la puerta.

Nicole apretó los dientes.

—¿Falta usted herido! —exclamó el policía. Veía sangre, en el nacimiento del cuello, bajo la venda. En aquel momento entró el doctor Champard, que se dirigió directamente al herido.

—Una herida que estaba ya tan bien! —refunfuñó.

El señor Nicole no tenía ninguna otra herida. Era la primera, que se había abiegado, bajo su vendaje, al realizar el esfuerzo de tirarse de la cama y arrastrarse en dirección a la puerta.

—Vamos a llevarle a la sala de operaciones, si no ven ustedes inconveniente en ello —dijo el doctor—. Espero que todo quedará resuelto con un nuevo vendaje. Voy a cambiarme a usted de cuarto, señor Nicole —añadió—; hay uno en la parte de atrás en la planta baja. Será menos alegre que éste, pero podrá impedir mejor que nadie se acerque.

Fue hacia la puerta, hizo entrar a dos enfermeros, que trajeron hasta la cama una camilla con ruedas, y colocaron en ella, con cuidado, al negociante.

—¿Quiere usted que le acompañe? —preguntó Juliette Larbeau.

Nicole la contempló, dudando, unos instantes.

—Sí —dijo por fin.

—Después —intervino el inspector Collet—. Ahora la necesitamos a usted, señorita.

—Entonces, hasta luego, señor Nicole —dijo la joven, mientras que los enfermeros empujaban la camilla por el pasillo hasta el ascensor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el juez al comisario de policía del barrio.

Collet pareció desinteresarse del relato de

los hechos; acababa de descubrir en un rincón de la blancura del muro, enfrente de la cama, el ángulo opuesto a aquel en que se encontraba el lecho. Midió aproximadamente la altura, empuñándose para ello sobre la de los pies, apoyado en el muro y de la mano. Pero no pudo alcanzar el punto, que estaba al lado de la cornisa.

Después examinó los trozos de vidrios encajados en el suelo, reunió primero los grandes, en cuanto a los pequeños, se decidió agruparlos para reconstruir la barra; pero parecía claro que la bala había en la parte alta del cristal, casi al lado de la barra del bastidor.

El policía se enderezó, dirigiéndose a una tana calculó la inclinación y la dirección del agujero, desde el muro del cristal, proyectó una línea imaginaria hacia la calle, y luego miró, por el lado opuesto de la casa, una puerta cochera y dos almacenes.

Ellos de alimentación y el otro de medicamentos volvió junto al grupo que formaban el juez de instrucción, el señor Pierre, y, un paso más allá, Juliette Larbeau.

A pesar de todo no se le había escapado una palabra de lo que decía el comisario. —No sé si le he dicho ya, señor juez, lo que me ha dicho el señor Billeter.

—¿Contestó usted al señor Billeter que llegaba ella a la puerta del inmueble oyó ruido de vidrios rotos. No prestó atención a ello y subió aquí, sin más pensamientos, encontrándose de nuevo con su patrón, el señor Nicole en el suelo, allí, cerca de la puerta. Entonces vio los trozos del cristal roto.

—¿Pensó usted en seguida que se trataba de un atentado? —preguntó el juez volvió hacia la joven.

—No, señor juez —contestó ella—, que era una piedra que habían arrojado.

—Eso es lo que me han dicho todos —dijo el comisario—. Me he ido por teléfono y vine en diez minutos. Inmediatamente descubrí la bala al lado de la puerta, y encontré el agujero, y así es.

Y se le tendió al juez de instrucción. —Está un poco aplastada. Ha penetrado los dos centímetros de yeso que forma el revestimiento, y ha debido de chocar contra la piedra; el choque la ha hecho retroceder al suelo.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre el momento en que oyó el ruido del cristal roto y cuando usted al señor Nicole? —preguntó el juez a Juliette Larbeau.

—El tiempo justo que tardé en salir porque no tomé el ascensor; apenas un minuto.

—¿Ha Collet a hacer una pregunta, pronto dirigióse hacia la puerta exclamando: —En seguida vuelvo.

Salí, descendí al piso bajo y se dirigí a la sala de operaciones, pero al salir de allí, al momento de salir, el vendaje del cuello al señor Nicole, un vendaje más voluminoso que el primero.

—Perdone usted —dijo Collet—, pero es indispensable que el señor Nicole me diga cuánto tiempo transcurrió entre el instante en que oyó romperse el vidrio y el regreso a la clínica.

—No lo sé —dijo Nicole—, llegué inmediatamente.

—Estaba mohino y trataba al inspector a un adversario.

—¿Qué hizo usted entonces? —preguntó el juez.

—Me pregunté qué es lo que sucedía, pensé que se trataban de nuevos ataques. Tuve miedo del agujero de la pared y de una nueva bala. Llamé; pero como que hacían en la calle, nadie pudo venir a verme. Tuve la impresión de que la clínica no funcionaba, pero era tan sólo porque la enfermera le había oído.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el juez al comisario de policía del barrio.

Collet pareció desinteresarse del relato de

Ingenua



—Quiero apostar al caballo que siempre le pomen un collar de flores después de la carrera.

testó Collet, cerrando la cartera y volviendo a dejarla donde la había tomado—. En cuanto a la audacia de la persona que ha tirado hoy, es otra cosa.

Acercóse a la ventana seguido por el juez. —Parece como si el tiro hubiera partido de allí enfrente. Interrogaremos a las personas de los dos comercios. Contestarán, seguramente, que no es de sus casas de donde han tirado. ¿Lo sabrán? Es, por lo tanto, del porche, diez metros a la derecha. El que lo ha hecho es persona de rápidas decisiones. Se ha aprovechado de la ocasión que le brindaba la taladradora. Adentrado tres pasos en el porche, nadie, como no fuera uno que pasara, podía verle, porque los obreros estaban veinte metros más arriba y en medio de la calle.

—Siempre hubiera habido alguien que observara si Julieta Larbeau entró bajo el porche y salió luego.

—No es cosa segura; preguntaremos, sin embargo, a los obreros. Lo importante es que Julieta Larbeau pretende que sólo tardó un minuto en subir hasta aquí, mientras que su patrón habla de tres o cuatro minutos. Claro que el señor Nicolle puede equivocarse. En semejantes circunstancias, el tiempo parece mucho más largo de lo que en realidad es; pero, no obstante, me parece que se acerca mucho a la verdad. No se precipité inmediatamente desde la cama al suelo. Necesitó comprender, gritar, llamar, bajar del lecho, arrastrarse. En ese caso, Julieta Larbeau miente y miente deliberadamente. No ha empleado tres minutos para subir dos pisos, ni siquiera dos. De consiguiente no estaba en la puerta de la clínica en el momento en que ha sido roto el cristal... Collet dijo algunos pasos.

—Suponiendo que sea ella quien ha disparado, en un solo minuto habría sido forzosa-mente vista. Hubiera tenido que cruzar rápidamente la calle, incluso corriendo; y una mujer que se apresura es siempre observada, inclusive por obreros que están absortos en su trabajo. Pero si emplea tres minutos, sale del fondo del porche tan tranquilamente como ha entrado. Una rápida mirada a la calle le ha permitido comprobar que nadie ha detectado el disparo ni oído romperse el cristal en medio de ese ruido de la calle. Nada indica tampoco que en la clínica se hayan dado absolutamente cuenta de nada. Entonces no se apresura; hasta hace quizá un desvío de veinte metros para atravesar la calle y llega aquí, precisamente antes de que surja la enfermera, llamada por la campanilla de Nicolle.

—Sí, sí —dijo el juez de instrucción, poco convencido—; todo eso a condición de que sea ella quien tiró. Y yo no veo el móvil por ninguna parte. ¿Es que usted le ve?

Vació el inspector. El veía claramente el móvil, pero era tan romántico!

—Habrá querido —dijo al fin— probar que su amante no tenía nada que ver en el crimen de la calle Réaumur.

Y lo había conseguido —exclamó el juez—. ¿Cómo mantenerle detenido después de lo de hoy?

Collet encogióse de hombros y encendió un cigarrillo. Aquel asunto carecía de consistencia. Estaba todo él formado por matices y medias tintas; el suelo se hundía bajo sus pies. Se trataba de algo muy sencillo o extremadamente complicado. Sin el tiro de la calle Réaumur, sólo hubiera habido allí una atmósfera de drama, atmósfera pesada, penosa, en la que revolucionaban con gestos vagos y lentos todos aquellos personajes más o menos torruosos; pero no hubiera habido drama.

Lógicamente tenía que ser el americano quien disparase estúpidamente desde la ventana de su buhardilla. Y el imbécil ni siquiera se defendía. Se limitaba a decir: "No, no he sido yo". La continuación no le interesaba. Lógicamente también, era su amante quien acababa de tirar contra la ventana del señor Nicolle. La cosa

era. Me corrió hasta el borde de la cama y me dejé caer afuera. Allí me sentí ya seguro, pero preferí ir hasta el pasillo. —Todo eso no ha sido instantáneo, señor Collet.

—Evidente. Pero yo reflexionaba rápidamente todo no ha debido durar más de tres minutos. Llegó entonces Julieta, y me dijo: "Deba haber sido una piedra..."

—Le había usted entonces de un nuevo caso?

—No. Ella no pensó sino en mí, y me dijo que en el suelo, que era una locura comen- zante imprudencia por una piedra lan- zada contra la ventana. Los enfermeros me lle- varon entonces a la cama.

La policía subió a reunirse con el juez de instrucción.

—Creo —dijo— que la señorita Larbeau bajó junto al señor Nicolle. Han ter- minado ya de vendarle y debe de estar en su habitación.

—Puede usted retirarse —consintió el juez. —Un pronto como salió la joven, el juez se la bala al policía.

—La entregaremos para su examen al exper- to simple vista me parece que es del calibre que la primera.

—Yo estoy seguro —dijo Collet.

—Podría entonces admitirse que ambas han disparado con la misma arma. Lo que sería que no hayamos encontrado el re- volver en la calle Réaumur, ni en casa de Sou- verán, ni en las oficinas de Nicolle, ni en los cuartos.

—El juez era de la misma opinión. La expe- riencia había demostrado que no hay que dar demasiado naivismo a los as- pectos. El que había disparado la primera vez el señor Nicolle había guardado el arma. El autor del segundo atentado, era nor- malmente se hubiera servido del mismo revolver. Era él, el nuevo asesino no hubiera lleva- do cautela hasta servirse de un arma análoga. La segunda arma sería invisible una coincidencia, lo cierto era que no se había hallado el revolver.

—La consecuencia —prosiguió el juez—, la era bastante clara. Hay un hombre y una mujer, que odian a muerte a Nicolle. Hecho dos tentativas, que le han falla- do. La segunda aparta las presunciones de culpa con relación a José Souverán y a Nicolle, que están detenidos. Quedan den- tro del círculo de los que nos son conocidos, el señor Nicolle, Carlos Birmón y Julieta Lar- beau. Habría que ocuparse de los dos primeros inmediatamente.

—Se hizo una señal al inspector Pierre, que recordando sin más explicaciones, salió en seguida.

—El aspecto de Julieta Larbeau —continuó el juez—, la es diferente. Estaba en el momento del atentado. Eso es una acusación y una presunción de culpabilidad. ¿Qué piensa usted, señor Collet? —El inspector se había dirigido al otro lado del porche donde se encontraba Julieta cuando entraron ellos en la pieza, y to- mado de la silla que ocupaba la joven, un puñado de notas, un lápiz con la punta afila- da, todo ello olvidado, sin duda de la primera.

—No puedo nada todavía, señor juez —con- testaba abría la cartera.

—Era de cuero, bastante grande y usada. El interior no había gran cosa: un pañuelo, una bolsa de polvos, el lápiz de los labios, un carnet de direcciones y un espejo.

—¿Puedo imaginar a esa mujer plan- tado al otro lado de la calle y disparando en las narices de veinte personas que estaban trabajando o viendo manejar la taladradora. Por otra parte, Julieta Larbeau estaba en el primer atentado. ¿No es eso cierto?

—Respecto del primer atentado, sí —con-

era sencilla, estaba clara, pero era inconsis- tente.

Julieta Larbeau se defendía ásperamente y a su manera. No protestaba, puesto que no tenía que defenderse contra una acusación precisa, pero se la sentía al acecho de todos los incidentes y moviendo determinados hilos de la tragedia.

—Pero tanto ella como su bala, si es que es la suya, arriesgaban mucho en esta ocasión, lo mismo podían hacer un herido que un muerto —dijo el señor Billeter, contemplando la bala en el hueco de su mano.

—No arriesgaba absolutamente nada. No se trataba de matar al señor Nicolle, que estaba en su lecho, en el fondo de una pieza del segundo piso, cuando el autor del disparo estaba en la planta baja. Se trataba tan sólo de demostrar que la misma mano había disparado aquí y en la calle Réaumur, y que, en consecuencia, tenían que eliminar, sea a José Souverán, sea a José Nicolle. Y este último ni si- quiera era sospechoso el día en que su padre fué herido, a pesar de su presencia en la calle Réaumur.

Girardon-Collet no estaba, sin embargo, muy satisfecho de su lógica, porque la base no era sólida. ¿Y si no fuese José Souverán el que había tirado en la calle Réaumur? Habría que empezar de nuevo, y ninguna de las personas de quienes se sospechaba hasta el momento tendría nada de común con el atentado de la calle Réaumur, y probablemente con éste.

—Pero antes que nada había que encontrar el arma. Por eso mismo, el inspector había abierto la cartera de Julieta Larbeau, que era demasiado grande para lo que contenía. Había esperado un olvido por parte de aquella mujer, que era tan dueña de sus nervios, y que quizá se estaba burlando de los investigadores. Si fuese ella quien tiró, debía haberse deshecho del arma. Para esa finalidad los medios eran muy limitados; no había más que el pasillo del porche de enfrente, la calle y la clínica, tres lugares en los que fatalmente se encontraría el revolver, si es que no se dejaba el campo libre a Julieta Larbeau para que fuera a recogerlo.

—Voy a buscar —dijo Collet.

El pasillo, del que a los buques, había partido el tiro, no tenía ningún escondite, nada- tres metros por ocho y estaba completamente cerrado. Al frente la ancha puerta de dos ho- jos, al fondo una única puerta de cristales, que

nes peligrosas, ¡poco me importa que me fotografien o no! ¡Hasta ahora no se me había ocurrido que el hijo podía resentir! Era mucho más sólido que yo; pero desde el momento en que he aquí quien quiere ayudar a despenalar a fogoneros, tengo muchas más probabilidades. Y como soy su único hijo, a poco que le acierten a la tercera vez, me encontrará con todo su *gato* en los bolsillos...

En el estudio del juez de instrucción, el señor Billelte y el inspector Girardon-Collet, revisaban el asunto Nicole.

—No hay nada a que poder agarrarse— confesaba el policía—. Creo no estar lejos de la verdad, tanto en el caso de la calle Réaumur como en el del cristal rojo de la clínica Champard. Para mí, Julietta Larbeuq estaba presente cuando fue herido su patrón.

—Pero ambos están de acuerdo en decir lo contrario.

—Eso no tiene por otra parte la menor importancia, ya que no será posible aclarar de momento a la víctima y que parece que la secretaría no puede ser directamente culpable, y que el que disparó lo ha hecho contra la voluntad de ella. Pero respecto a lo de la clínica Champard, estoy persuadido de que fue ella y que lo ha hecho únicamente para obligarnos a libertar a su amante.

—A menos que no haya sido Birmin.

—Birmin? Collet encogióse de hombros, pero el juez de instrucción abrió una carpeta y sacó de ella una carta enviada por expreso que tendió al policía.

Eran unas líneas escritas por el director de compras de los Establecimientos Luc Perrin et Cie.

«Señor juez— decía —, creo mi deber comunicarle que el señor Birmin, cuyo nombre ha sido pronunciado con motivo de la tentativa de asesinato perpetrado contra el señor Nicole, en la calle Réaumur, estaba en mi oficina aproximadamente a la hora en que tuvo lugar el segundo atentado contra el señor Nicole. Se lo comunico, en interés de la justicia. He intentado en vano ponerme al habla por teléfono con el señor Birmin, pero le escribo, anunciándole que informo a usted de esta circunstancia».

El inspector leyó la dirección de Luc Perrin: calle de la Tour.

—No está muy lejos de allí la clínica Champard— dijo, doblando la carta y entregándola al señor Billelte—. Pero no creo que el señor Birmin fuese tan cándido como para hacerse atrapar a doscientos metros del señor Nicole, en el momento en que partían el vidrio. Hasta si llegase a silenciar su presencia en las inmediaciones a aquella hora, eso no significaría otra cosa sino que no era muy inteligente.

—Las sospechas de usted acerca del primer crimen recaen siempre sobre Souverain.

—Sí, lógicamente, señor juez. Pero la lógica no tiene cabida en este asunto. El señor echado destruye toda la hipótesis. Y sin embargo— agregó con rabia —, la primera bola no vino por sí sola!

—Voy a proceder al interrogatorio de José Nicole.

—¡Un buen sinvergüenza!

—Sí; pero de eso al patricio hay un gran trecho. Y creo que habrá que dejarle al margen...

Al entrar en el gabinete del juez de instrucción, José Nicole perdió su jactancia, pero conservó su dignidad. Cuando el que tiene alguna cuenta con la justicia, cae entre las manos de la policía, aunque sea inocente de un nuevo delito, no está muy seguro de mantener el silencio por mucho tiempo. Sabe que habrá un momento malo que pasar y tiene siempre algo sobre la conciencia. Pero una vez que entra en la vía normal de la justicia, cuando sólo tiene que entenderse con los magistrados, cuando puede apoyarse en un abogado, estimase salvado y recobra toda su serenidad.

Apenas cambiadas las primeras frases, José Nicole no demoró en caer sobre su tema favorito, que era el hablar muy mal de su padre y hacer gala de un cinismo desconcertante. Pero el señor Billelte puso rápido punto a su desbordamiento y le obligó a precisar el empleo de su tiempo durante la hora en que su padre fue herido en la calle de Réaumur. No obtuvo ningún nuevo indicio. José Nicole rehusó la declaración que había hecho ya en Rennes: que estaba bebiendo con sus amigos; que había ido a dar una vuelta, después de las seis y cuarto, a la casa Berlín; que había regresado al bar y que por último había ido a llamar y golpear a la puerta de la oficina de su padre. El portero no estaba entonces en la portería; una mujer había bajado por la escalera, mientras que él estaba ante la puerta. «Y eso era todo».

—Y como yo desconfío mucho de mí mismo, porque soy de movimientos un poco vivos, tengo la costumbre de no llevar jamás armas encima, ni revolver ni cuchillo. Lo que tiene la ventaja de no impulsarme a prolongar las discusiones con camaradas que van armados.

Salí en libertad del gabinete del juez de instrucción. Al llegar al pasillo, estreché la mano del inspector de policía que le había traído desde Rennes, le dijo que era un excelente tipo, y le pidió un cigarrillo. Después, volvióse hacia la señora Nicole, y le dijo, mientras se sacaba el sombrero:

—¡Hasta la vista, madre, y buena suerte! Ella tuvo el valor necesario para murmurar: —Adiós, José.

Ese volvióse hacia Julietta Larbeuq.

—Le doy a usted otra vez las gracias por los cien francos que me prestó la última vez que la vi, y espero que mi padre se los habrá devuelto...

—Sí, sí— contestó la joven, que preferiría mentir y verse libre de aquel individuo comprometedor.

—Pero es magnífico!— exclamó José Nicole, golpeándose la pierna con la mano—. No creía que fuese tan sencillo. Le pido dinero prestado a usted, y mi padre se lo devuelve. Su amor propio queda a salvo, y yo me las arreglo. Acaso podría usted hacerse devolver por el otros cien francos, porque yo no encuentro ahora seco; tieso como una aguja... No vas a darle dinero— murmuró el americano al oído de Julietta Larbeuq.

Esta acabó la orden. Irguióse, apretó con ambas manos la cartera, y dijo:

—No puedo darle a usted nada. José Nicole saludó.

—No se enfade usted, señorita. He hecho mal y lo reconozco. Vale más no tener intermediarios en las cuestiones de dinero. Por otra parte, hace un instante, en el gabinete del juez, la sola idea de que mi padre hubiera podido desaparecer sin perdonarme, me ha destruido el corazón. Por tanto, prefiero ir a verle y echarme a sus pies, o bien a los pies de su cama si es que está acostado...

EL LADRON DEL MUSEO ROBIN-LASALLE

Era la una de la madrugada. Dos empleados nocturnos de la sociedad "La Vigilante", que aseguraba la ronda de algunos inmuebles y propiedades del barrio de Auteuil, descendían lentamente por la Avenida de Versalles. Una vez llegados a la Porte de Saint Cloud, volvieron a la derecha y subieron por la calle de Michel-Ange.

Al llegar al ferrocarril de cintura, se encontraron con dos agentes ciclistas, que, apoyados contra el muro, fumaban un cigarrillo. Los cuatro hombres se conocían, se estrecharon las manos y volvieron a emprender la ruta todos juntos.

Rodaban las cuatro bicicletas en una sola línea de fondo, silenciosamente, y con las linternas apagadas. Los hombres bajaron por tres veces de sus bicicletas para acercarse a la

puerta de algunas propiedades. La noche, luna, era límpida, el cielo estaba completamente estrellado, y el aire era suave. No nada inquietante en el horizonte; desde las tres semanas reinaba en el barrio una calma.

Pero cincuenta metros más allá de la estación del subte de Michel-Ange-Molitor, los dos agentes tendió el brazo y cerró la tierra.

—¿Viste? — dijo —.

—¿Un qué? —

—Una luz en la ventana del segundo piso.

Y el agente señalaba con la mano hacia un inmueble de tres pisos, un hotel particular oculto tras de una verja de hierro y al lado de césped. Sobre una columna de la entrada, se destacaba una lámpara de mármol blanco que decía en letras doradas: "M. Robin-Lasalle".

Robin-Lasalle, personaje muerto hacía tres años, había sido un poderoso acaudalado que a su muerte legó al Estado sus colecciones de cuadros, esculturas, vasos y joyas, totalizando en un centenar de millones de francos de césped. Que en su hotel, en Auteuil, del que hacía igualmente donación al Estado, se instalase un museo que llevara el nombre, para lo que dejaba también un millón de 1.800.000 francos, destinado al sostenimiento del mismo.

El Estado había tardado tres años en el legado y sus condiciones, y en fin, el museo, cuya inauguración había tenido dos meses antes. Las salas estaban al público, desde las 10 a las 10. El señor brozard, de la Academia de Bellas Artes, había sido nombrado conservador. Durante la noche no había en el museo más que un solo agente, el tío León, antiguo portero de Robin-Lasalle, que en su testamento pidió que se le confiara a él la guarda de la colección de los vigilantes no tenían otra misión.

del museo, pero los cuatro permanecían silenciosos, mirando hacia arriba, y esperando una nueva aparición de la luz.

—Será quizá el guarda, que hace una ronda— dijo al fin uno de los vigilantes, niéndose a partir.

Lo que era muy probable.

—Pero en ese caso se volvió a ver la luz.

Esto era también bastante lógico.

—A menos— dijo su colega— que se haya sido un reflejo del exterior.

Pero estaba tan poco convencido de

decía, que dejó su bicicleta apoyada contra la acera y se acercó a la verja. Varias veces, antes de llamar.

—¿Perdone de una vez— dijo otro de los vigilantes, que se acercó a la verja.

El agente pulsó el timbre. No se oyó ruido de la llamada en el interior, pero

un momento después iluminó el hall de la casa, apareciendo el tío León. Era un hombre de unos sesenta años, alto y derecho, con el pelo blanco y bigote blanco.

—Policía— dijo un agente a media voz.

El guardián llegóse hasta la verja y cerró los uniformes.

—¿Qué pasa?— preguntó.

—¿Que hemos visto una luz en el segundo piso— contestó un agente— y creí practicable usted una ronda.

—Hice mi última ronda de inspección, y no la vuelvo a hacer hasta mañana.

—¿Que era yo, pero ¿están ustedes seguros? —

—He podido confundirme; pero se puede que vayamos a ver.

—Sí; es preferible. ¿Quiéren usar pañames?

—Naturalmente.

El tío León sacó una llave del bolsillo, que se había endosado en el pantalón, que se había endosado en el sobre el cambio de dormir, y abrió

Nosotros nos quedaremos aquí — dijo uno de los vigilantes.

Corrieron los dos agentes, y el guarda cerró la puerta con llave. Los tres llegaron al hall, pero se cerraron luego también, y se apresuraron metódicamente la visita de la casa.

La planta baja estaba destinada a la escuela, las salas fueron recorridas rápidamente. El primer piso, aparte de algunos asientos dados al público, no había más que unos cuadros, colgados de los muros.

León iba cerrando cuidadosamente tras de sí todas las puertas.

Al llegar a la gran sala de vitrinas que contenía las joyas, instaladas en el segundo piso, exclamó: «¡Ah, aquí!» Un ladrón había querido sin preocuparse de borrar las huellas de su paso: en medio de la sala, sobre el encierro, estaba extendida una gamuza, y de la cual el ladrón había reunido ya algunas copas y un cáliz de oro, collares, sortijas, esmeraldas, diamantes, rubíes; todo formaba un montoncito que estaba a la luz y representaba una fortuna. Las vitrinas estaban sin precaución alguna las vitrinas de las vitrinas horizontales y verticales, que aparecían a medio arrancar; las vitrinas estaban abiertas. Pero en el interior de las vitrinas y sobre las banderas de cristal había desorden alguno. El ladrón debía tener hecha su elección, tomando aquello que le gustaba, el catálogo, representaba mayor valor.

Las policías no se detuvieron a considerar el porvenir del robo. Debían ocuparse sin pérdida de tiempo del ladrón, que seguramente había tenido tiempo de escapar, ya que la luz fue descubierta entre cuatro horas los alrededores del hotel.

La búsqueda fue vana. El segundo piso estaba vacío. En el tercero habían sido amontonados en ocho piezas varias cosas. Los agentes removieron los sillones, abrieron los armarios. ¡Nada! Y arriba, donde habían las antiguas piezas de la servidumbre, todo estaba vacío.

La primera idea de los policías, a medida que la búsqueda resultaba vana, fue que el ladrón había entrado y huido por allí. Pero las ventanas, así como las de los pisos superiores y las de la planta baja, estaban cerradas por el interior con la fallica. El ratero pudo haber salido cerrando las ventanas. Los agentes comenzaron a abrigar ciertas dudas.

—¿Dormía usted desde las diez? — preguntó uno de los policías.

Desde las diez y media, como todos los días, dormí con sencillez el día León.

—¿Su rostro enrojeció claramente bajo el sol blanco. Comprendía que si no se encontraba al ladrón se sospecharía de él. Todo esto le daba a la casa estaba completamente seguro desde el momento en que los policías vieron la luz en el piso segundo, era evidente que ningún hombre hubiera tenido tiempo de salir; y él estaba solo en el inmueble.

El pensamiento de los tres hombres seguía en su curso: el tío León robaba al hotel, pero estaba encargado de guardar; una vez hecha la elección, iba a poner en libertad seguro y a continuación se ocupaba de preparar la escena, fracturando una puerta o una ventana del piso bajo, y a las cuatro de la tarde, al efectuar su segunda ronda, descubría el robo.

La verdad que había aceptado rápidamente el pensamiento que le hicieron los agentes de darle para verificar una visita en el hotel, pero no podía olvidar de otro modo, sin embargo, sin remisión, ya que las vitrinas estaban descerrajadas. Tan sólo hablaba en su oído el cuidado que había tenido de irse tras de sí todas las puertas. Acaso podía haber subrepticamente una ventana para hacer creer que por allí se había ido el ladrón, mientras que él contestaba:

ba a la llamada de los agentes e iba a abrir la puerta.

—Como caiga en mi mano — gruñó el tío León.

Los agentes hicieron como si no le oyeran, y un silencio penoso reinó entre los tres hombres; este silencio se hizo más pesado a medida que descendían uno tras otro los pisos. Todas las salidas estaban cerradas al exterior.

—Aquí no está — dijo por último uno de los agentes.

—¿No hay sótanos en la casa? — preguntó el otro.

—Sí, sí... — contestó, precipitadamente, el guarda.

Hubo un momento de esperanza, que se disipó pronto. Al sótano se llegaba por una puerta que daba al antiguo office, en la planta baja; pero esta puerta estaba cerrada con llave y la llave puesta en la cerradura. El tío León hizo un esfuerzo mental para recordar si aquella puerta estaba ya cerrada con llave cuando pasaron por allí al comienzo de la pesquisa.

—Sí, estaba cerrada con llave — dijo con abatimiento.

Descendieron, sin embargo, a los sótanos, que tenían toda la extensión de la casa; recorrieron los montones de carbón, miraron la estufa, sin encontrar nada. Las claraboyas estaban cerradas por placas de palastro fijadas en el interior; y, además, todas tenían barrotes.

Cuando todos se hallaron de nuevo en el hall de entrada, el tío León sudaba la gota gorda.

—Y, sin embargo, no ha podido salir volando — dijo.

—Evidentemente — asintió uno de los agentes —. Y ni volando no hubiera podido salir de la casa. ¿Tiene usted teléfono?

—Sí, sí... — dijo el tío León, que el conservador no ha sido aún colocado, funciona el de la portería.

Los condujo a las dos piezas que ocupaba él, cerca de la puerta de acceso. La primera de ellas era más bien una antecámara, amueblada con una mesa de trabajo, algunas sillas y una carpeta. En la pared y por encima de la mesa, estaba fijado el teléfono. El guarda dormía en la segunda pieza, en la que se había instalado una pequeña cocina al transformarse la casa en museo.

—¿Permiten ustedes que vaya a vestirme un poco? — preguntó el guarda, mientras que uno de los agentes iba a telefonar a la policía judicial.

Entró en su pieza. El agente que estaba al teléfono dijo en voz baja a su colega:

—Vigile. No era cosa difícil. El tío León había dejado la puerta abierta de par en par tras de él, y el agente pudo ver que se vestía al lado de la cama.

El tío León tenía los ojos llenos de lágrimas y murmuraba palabras ininteligibles. Estaba ya a medio vestir, cuando dió un salto brusco a través de la pieza y desapareció detrás de la puerta, lanzando un alullido. El agente precipitó en el interior de la habitación. Su colega, que no podía obtener contestación de la telefonista, dejó el tubo colgando, y corrió también.

Al principio no comprendieron lo que ocurría. Tenían que el guarda, creyéndose perdido y abandonando la lucha, intentaba suicidarse; pero le sorprendieron, de rodillas, apretando con una mano la cortina que acababa de arrancar de su base, mientras que golpeaba con la mano, repetía:

—¡Bandido! ¡Ah, bandido! — Derrás de sí se agitaban dos piernas y vagos gemidos salían de debajo de la cortina. Ambos agentes se apoderaron del tío León, y, agarrándole por los hombros, le obligaron a levantarse, mientras que el guarda les suplicaba:

Los niños terribles



—Si dentro de diez minutos no pasa un gato, te devuelvo la plata.

—No le dejen escapar.

Bajo la cortina el hombre no se movía ya. El guarda debía haberle golpeado y apretado un poco fuerte. Uno de los agentes levantó la tela, mientras que el tío León respiraba, reía nerviosamente y exclamaba:

—Han creído ustedes que había sido yo, ¿eh? Ahora ya pueden decirlo. He pasado un momento terrible... ¡Ah, el cochino!

Y tendía el puño hacia el hombre tendido en el suelo; era un tipo flaco, vestido correctamente, con un ternero marrón, con puños y cuello muy blancos; el rostro pálido era delgado y estaba encuadrado por una corta barba rojiza.

Un policía le tomó por la muñeca y examinó su pulso.

—No lo ha estrangulado usted por completo — dijo —, pero ha recibido una buena rodada. No tiene aspecto de ser un profesional...

Arrodillado al lado del cuerpo, dispúsose a examinar sus bolsillos. No encontró más que un atado de cigarrillos corrientes, un encendedor barato y muy usado, y unos cincuenta francos en billetes y monedas, un boleto del subte, emitido en la estación de la Opera, y un pañuelo a cuadros azules. No llevaba pieza alguna de identidad.

Muy nervioso, el tío León no podía callarse.

—Me preguntaba qué es lo que podía y hacer. Bien veía que sospechaban ustedes de que yo hubiera dado el golpe, y que no había manera de justificarme. Tenía mi revólver en el cajón de la mesa de luz. Seguramente que me hubiese sido fácil apoderarme de él y descerrajarme un tiro en la cabeza. Pero ¿y después? ¿Qué no hubieran dicho los diarios? Uno se suicida cuando es culpable, ¿no? Y yo no era culpable. Aunque era como si lo fuese. Me daba bien cuenta de que no había nada que hacer, y que iban ustedes a llevarme detenido. Y en ese instante, en el momento en que me abrochaba el cuello postizo, qué es lo que veo? Un par de zapatos, que no eran los míos, y que asomaban por debajo de la cortina. Felizmente que la cortina es corta, si no, estaba lista. ¡Y yo que quería alargarla! Pero ¿cómo habría podido venir a esconderse ahí dentro?

—Probablemente, cuando fue usted hasta la reja — contestó el agente, que se le acercó.

—Tuve miedo de que escapara; acaso le apreté demasiado fuerte, baje la cortina. Pero no quería que se me escapase, porque estaba en juego mi honor, ¡qué demonio!

sero dormir durante la noche; quiere re-
asino con un balazo en la cabeza...
aceraría usted a matar a un enfermero
ha tenido la ocurrencia de venir a ver
va bien en su cuarto.

¡Ah! ¡Si pudiera enderezarme sobre mis
¡Ya podrían entonces venir todos jun-
tos a colibrillos! Pero cuando está uno
arriba ¿qué es lo que puede hacer? ¡To-
mado! ¡Felizmente que me dejan la lám-
pilla de noche. Cuando me despierto, la débil
deja grandes sombras que danzan y pro-
mi pesadilla, pero estoy al menos más
so. Así estoy seguro de ver al otro en
... ¡Y estoy aquí, como en una jaula,
me suya... El doctor Champard me ha
dado unirme marchar dentro de unos
cuando pueda mantener un lápiz entre
los durante unos minutos. Esta mañana
lo a sostenido durante sesenta y cinco
... ¡Julieta, ¿vendrás a vivir conmigo
que esté curado completamente?

Julieta evitó contestarle.
... ¡Cinco estalló una violenta tormenta;
... azotó los cristales y distendió los ner-
vios del herido, que pudo dormirse. La joven
se prometió quedarse allí hasta las seis
... Tomó un libro y estuvo leyendo
... una hora.

... señor Nicole despertó sin pesadillas.
Debió sentir su presencia a mi lado - di-
porque he dormido, y ahora me encuen-
por. ¿Qué tonterías te digo, verdad, Ju-

... es usted razonable.

... ¿José?
... enfermera me ha dicho que no ha vuel-
venir. Pero que si vuelve le pondrán en
... mas, sin más explicaciones.

... mas antes, el mismo día en que fuera
... do por el juez de instrucción y de-
... libertad, José Nicole había cumplido
... tra: había ido a la clínica, después de
... de la producción de afonía y
... un cuello y una corbata. Fue sin
... preconcebido, sencillamente porque ha-
... ciendo que iría a echarse a los pies de
... para hacerse perdonar por éste. En
... la, abrigaba en su fuero interno la es-
... de sacarle algún dinero al herido.

... la clínica, en donde no estaban muy al
... de los acontecimientos, le bastó des-
... en poco de elocuencia para ser intro-
... en la pieza de su padre. Nicole dor-
... en aquel momento.

... a sentarme para esperar a que se des-
... propuso.

... vió inconveniente alguno; una enfer-
... condujo a la habitación, y él instalóse
... mente en una silla. Pero tan pronto
... la puerta se cerró y él se dio cuenta de
... por parte de aquel dormido, fue a regis-
... ramente el cajón de la mesita de
... encontró allí la cartera del señor Nicole,
... aligeró del peso de 1.800 francos que
... al volviendo a colocarla en su lugar,
... marcharse sin esperar más, cuando su
... se despertó.

... señor Nicole salía de una pesadilla, que
... sobre la misma. Medio inconsciente aun,
... un violento esfuerzo, sentíase sobre la
... tendiendo el brazo, atravesó a media-
... guero de tul, en su esfuerzo para al-
... del cofre en que encerraba el revólver,
... a gritar:

... ¡Ay asesino!
... tarde pudo darse cuenta de que
... esto hubiera tenido tiempo para ma-
... dar veces.

... su soy yo, papá - dijo José Nicole,
... de aquí, - gritó el herido.

... José Nicole no pensaba en eso. Si
... después de los gritos lanzados por
... sería detenido en el pasillo, y los
... cientos francos que se había metido
... el bolsillo podrían jugarle una mala
... Prefirió quedarse a esperar a pie fir-

me, en tanto que trataba de calmar a su pa-
dre.

... -Soy yo... He venido a pedirte perdón...
... ¡Vete de aquí!

... Dos enfermeros y una enfermera abrieron
la puerta. Mientras la mujer se acercaba al
herido y le obligaba a tenderse de nuevo en
la cama, los dos hombres no sabían qué hacer.
... -¿Que se vaya! - ordenó el señor Nicolle -
... ¡¿Echenlo! ¡Lo maldigo!

... -Es mejor que se marche, señor - le aconse-
jó un enfermero.

... José Nicole hizo un gesto compungido que
le salió muy bien, y salió sin apresurarse. Mien-
tras estuvo a la vista de la clínica no apretó el
paso, pero al cabo de cincuenta metros echó a
correr para llegar a la próxima estación del
subterráneo.

... Fue Julieta Larbeu la que, una hora des-
pués de esta escena, descubrió el robo. Ni-
cole estuvo a punto de sufrir una nueva cris-
is; pero se calmó rápidamente. Tenía la es-
peranza de que su hijo no volvería más, y
mil ochocientos francos no era un precio muy
alto por verse libre de él.

... Pero desde entonces, preguntaba todos los
días si su hijo no había aparecido en el nuevo
por la clínica. Y, no obstante la oposición
de Julieta Larbeu, resolvió no cerrar con llave
su cofre durante el día.

... A las seis y media retiróse Julieta Larbeu,
llevando su bloque en la cartera. Trabajaba
por las mañanas en la calle de Réaumur y ve-
nía por las tardes a la clínica. Sentía impacien-
cia por escapar a la tiranía llorona de Nicole, y
buscaba otra colocación. Estaba ya harta de
descolarse en esa atmósfera de drama, y
tenía un estallido de Souverain, quien le repro-
chaba estar demasiado a menudo cerca de su
patrón. La situación del americano había me-
jorado. Vacilaban aún en darle ocupación en
el "Poison bleu", después de su salida de pri-
sión, cuando el gerente de "El Mandarin",
otra *botte* de la calle Henri Monnier, le pro-
puso trabajar como sillarín profesional. Y fue
desde las primeras noches cierto éxito. Ade-
más, su padre le había enviado algún dinero,
mostrándole su agradecimiento por no haber
deshonrado su nombre.

... Ayudado por una enfermera, comió el se-
ñor Nicole a las siete; hasta las diez estuvo
leyendo revistas ilustradas, y el enfermero que
venía apagando las lámparas, le dio las buenas
noches.

... En la blanca pieza, ardía la lamparilla co-
locada sobre una mesita, en un rincón. Al
principio habían instalado una lámpara eléc-
trica de escasa potencia, recubierta por un papel
transparente. Pero como la tercera noche ce-
rraron el contador eléctrico durante una tor-
mentada, el señor Nicole había pedido que le
instalaran una lamparilla de las de antaño: un
vaso de agua con una cucharada de aceite y
una mecha, cuya luz amarillenta oscilaba.

... No quería dormirse y trataba de analizar
los últimos ruidos. A las once el silencio en-
volvía toda la casa. Apenas si se oía el ruido
alagado y lejano del cláxon de algún auto,
que pasaba por la calle.

... El señor Nicole miraba hacia la ventana,
cosa que podía realizar sin el menor esfuerzo.
Por detrás de los cristales sin visillos, conta-
ba y recordaba las cosas que le pasaban de
forma antigua; un gancho permitía cerrarlas
por completo, o separar entre sí las hojas. El
señor Nicole hubiera preferido persianas me-
tálicas, fijas y con un cierre de falleba. Sentía
siempre un miedo irracional del jardín, de
aquellos pocos metros de césped, conserva-
dos con gran trabajo entre los altos muros.
Durante el día, iba allí a los persalientes
ensayar sus primeros pasos, o permanecer ten-
didos en sus sillas, ante los rododendros. A
partir de las siete de la tarde, todos los en-
fermos se recogían, y ya no quedaba más que
aquel espacio vacío que sólo volvía a animarse
por la mañana, porque era por allí por donde

Ultimo repaso



—Enfermera, ¿quiere traerme el tra-
do sobre las operaciones al apéndice?

se entraba el carbón y se sacaban los tachos.

... Sin darse cuenta de ello, el señor Nicole
se durmió un poco después de las once. Su
descanso fue tranquilo. Sus sueños le condu-
jeron a los primeros días de su segundo ma-
trimonio. Pero bruscamente, tras de la im-
agen de su mujer, surgieron primero, dos re-
veres, después su hijo y Birmón. Este le decía:

... -¡Te mataré, ladrón!
El señor Nicole se sentía inmóvilizado por
invisibles ligaduras; no podía ni hablar ni mo-
ver un dedo. Y se despertó instantáneamente,
con el cerebro claro, pero siempre víctima de
aquella angustia que ya no le abandonaba
nunca.

... Nada había cambiado en el cuarto: la luz
amarillenta de la lamparilla, oscilaba, hacien-
do moverse ligeramente la sombra del lecho
sobre las dos paredes y sobre la ventana. El
herido permanecía en la sombra.

... De pronto fijó su vista en la ventana, y lo
que vio allí le dejó paralizado durante unos
segundos: un objeto desdorado por entre dos
hojas de la persiana llegaba a levantar sin
ruido el gancho, haciéndole caer de igual
manera.

... El señor Nicole había calculado ya que en
caso de peligro haría tres cosas: llamar, to-
mar su revólver de debajo de la almohada y
gritar con todas sus fuerzas. Pero en aquel
instante sólo pensó en su revólver. Tenía la
ventaja a su favor, puesto que se había des-
perdado a tiempo. Tomó el arma de debajo del
almohadón, le sacó el seguro y apuntó hacia
el segundo vidrio, a la altura de un hombre
que se hallase en el jardín.

... Sólo entonces pensó en la campanilla. Pero
era demasiado tarde. Hubiera tenido que sol-
tar el revólver para agarrar la perilla, que co-
laba por encima de su cabeza. En cuanto a
gritar, bien sabía que de su garganta, que brus-
camente se había secado, no saldrían más que
gritos apagados... ¿Qué resultado darían?
¿Asustar al hombre o precipitarlo a la ac-
ción? Los enfermeros tardarían mucho en
llegar.

... Abrióse lentamente y sin ruido la persiana;
surgió entre las dos líneas blancas una gran
raya negra que terminaba en lo alto por un
trozo de cielo estrellado.

... Cuando la persiana se abrió por completo,
no apareció en principio nada tras de los cri-
stales. Luego apareció una silueta delgada, una
cabeza descubierta, dos ojos que parecían enor-
mes, por encima de un trozo de tela, que ocul-

taba el rostro y dos hombres estrechos. Una mano tanteó el viólio.

El señor Nicolle audió:

—¡Bíorn!—

Y disparó su revólver. El ruido de la detonación se confundió con el del viólio solitario y un segundo disparo estalló a continuación.

El enfermero de guardia, que estaba leyendo una novela, pegó un salto, y sacudió a su colega, que dormía sobre un diván.

—¡Pedro, Pedro!— exclamó.

Y precipitose en línea recta hacia el número 5, la pieza de Nicolle. Llegaba allí sin arma ninguna, pero no vaciló en abrir la puerta, empujándola.

No observó nada anormal; el señor Nicolle estaba tendido sobre el lecho y parecía dormir; la sábana se había deslizado hasta medio cuerpo; pero en cuanto dió la luz, vió el enfermero en el lado derecho, debajo del pecho, una mancha roja que se extendía sobre la camisa, agrandándose ante sus ojos. En tres zancadas acercóse al lecho; apartó el mosquetero y asió la muñeca del enfermo. No sintió el pulso latir bajo sus dedos, pero podía equivocarse.

Pronto se le unió su colega, y después el interno de hospitales, que hacía la guardia de noche, y a continuación todo el personal del establecimiento, hombres y mujeres, vestidos apresuradamente y arreados a su primer sueño. La pieza estuvo pronto llena de gente.

El interno cruzó al otro lado del lecho, y vió el revólver en el suelo; bajóse para recogerle, pero uno de los enfermeros le hizo observar que sería preferible dejar todo como estaba, para las averiguaciones de la policía. El interno tomó la mano izquierda que pendía fuera del lecho. El pulso, en efecto, no latía: el señor Nicolle estaba muerto, al canzado por una bala en el corazón.

Avísados por teléfono llegaron, diez minutos después, un brigadier y un agente de la comisaría. En el instante en que les llegó la noticia, un periodista hacía su información, y telefonó inmediatamente a su diario que el señor Nicolle había muerto de un balazo.

—¿Asesinato o suicidio?— le preguntaron.

—No se sabe aún. Parece más bien un suicidio.

Desde el comienzo de la investigación, pareció confirmarse la versión del suicidio. El enfermero de guardia expuso lo que sabía:

—Estaba leyendo, cuando al mismo tiempo un tiro, el ruido del cristal roto y casi inmediatamente un segundo disparo...

El brigadier tenía el revólver Colt en la mano y comprobó la carga: habían sido hechos dos disparos.

—¿Está usted seguro de que no oyó más que dos disparos?

—Completamente seguro.

Dos enfermeras confirmaron lo dicho; también ellas habían oído los dos disparos, muy claramente, en medio de la noche tranquila.

Una hora después, y ante el comisario, al que se había avisado en la sala de espectáculos en que pasaba la noche, el médico forense hacía la misma pregunta.

—La dirección de la herida es anormal para un suicidio. Verdad es que el herido estaba en una posición especial. Puede también que se trate sólo de un accidente. Que después de haber disparado contra la ventana, haya dejado escapar su revólver, haya querido recogerle cuando el cañón apuntaba hacia él, y haya apostado sobre el gatillo...

Los investigadores habían reparado perfectamente en la persiana abierta de la puerta, detrás del viólio roto. Antes que ellos, el personal de la casa se había asombrado por ello.

—Yo mismo —dijo el enfermero Pedro— he cerrado, en el jardín, todas las persianas del piso bajo.

La enfermera del señor Nicolle creía recordar haber echado el gancho desde el interior,

pero lo había hecho maquinalmente, como todas las noches, y en su emoción no pudo afirmar nada.

La explicación del drama era en ese caso muy sencilla. El señor Nicolle sufría de espantadas, pesadillas, que le arrebataban la claridad del juicio durante los primeros segundos de su despertar. La persiana se habría abierto, ya por su propio peso, ya por un golpe de viento, después de las diez de la noche, por más que el tiempo estuviera tranquilo después de la tormenta de por la tarde. Al salir de una de sus pesadillas, el señor Nicolle hubiera creído ver una sombra tras de la ventana. Y cansado de temblar a todas horas, se habría disparado luego un tiro en el pecho.

La conclusión del médico era que se trataba de un suicidio, porque si el señor Nicolle hubiera disparado por accidente, como se suponía un instante antes, estando el revólver sobre él, se hubiesen hallado trazas del fogonazo en la camisa. Mientras que tratándose de suicidio el negociante había echado por el arma lo suficientemente alejada, para alojarse la bala por encima del corazón, y tirando oblicuamente, de otro abajo.

—Es una posición bastante rara, pero yo las he visto más raras aun.

El comisario se atenía a las dos balas disparadas, que faltaban en el revólver.

—Era un poco inquieto —dijo el enfermero Pedro refiriéndose al señor Nicolle.

La investigación en el jardín, practicada a la vez de bujías, no reveló ningún dato. Podía esperarse encontrar huellas después de la lluvia de por la tarde — en el improbable caso de que alguien hubiera venido a atacar al señor Nicolle —. Desdichadamente, lo que sobran era huellas. En seguida del drama, varios enfermeros habían recorrido el jardín, pasando y repasando por la estrecha banda de tierra que rodeaba el muro.

La entrada y salida del malhechor podían haber tenido lugar por la portecilla del jardín, que daba a un pasaje, por detrás del seto de rododendros; por allí era por donde pasaban los proveedores. La puerta permanecía cerrada casi todo el tiempo. Sólo estaba abierta durante la mañana, entre las seis y las nueve, para la entrada de la ropa; pero era complicada: una cerradura con una gran llave. El comisario reservóse, sin embargo, el hacerla examinar interiormente, para descubrir las huellas eventuales que hubiera dejado un instrumento distinto de la llave.

Tan sólo la presencia del revólver en el cuarto era misteriosa. Cuando condujeron al herido en la clínica, no tenía ningún arma; enfermeros y enfermeras se mostraron de acuerdo en aquel extremo. Pensé entonces en el cofre de caoba, y, uniendo sus recuerdos a los de Pedro, la enfermera que cuidaba al señor Nicolle pudo fijar con exactitud la fecha en que lo trajeron a la clínica: lo había traído la secretaria del herido, a aquella misma pieza, la tarde del día que había seguido al segundo atentado.

Cuando por teléfono a la comisaría, al día siguiente, a las nueve, Julieta Larbeau confirmaba el hecho.

—Me suplico que le trajera su revólver para defenderse — explicó —, y tráerselo sin que nadie lo supiera. Al hacerle ver que se descubriría en seguida el arma y que no se la dejaría, tuvo la idea del cofre. Creí haber bien al obedecéle. Y no se equivocaba él, puesto que han encontrado por marate.

—¿Usted no cree en el suicidio? — le preguntó el comisario.

—No lo creo en absoluto; el señor Nicolle amaba demasiado la vida para quitársela.

—Sin embargo, ha disparado dos balas; y la ventana estaba cerrada...

—Sí, pero la persiana estaba abierta.

El comisario encogióse de hombros, y permitió a la joven que se retirara. Media hora más tarde, recibía la visita del inspector Girardon.

Collet, quien se encargaba del asunto y desde las primeras horas de la mañana trabajaba de firme.

Y venía al propósito de no perder un momento la pista en caliente, había ido a recibir órdenes y apenas levó la intención en su diario, a la clínica Champard.

Tampoco él creía en el suicidio.

—Aunque todo tiende a probarlo — le dijo el comisario —, Y sería una cosa clara, agua de arroyo, si no existieran los dos atentados precedentes, sobre todo el primero, que fue una maquinación de mano maestra. Las balas que faltan en el revólver me dan fe de que el suicidio no es bastante convincente. He ya a todas las personas del primer atentado. La investigación irá de prisa, si es que portan como imbéciles por cuestiones mentales.

Al mediodía había ya recibido e interpretado a aquellos con los que tuvo que entrar cuando el atentado de la calle Remue. Y, el señor Bíorn no se hallaba a dos metros del lugar del drama, sino en un hotel, en casa de unos amigos, donde, juzgado al bridge hasta la una de la mañana, la señora Nicolle le había abierto la puerta, le había dado la llave de su apartamento, le había pasado la noche en un teatro. Conservaba el bolsillo de la chaqueta, los que le habían pasado y no sería difícil encontrar a sus amigos. José Souverain y Julieta Larbeau no habían movido de "El Mandarin", desde la noche hasta las cuatro de la mañana, faltaba a la convocatoria más que José, que había cambiado de hotel en la noche, desde hacía casi un mes; pero sería en el teatro.

Collet se encontró en seguida. Los diarios mediodía publicaban, en efecto, con sutilezas, lo siguiente:

"En tanto que su padre se suicidaba en la clínica Champard, José Nicolle robaba el Museo Robin-Lassalle".

A la primera búsqueda de antecedentes, los servicios de la antropometría, habían traído la mano sobre la ficha del ladrón de la bota corta y José Nicolle había tratado de negar. Desde todo le era indiferente, después de haber dado aquella mañana la muerte de su padre.

—¡No! Quiso perdonarme; me maldijo, pero no me mató!

Y hacía lo imposible para adoptar una actitud ante un aire trágico o afligido. Pero, a pesar de sus esfuerzos, no lograba hacer borrar la lágrima de su ojo. Lo confesó todo a Collet, que mil ochocientos francos de sueldo le dio el día que fui a la clínica para perdonar. Y ni siquiera me denunció la carencia de oficio y quería volver a ser definitivamente. Al leer los diarios me sentía exánimo en el robo del museo. Me sentía como un hombre que se había perdido. Me hice detener estrepitosamente.

Después de la tarde, fui interrogado por el pector Collet, al que repetí de buena declaración de la mañana. El policía me obtuvo de él otra cosa que manifestaba arrepentimiento. Era evidente que él sabía que a consecuencia de la muerte de su padre a encañentarse, si no rico, al menos a cursos importantes capaces de asegurar la honradez a la que aspiraba. Y durante la instrucción del juicio, de con el mínimo de pena, y una vez de esos meses de prisión, vendría a la vida!

Pero Collet cortó en seco su facción los codos puestos sobre la mesa, el cual aun no encendido entre los labios, jugaba con una plegadora, le dijo bruscamente:

—¡Este no es mi asunto!

—¿Quiere usted burlarse?

—Cierra la boca ahora. Es cierto que te al museo Robin-Lassalle durante

está abierto al público; que te dejasen entrar durante la noche, que te ocultase en el del tercero..., pero no te quedaste allí las diez a las doce de la noche. Has ido.

No, no sé. Y si hubiera salido con todo eso apañé en el museo, no hubiera sido tan a la par para hacerme prender.

¡Oh! ¡Oh! Razones y no razones mal. No me perdí en eso. Yo no creo que hayas ido a tu padre por odio o por venganza, por interés. Ahora bien, los diamantes, las joyas y el oro que han sido hallados sobre la mesa, en el segundo piso del museo, repárese, diez, veinte, acaso cincuenta veces cuánto que poseía y podía dejarte tu padre. ¡Indiscutible!

Nicollé comenzaba a adoptar un aire de modestia, al lograr por efecto de su interrogatorio haber llevado al policía a un conocimiento más sano de las cosas, cuando Collet, al verlo, dió la vuelta a la mesa y vino a repasar pesadamente su mano sobre el hombro de Nicollé.

—Tú sabías perfectamente que jamás hubieras podido vender nada de lo que hubieses robado en el museo Robin-Lassalle. Cualquiera de esas piezas es conocida en el mundo entero, y los señores sólo se arriesgan a comprarlas a su propio peligro. No habrías sacado ni mil francos con eso. Te lo aseguro yo y tú lo sabes perfectamente. Y, además, aunque lo repetieras cesar, como una cacatúa, era verdad sentirías la necesidad de prepararte, a tu vez, un exterior de hombre honrado. Te he dado cuenta de que eso era lo que te hacía llegar a ser un gran bribón. Por eso tienes ambiciones, ¿no José? Y no eres tonto. El golpe del museo lo demuestra.

—Urbánamente preparado. Después de esto me contarás cómo te las has arreglado en la casa de Réamur para tirar tan bien por entre las manos de una ventana. ¡Oh! Tan sólo para conocimiento personal. Lo de la calle Réamur pesará poco en la balanza al lado de lo que hiciste Champard.

—Fuiсте a matar, ¿no? ¡Fuiсте a matar! Preparabas tu asesinato desde hace un año. Desde que le robaste los mil ochocientos francos, te dejaste crecer la barba. Como no fuiste suficientemente larga, te preparaste una imitación a un pintor, a la moda de entonces. Te vestiste correctamente, para poder salir sin llamar la atención por el barrio de

Reamur. En aquel momento llamaron a la puerta y el inspector Pierre.

—No te molestes? — preguntó a Collet. — ¿Entra, entra — contestó éste —, y mira a tu magnífico racimo de horca.

—¿Un racimo de horca, tras de haber intentado por la indignación y la estupefacción, afectar ahora una actitud digna e indiferente. La que iba trazando el policía parecía no haberlo visto.

—¿El hijo de Nicollé? — dijo Collet. — ¿Lo he conocido? — contestó Pierre —. ¡Un asesino!

—El inspector Pierre dejó oír un prolongado suspiro casi admirativo, ante la amplitud de la respuesta.

—En un mes que no pierdes el tiempo — dijo Collet —. Ha tenido todas las ocasiones para pasar por la calijuela, detrás de la casa Champard, tomar la marca de la ventana, que hubiera podido abrirse con una llave, pero él es demasiado vivo: la huella que se gana se descubre siempre; y prefirió irse a la llave...; antes de eso, estuvo en la casa de la clínica, donde su padre no podía ir por la cama. A la vez que le llevaba los efectos francos, no descuidaba tomar la marca de la ventana, el hijo y el heredero. Compró un revólver de gran tamaño, un Colt, del calibre indicado por todos los señores, como el empleado, tanto en la calle

de Réamur como para el vidrio saltado de la calle de la Pompee. ¿Se da una idea, no? ¡Una tercera bala del mismo calibre! Eso acabará por afirmar su inocencia, ya que al ocurrir el segundo atentado estaba preso en Rennes y era visible que el asesino disparaba con la misma arma. Y llegado el día propicio, liquidaba a su papá, y dos meses después, una vez pagados los gastos de la sucesión, cobraba un buen pellizco. —No está mal, ¿eh? —

—No está nada combinado — afirmó el inspector Pierre, balanceándose sobre sus piernas. —Lo más difícil era la coartada. No podía darse en la docena de sinvergüenzas con los que consumaba sus ratonas o se tomaba el aperitivo ante el mostrador. Todos hubieran jurado que estaba con ellos en su barrio a la hora del crimen; pero siempre hubiese habido alguno que se desfilara y dejara ver algo. Por eso, el señor prefirió fabricarse el solito su coartada, una de primera mano, con su sello, ¡y se ha ido a robar al museo Robin-Lassalle!

—¡Es imposible! — exclamó el inspector Pierre, que sin embargo estaba muy bien enterado del asunto —. ¿Es el señor entonces el que fué a separar para él las alhajas viejas?

—Como te lo estoy diciendo, querido Pierre. Y era la misma sencilla cosa. Cuando a las siete de la tarde se deja entrar dentro del museo, espera que el guarda haya hecho la ronda de las diez y que se duerma. ¡Oh, no mucho tiempo! A las diez y media ya está él fuera. Sale por la ventana de una de las salas del piso bajo, empuja la persiana y sale fácilmente por la fuerza, levantando el cerrojo y haciendo un ligero esfuerzo para empujar las dos hojas. ¡Y ya está en libertad!

—Fíjate bien en que habría podido echar mano a las alhajas, y desaparecer con ellas. Pero eso de las alhajas es para la galería. No se deja dominar por la tentación. Corre al galope hacia la clínica, entra por el pasadizo, deteniéndose un momento tras de los rododendros, y escruta la ventana detrás de la cual su padre duerme. Se acerca al fin, levanta el gancho de la persiana, empuja un trozo de madera que introduce entre las hojas, y entrebre las persianas.

—Su padre, que parecía esperar a pie firme, hablando simbólicamente, tira, rompe el vidrio y no le acierta. Su hijo dispara a su vez, a través del hueco entreabierto, y tiene la suerte de alcanzar a su padre en mitad del corazón. No se detiene, vuelve por la puerta-cierra, que cierra, y corre otra vez hacia el museo. Cierra la verja, haciendo como antes al salir, pero en la casa de la clínica otra vez ventana y persiana, y regresa al segundo piso del museo, en donde destraza las cerraduras de las vitrinas.

—Allí no tiene ya ninguna prisa. Se toma todo el tiempo necesario; se quedará, si es preciso, hasta la próxima ronda del tío León, que es a las cuatro de la mañana. De vez en cuando, si ve pasar alguna persona por la calle, envía un rayo de luz a la ventana; aquella luz acabará por llamar a alguien la atención. Y lo logra. Lo más curioso es que estuvo a punto de meter en un lío, en su lugar, al tío León. ¡Eso sí que hubiera sido el colmo! ¿Qué dices a eso, José?

—Digo sólo que habría falta ser no poco inteligente, para hacer la mitad siquiera de todo lo que usted dice...

—Pero es que yo te tengo por muy inteligente, al menos en ese aspecto. Sólo que cuando uno es tan inteligente, no deja tras de sí huellas, después de semejante hazaña. Ya sé que es muy difícil no dejar huellas, pero tú las has sembrado por todas partes. No me refiero a la de tus zapatos, bajo la ventana que ocupaba tu padre, porque ésa han sido machacadas por los enfermeros; pero al pasar por la ventana del museo Robin-Lassalle, al salir, debieras, al menos, haber tenido cuidado con los canteros y acordarte de que había llovido a las cinco de la tarde.

José Nicollé reprimió a duras penas una carcajada.

—¿Qué es lo que te da risa? — preguntó Collet.

—Eso de los canteros. He estado yendo durante ocho días al museo, y hubiera tenido que estar ciego para no darme cuenta de que el piso de junto al muro tiene losas de un ancho de metro y medio; y además, la avenida que conduce hasta la puerta es de cascañal.

—Eso es lo que te quería hacer confesar. Lo que en realidad hacía era retroceder y hasta perder algunos puntos, si es que en verdad se hallaba ante el culpable. Pero, sin embargo, continuó:

—Y hay, además, la llave. Y el revólver. Todo eso es de acero. ¡Y no se la volatilizó! ¿Adónde has echado todo eso?

José Nicollé dejó caer sus brazos con gesto anodino.

—Si cree usted que no tengo ya bastante a cuestras cotas del museo! Los chicos locos van suficiente ruido sobre ello para que no me cueste el máximo... Pero en cuanto a mi padre, pierde usted el tiempo. Lo lamento menos que esta mañana, a causa de las molestias que me proporciona. Pero no me hará usted jamás decir que he sido yo, porque yo no lleo sido.

Un vigilante de guardia entró en aquel momento presentando a Collet una tarjeta que decía: "Charles Berlín".

—¿Berlín? ¡Ah, sí! los tejidos de la calle de Réamur.

—¿Quiéres llevarle a este granuja y sacarle lo que esconde dentro? — dijo a Pierre el inspector Collet.

—Este no anduvo con miramientos; agarró a José Nicollé por el cuello de su abrigo y le alzó en alto.

—Cuenta conmigo — dijo a su compañero, mientras arrastraba al ladrón, que no reaccionaba más de lo que lo hubiera hecho un maniquí.

—Haga usted entrar a ese señor — dijo al vigilante.

El que entró no era el Berlín que él conocía, sino su hermano, un hombre de elevada estatura y anchas espaldas, con respectivo oficial de caballería vestido de paísaño, con espeso bigote sin guías y cabellos negros muy ásperos, cortados en forma de cepillo: una hermosa cabeza de hombre recto.

—¿El señor Girardon-Collet? Usted tuvo ya ocasión de hablar con mi hermano, con motivo del deplorable y triste asunto de la calle de Réamur: me refirió a la herida del señor Nicollé.

—Sí, en efecto — contestó amablemente el policía —; tenga la bondad de sentarse.

—Vengo como un culpable, o casi culpable — contestó el negociante, sentándose en la silla —; porque soy yo quien hirió al señor Nicollé.

—¿Cómo? Collet había dado un salto de estupefacción en su silla.

—Su hermano me dijo que ustedes no conocían al señor Nicollé ni habían tenido jamás asuntos con él.

—Lo que es exacto; pero a pesar de eso, soy yo quien le hirió con este revólver.

Y sacó de la cartera de papeles que llevaba consigo al entrar, un revólver del mismo modelo del que había sido encontrado en el lecho de Nicollé, en la clínica.

—¡Y van dos! — pensó Girardon-Collet —, que se había repuesto de la sorpresa.

Tomó el arma y la depositó sobre su mesa. M. Charles Berlín había sin esperar a que le invitasen.

—Tenía yo que tomar el Oriente Express para Rumania, a las nueve de la noche; estaba en mi oficina, mientras que mi hermano daba una vuelta por los alcázares. Durante toda la tarde habíamos estado arreglando los asuntos, porque cuando estubo en París soy yo quien

principalmente me ocupó de la administración. Había tratado de mi casa una pequeña valijita para meter en ella algunos expedientes, antes de ir a recoger mi equipaje. También había traído conmigo este revólver, que ya se había encasquillado una vez, hace dos años, en ocasión en que me ejercitaba en tirar al blanco en el bosque de Fontainebleau, sin que jamás hubiera tenido tiempo de hacer el disparo por un suero y lo tenía en la calle Réaumur con la esperanza de encontrar un momento para hacerle arreglar; lo saqué de la valijita, para poder arreglar bien los expedientes en el fondo; luego lo tomé en la mano con negligencia. No sé si es que puse el dedo en el gatillo con fuerza, o que por el defecto de hace dos años funcionó solo; el caso es que partió el disparo. "El ruido de la detonación quedó ahogado en el de la calle. Eran aproximadamente las seis, porque el carrilón de mi estudio había sonado hacía unos minutos.

"En ese instante, si hubiera creído haber provocado un accidente o algún daño, puede usted creer que hubiera afrontado mis responsabilidades. Miré entonces por la ventana. Al otro lado de la calle no había nada, sólo el disparo no debía haber tocado ningún cristallero era evidente. Tampoco debía haber alcanzado a nadie, puesto que no había movimiento alguno en las ventanas. Creí que la bala habría ido a alojarse en el muro. Entonces descargué el arma, con toda la prudencia necesaria, y le hice funcionar de nuevo, ya descargada, y como andaba bien, la puse de nuevo en la valijita; empué justamente el tiempo necesario para esperar el regreso de mi hermano y marchar a mi casa, en la avenida de Villiers, con el fin de cenar y salir. Juzgué inútil decir a mi hermano nada acerca del incidente de la bala, que hubiera podido inquietarle.

"Ya en Rumania, sólo una vez pude leer un diario de Francia; aunque encontré unas líneas acerca del accidente contra el señor Nicole, jamás se me ocurrió relacionarlo con mi disparo. Por otra parte, mi hermano en sus cartas, sólo me hablaba de asuntos comerciales y no se refirió ni a la visita de usted ni al drama de la calle de Réaumur. Estoy de regreso desde las diez de la mañana de hoy, y sólo después de almorzar mi hermano me habló de este asunto.

"¿Y aquí estoy! He preferido venir a ver a usted antes de entregarme al juez de instrucción, ya que así me lo aconsejó mi hermano. ¿Qué debo hacer ahora?

"Ir a ver al juez de instrucción — dijo Girardon-Collet con aire distraído.

Ni por un instante puso en duda la sinceridad del relato del negociante. A las primeras palabras, había adivinado que el señor Nicole había volado a pensar en pensamiento todo el hilo del asunto, los tres atentos, y sus sospechas y sus hipótesis.

Hacia un instante, y ante la actitud de José Nicole, había experimentado la penosa impresión, que ya le era familiar desde el comienzo, de que pisaba un suelo poco sólido. Todo lo que él había reconstruido en su imaginación, en los tres casos sucesivos, podía ser la rigurosa verdad, pero también un error total. Con respecto al atentado de la calle Réaumur había razonado acertadamente hasta llegar al culpable. Si no se había obstinado en enviar a Souverain ante la justicia, los cargos que había acumulado sobre él eran todavía muy pesados. La dirección de la bala, la distancia, el arma, todo era exacto. Pero la investigación pesaba por su base. Se había equivocado al buscar un móvil. No había habido móvil y si sólo un simple accidente.

El relato de Charles Berlín rompía el misterio; desanudaba los lazos entre los tres atentados; el terreno hacíase así más sólido.

"Si, señor — dijo levantándose —; creo preferible que vaya usted sin demora a presentarse al juez de instrucción, al señor Billerte, que es el encargado del asunto Nicole.

Salí Berlín, apenas cerraba la puerta. Girardon-Collet tuvo un gesto extraño en él.

—Al segundo — dijo canturreando.

Pidió por teléfono la estación del Louvre, y marcó el número de Nicole en la calle de Réaumur. Escuchó en vano la línea. No había nadie en la oficina. Pidió entonces la clínica Champard, con la esperanza, que se confirmó, de que Julietta Larbeau acabase de llegar allí.

¿Qué extraña muchacha! Se preocupaba todavía de su patrón, ya muerto; de sus últimos deberes; de lo que debía tras de sí. Se ocupaba de ello por deber, en beneficio del ganajo de la barba corta, al que se ocupaba de confesar a su vez. Y, sin embargo, arriesgaba mucho con su abnegación, porque su actividad podía inquietar a su amante.

Collet le pidió que pasara sin demora por la policía judicial. Una media hora después llegaba la joven al Muelle de los Orfèvres y era llevada a la oficina del inspector.

El hecho de haber estado mezclados de las últimas a los trágicos acontecimientos de los diez semanas hacía sentir instantáneamente que se trataba de un lazo de muerta simpatía. Julietta Larbeau había olvidado la espantosa noche pasada en aquella misma oficina, y Collet sentía hacia ella una vaga ternura fraternal. El acento de sus primeras palabras lo dejó sentir.

Le hizo sentarse en la misma silla que había ocupado durante las horas de aquella noche, mientras que él permanecía de pie en este aposento. Encendió un cigarrillo, y, sin vacilar, abordó la cuestión. Julietta díose cuenta de que su voz era amistosa, de que en aquel momento no le tendía lazo alguno.

—Señorita — dijo Collet —; voy a pedirle que esta vez se confíe a mi sin reserva alguna. No arriesga usted con ello otra cosa que molestias muy insignificantes, si se las compara con las que ha sufrido, y yo participo a usted que no le reducidas a cero. Conocemos ya quién ha disparado contra el señor Nicole en la calle de Réaumur.

—¿Quién la dijo?

No había en su pregunta más que curiosidad; pero una curiosidad ardiente en quien tanto había luchado para salvar a un hombre, en los momentos en que la culpa actuaba en medio del más impenetrable misterio.

—No se trata de un crimen, sino de un simple accidente. Uno de los hermanos Berlín, de los Tisós, que están enfrente de su oficina, acaba de venir aquí. Su revólver se le disparó por azar, y no se dio cuenta del drama que había desatado. Salí aquella tarde para de la calle de la Condesa, y me fui a enterar de los consecuencias que había tenido el incidente. Ese primer punto queda definitivamente liquidado, y el señor José Souverain totalmente fuera de la cuestión.

Pero quedan los otros dos atentados. El segundo no tiene importancia, ya que es seguro que no pudo tener consecuencias graves. Yo continuo creyendo que fue usted quien hizo el disparo. ¿Cómo? No lo sé, pero es preciso que me lo explique usted. No, no me conteste todavía, porque seguiría negando. Tiene usted muchas razones para desconfiar. Quiero darle la seguridad de que no tiene nada que temer, y que la menor condena por ese gesto, me disgustaría tanto como a usted misma. Lo que importa para mí, es tener la seguridad de que fue usted quien disparó para arrancar al segundo piso de la clínica no tiene importancia ninguna. Lo que la tiene es la muerte del señor Nicole. ¿Continúa usted sin creer en el suicidio?

—No creo en suicidio.

—Luego ha un criminal. En consecuencia, el señor Nicole no disparó dos veces su revólver. Yo tengo que detener al criminal y entregarlo a los jurados del tribunal del Sena, y sólo usted puede permitirme descubrirlo.

Yo no conozco sus sentimientos hacia él, cuanto a mí, le considero un monstruo, pero quiero que sea, porque se ha aprovechado de dos circunstancias, ya que yo no puedo negar, no ya un asesinato espontáneo, motivado por el odio o el interés, sino un asesinato altamente meditado y preparado.

"Comprenda usted bien; yo no puedo engañarla. No puedo decirle, si confía en mí, le garantizo a usted que no tiene nada que temer de la justicia. Al contrario, estoy seguro que tendrá que comparecer ante la justicia, y que será usted condenada a la reclusión y a una larga estancia en la prisión por la que la condena sea condicional, y no aplique.

"Se trata ahora de saber si esa condena, rica en suma, supone para usted algún peligro. ¿Qué es lo que para usted importa? Souverain y sólo él. Pues bien. ¿Es que usted se reprochará a usted una condena, que cubra su cabeza tanto por amor hacia él, como por el honor de su familia, o en caso contrario, sería digno de su dicha, y yo sería el primero aconsejar a usted que le dejara fríamente escudada. Pero después de cuanto he comprendido, creo que la quiere a usted, supiera que usted hizo eso por él, interrumpió su gesto como la mejor prueba de amor.

Julietta Larbeau había venido dispuesta a char de nuevo, a debatirse en medio de sonidos y contra peligros imprevistos, y entonces había considerado al policía como un enemigo. Pero de pronto sentía flaquear su resistencia y fundirse sus reservas de orgullo. Había sido fuerte mientras había creído que defender su amor y a su amante. Ahora estaba fuera de peligro, porque no dudaba del relato del policía, como éste no dudaba en el relato del señor Berlín. Sentía la necesidad de confesarse. Bien sabía no arriesgaba gran cosa, con su infidencia enviada al cristal de la ventana de la casa de la Pompe, desde el instante en que la del señor Nicole pasaba al primer plano.

Por un resto de prudencia, no podía, sin embargo, arriesgarse a revelar su presencia al señor Nicole en el momento en que había sido herido en su oficina. Además, que semejante confesión no podía más perjudicarle sin ofrecer utilidad alguna a la justicia. En cambio, respecto al crimen, decidió no ocultar ningún detalle.

—Fue cuando llevé al señor Nicole a volver que él me pidió le fuera a buscar al departamento. Se lo llevó en mi cartera de la oficina. Yo fui a la oficina de la perforadora me dió la idea de la inocencia de José Souverain. Esperaba las balas del revólver del señor Nicole del mismo calibre que la que habían caído del cuello al herido. Había escondido entre los dos colchones, porque durante los primeros días no movían apenas a los señores Nicole, limitándose a espiarlos y a traerles las almohadas y el almohadón, arreglé para tomar el revólver, y por necesidad de comprar un bloque de papel lapicero, salí; fui a la papelería, donde había elegido el rincón más favorable para efectuar el disparo: el pasillo de entrada inmutable de enfrente.

"Todo pasó exactamente como me lo he dicho. Di la vuelta a la perforadora para pasar; los obreros continuaban trabajando, y cuando hice el disparo ni el ruido del disparo.

"Pero no contaba con el ruido que me acompañó al señor Nicole. Antes de entrar en el enfermero, me las arreglé para volver a sacar de nuevo el revólver entre los dos colchones. Acostaron otra vez al señor Nicole en el camarero y luego usted; se llevaron a Nicole para rehacer su vendaje y de pieza.

En la presencia de usted yo no podía salir el revólver. Entonces dejó mi cartera, y me fui a la oficina del jefe del bloque de notas y el lápiz encima.

fin de tener un pretexto para volver a la casa cuando usted se marchara. Usted me sorprendió en el instante en que iba a salir del cuarto, y me causó un miedo terrible. Me puse a correr, como podía usted ver a través del puercito de la cerradura. Pero todo resultó bien.

Una vez abajo, el señor Nicole me pidió que le trajera un cofre. Fui a comprármelo a las diez, a primera hora de la tarde. ¿Qué podía hacer yo cuando se descubrió que habían sido robadas dos balas? Tuve que dejar que las sigan su curso, prefiriendo renunciar a acudir al descubrimiento del asesino, antes que a Souverain y a mí misma a las listas de la policía y del juez...

—¿Así que Nicole no dispuso más que una cosa? — dijo Collet.

—En efecto. No se dio cuenta de que yo había disparado ya otra. ¡Y lo han matado! Collet se pasó a lo largo de la estrecha pila durante cinco minutos, mientras fumaba su cigarrillo, que volvió a encender cuatro veces. Luego vino a plantarse delante de la puerta.

—La conozco a usted bien — dijo —. ¿Es usted muy capaz de guardarse cuanto me ha dicho a usted misma y de no hablar de ello a nadie?

—¡Oh! Ahora que he podido decirlo por fin, basta. Enmudeceré para siempre, si usted desea así.

—No — protestó el policía — para siempre se trata de algo que no puede ocultarse al mundo de instrucción. Solo le pido a usted que me lo lleve hasta que yo se lo indique. ¿Me promete usted?

—Se lo prometo...

Poco después, Girardon-Collet recibía a la señora de Nicole y al señor Brünin. La alemana, que ninguno de ambos lograba ocultar por completo, desde que se sabían en condiciones de rehacer su vida juntos, disgustó un poco al policía, que no esperaba de ellos ninguna revelación.

Después reclamó el inspector Pierre a José Lelache, luego de haber arreglado un poco la escena que preparaba. Había puesto sobre la alfombra el cadáver del señor Nicole y el de Charles Berlín. Y sin perder un minuto, comenzó su ataque contra el ladrón del museo de Robins-Lasalle.

—No ha hecho falta mucho tiempo, eh, Pierre? ¡Ya ha aparecido en pistóla!

Pero tenía que entenderse con alguien que fuese en su género.

—¿Cuál es? — preguntó.

—Ése — contestó el policía, señalando el cadáver — que le había entregado Berlín.

—¿Y dónde lo han encontrado ustedes?

—Tú debes saberlo; exactamente en el sitio donde lo tiraste.

—Pienso — dijo con sencillez José Nicole — si tú tiré debe haber tocado la tierra.

—Probablemente.

—Y entonces, la ha limpiado usted para que se como una moneda nueva?

El inspector miró largo rato, sin pronunciar palabra. José Nicole; sonrió después penosamente, y dijo al fin:

—Decidamente, José, eres más inteligente de lo que parece. Pero desconfía de ti mismo mucho; irás demasiado lejos.

LA BROWNING

El inspector Girardon-Collet no se concedía a ninguno más que un solo cumplido, y aun por vía indirecta, refugiándose detrás de la corrección.

La policía — solía decir — no abandona jamás un asunto. Puede la justicia declarar concluido un expediente, pronunciar un *non ha lugar* en tanto que el culpable no haya sido castigado, la policía le sigue a pista. Parece que el drama o un robo durante años, y aquí que, de pronto, los diarios anuncian la detención. Es que la policía se ha quedado

al acecho. Sucede lo más a menudo que sea el culpable quien se descubre a sí mismo. Algunas veces, aunque raramente, es un policía, que se ha prometido triunfar y que ha seguido una pista.

«De ordinario basta con abrir un expediente cerrado durante meses y meses o años, y preguntarse: qué ha sido de estos personajes? Se les busca y se les encuentra en situaciones muy diferentes de las que tenían en el momento en que surgieron en la escena pública. Y se descubre entonces que un pobre tipo del que no se había dicho nada, que sólo apareció como un testigo desdibujado, goza, de repente, de buenas rentas, o que se ha casado con la viuda de la víctima. Habrá nueve probabilidades contra diez de que él sea el ladrón o el autor del crimen anterior misterioso, y que sólo era un crimen pasional. El individuo es severamente investigado, y, si es culpable, está perdido».

Girardon-Collet tenía más perseverancia aun que la policía misma. Volvía a ocuparse en oportunidades como un aficionado, y por su propia cuenta, de las investigaciones que no habían dado resultado. Sus colegas le daban bromas por esta manía; pero él seguía con sus métodos. No era ningún hombre extraordinario, y, sin embargo, había llegado, tan sólo por su obstinación, a adquirir la reputación de un detective de primer orden.

—Los criminales y los malhechores — decía — son inbéciles que carecen de paciencia. Se le vienen a uno a la mano como peras maduras. La desgracia es que la opinión pública exige que se ande de prisa. Que se detenga a un instante, al que se le deberá dejar en libertad tres meses después, o al que se enviará a presidio; eso eerce para ella de importancia del suicidio; pero, al menos, alguien le publicará su fotografía. Menos mal que un asunto suelto ir tras de otro, así que con tal que de tres asuntos uno sea aclarado pronto, puede gozarse de tranquilidad para hacer un buen trabajo en los otros dos.

Así había ocurrido con el asunto Nicole. Los diarios se habían dividido en dos campos; la mayoría había adoptado la tesis de suicidio, pero la tesis oficial, consagrada además por una liquidación completa del asunto, a continuación de las revelaciones de Charles Berlín, que había sido acusado de heridas por imprudencia y absuelto por el tribunal. Pero, en cambio, algunos diarios se habían obstinado en continuar hablando a sus lectores de una misteriosa silueta que aparecía por detrás de la ventana y que disparaba contra el herido, alcanzándole mortalmente.

Tenían en su misma contra estos diarios el no parecer muy convencidos de lo que decían. ¿Cómo habían podido saber que Julietta Larbeau había disparado una de las dos balas del revólver de Nicole? Era ése uno de los misterios de la información. Julietta no se había condeado a revelar más que a Girardon-Collet, y éste no había dejado transparentar ni palabra de la confidencia. Y, sin embargo, la cosa había trascendido. El señor Billotte había citado a la joven que le hizo un relato sincero del acontecimiento. Pero en el momento en que el interés renacía, cuando aparecía claro que Nicole no había podido hacer más que un disparo, de los dos oídos en la noche, la prensa, buscando la causa por el descubrimiento de un cuerpo humano descubierto en la estación del Norte, debía estar en el olvido el drama de la clínica de Champard.

Sólo el inspector no le olvidó. Incluso le dedicó un mayor celo, ya que realizó entre sus horas de servicio una serie de largas y fatigosas actuaciones.

Tenía tiempo por delante: Julietta Larbeau y José Souverain, por su lado, y Brünin y la señora Nicole por el suyo, se entregaban de lleno al amor y habían olvidado totalmente aquel suceso para no pensar más que en sus próximos matrimonios; y en cuanto a José Nicole, cumplía los tres meses de prisión a que

el Tribunal, indulgente ante sus lágrimas y su arrepentimiento, le había condenado por su tentativa de robo al museo Robins-Lasalle.

Durante todo un mes, Girardon-Collet recorrió el distrito diez y nueve y el veinte de la ciudad; visitó en ellos a todos los cerrajeros y armeros. Vigiló la calle de la Pompe, la Avenida Mozart y la calle de Michel-Ange; penetró en algunas propiedades aisladas, dejando de lado las casas de departamentos, y reunió a todos los obreros del alcantarillado de aquellos sectores. Durante cuatro semanas llevó una vida de perros, comiendo nada y durmiendo apenas. Y, de pronto, cerró su expediente del asunto Nicole, lo sepultó en un cajón y pareció olvidarlo por completo...

El 27 de diciembre el diario *Eclairer*, publicaba una breve información:

«En la mañana de hoy *cuando en libertad José Nicole, cuya triste odisea no habrá olvidado nuestros lectores. Su conducta ha sido ejemplar durante su detención. El trágico fin de su padre habrá contribuido, sin duda, a llevarle al buen camino*».

—Y también la herencia — refundió en su oficina Collet, estrujando el diario entre las manos.

Al día siguiente, el diario el *Quotidien*, insertaba una entrevista mantenida por un periodista con el inspector.

—El asunto Nicole — decía al redactor encargado de la encuesta — tiene muchas probabilidades de permanecer para siempre en el más profundo misterio. No estoy muy convencido de la sinceridad de la confesión de Julietta Larbeau. Esa historia del hombre disparado desde la calle por esta joven, tan sólo para arrancar a su amante de prisión, no tiene lógica alguna. Por mi parte, creo en el suicidio del señor Nicole; y continuaré creyendo en él, en tanto que no se descubra el revólver de que haya podido servirse el fantasmagórico asesino.

«Ah, si se descubriese el revólver! Entonces todo cambiaría de aspecto y yo mismo no vacilaría en pensar de otra manera. Sería el primero en dedicarme a descubrir al malhechor. Y no sería entonces difícil su descubrimiento. Pero si, en efecto, existiese el asesino, hubiera tenido mil medios para hacer desaparecer definitivamente un arma que ya no sería peligrosa sino para él».

A las cinco de la tarde, muy enfundado en un grueso abrigo y con el cuello rodeado por una bufanda, Girardon-Collet salió de la Prefectura y caminó a pie hasta la Bolsa. Allí tomó el ómnibus de Passy. Había bastante niebla y los mecheros eléctricos aparecían rodeados de grandes halos rojos y amarillos.

—Lindo tiempo — comentó Collet, que, abandonando su cigarrillo, había encendido una pipa.

Descendió de la calle en las proximidades de la calle de la Pompe, se dirigigió hacia la avenida de Mozart, a través del estrecho callejuelo. No entró asustadamente en la avenida; detúvose en la esquina de la calle Ranelagh, observó atentamente a los peatones dando un cuarto de hora, y después se encaminó a la calle Pajou; permaneció inmóvil durante unos minutos en el ángulo de una puerta, introdujo a tientas y de espaldas una llave en la cerradura, y desapareció sin ser notado.

Había penetrado por la puerta, se servía de una caja, una fachada de dos pisos daba a la avenida de Mozart, quedando separada de la vereda por algunos metros de jardín. Debía conocer perfectamente el lugar, porque no encendió luz alguna, sino que avanzó en medio de la oscuridad, mientras que silaba bajito. Llegó a un *hall* iluminado vagamente por la luz de uno de los reverberos de la avenida; pero, en vez de llegar hasta la puerta de cristales, detúvose en la vereda de la vereda de hierro forjado, volvióse por donde había venido, salió a un pasillo, recorrió el cerrojo de una puerta, y salió a la calle, sin dejar de silbar. Se encontraba ahora a uno de los lados de la casa, cerca de un *garage* particular.

AVENTURAS DE DON LINO

APROVECHÉ LOS SOPORTES

por BARTA



Un sifido respondió entonces al suyo.
—¿Eres tú Pierre? — preguntó en voz baja.
—No, Pierre está delante — le contestó una voz.

El hombre que le contestaba se escondía también en el hueco de una puerta. Tres cajones vacíos, superpuestos bastaban para ocultarle; pero la oscuridad se encargaba además de ello.
—¿Hay alguna novedad?
—Nada de nuevo.

Collet marchó otra vez, pegado al muro; al llegar a la esquina se agachó. A uno y otro lado de una calle de árboles de pocos metros de largo, elevábanse las ramas de los arbustos despojados de sus hojas. El pie no se hundía allí en el césped, sino en la hierba mojada por la humedad. Durante el verano las hojas de los árboles y arbustos debían aislar suficientemente las proximidades de la casa. Pero una vez caídas las hojas, el muro del recinto, sobre el que había una verja, estaba al alcance de la mano.

—Pierre — murmuró Collet.

—Aquí estoy — contestaron cerca del muro. Collet dió la vuelta al jardínillo, para seguir la línea de la verja agazapado con el fin de escapar a la luz muy tenue de la calle.

Encontró el inspector Pierre agazapado en el rincón, oculto también detrás de unos cajones de madera, superpuestos. Ni estos cajones ni los que ocultaban al policía que estaba cerca del garage, habían sido llevados allí para esta circunstancia, sino que fueron abandonados por los propietarios del hotelito, cuando salieron para sus vacaciones, pero al encontrarse complicaban la tarea de los policías, que sin ellos no hubieran podido contar más que con la oscuridad.

—Creo, sin embargo, que habría que apagar la luz de la calle — dijo Collet.

—Ya está acordado así con los dos agentes del barrio, que están de guardia esta noche. La apagarán en seguida de la salida de los teatros.

—¿No hay nada sospechoso en los alrededores?

—No, desde aquí no podemos darnos cuenta. Pero Emilio, que está en una taberna, a cincuenta metros, no ha avisado nada.

No dió una palabra más y se apeloaron dentro de las cajas vacías. Collet ni siquiera fumaba ya su pipa. Sabía que la espera y la guardia serían largas, pero no quería correr ni el más pequeño riesgo que comprometera el éxito de la empresa.

Hacia las nueve de la noche sacó del bolsillo dos sandwiches, y ofreció uno a su colega. Pero no hacía más que terminar de comerse el suyo, cuando murmuró un "¡jidiota!", y volvió a emprender el camino que lo trajo a la avenida, pero tomando aún mayores precauciones.

Acababa de acordarse del cerrojo. ¿Qué pensaría el visitante a quien esperaba, al encontrar el cerrojo descerrado y la puerta abierta? Había pocas probabilidades de que el que aguardaba penetrara por la casa, pero era posible. El riesgo era mucho menor, puesto que la casa estaba abandonada, y nadie ignoraba ese detalle en el barrio.

Collet entró en la casa, echó el cerrojo y volvió al hall. Sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta principal. Con ello se arriesgaba mucho, pero no podía obrar de otra manera. Abrió lo más rápidamente que pudo, cerró con igual presteza, hizo girar la llave dos veces y se hundió en la sombra. Minutos después volvía a ocultarse al lado del inspector Pierre. En la marcha había sentido calor y se desató la bufanda.

Ambos hombres oyeron sucesivamente sonar las horas. La humedad los trasapaba; era una suerte que no tuvieran tendencia al resfrío de

cabeza. A partir de las nueve, no hubo ya en avenida más tránsito que el de los autos. Hacia media noche hubo afluencia que duró una media hora; los peatones pasaron lo largo del muro; los taxis circularon en suyo número. Luego todo volvió a caer en silencio. A la una oyóse el paso de dos hombres que se acercaban, y la luz apagóse en la calle. Reinó una oscuridad casi completa, y pasos se alejaron pausadamente.

La inmovilidad se hacía ya casi dolorosa. Faltaba las tres de la mañana, cuando el inspector Pierre intentaba una vez más estirar sus piernas, Collet le tocó en un brazo. Pierre no nada. Contempló lo alto de la verja, que se alzaba de modo bastante perceptible, y desde la casa. Al principio no distinguió casi nada, pero luego, bruscamente, sobre el muro sácco de la casa, movióse una masa negra se dirigió, en medio de la sombra, hacia las mas de los arbustos. Los dos policías hundieron la mano en sus bolsillos y sacaron los revólveres.

Durante algunos minutos reinaron de nuevo en el jardín el silencio y la inmovilidad. Luego, y sin que uno solo muriera, había revelado la presencia del desconocido, un rayo de luz iluminó la hierba, a tres pasos de los inspectores. La lucecita vagó sobre un cuadrado de terreno y después, una mano avanzó en medio del cono luminoso de la luz para eléctrica, fue a recoger un objeto que se encontraba en la hierba. En el mismo instante, extinguió la luz, pero simultáneamente el hombre lanzó un rugido, a la vez que sobre su cabeza se proyectaba violentamente el foco de lámpara eléctrica que el inspector Collet funcionara.

Era José Nicolle. En sus ojos había más bien que miedo. Trató de arrancarse a la sion del inspector Pierre, que le había tomado por la cintura, pero no era hombre de fuerza suficientes para ello. Había dejado caer la lámpara y lo vino a buscar entre las ramas de un árbol. Collet entró ya en parte por las lluvias y que estaba medio empujado, pero en tanto que su colega ponía los esposos a muñecas del prisionero, Collet, agachado, recogía ambos objetos y se los metía en el bolsillo.

—Ya te dije que lo que te daría mala no sería el ser demasiado inteligente, sino el no serlo en absoluto — dijo mientras se recababa —. ¡Lástima! — ¡Lástima! — el pajarero puedes ir a buscar un coche.

El otro inspector, que hasta entonces no había movido, acudió.

—Menos mal — dijo — ya empezaba a los pies helados.

—Pasa por la casa; está abierta — le dijo Collet —. Te esperaremos en la avenida, — agregó tendiéndole las llaves — ¡Cierre la puerta detrás de ti, Vamo, Pierre. Agarró sin contemplaciones a José Nicolle por un brazo, y le arrastró hacia la puerta. La verja, que abrió como había abierto la casa. Cerró de nuevo, y los tres hombres perseron con él en la vereda la llegada del taxi.

José Nicolle estaba anonadado. No comprendía aún cómo había podido caer en la trampa, que ahora veía claramente, en su momento, la simplicidad de la trampa. En prisión, habíase prometido no volver a ser del revólver. La misma víspera, en su día de libertad, estaba resuelto a no tener un solo punto de contacto con su pasado, cambiar de piel por completo, a no volver más a ninguno de sus antiguos amigos, disfrutar de la herencia de su padre. ¿Volver? Se reía de él. Sabía exactamente lo que había tirado, cuando volvía al museo. Ya con anterioridad había reparado en

cuyos habitantes estaban ausentes ¿Qué esperaba si alguien le descubría? ¡Nada! ¡Al momento nada del todo lo había repetido mil veces lo repetía ahora, y entonces, ¿por qué venido a buscarlo? A causa de aquellas lindas líneas publicadas en el *Quotidien*, era la primera fase de esta trampa, como creía claramente ahora, un poco tarde.

Aquella afirmación de Collet, tan extraña, de repente admitía el suicidio, después de ser rebatido con todas sus fuerzas durante la investigación. Pero si estaba clarísimo el se había dejado atrapar! Cuando todo le había sido tan bien calculado hasta entonces, ¿qué actitud de arrepentimiento ante los hechos, su conducta ejemplar en la prisión y por se había dejado engañar como un tonto! ¿Inbuido en el asiento del coche entre los inspectores, teniendo frente a él al detective que exultaba de alegría, José Nicolle no podía de llamarse a sí mismo imbécil! A la vez, calculando su conducta futura, Explicaría había pretendido robar al hotel; lo pagaría, pero ya se las arreglaría para crear las suficientes dudas para evitar que el asunpto pasara a juicio de jurados, como hasta ahora le había logrado. Ciertamente que había sido en el momento en que recogía el arma que la había dado muerte a su padre. ¿Pero cómo podría probar de manera irrefutable que era de aquel revólver que había partido la bala que fue a alojarse en el corazón del nevario?

Cuando le hicieron descender, también sin complicaciones, ante la Jefatura de policía, él ya había recobrado el suficiente aplomo como para esgrimir la cabeza. Collet sorprendió su actitud, pero sonrió, sabía de antemano que le reservaba al partido.

No le dejó tiempo para respirar; apenas en oficina, cayó sobre él, diciendo:

—¿Has necesitado volver allí, eh, José? Allí esperábamos desde que diste el primer paso fuera de la prisión. Pero tú no hubieras ido por tu propia iniciativa, de seguro. Ha sido que atraído. Diez líneas en un diario, y decidiste... No te hagas ilusiones... Bascon lo de esta noche para llevarte a la guiniana. Pero estate tranquilo, porque hay algo...

—Conoces a Bederiot, el cerrajero algo especializado de la calle de Flandre, y a Marcha, el armero de la calle de la Chapelle?... ¿Te conoces a ti muy bien. En la cerradura pasaje que conduce a la clínica Champard se encuentran huellas de garras, ¡Claro!... la llave. ¿Cuántas veces habrás entrado allí, al fin de conocer bien el sitio y no perder el golpe?... ¿Y este juguetero que faltaba la colección de los tres Colt? Lo pagaste caro, pero era regalado, para lo que debía decirte. A mí me ha bastado un mes de investigaciones, para encontrar al cerrajero y al armero. Pero no lamento el trabajo que me costo. Ahora es seguro que quieras saber cómo he podido encontrar tu Colt... Pero lo más maniaco, por los diarios. Antes vas a preme, y de prisas...

Efectivamente, al día siguiente, el inspector Girardon-Collet, al que sin embargo no preocupaba nunca con exceso el reclamo de los diarios, no vacilaba en confiar al reportero del *Quotidien* que le había servido tan admirablemente, el relato de sus investigaciones.

El hijo, sorprendido robando un museo en hora aproximada en que su padre era asesinado, era una cosa demasiado espectacular, demasiado clásica.

Desde el momento en que el señor Charles le revólver su infortunado y accidental robo del arma, y que Julieta Larbeau confesó la media de la calle de la Pompe, vi que no había más que un culpable posible: aquel que aprovechara de lo que llamé a los dos pri-

meros accidentes, para obtener provecho o venganza del señor Nicolle.

¿Era Birmón? De seguro que éste hubiera matado a su antiguo amigo como a un perro, pero no lo hubiese hecho ocultándose. ¿La señora de Nicolle? Con las mujeres nunca se está seguro; pero ésta tenía magníficas costaditas, Julieta Larbeau tenía interés en que su patrón viviera, al menos durante algún tiempo. ¿Souverán? Este se encontraba en el mismo caso que el señor Birmón, puesto que no era él quien disparó el tiro en la calle de Réaumur. ¿Quedaba este canalla de José Nicolle. Tenía en su favor la coartada del robo en el museo, que habría convencido a todos los jueces y jurados, si no se hubieran reunido un montón de pruebas en contra suya: yo busqué al cerrajero que hizo la llave; lo encontré fácilmente, porque es raro que los delincuentes no se dirijan a cerrajeros especializados. Busqué el armero que había vendido el arma. Hubiera vuelto para ello todo París; pero tuve la suerte de tropezar con seguida con él.

—¿Mas, qué había sido del revólver? El asino, si era José Nicolle, había tenido que darse prisa para salvar la distancia que media entre la clínica Champard y el museo Robin-Lasalle, había debido tomar el camino más corto: la calle de la Pompe, la avenida de Mozart y la calle de Michel-Ange. No habría seguramente cometido la ingenuidad de lanzar su revólver en el primer tacho de basura o en el de un trépero, donde podría ser descubierto la misma noche y ponernos sobre su pista. Podía haberle tirado a una alcantarilla. Pregunté a los pocieros, que lo buscaron, porque un arma de semejante peso tenía que haber caído recta, y no podía haber ido muy lejos. La búsqueda no dio resultado alguno.

—Por último, lo más probable era que el asino hubiera tirado el arma por encima de un muro, en un jardín. Las casas con jardín no abundan en el recorrido. Bien pronto las recorrí y rebusqué entre la hierba. Sólo me costó mayor trabajo con respecto a la propiedad en que hevenos atrapa al fin a José Nicolle.

—Los propietarios, que salieron en viaje, estaban por Escocia. No pude dar con ellos y obtener una respuesta, hasta transcurridas tres semanas. Me enviaron las llaves y en interés de la justicia me autorizaron para que hiciera todo lo necesario. Allí, en medio de la hierba descubrí inmediatamente el revólver. Tuve buen cuidado de dejarlo donde estaba, contentándome con hacer vigilar la finca, pues José Nicolle podía también haber pedido a uno de sus camaradas que fuera a hacer desaparecer la pieza de conciencia. Esto era poco probable. Pero no había más camino que esparir a que saliera de prisión y a prepararle la ratonera."

Pero Girardon no confió sin embargo a la prensa, todas las reflexiones que hizo a su colega Pierre, al día siguiente de la detención, y después de la confesión completa de José Nicolle, diciéndole:

—Pasemos por avisados, y en el fondo no hemos sido muy fuertes. En fin de cuentas, sólo por casualidad hemos tenido la clave del enigma...

—No exageres — protestó Pierre. —No exagero nada. Yo había calculado bien en los tres atentados...

—Menos en lo de Souverán... —No, también respecto a Souverán, No había sido él, pero todos los detalles eran exactos. Podía uno imaginarse y tener en cuenta esa bala perdida y que llegó tan bien a destino? Pero esto ha sido una lección, y desde ahora me propongo ser tan circunspecto, que abriga hasta dudas acerca de la culpabilidad de ese canalla de Nicolle hijo.

—¿Es que bromas? — dijo Pierre. —No del todo, viejo — contestó Collet.

PANCHO SOMBRERO

PARA OLVIDAR

por TOONDER



Copyright 1934 by Toonder



EN Burgos, ciudad ilustre y famosa, no ha muchos años que en ella vivían dos caballeros principales y ricos: el uno se llamaba don Diego de Carriazo, y el otro, don Juan de Avendaño. El don Diego tuvo un hijo, a quien llamó de su mismo nombre, y el don Juan otro, a quien puso don Tomás de Avendaño. A estos dos caballeros mozos, como quien han de ser las principales personas de este cuento, por excusar y ahorrar letras, los llamaremos con solos los nombres de Carriazo y de Avendaño. Trece años, o poco más, tendría Carriazo cuando, llevado de una inclinación picaresca, sin forzarle a ello algún mal tratamiento que sus padres le hiciesen, sólo por su gusto y antojo, se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fué por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo no echaba menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar a pie le cansaba, ni el frío le ofendía, ni el calor le enfadaba; para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera; tan bien dormía en pajas como en colchones; con tanto gusto se soterraba en un pajar de un mesón como si se acostara entre dos sábanas de Holanda. Finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfaraque.

En tres años que tardó en aparecer y volver a su casa aprendió a jugar a la taba en Madrid, y al rentoy en las ventillas de Toledo, y a presa y pinta en pie en las barbacas de Sevilla; pero con serle anejo a este género de vida la miseria y estrechez, mostraba Carriazo ser un príncipe en sus cosas: a tiro de escopeta, en mil señales, descubriría ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas. Visitaba pocas veces las ermitas de Baco, y aunque bebía vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, como con alguna cosa que beban demasiada, luego se les pone el rostro como si se lo hubiesen jalgado con bermellón y almagre. En fin,



LA ILUSTRE FREGONA

TEXTO INTEGRO
de la novela ejemplar de
CERVANTES
ILUSTRACIÓN DE BERNABO

en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto. Pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadribas de Zahara, donde es el *finibusterraz* de la picaresca.

Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicato-

ruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, exportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo de este nombre *pícaro*! Bajad el toldo, amañad el brio, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes. ¡Allí, allí, que está en su

centro el trabajo junto con la poltrona. Allí está la suciedad limpia, la gordura liza, la hambre pronta, la hartura aborrecida, sin disfráz el vicio, el juego siempre, las dencias por momentos, las muertes porotos, las pulpas a cada paso, los bailes con bodas, las segundillas como en estampa, mances con estribos, la poesía sin ac-



Aquí se canta, allí se reniega, acullá se ríe, acá se juega, y por todo se hurta. En casa de libertad y de luz el trabajo allí van, o envían muchos padres principales a buscar a sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida como si los llevarán a dar la muerte.

Pero toda esta dulzura que he pintado tiene un amargo acibar que la amarga, y es no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladan de Zahara a herbería. Por esto las noches se recogen a unas torres de la marina, y tienen sus atajadores y centinelas, en confianza de cuyos ojos cierran ellos los suyos, puesto que tal vez ha sucedido que centinelas y atajadores, picaros, mayorales, bárcos y redes, con toda la turbamulta que allí se ocupa, han anochecido en España y amanecido en Tetuán. Pero no fué parte este temor para que nuestro Carriazo dejase acudir allí tres veranos a darse buen tiempo. El último verano le dijo tan bien la suerte, que ganó a los naipes cerca de setecientos reales, con los cuales quiso vestirse, y volverse a Burgos y a los ojos de su madre, que habían derramado por él muchas lágrimas. Despidióse de sus amigos, que los tenía muchos y muy buenos; prometiéndoles que el verano siguiente sería con ellos su camarada, y que no le exorbase; dejó con ellos la mitad de su alima, y todos sus deseos entregó a aquellas secas arenas, que a él le parecían más frescas y verdes que los Campos Elísios. Y por estar ya acostumbrado de caminar a pie, tomó el camino en la mano, y sobre dos alpagates se llegó desde Zahara hasta Valladolid, cantando "Tres años, madre", y echando allí donde paraba, refectorio de la color del rosa, sacándola de mulata a flamenco, y para trastejarse y sacarse del bordador de picaro y ponerse en limpio de caballero. Todo esto hizo según y como le dieron comodidad quinientos reales con que llegó a Valladolid, y aun de ellos reservó ciento para alquilar una mula y un mozo, con que se presentó a sus padres honrado y contento. Ellos le recibieron con mucho alegría, y todos sus amigos y parientes vinieron a dárles el parabién de la buena venida del señor don Diego de Carriazo, su hijo. Es de advertir que en su peregrinación don Diego mudó el nombre de Carriazo por el de Urdiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabía.

Entre los que vinieron a ver el recién llegado don Alonso de Avendaño y don Juan de Avendaño don Tomás, con quien Carriazo, por ser ambos de una misma edad y vecinos, trabó y confirmó amistad estrechísima. Contó Carriazo a sus padres, y a todos, mil magníficas y luengas mentiras de cosas que le habían sucedido en los tres años de su ausencia; pero nunca tocó, ni por pienso, en las almadrasas, puesto que en ellas tenía de continuo puesta su atención, especialmente cuando él pensaba que se llegaba el tiempo donde había prometido a sus amigos la vuelta. Ni le entretenía la caza, en que su padre le ocupaba, ni los muchos, honestos y gustosos convites que en aquella ciudad se usaban daban gusto; todo pasatiempo le cansaba, y a todos los mayores que se le ofrecían anteponia el que había recibido en las almadrasas.

Avendaño, su amigo, viéndole muchas veces melancólico e imaginativo, fiado en su amistad, se atrevió a preguntarle la causa, y se obligó a remediarla, si pudiese ser fuese menester, con su sangre misma. No quiso Carriazo tenerla encubierta, por no hacer agravio a la grande amistad que profesaban; y así, le contó punto por punto la vida de la jábega y como todos sus deseos se ponían en ella, poniendo el deseo que tenía de volver a ella, naciéndole de modo que Avendaño, cuando le acabó de oír, antes alabó que vituperó su gusto. En fin, el de la plática fué disponer Carriazo la voluntad de Avendaño

de manera que determinó de irse con él a gozar un verano de aquella felicísima vida que le había descrito, de lo cual quedó sobremanera contento Carriazo, por parecerle que había ganado un testigo de abono que calificase su baja determinación. Trazaron asimismo de juntar todo el dinero que pudiesen; y el mejor modo que hallaron fué que de allí a dos meses había de ir Avendaño a Salamanca, donde por su gusto tres años había estudiado en las lenguas griega y latina, y su padre quería que pasase adelante y estudiase la facultad que él quisiese, y que del dinero que le diese habría para lo que deseara.

En este tiempo propuso Carriazo a su padre que tenía voluntad de irse con Avendaño a estudiar a Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, que, hablando al de Avendaño, ordenaron de ponerles juntos una casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedía ser hijos suyos. Llegóse el tiempo de la partida; proveyéronles de dineros, y enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenía más de hombre de bien que de discreto. Los padres dieron documentos a sus hijos de lo que habían de hacer y de cómo se habían de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto de la constante diligencia de aprender ellos de sus trabajos y vigilias, principalmente los bien nacidos. Mostráronlos los hijos humildes y obedientes; lloraron las madres; recibieron la bendición de todos; pusieronse en camino con mulas propias y con dos criados de casa, antes del ayo, que se había dejado crecer la barba por que diese autoridad a su cargo.

En llegando a la ciudad de Valladolid, dijeron al ayo que querían estarse en aquel lugar dos días para verlo, porque nunca lo habían visto ni estado en él. Reprehendimos mucho el ayo, severa y ásperamente, la estalla, diciéndoles que los que iban a estudiar con tanta prisa como ellos no se habían de detener una hora a mirar niñerías, cuanto más dos días, y que él formaría escorpulario si los dejaba detener un solo punto, y si se partían sin él, y no, que sobre eso, morena.

Hasta aquí se extendía la habilidad del señor ayo, o mayordomo, como más nos diere gusto llamarle. Los manecillos, que tenían ya hecho su agosto, y su vendimi, pues habían ya robado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su mayor, dijeron que sólo los dejase aquel día, en el cual querían ir a ver la ciudad de Argales, que la comenzaban a conducir a la ciudad por grandes y espaciosos acueductos. En efecto, aunque con dolor de su ánima, les dio licencia, porque él quisiera excusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas a Salamanca en dos días, y no las veinte y dos que hay desde Valladolid; pero, como uno pienso, el otro lo ve, y otro el que lo ensilla, todo le sucedió al revés de lo que él quisiera.

Los manecillos, con sólo un criado y a caballo en dos muy buenas y caseras mulas, salieron a ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas, a despecho del Caño Dorado y de la reverenda Priora, con paz sea dicho de Leganitos y de la extremadísima Fuente Castellana, en cuyo confluente se halla el collar Corto de la Pizarra de la Mancha. Llegaron a Argales, y cuando creyó el criado que sacaba Avendaño de las bolsas del cojín alguna cosa con que beber, vió que sacó una carta cerrada, diciéndole que luego al punto volviése a la ciudad y se le diese a su ayo, y que en dándosele lo esperase en la Puerta del Campo. Obedeció el criado, tomó la carta, y volvió a la ciudad, y allí se hallaron las riendas, y aquella noche durmieron en Mojosos, y de allí a dos días, en Madrid, y en otros cuatro se vendieron las mulas en pública plaza, y hubo quien les fiese por seis escudos de prometido, y aun quien les diese el dinero en oro por sus cabales,

Viéronse a lo payo, con capotillos de falsas, hazones y zaragüelles y medias paño pardo. Ropero hubo que por la mañana les compró sus vestidos, y a la noche les había mudado de manera que no conociera la propia madre que los había criado. Puestos, pues, a la ligera y del modo que Avendaño quiso y supo, se pusieron en camino de Toledo al amanecer, y a las espaldas, que también el ropero, aunque estaba a su menester, se les había comprado. Déjmonlos ir, por ahora, pues van contentos y alegres, y volvamos a contar lo que el ayo hizo cuando abrió la carta que el ayo le llevó, y halló que decía de esta manera:

"Vuestra merced será servido, señor Pío Alonso, de tener paciencia, y señor Pío Burgos, de no dar a nuestros padres hablando nosotros sus hijos, con madura consideración, considerado cuán más propios de los caballeros las armas que las letras, benemos determinado de trocar a Salamanca por Bruselas, y a España por Flandes, cuatrocientos escudos llevamos, las mulas vamos vender. Nuestra nódiga intención por largo camino es hasta discurrir de muchos yerros, que nadie lo juzgará por tal, y es cobarde. Nuestra partida es ahora; la tarde será cuando Dios fuere servido, el guarda a vuestra merced como puede y yo mis menores discípulos descansan. De la Puente de Argales, puesto ya el pie en el camino para caminar a Flandes. — Carriazo y Avendaño."

Quedó Pedro Alonso suspendido en leyenda la pistola, y acudió a su valija, y el hijo valiente le acabó de confirmar la verdad de la carta; y luego al punto, en la mula que había quedado, se partió para Burgos a las nuevas a sus amos con toda presteza, que con ella pusiesen remedio y diesen a alcanzar a sus hijos; pero de estas cosas no dice nada el autor de este cuento, porque él mismo dice que el ayo de Pío Alonso, volvió a contar de lo que les pasó a Avendaño y a Carriazo a la entrada de Illescas, diciendo que al entrar de la puerta de la villa encontraron dos mozos de mal parecer andaluces, en calzones de anechos, jubones acuchillados de anechos, coletes de ante, dagas de ganchos y espadas de tiros, al parecer, el uno venía de Sevilla, otro iba a ella. El que iba estaba diciendo otro:

"Si no fueran mis años tan adelantados, me derivaría algo más, a pregar mil cosas que deseo saber; porque me maravilló mucho con lo que me ha pasado de que el conde ha ahorcado a don Genís y a Ribera, sin querer otorgar sepelción.

"— ¡Si no, pecador de mí! — replicó el otro llano —. Armóse el conde zancadilla, y los chicos debajo de su jurisdicción, que es dados, y por contrabando se aprovechan ellos, sin que la Audiencia se los pudiese dar. ¡Bábe, amigo, que tiene un Bercel el cuerpo este conde de Puñonrostro, que mete los dedos de su puño en el alma de esta Sevilla y diez leguas a la redonda, haciendo barro no más de lo que le da de un azul abotado, de un corregidor, informado, o bien apasionado! Mis vichos ojos que dos; no se apodera tan el veneno de la injusticia de muchos señores como se apodera de uno solo.

"— Predicador te has vuelto — dijo el que

y, según lleves la retahíla, no acabarás presto, y yo no te puedo aguardar; y por la noche no vayas a posar donde sueles, sino a la posada del Sevillano, porque verás en la más hermosa fregona que se sabe en Sevilla la de la venta Tejada es asco en su creación; no te digo más sino que hay que el hijo del corregidor que los viciados de la corte le amó, y así para que al volver que vuelva al Andalucía a estar dos meses en Toledo, y en una posada, sólo por hartarse de mirarla. Me dejo yo en señal un pellicón, y me en contracamión un gran tornismon. Es como un mármol, y zahareña como vid de Savago, y ágera como una ortiga; y así como el hijo del corregidor, así como yo: en una mejilla tiene el sol, y en la otra la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y entranbas hay también jazmines y jazmines. No te digo más sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, sino lo que te pudiera decir, acerca de su persona. En las dos mulas rucias que sabes que yo tengo, yo me voy a la posada del Sevillano, quisieran dar por mujeres, pero yo sé que no me las darán: que es yo ya para un arremate, o para un conde. Y otra vez torno a decir que allá lo verás. Y adiós que me voy.

esto se despidieron los dos mozos de cuya plática y conversaci6n dejó muchos los dos amigos que escuchado la habían, solamente a Avei~año, en quien la simpleza que el mozo de mulas habia hecho en la hermosura de la fregona despertó en un intenso deseo de verla. Tambi6n le contó en Carriazo; pero no de manera que deseara mäs llegar a sus almadrabas que irse a ver las pirämides de Egipto, u otras siete maravillas, o todas juntas.

repetir estas palabras de los mozos, y remedar y contrahacer el modo y los acentos con que las decían, entráronse en el río hasta el cuello, y se agacharon en el fondo, como que otra vez se había estado en la ciudad, bajando por la Sane de Cerisieron con la posada del Sevillano; pero se atrevieron a pedirla allí, porque su traje de pella. Era ya anochecido, y aunque era muy tarde, había a Avendano en la otra parte a buscar posada, no le pudo salir de la puerta de la del Sevillano, entró si acaso parecía la tan celebrada frentalase la noche y la fregona no salía; se acabó Carriazo, y Avendano se estaba en la casa, y a Avendano que fuese a casa de preguntar por unos caballeros, como que iban a la ciudad de Sevilla, se fue hasta el patio de la posada; y apenas entrado, salió de una sala que en el estrado vio, cuando una moza al parecer de labradora, con una vela encendida en el codo.

puso Avendaño los ojos en el vestido de la moza, sino en su rostro, que le ver en él los que suelen pintar de geles; quedó suspenso y atónito de su aza, y no acertó a preguntarle nada: su suspensión y embelesamiento. La viendo a aquel hombre delante de sí,

—¿Qué busca, hermano? ¿Es por ventura de alguno de los huéspedes de casa? —
—Soy criado de ninguno, sino vuestro
—respondió Avendaño, todo lleno de turba-
—y sobresalto.
—Moza, que de aquel modo se vió respon-

era su señor, el cual le había enviado delante por Alcalá de Henares, donde había de hacer un negocio que le importaba, y que junto con esto le mandó que viniese a Toledo y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendría a apacarse, y que pensaba que llegaría aquella noche, o otro día, a más tardar. Tan buen color dió Aravendo a su mentira, que a la cuenta del huésped pasó por verdad, pues le dijo:

—Quédese, amigo, en la posada; que aquí podrá esperar a su señor hasta que venga.

—Muchas mercedes, señor huésped — respondió Avendaño —, y mande vuestra merced que se me dé un aposento para mí y un compañero, que viene conmigo, que está allí fuera; que dineros traemos para pagarlo tan bien como otro.

—En buen hora — respondió el huésped. Y volviéndose a la moza, dijo:

—Costancica, di a Argüello que lleve a estos dos galanes al aposento del rincón, y que les eche sábanas limpias.

— ¡Si hereñeón — respondió Costanza, que así se llamaba la doncella, —
Y haciendo una reverencia a su amo, se le quitó delante, cuya ausencia fué para Avendaño lo que suele ser al caminante ponerse el sol y sobrevivir la noche lóbrega y oscura. Con todo esto, salió a dar cuenta a Carriazo de lo que había visto y de lo que dejaba negociado; al que le contó mil señales contra el conde, pero no le quiso decir nada de entonces, hasta ver si le merecía la causa de quien nacían las extraordinarias albanas y grandes hipócritas con que la belleza de Costanza sobre los mismos cielos levantaba.

Entraron en fin, en la posada, y la Argüello, que era una mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y aseo de los aposentos, los llevó a uno que ni era de caballeros ni de criados, sino de gente que podía hacer el oficio entre los dos. Pidiéronle cenar; responsables Argüello que en aquella posada no daban de comer a nadie, puesto que guisaban y adezeaban lo que los huéspedes traían de fuera comprado; pero que bodegones y casas de estado había cerca, donde sin escrúpulo de conciencia podían ir a cenar lo que quisiesen. Tomaron los dos el consejo de la Argüello, y dijeron con un escrúpulo de bodega, que el Cazaero cenó lo que le dieron, y Avendaño lo que con él llevaba, que fueron pensamientos e imaginaciones.

Lo poco o nada que Avendaño comía admiraba mucho a Carriazo. Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse a la posada le dijo:

—No estoy en eso — respondió Avendaño —; porque pienso, antes que de esta ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las Vistillas de San Agustín, la Huerta del Rey y la Vega.

—Norabuena — respondió Carriazo —: eso en dos días se podrá ver.

—En verdad que lo he de tomar de espacio; que no vamos a Roma a alcanzar una vacante.

—¡Ta, ta! — replicó Carriazo —. A mí me maten, amigo, si no estáis vos con más deseo de quedaros en Toledo que de seguir nuestra comenzada romería.

—Así es la verdad — respondió Avendaño —; y aun tan imposible será apartarme de ver el rostro de esta doncella como no es posible ir al cielo sin buenas obras.

— ¡Gallardo escarecimiento — dijo Carriazo —, y determinación digna de un tan generoso pecho como el vuestro! ¡Bien cuadra un don Tomás de Avendaño, hijo de don Juan de Avendaño, caballero lo que es bueno, rico lo

que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que
admira, con enamorado y perdido por una
fregona que sirve en el mesón del Sevillano!

— ¡Lo mismo me parece a mí que es — respondió Avendaño — considerar un don Diego de Carriazo, hijo del mismo, caballero del hábito de Alcántara el padre, y el hijo a pique de heredarle con su mayorazgo, no menos gentil en el cuerpo que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos, verle enamorado, ¿de quien, si pensáis? ¿De la reina de Ginebra? No, por cierto, sino de la almadraza de Zahara, que es más fea, a lo que creo, que un miedo de sinto Antón.

—¡Pata es la traviesa, amigo! — respondió Carriazo —. Por los filos que te herí me has muerto; quédese aquí nuestra pendencia y vámonos a dormir, y amanecerá Dios, y medraremos.

—Mira, Carriazo: hasta ahora no has visto a Costanza; en viéndola, te doy licencia para que me digas todas las injurias o reprensiones que quisieres.

—Ya sé yo en qué ha de parar esto — dijo Carriazo.

—¿En qué? — replicó Avendaño.

—En que yo me iré con mi almadraba, y tú te quedarás con tu fregona — dijo Carriazo.

—No seré yo tan venturoso — dijo Aven-
daño.

—Ni yo tan necio — respondió Carriazo —
que por seguir tu mal gusto deje de conseguir
el bueno mío.

En estas pláticas llegaron a la posada, y aun se les pasó en otras semejantes la mitad de la noche; y habiendo dormido, a su parecer, poco más de una hora, los despertó el son de muchas chirimías que en la calle sonaban. Sentáronse en la cama y estuvieron atentos, y dijo Carriazo:

—Apostaré que es ya de día y que debe de hacerse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Carmen, que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías.

—No es eso — respondió Avendaño —, porque no ha tanto que dormimos que pueda ser ya de día.

—Mancebos, si queréis oír una brava música, levantaos y asomaos a una reja que sale a la calle, que está en aquella sala frontera que no hay nadie en ella.

Levantáronse los dos, y cuando ab
 Lloran persona, ni supieron quién
 del aviso; mas porque oyeron
 a arpa, creyeron ser verdad la
 en, en canita como se hallaron,
 A los dos, y así estuvieron tras
 después puestos a las rejías, halla
 de allí a poco, al son de la ar
 huela, con maravillosa voz, oye
 soneto, que no se le pasó de la
 Aventura:

A tar, humilde sujeto, que levanta
 A tan excelso cantante la belleza,
 Que en ella se enciende nustraleza
 A red de la vida, que es como una
 Si hablas, o si ríes, o si cantas,
 Si muestras mansedumbre o aspereza
 Si muestras amor, o si te quejas,
 Las potencias del alma nos encantan,
 Que para purda ser más conocida
 La vida, que no sea que corras,
 Y la alta honestidad de que maones,
 Deja el servir, pues debes ser servido.
 Responde a los que te quieren
 Responde por retos y coronas,

No fué menester que nadie les dijese a los dos que aquella música se daba por Costanza, pues bien claro lo había descubierto el soneto, que sonó de tal manera en los oídos de Avendaño, que diera por bien empleado por no haberle oído, haber nacido sordo y estarlo todos los días de la vida que le quedaba, a causa que desde aquel punto la costanza empezó a tener tan mala como quien se halla

trasapado el corazón de la rigurosa lanza de los celos; y era lo peor que no sabía de quien debía o podía tenerlos. Pero presto le sacó de ese estado uno de los que a la raja estaban, diciendo:

— ¡Que tan simple sea este hijo del corregidor, que se anda dando músicas a una fregona...! Verdad es que ella es de las más hermosas muchachas que yo he visto, y he visto muchas; más no por esto había de sollicitar con tanta puerilidad.

A lo cual añadió otro de los de la raja: — Pues en verdad que he oído yo decir por cosa muy cierta que así hace ella cuenta de él como si no fuese nada: apostaré que se está ella ahora durmiendo a sueño suelto detrás de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordarse de músicas ni canciones.

— Así es la verdad — replicó el otro —, y es maravilla que con estar en esta casa de tanto tráfago, y donde hay cada día gente nueva, y andar por todos los aposentos, no se sabe de ella el mejor desmán del mundo.

Con esto que oyó Avendaño tornó a servir y a cobrar aliento para poder escuchar otras muchas cosas que al son de diversos instrumentos los músicos cantaron, todas encaminadas a Costanza, la cual como él el húsped, se cubría durmiendo sin ningún cuidado. Por venir el día, se fueron los músicos, despidiéndose con las chirimías. Avendaño y Carriazo se volvieron a su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana; la cual venida, se levantaron los dos, entrambos con deseo de ver a Costanza; pero el deseo del uno fue de puro curioso, y el del otro, de puro enamorado. Pero a entrar en la sala, le cumplió Costanza salirse de la sala de su amo, tan hermosa, que a los dos les pareció que todas cuantas alabanzas le había dado el mozo de mulas eran cortas y de ningún encarecimiento. Su vestido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran bajos; pero la camisa alta, llegando el cuello, con un cabezal labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de zafiro sobre un pedazo de una columna de alabastro; que no era menos blanca su garganta; ceñida con un cordón de San Francisco, y de una cinta pendiente, al lado derecho, un gran manojo de llaves. No traía chinelas, sino zapatos de dos suelas, colorados, con unas calzas que no se le parecían sino cuanto pur un perfil mostraban también ser coloradas. Traía trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo; pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura; el color salía de castaño y tocaba en rubio; pero, al parecer, tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudo comparar. Pendiente de las orejas dos calabacillas de vidrio, que parecían perlas; los mismos cabellos le servían de garbín y de tocas.

Cuando salió de la sala se persiguió y sangüguó, y con mucha devoción y sosiego hizo una profunda reverencia a una imagen de Nuestra Señora que en una de las paredes del patio estaba colgada; y alzando los ojos, vio a los dos que mirándole se acordaron. Pendiente de las orejas dos calabacillas de vidrio, que parecían perlas; los mismos cabellos le servían de garbín y de tocas.

Restó ahora por decir qué es lo que le pareció a Carriazo de la hermosura de Costanza; que de lo que le pareció a Avendaño, ya está dicho, cuando la vio la vez primera.

No digo más sino que a Carriazo le pareció tan bien como a su compañero, pero enojarlo mucho menos; y tan mentes, que quisiera no anochechar en la posada, sino partirse luego para sus almadrabas. En esto, a las voces de Costanza salió a los corredores la Argüello, con otras dos moceconas, también criadas de casa, de quien se dice que eran gallinas, y el haber tantas lo requería la mucha

gente que acude a la posada del Sevillano, que es una de las mejores y más frecuentadas que hay en Toledo. Acudieron también los mozos de los huéspedes a pedir cebada; salió el húsped de casa a dársela, maldeciendo a sus mozas, que por ellas se le había ido un mozo que la solía dar con muy buena cuenta y razón, sin que le hubiese hecho menos, a su parecer, un solo grano. Avendaño, que oyó esto, dijo:

— No se fatigue, señor húsped; déme el libro de la cuenta, que los días que hubiere de estar aquí, yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche menos al mozo que dice que se le ha ido.

— En verdad que os lo agradezca, manecbo — respondió el húsped —, porque yo no puedo atender a esto, que tengo otras muchas cosas a que acudir fuera de casa. Bajad, daros he el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo y hacen trampantojos un celemin de cebada con nienos conciencia que si fuese de paja.

Bajó al patio Avendaño y entregóse en el libro, y comenzó a despachar celemines como agua, y a asentarlos por tan buen orden, que el húsped, que lo estaba mirando, quedó contento; y tanto, que dijo:

— ¡Pluguera a Dios que vuestro amo no viniese a casa; que a fe que otro gallo os cantase. Porque el mozo que se me fue vino a mi casa habrá ocho meses, roto y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos y muy buenos, y va gordo como una nutria. Porque quiero que sepáis, hijo, que en esta casa hay muchos provechos, amen de los salarios.

— Si yo me acordara — replicó Avendaño —, no fuera tan mucho en la ganancia; que con cualquier cosa me contentaría a trueque de estar en esta ciudad, que me dicen que es la mejor de España.

— A lo menos — respondió el húsped —, es de las mejores y más abundantes que hay en ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al río, que también se me fue otro mozo que con un asno blanco famoso me tenía rebosando las tinajas, y hecha un lago de agua la casa; y una de las causas por que los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos a mi posada es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella; porque no llevan su ganado al río, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños.

Todo esto estaba oyendo Carriazo, el cual, viendo ya Avendaño estaba acomodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse a buenas noches, y más, que consideró el gran gusto que haría a Avendaño si le seguía el humor; y así, dijo al húsped:

— Venga el asno, señor húsped; que tan bien sabré yo cincharlo y cargarlo como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancía.

— Si — dijo Avendaño —, mi compañero Lope Asturiano servirá de traer agua como un principe, y yo le fio.

La Argüello, que estaba atenta desde el corredor a todas estas pláticas, oyendo decir a Avendaño que él fiaba a su compañero, dijo:

— Dígame, gentilhombre, ¿y quién le ha de fiar a él? Que en verdad que me parece que más necesidad tiene de ser fiado que de ser fiador.

— Calla, Argüello — dijo el húsped —, no te metas donde no te llaman; yo los fio a entrambos, y por vida de vosotras que no tengáis dades ni tomares con los mozos de casa; que por vosotras se me van todos.

— ¡Pues qué! — dijo otra moza —, ¿ya se quedan en casa estos manecbos? Para mí sangügueta que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota.

— Déjese de chocarrerías, señora Gallega — respondió el húsped —, y haga su hacienda,

y no se entremeta con los mozos, que la leré a palos.

— ¡Por cierto sí! — replicó la Gallega — ¡Mirad qué joyas para codiciarlas! Pues verdad que no me ha lallado el señor amo tan jugueta con los mozos de la ni de fuera, para tenerme en la mala; que me tienen ellos son bellacos, y se cuando se les antoja, sin que nosotras nos mos ocasión alguna. ¡Bonica gente es por cierto, para tener necesidad de que los inciten a dar un madrugón como amos cuando menos se percatan!

— Mucho hablláis, Gallega — germana —, pondió su amo —; punto en boca, y a a lo que tenéis de vuestro cargo.

Y con esto tenía Carriazo encajado el y subiendo en el de un brinco, se encamino, dejando a Avendaño muy alegre de visto su gallarda resolución.

He aquí tenemos ya — en buena huente — a Avendaño hecho mozo del asón, con nombre de Tomas Pedro, que así se que llamaba, y a Carriazo, con el de Asturiano, hecho aguador; transformados dignos de anteponerse a las del narigudo tra. A malas penas acabó de entender la güello que los dos se quedaban en casa, lo hizo designio sobre el Asturiano, y le có por suyo, determinándose a regularle suerte que, aunque él fuese de condición suya y retirada, le volviese más blando que guante. El mismo discurso hizo la Germinola sobre Avendaño, y como las por trato y conversación y por dormir se fuesen grandes amigos, al punto declaró la a la otra su determinación amorosa, y aquella noche determinaron de dar pisa a la conquista de sus dos desapasionados tes. Pero lo primero que advirtieron fue que les habían de pedir que no les les de por celos por cosas que les viesen de de sus personas; porque mal puden reg las mozas a los de dentro si no hacen rarios a los de fuera de casa. 'Callad, nos, decían ellas — como si los tuviesen en celos — y fueran ya sus verdaderos mos o amancebados —; callad y tapad ojos, y dejad tocar el palmito a quien queráis, que la dan quien la entiende, habrá par de canónigos en esta ciudad regalados que vosotras los seréis de cutubutarias vuestras'.

Estas y otras razones de esta sustancia, dijo Carriazo a la Gallega y la Argüello, tanto, caminaba nuestro buen Lope Avendaño a la vuelta del río, por la cuesta del río, puesto los dos moceconas en el camino, y en la subita mutación de su O ya fuese por esto, o porque la suela se ordenase, en un paso estrecho, al bajar la cuesta, encontró con un asno de dor, que subía cargado; y como el dor y su asno era gallardo, bien dispuesto y trabajado, tal encuentro dió al cansado dor que subía, que dió con él en el dor, y así se quedaron los cantaros de también el agua, por cuya desgracia el dor antiguo, despedido y lleno de arremetió al aguador moderno, que estaba caballero, y antes que se desmontase y se apease le había pegado y asentado docena de palos tales, que no le superaba al Asturiano. Apéese, en fin, pero como malas sorpresas que arremetió a su asno y así se quedó en el suelo, y tal golpe a la cabeza sobre una piedra, que se le por dos partes, saliendo tanta sangre, pensó que le había muerto.

Otros muchos aguadores que allí como vieron a su compañero tan mal arremetieron a Lope y tuvieronle asido, temente, gritando:

— ¡Justicia, justicia! ¡Que este aguador muerda a un hombre!

Y a vuelta de estas razones y gritos

mojicones y a palos. Otros acudieron y vieron que tenía hendida la cabeza que casi estaba expirando. Subieron voces de boca en boca por la cuesta: arri- en la plaza del Carmen dieron en los de un alguacil, el cual, con dos cor- con más ligereza que el voltor, se en el lugar de la penitencia, a tiempo el herido estaba atravesado sobre un y el de Lope asido, y Lope rodeado de veinte aguadores, que no le dejaban antes le brumaban las costillas de que más se pudiera temer de su vida la del herido, según muredebán sobre puños y las varas aquellos vengadores en injuria.

El alguacil, apartó la gente, entregó corchetes al Asturiano, y anteponiendo a, y al herido sobre el suyo, dijo con la cárcel, acompañado de tanta gen- de tantos muchachos que le seguían, que podía hender por las calles. Al rumor gente, salió Tomás Pedro y su amo a de casa, a ver de qué procedía tanto, y descubriendo a Lope entre los dos el signo de sangre al rostro, el miró luego por su asno el huésped y en poder de otro corchete que ya se les untado; preguntó la causa de aquellas cos; fuéles respondida la verdad del su- pósito por su asno, temiendo que le ha- de perder, o a lo menos hacer más cos- que cobrarle que él valía. Tomás Pedro a su compañero, sin que le dejase ha- hablarle una palabra; tanta era la gen- lo impedía y el recato de los corche- del alguacil que le llevaba. Finalmente, dejó hasta verle poner en la cárcel, y en el bazo, con dos pares de grillos, y al he- en la enfermería, donde se halló a verle y vio que la herida era peligrosa, y mu- lo mismo dijo el cirujano. El alguacil a su casa los dos asnos, y más que de ocho que los corchetes habían a Lope.

Alóse a la posada lleno de confusión y, halló al que ya tenía por asno con no pesadumbre que él traía, a quien dijo manera que quedaba su compañero, y del de muerte en que estaba el herido, y oco de su asno. Dijo más, que a su el que le había añadido otro de su fandi, y era que un grande amigo el señor le había encontrado en el camino había dicho que su señor, por ir muy y a ahorrar dos leguas de camino, des- trid había pasado por la barca de Aze- que aquella noche dormía en Orgaz, y había dado doce escudos que le diese, den de que se fuese a Sevilla, donde le

no puede ser así — añadió Tomás — será razón que yo deje a mi amigo en la cárcel y en tanto peligro; que me podrá perdonar por ahora; quan- que él es tan bueno y honrado, que por bien cualquier; falta que le hiciere, a que no la haga a mi camarada. Vues- trado, señor amo, me la haga de tomar sero y acudir a este negocio; en es- to se pasa, yo escribiré mi se- que pasa, y sé que me enviará dineros para sacarnos de cualquier peligro. Los ojos de un palmo el huésped, ale- ver que en parte iba sancando la pér- su asno. Tomó el dinero, y consoló a diciéndole que él tenía personas en de tal calidad que valían mucho con la especialmente una señora con su, el corregidor, que le mandaba el el que una lavandera del monasterio de la tenía una hija que era grandísima de una hermana de un fraile muy fa- conocido del confesor de la dicha la cual lavandera lavaba la ropa en como ésta pida a su hija, que si pe-

dirá, hable a la hermana del fraile que hable a su hermano que hable al confesor, y el confesor a la monja, y la monja guse de dar un billete — que será cosa fácil — para el corregidor, donde le pida encarecidamente mire por el negocio de Tomás, sin duda alguna se podrá esperar buen suceso. Y esto ha sido con tal que el aguador no suena y con que no falte unguento para untar a todos los ministros de la justicia; porque, si no están untados, gruñen más que carretas de buyes.

En gracia le cayó a Tomás los ofrecimientos del favor que su amo le había hecho y los infinitos y reueltos arcaudes por donde le había derivado; y aunque conoció que tanto le había dicho el socorrido, lo que le veniente, con todo eso le agradeció su buen ánimo y le entregó el dinero, con promesa que no faltaría mucho más, según él tenía la confianza en su señor, como ya le había dicho. La Argüello, que vio atraillado a su nuevo cuco, acudió luego a la cárcel a llevarle de comer; mas no se lo dejaron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta; pero no por eso, desistió de su buen propósito. En rescusión, dentro de quince días estuvo fuera de peligro el herido, y a los veinte declaró el cirujano que estaba del todo sano, y ya en este tiempo había dado traza Tomás como le viniesen cincuenta escudos de Sevilla y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y cédula fingida de su amo; y como al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogió el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho.

Por seis ducados se apartó de la querrela el herido; en diez, y en el asno y las costas, sentenciaron al Asturiano. Salió de la cárcel; pero no quiso volver a estar con su compañero, dándole por disculpa que en los días que había estado preso le había visitado la Argüello y recordándole de amor y amor el día de tanta molestia y enfado que antes se dejara ahorcar que corresponder con el deseo de tan mala hembra; que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado a seguir y pasar adelante con su propósito, comprar un asno y usar el oficio de aguador en tanto que estuviesen en Toledo; que con aquello, cubriera no sería juzgado ni preso por vagabundo; y que con sola una carga de agua se podía andar todo el día por la ciudad a sus anchuras, mirando bobas.

—Antes miraras hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más discretas mujeres de España, y que andan a su discreción con su hermosura; y si no, miralo por Costancia, de cuyas sobras de bobas puede enriquecer, no sólo a las hermosas de esta ciudad, sino a las de todo el mundo.

—Paso, señor Tomás — replicó Lope — y vámonos poquito a poquito en esto de las alanzas de la señora fregón, si no quiere que, como el tengo por loco, le tenga por hereje.

—Fregón ha llamado a Costanza, hermano Lope? — respondió Tomás —. Dios te lo pague y te traiga a verdadero conocimiento de tu yerro.

—Pues tú es fregón? — replicó el Asturiano.

—Hasta ahora le tengo por ver fregar el primer plato.

—No importa — dijo Lope — no haberle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el centésimo.

—Yo te digo, hermano — replicó Tomás — que no se frega en esta ciudad una cosa que en su labor, y en ser guardado de la plaza labrada que hay en casa, que es mucha.

—Pues ¿cómo la llaman por toda la ciudad? — dijo Lope — la fregona ilustre, si es que no friega? Mas sin duda debe de ser que como friega plata, y no loza, le dan el nombre de ilustre. Pero, dejando esto aparte, dime, Tomás: ¿qué estado están tus esperanzas?

—En el de perdición — respondió Tomás —; porque en todos estos días que has estado preso nunca le he podido hablar una palabra, y a muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna otra responde que con bajar los ojos y no desplegar los labios: tal es su honestidad y su recato, que no me permite enmorar su recogimiento; que si yo hablara con él, me trae alcanzado de paciencia es saber que el hijo del corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársele, y tan al descubierto, que en lo que cantan la nombran, la alaban y la solemnizan. Pero ella no las oye, ni desde que anochece se hasta que no se duerma el aposento de su ama, escudo que no deja que me pase el corazón la dura seta de los celos.

—Pues qué piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista de esta Porcia, de esta Minerva y de esta nueva Penélope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda y te desvanece?

—Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope, que yo sé que eres de los que se enamoran de los hermosos rostros que pudo faltar naturaleza, y de la más incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva o Penélope; en un mesón sirve, que no lo puedo negar; pero ¿qué puedo yo hacer, si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina, y la elección con claro discurso me mueve a que la adore? Mira, amigo, no sé cómo te diga prosiguió Tomás — de la manera con que Amor el bajo sujeto de esta fregona, que tú llamas, me la encumbra y levanta tan alto, que viéndola no la vea, y conociéndola la desconozca. No es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar, si así se puede decir, en la bajeza de su estado, porque luego acuden a horrarle estas pensamientos de bajeza, y a donaire, su sosiego, su honestidad y el recogimiento, y nie da a entender que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de merecimiento grande. Finalmente, sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que a otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se extienda a más que a servir y a procurar que ella me quiera, pagándome con honesta voluntad lo que a la mía, tanta honesta, se debe.

A este punto dijo una gran voz el Asturiano, y como exclamando, dijo:

—¡Oh amor platónico! ¡Oh fregona ilustre! ¡Oh felicísimo tiempos los nuestros, donde veros que la belleza enamora sin malicia, la honestidad encierra sin sin abas, el donaire da gusto sin que incite, y la bajeza del estado humilde obliga y fuerza a que le suban sobre la rueda de la que llaman Fortuna! ¡Oh pobres atunes míos, que os pasáis este año sin ser visitados de este tan enamorado y aficionado vuestro! Pero el que viene yo haré la enmienda de manera que no se quejen de mí los mayores de las mis deseadas almadras.

A esto dijo Tomás:

—Ya veis, Asturiano, cuán al descubierto te burlas de mí. Lo que podías hacer es irte norabuena a tu pesquería, que yo me quedaré en mi caza, y aquí me hallarás a la vuelta. Si quisieras llevarte contigo el dinero que te toca, luego te lo daré, y ve en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guiare.

—Por más discreto te tenía — replicó Lope —; y tú no ves que lo que digo es burlando? Pero ya que sé que tú hablas de veras, de veras te serviré en todo aquello que fuere de tu gusto. Una cosa sólo te pido, en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasión de que la Argüello me requierre ni

solicite; porque antes romperé con tu amistad que ponerte a peligro de tener la suya. Vive Dios, amigo, que habla más que un relator y que le huele el aliento a rasuras desde una legua; todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera; y para adobar y suplir estas faltas, después que me descubrió su mal pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y así se jallega el rostro, que no parece sino mascarón de yeso puro.

—Todo eso es verdad —replicó Tomás—, y no es tan mala la Gallega que a mí me martiriza. Lo que se podrá hacer es que esta noche sola estés en la posada, y mañana comprarás el asno que dices y buscarás dónde estar, y así huirás los encuentros de Argüello y yo que quedaré sujeto a los de la Gallega y a los irreparables de los rayos de la vista de mi Costanza.

En esto se convinieron los dos amigos, y se fueron a la posada, adonde de la Argüello fué con muestras de mucho amor recibido el Asturiano. Aquella noche hubo un baile a la puerta de la posada, de muchos mozos de mulas que en ella y en las cercanías había. El que tocó la guitarra fué el Asturiano; las bailadoras, anén de las dos gallegas y de la Argüello, fueron otras tres mozas de otra posada. Juntáronse muchos embozados, con más deseo de ver a Costanza que el baile; pero ella no pareció ni salió a verlo, con que dejó burlados muchos deseos. De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decían que hacía hablar. Edificó a las mozas, y con más ahínco el Argüello, que cantase algún romance; él dijo que como ellas lo bailasen al modo como se canta y baila en las comedias, que lo cantarían, y que para que no les errasen, que hiciesen todo aquello que él dijese cantando, y no otra cosa.

Había entre los mozos de mulas bailarines, y entre las mozas, ni más ni menos. Mondó el pecho Lope, escupiendo dos veces, en el cual tiempo pensó lo que diría, y como era de presto, fácil y lindo ingenio, con una felicísima cortina de improvisó comenzó a cantar de esta manera:

Salga la hermosa Argüello,
Moza una vez, y no más,
Y haciendo una reverencia
Dé dos pasos hacia atrás.

De la mano la arrebate
El que llaman Barrabás,
Andalúz mozo de mulas,
Canónigo del Compás.

De las dos mozas gallegas
Que en esta posada están,
Salga la más carigorda
En cuerpo y sin devantal.

Engarrafela Torote,
Y todos cuatro a la par,
Con mudanzas y meneos
Den principio a un contrapás.

Todo lo que iba cantando el Asturiano le hicieron a la letra ellos y ellas; más cuando llegó a decir que diesen principio a un contrapás, respondió Barrabás, que así le llamaban por mal nombre al bailarín mozo de mulas:

—Hermano músico, mire lo que canta y no moteje a nadie de mal vestido, porque aquí no hay nadie con trapos, y cada uno se viste como Dios le avda.

El huésped, que oyó la ignorancia del mozo, le dijo:

—Hermano mozo, contrapás es un baile extranjero y no moteje de mal vestidos.

—Si eso es —replicó el mozo—, no hay para qué nos metan en dibujos; toquen sus zarabandas, chaconas y folías al uso, y escúdenlos como quisieren que así hay personas que les sabrán leer las medidas hasta el gollere. El Asturiano, sin replicar palabra, prosiguió su canto, diciendo:

Entren, pues, todas las niñas
Y los niños que han de entrar,
Que el baile de la chacona
Es más ancho que la mar.

Requieren las castañetas
Y bájense a refregar
Las manos por esa arena
O tierra del muladar.

Todos lo han hecho muy bien.
No tengo qué les recato:
Santiénense, y den al diablo
Dos higas de su higueral.

Escupan al hideputa
Porque nos deje holgar,
Puesto que de la chacona
Nunca se suele apartar.

Cambio el son, divina Argüello,
Más bella que un hospital;
Pues eres mi nueva musa,
Tu favor me quieres dar.

El baile de la chacona
Encierra la vida bona.

Hállase allí el ejercicio
Que la salud acomoda
De sacudiendo de los miembros
A la pereza poltrona.

Bulle la risa en el pecho
De quien baila y de quien toca,
Del que mira y del que escucha
Baile y música sonora.

Vierten azogue los pies,
Derriétese la persona
Con gusto de sus dueños
Las mulillas se descorchan.

El brío y la ligereza
En los viejos se remoja,
Y en los mancebos se ensalza
Y sobremodo se entona.

Que el baile de la chacona
Encierra la vida bona.

¿Qué de veces ha intentado
Aquesta noble señora,
Con la alegre zarabanda,
El pésame y perramora.

Entrase por los resquicios
De las cimas religiosas
A inquietar la honestidad
Que en las santas celdas mora!

¿Cuántas fué vituperada
De los mismos que la adoran!
Porque imagina el lascivo,
Y al que es necio se le antoja.

Que el baile de la chacona
Encierra la vida bona.

Está indiana amulada,
De quien la fama pregona
Que ha hecho más sacrilegios
E insultos que hizo a Arobas;

Esta, a quien es tributaria
La turba de las fregonas,
La caterva de los pajes
Y de lacayos las tropas.

Dice, jura y no revienta,
Que, a pesar de la persona
Del soberbio zambapalo,
Ella es la flor de la olla.

Y que sola la chacona
Encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaba, se hacían rajás bailando la turbamulta de los mulantes y fregatricos del baile, que llegaban a doce; y en tanto que Lope se acomodaba a pasar adelante cantando, otras se iban de más tono, sustancia y consideración de las cantadas, uno de los muchos embozados que el baile miraban dijo sin quitarse el embozo:

—¡Calla, borracho! ¡Calla, cuero! ¡Calla, odrina, poeta de viejo, músico falso!

Tras esto, acudieron otros diciéndole tantas injurias y muecas, que Lope tuvo por bien de callar, pero los aplausos de mulas lo tuvieron tan mal, que si no fuera por el huésped, que con buenas razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos; y aun con todo eso,

no dejaron de menear las manos si a instante no llegara la justicia y los hiciera recoger a todos.

MApenas se habían retirado, cuando los oídos de todos los que en el barrio pertos estaban una voz de un hombre sentado sobre una piedra, frontero de la casa del Sevillano, cantaba con tan mansa y suave armonía, que los dejó suya; y les obligó a que le escuchasen hasta el día. Pero el que más atento estuvo fué Tomás Pedro, como aquel a quien más le tocó sólo el oír la música, sino entender la que para él no fué concenios, sino de excomunion que le acongojaban el oír, porque lo que el músico cantó fué este mance:

«¿Dónde estás, que no pareces,
Esfera de la hermosura,
Belleza a la vida humana
De divina compostura?

Cielo impíreo, donde amor
Tiene su estancia segura;
Primer mobile que arrebatara
Tras sí todas las venturas;

Lugar cristalino donde
Transparentes aguas puras
Enfrían de amor las llamas,
Las acrecientan y apuran;

Nuevo hermoso firmamento,
Donde dos estrellas juntas,
Sin tomar la luz prestada,
Al cielo y al suelo alumbra;

Alegria que se opone
A las tristezas corruscas
Del padre que da a sus hijos
En su vientre sepultura;

Humildad que se resiste
De la alteza con que encumbran
El gran Jove, a quien influye
Su benignidad, que es mucha.

Red invisible y sutil.
Que pone en testigos duros
Al adúltero guerrero
Que de las batallas triunfa;

Cuarto cielo y sol segundo,
Que el primero deja a obscuras
Cuando acaso deja verse;
Que el verle es caso y ventura;

Grave embajador, que hablas
Con tan extraña cordura
Que persuades callando
Aún más de lo que procuras;

Del segundo cielo tienes
No más que la hermosura,
Y del primero, no más
Que el resplandor de la luna;

Esta esfera sois, Costanza,
Puesta, por corta fortuna,
En lugar que por indigno
Vuestras venturas deslumbra;

Fabricad vós vuestra suerte
Consintiendo se reduzca
La entereza a trato al uso,
La esquividad a blandura.

Con esto veréis, señora,
Que envidian vuestra fortuna
Los soberbios por linaje,
Las grandes por hermosura.

Si queréis ahorrar camino,
La más rica y la más pura
Voluntad en mí os ofrezco
Que Amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el volando dos medios dadrillos fué todo, que si como dieron junto a los pies a sí lo dieran en mitad de la cabeza, facilidad le sacaran de los cascos la y la poesía. Asombróse el pobre, y durrer por aquella cuesta arriba con tanta que no le alcanzara un galgo. ¡Infelices de los músicos, mulantes y lechuzos, pre sujetos a tanta lluvia y descomulgación de todos los que escuchado habían la apedreadura les pareció bien; pero a quien por, fué a Tomás Pedro, que admiró la

romance; mas quisiera el que de otra que no naciera la ocasión de tantas músicas, no que a sus oídos jamás llegó ninguna. Contrario de este parecer fué Barrabás, el de las mulas, que también escuchaba música; porque así como vió huir al músico:

— ¡Allá irás, mentecato, trovador de Judas, galgas te coman los ojos! ¿y quién diera te enseñó a cantar a una fregona cosas de y de cielos, llamándola lunas y mar y de ruedas de fortuna? Diferáse, no para ti y para quien le hubiere parecido. Pero a ti, que es tacaño como un espárrago, me da como un plumaje, blanca como una honesta como un fraile novicio, nielina y zahareña como una mula de alquilar, me da dura que un pedazo de argamasa; que esto le dijeras, ella lo entendería y se iría; pero llamarla embajador, y red, y verde, y alteza, y balanza, más es para decirlo al niño de la doctrina que a una fregona. Laderamente que hay que estar en el mundo escriben trovas que no hay diablo que las entienda. Yo, a lo menos, aunque soy Barrabás, me ha que cantado este músico de ninguna manera las entreno; ¡miren qué haría Costanza! Pero ella lo hace mejor; que se está en cama haciendo burla del mismo Preste Juan las Indias. Este músico, a lo menos, no es el del hijo del corredor; que aquellos muchos, y una vez que otra se dejan en el desierto; pero éste, ¡voto a tal que me lo deja solo!

Todos los que escucharon a Barrabás recibieron gran gusto, y tuvieron su censura y ser por muy acertado.

Con esto, se acostaron todos, y apenas escongió la gente, cuando sintió Lope que se acercaba a la puerta, y se asomó muy preguntando quién llamaba, fuéle respondiendo voz baja:

— La Argüello y la Gallega somos: ábranos nos morimos de frío.

Pues en verdad — respondió Lope — que en la mitad de los caniculares.

— Déjate de gracias, Lope — replicó la Gallega —, ¡tantate y ábre, que venimos hechas — archibrujas.

— Archibrujas, y a tal hora? — respondió Lope. — No creo que ellas; antes entiendo que bruja, o unas grandisimas bellacas jodas así luego; si no, por vía de... hago juramento que si me levanto, que con los hierros de la pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas.

— Pues, que se vieron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero esperaban, temieron la furia del Asturiano, y afraudadas sus esperanzas y borrados sus ojos se volvieron tristes y malaventuradas. — ¡Lechos; aunque antes de apartarse de la cama dijo la Argüello, poniendo los hocicos al agujero de la llave:

— No es la miel para la boca del asno, cuando esto, como si hubiera dicho una gran cosa y tomado una justa venganza, se fue a su cuarto, y se triste. Cuando, pues, que sintió que se habían vuelto, dijo Barrabás Pedro, que estaba despierto:

— ¡Mirad, Tomás: ponéme vos a pelear con gigantes y en ocasión que me sea forzoso irar por vuestro servicio media docena de leones, que yo lo haré con más fuerza que beber una taza de vino; pero me pedís en necesidad que yo tome a partido con la Argüello, no lo consiento. Me asetan. ¡Mirad qué doncellas de cerca nos había ofrecido la suerte esta noche! Ahora bien, amanece Dios, y me despierto.

— Ya te he dicho, amigo — respondió Tomás —, que puedes hacer tu gusto, o ya en tu romería, o ya en comprar el asno que agredas, como tienes determinado. — Lo de ser agredor me afirmo — respondió Lope —. Y durmamos lo poco que

queda hasta venir el día; que tengo esta cabeza mayor que una cuba y no estoy para ponerme ahora a departir contigo.

Durmieronse, vino el día, levantáronse, y acudió Tomás a dar cebada, y Lope se fue al mercado de las bestias, que es allí junto, a comprar un asno que fuese tal como bueno.

Sucedió, pues, que Tomás, llevado de sus pensamientos y de la comodidad que le daba la soledad de las siestas, había compuesto en algunos unos versos amorosos y escritos en el mismo libro, donde tenía la cuenta de la cebada, con intención de sacarlos aparte en limpio y ponerlos a borrar aquellas hojas; pero antes que esto hiciese, extendió el fuego de casa y habiéndose dejado el libro sobre el cajón de la cebada, le tomó su amo para ver cómo estaba la cuenta, dió con los versos, que, leídos, le turbaron y sobresaltaron. Fuéle con ellos a su mujer, y antes que se los leyese llamó a Costanza, y con grandes encarecimientos, mezclados con amenazas, le dijo si Tomás Pedro, el mozo de la cebada, le había dicho algún requiebros o alguna palabra descompuesta o que viese indicio de tenerle afición. Costanza juró que la primera palabra, en aquella o en otra materia alguna, estaba aún por hablarla, y que jamás, ni aun con los ojos, le había dado muestras de pensamiento malo alguno. Creyéronse sus amos, por estar acostumbrados a oírle siempre decir verdad en todo cuanto le preguntaban. Dijo: — ¡romle que se fuese de allí, y el huésped dijo a su mujer:

— No sé qué me diga de esto. Haberis de saber, señora, que Tomás tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas que me ponen mala espina que está enamorado de Costancia.

— Veamos las coplas — respondió la mujer —, que vos os diré lo que os debe de haber.

— Así será, sin duda alguna — replicó su marido —, que como sois poeta, luego daréis en su sentido.

— No soy poeta — respondió la mujer —; pero ya sabéis vos que tengo buen entendimiento y que sé rezar en latín las cuatro oraciones.

— Mejor harías de rezarlas en romance: que ya os dijo vuestro frío el clérigo que decáis mil gazafranes cuando rezabais en latín y que no rezabais nada.

— Esa flecha, de la alaba de su sobrina ha salido; que está envidiosa de verme tomar las horas de latín en la mano, e irme por ellas como por viña vendimiada.

— Sea como vos quisierais — respondió el huésped —. Estad atenta, que las coplas son éstas:

¿Quién de amor venturas halla?

El que calla.

¿Quién triunfa de su aspezeza?

La firmeza.

¿Quién da alance a su alegría?

La porfía.

De ese modo, bien podría

Esperar dichosa palma

Si en esta empresa mi alma

Calla, está firme y porfía.

¿Con qué se sustenta amor?

Con favor.

¿Y con qué mengua su furia?

Con la injuria.

¿Antes con vilesdres creece?

Desfallace.

Claro en esto se parece

Que mi amor será inmortal,

Pues la causa de mí mal

Ni injuria ni favorece.

Quién desespera, ¿qué espera?

Muerte entera.

Pues, ¿qué muerte el mal remedia?

La que es media.

Luego, ¿bien será morir?

Mejor sufrir.

Porque se suele decir,

Y esta verdad se reciba,

Que tras la tormenta esquiva

Suele la calma venir.

¿Descubriré mi pasión?

En ocasión.

¿Y si jamás se me da?

Si haré.

Llegará la muerte en tanto.

Llegue a tanto

Tu limpia fe y esperanza,

Que en sabiéndolo Costanza

Convierta en risa tu llanto.

— ¡Hay más? — dijo la huésped.

— No — respondió el marido —; pero ¿qué os parece de estos versos?

— Lo primero — dijo ella —, es menester averiguar si son de Tomás.

— En eso no hay que poner duda — replicó el marido —, porque la letra de la cuenta de la cebada y de las coplas toda es una, sin que se pueda negar.

— ¡Mirad, marido — dijo la huésped —, a lo que yo veo, puesto que las coplas nonbran a Costancia, por donde se puede pensar que se hicieran para ella, no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se las viéramos escribir; cuanto más que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo; pero ya que vos, marido, alio le dice nada de la deshonra, no le pide cosa que le importe. Estemos a la mira, y avismos a la muchacha; que si él está enamorado de ella, a buen seguro que él haga más coplas y que procure darselas.

— ¿No sería mejor — dijo el marido — quitarnos de esos cuidados y echarle de casa?

— Eso — respondió la huésped — en vuestra mano está; pero en verdad que, según vos decís, el mozo sirve de manera que sería conciencia el despedirle por tan liviana ocasión.

— Ahora bien — dijo el marido —, estaremos alerta, como vos decís, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer.

Quedaron en esto, y tomó a poner el huésped el libro donde lo había hallado. Volvió Tomás, ansioso, a buscar su libro, hallólo, y porque no le dio que otros sobresaltos, trasladó las coplas y rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse a descubrir su deseo. Costanza en la primera ocasión que se le ofreciese. Pero como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato, a ninguno daba lugar a mirarla, cuanto más de ponerse a pláticas con ella; y como había tanta gente y tantos ojos, de ordinario, en la posada, se aumentaba más la dificultad de hallarle, que se desesperaba el pobre enamorado.

Has habiendo salido aquel día Costanza con una toca ceñida por las mejillas, y dicho a quien se lo preguntó que por qué se la había puesto que tenía un gran dolor de muelas. Tomás, a quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que sería bueno que hiciese, y dijo:

— Señora Costanza, yo le daré una oración en escrito, que a diez veces que la reces se le quitará como con la mano su dolor.

— ¡Norabuena — respondió Costanza —; que yo la rezaré, porque sé leer.

— ¡Ha de ser con condición — dijo Tomás — que no la ha de mostrar a nadie; porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla muchos se niennosprecie.

— Yo le prometo — dijo Costanza —, Tomás, que no la daré a nadie, y dímela luego, porque me fatiga mucho el dolor.

— Yo la trasladaré de la memoria — respondió Tomás —, y luego se la daré.

Estas fueron las primeras razones que Tomás dijo a Costanza y Costanza a Tomás en todo el tiempo que había que estaba en casa, que ya pasaban de veinticuatro días. Retiróse Tomás, y escribió la oración, y tuvo lugar de trasladarla a Costanza, y como nadie lo viese, y ella, con mucho gusto y más devoción, se

entró en un aposento a solas, y abriendo el papel vio qué decía de esta manera:

«Señora de mi alma: Yo soy un caballero natural de Burgos; si alcanzo de días a mi padre, heredo un mayorazgo de seis mil ducados de rentas. A la fama de vuestra hermosura, que por muchos leguas se extiende, dejé mi patria, mudé vestido, y en el traje que me veis vine a servir a nuestro dueño; si vos lo quisiérais ser mío, por los medios que más a vuestra honestidad convengan, mirad qué pruebas queréis que haga para enteraros de esta verdad; y enterada en ella, siendo gusto vuestro, será vuestro esposo y me tendré por el más bien afortunado del mundo. Sabed, señora, que pido, señora mía, que no echéis tan enojados y tan limpios pensamientos como los míos en la calle; que si vuestro dueño los sabe y no los cree, me condenará a destierro de vuestra presencia, que sería lo mismo que condenarme a muerte. Dejadme, señora, que os vea hasta que me creáis, considerando que no merecé el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otro culpa que el amaros. Con los ojos podéis responderme, a hurto de los muchos que siempre os están mirando: que ellos son tales, que airados maridos y piadosos resucitan.»

En tanto que Tomás entendió que Costanza se había ido a leer su papel, le estuvo palpitando el corazón, temiendo y esperando, o ya la sentenciencia de su muerte o la restauración de su vida. Salíó en esto Costanza, tan hermosa, aunque rebozada, que si pudiera recibir aumento su hermosura con algún accidente, se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto el papel de Tomás le había acrecentado su belleza. Salíó con el papel entre las manos, hecho menudas piezas, y dijo a Tomás, que apenas se podía tener en pie:

«Hermano Tomás, esta tu oración más parece hechicería y embuste que oración santa, y así, yo no la quiero creer ni usar de ella, y por eso le he rasgado, porque no la vea nadie que me más te admira que yo. Aparta otras oraciones más fáciles, porque ésta será imposible que te sea de provecho.

En diciendo esto, se entró con su ama, y Tomás quedó suspenso, pero algo consolado, viendo que en sólo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su desseo; pareciéndole que, pues no había dado cuenta de él a su amo, por lo menos no estaba en peligro de que le echase de casa. Pareciéle que en el primer paso que había dado en su pretensión había atropellado por nil montes de inconvenientes, y que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

En tanto que esto sucedió en la posada, andaba el Asturiano comprando el asno donde los vendían; y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un gitano anduvo muy solitario por enseñarle uno que más examinaba por el azoque que le había echado en los oídos que por la ligereza suya; pero lo que contentaba con el pso desgrazada del cuerpo, que era muy pequeño y no del grandor y talle que Lope quería, que le buscaba suficiente para llevarle a él por añadidura, ora fuesen vacíos o llenos los cántaros.

Acósele a él en esto un mozo, y díjole al oído:

«Galán, si busca bestia cómoda para el oficio de agudor, yo tengo un asno aquí cerca, en un prado, que no lo hay mejor ni mayor en la ciudad; y aconsejole que no compre bestia de gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolmas; si quiere comprar la que le conviene, véngase conmigo y calla la boca.»

Gravele el Asturiano, y díjole que guisase a donde estaba el asno que tanto encarecía. Fuéronse los dos mano a mano, como dicen, hasta que llegaron a la Huerta del Rey, donde a la sombra de una azuda hallaron muchos agua-

dores, cuyos asnos pacían en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, tal, que le hinchó el ojo al Asturiano, y de todos los que allí estaban fué alabado el asno, de fuerte, de caminador y comedor sobrenatural. Hicieron su concierto, y sin otra seguridad ni información, siendo corredores y medianeros los demás agudadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los adhirentes del oficio.

Hizo la paga real en escudos de oro. Díronle el parbén de la compra y de la entrada en el oficio, y certificarle que había comprado un asno dichosísimo, porque el dafío que lo dejaba, sin que se le mancase ni malse, había ganado con él en menos tiempo de un año, desde vestidos y más-aquellos diez y al asno honradamente, dos partes de vestidos y más aquellos diez y seis ducados, con que pensaba volver a su tierra, donde le tenían concertado un casamiento con una media parenta suya.

Atén de los corredores del asno estaban otros cuatro agudadores jugando a la primera, tendidos en el suelo, sirviéndoles de bufete la tierra y de sobremesa sus capas. Púose el Asturiano a mirarlos, y vio que no jugaban como agudadores, sino como comedores, y que cada uno de ellos cada una más de cinco reales en cuartos y en plata. Llegó una mano de echar todo el resto, y si uno no diera partido a otro, él hiciera mesa gallega. Finalmente, a los dos en aquel resto se les acabó el dinero y se levantaron; viendo lo cual el vendedor del asno dijo que si hubiera cuarto, que él jugará, pero era enemigo de jugar en tercio. El Asturiano, que se le propuso así, y viendo que jamás gastó menestra, como dice el iralano, dijo que él haría cuarto. Sentáronse luego, anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar antes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenía, y viéndose sin blanca dijo que si le querían jugar el asno, que él jugaría. Aceptáronle el envite, e hizo de resto un cuarto del asno, diciendo que por cuartos querían jugar. Díjole tan más que en cuatro restos consecutivamente perdió los cuatro cuartos del asno, y gánandose el mismo que se lo había vendido; y levantándose para volverse a entregarse en él, dijo el Asturiano que advirtiesen que él solamente había jugado los cuatro cuartos del asno, pero la cola, que se la diesen, y se lo llevasen norabuena.

Cansáronse de tanta la demanda de la cola, y hubo letrados que fueron de parecer que no tenía razón en lo que pedía, diciendo que cuando se vende un camero u otra res alguna no se saca ni quita la cola, que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente. A lo cual replicó Lope que los cameros de Berbería ordinariamente tienen cinco cuartos, y que el quinto es de la cola, y cuando los tales cameros se cuartean, tanto vale la cola como cualquier cuarto; y que a lo de le la cola junto con la res que se vende viva y no se cuarte, que lo conceda; pero que la suya no fué vendida, sino jugada, y que nunca su intención, fué jugar la cola, y que al punto se la volviesen luego con todo lo a ella anejo y concerniente, que era desde la punta del cerebro hasta la cola y escumadura de donde ella tomba principio y descendía, hasta parar en los últimos pelos de ella.

«Dadme vos — dijo uno — que ello sea así como decís, y que os lo den como la pedís, y sentaos junto a lo que del asno queda.»

«¡Pues así es! — replicó Lope —. Veniga mi cola; si no, por Dios que no me llevan el asno si bien viniesen por él cuantos agudores hay en el mundo; y yo pienso y sé que se dan los que aquí están me han de hacer superchería, porque soy yo un hombre que me sabré llegar a otro hombre y meterle dos palmos de daga por las tripas sin que sepa de quien, por donde, o cómo le vino; y más, que no quiero que me paguen la cola rata por cantidad, sino

que quiero que me la den en ser y la cola del asno, como tengo dicho.»

Al granjencio y a los demás les pareció ser bien llevar aquel negocio por fuerza, que juzgaron ser de tal brio el Asturiano que no consentiría que se le hiciesen; el cual, como estaba hecho al trato de las almadras, donde se ejercita todo género de rumbo y jaca, y de extraordinarios juramentos y juras, y de capelo y empuñó un puñal que debajo del capullo traía, y púose en tal postura, que fundió temor y respeto en toda aquella auda compañía. Finalmente, uno de ellos, parecía de más razón y discurso, los enseñó en que se echase la cola contra un cuarto asno a una quinola o a dos y pasante. Fue contentos, ganó la quinola Lope, pícase él echó el otro cuarto, y a otras tres mesas sin asno. Quéiso jugar dinero; no quería Lope, pero tanto le porfaron todos, que lo hubo de hacer, con que hizo el viaje del despojo dejándole sin un solo maravedí; y fue tanta la pesadumbre que de esto recibió el pedoso, que se arrojó en el suelo y comenzó a dar de calabazas por la tierra. Lope, como bien nacido y como liberal y compasivo, lo levantó y le volvió todo el dinero que le ganó, y los seis ducados del asno, uno de los que él tenía repartió con los constantes, cuya extraña liberalidad pasaron todos; y si fueran los tiempos y las ocurrencias de Tamerlán, le alzarán por rey de los agudores.

Con grande acompañamiento volvió Lope a la ciudad, donde contó a Tomás lo sucedido, y Tomás asimismo le dió cuenta de su despojo y de la taberna, ni brio ni junta de picaros donde no se supiese el go del asno, el desquite por la cola, y el brio y la liberalidad del Asturiano; pero como mala bestia del vulgo, por la mayor parte mala, maldita y maldiciente, no tomó de moria la liberalidad, brio y buenas partes gran Lope, sino solamente la cola; y así, unas horas andado en la ciudad, por donde andaba cuando se vió señal de muchos el dedo, que decían: «Este es el agudor de la cola». Estuvieron los muchachos que supieron el caso, y no había asomado Lope por la entrada de cualquier calle, cuando toda ella le gritaban, quién de aquí y quién allí: «¡Asturiano, dale la cola! ¡Dale la cola, Asturiano!», que se veían en tantas lenguas y con tantas voces, que callar, creyendo que en su mucho silencio angustia tanta insolencia; mas ni por eso, mientras más callaba, más los muchachos taban; y así, probó a mudar su parecer, cólera, y apacándose del asno dió a ellos los muchachos, que fué afinar el pelo, ponerle fuerza, y fué otro cortar las puntas de las sierpientes que le jugaron por las quita, apaleando a algún muchacho, que en el mismo instante, no otras siete, se le retirase a una posada que había tomada de la de su compañero, por huir de la folla, y de estar en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase, y se borrase la memoria de los muchachos de aquella mala de la cola que le pedían.

Seis días se pasaron sin que saliese de si no era de noche, que iba a ver a Tomás preguntarle del estado en que se hallaba; lo contó que después que había dado el papel a Costanza nunca más había podido hablarle una sola palabra, y que le parecían andaba más recatada que solía, puesto que en un tuvo lugar de llegar a hablarle, y él, como él, le había dicho que se le quedase, no me duele nada; y así, me acordé de tus palabras ni de tus oraciones; no te acuso a la Inquisición, no te cansas; pero que estas razones se sin mostrar ira en los ojos, ni otro sentimiento que pudiera dar indicio de que

Lope le contó a él la prisa que le daban los muchachos pidiéndole la cola porque había pedido la de su asno, con que hizo el desquite. Aconsejóle Tomás que no se de casa, a lo menos sobre el asno, y que fuese por las calles solas y apañadas cuando esto no hubiese, hasta dejar el único remedio de poner fia a tan poca demanda. Preguntóle Lope si había oído más la Galleja. Tomás dijo que no; que no dejaba de sobornarle la voluntad regalos y presentes de lo que hurtaba en casa a los huéspedes. Retiróse con esto posada Lope, con determinación de no de ir a ella en otros seis días, a lo menos con asno.

La noche serían de la noche, cuando de improbita sin pensarlo vieron entrar en la posada muchas varas de justicia y, al cabo, el alcaide. Alborotóse el huésped, y aun los pajes; porque así como los cometas cuando muestran siempre causan temores de desastres e infortunios, ni más ni menos la justicia cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y aterroriza hasta las ciencias no culpadas. Entróse el corregidor, y llamó al huésped de casa, el cual temblando a ver lo que el señor corregidor quería. Y así como le vio el corregidor, preguntó con mucha gravedad:

—¿Sois vos el huésped?

—Sí, señor —respondió él—, para lo que me merezca quisiera mandar.

Mandó el corregidor que saliesen de la sala y se fueran en ella a calar y que le diesen con el huésped. Hicieronlo así, y quedándose solos, dijo el corregidor al huésped:

—Huésped, ¿qué gente de servicio tenéis en vuestra posada?

—Señor —respondió él—, tengo dos mozas jóvenes, y una ama, y un mozo que tiene cuenta con dar la cebada y paja.

—No más? —replicó el corregidor.

—No, señor —respondió el huésped.

—Pues decidme, huésped —dijo el corregidor—, ¿cómo está una muchacha que dicen que está en esta casa, tan hermosa que por la ciudad la llaman la *ilustre fregona*, y me han llegado a decir que ni hijo donauto es su enamorado y que no hay ninguno que le dé músicas?

Señor —respondió el huésped—, esa *fregona* que dicen, es verdad que está en esta casa; pero ni es mi criada, ni deja de serlo. No entiendo lo que decís, huésped, en eso —no sé si es vuestra criada, huésped.

—Yo he dicho bien —añadió el huésped—, ¿cuánta merced me da la licencia, le diré lo que hay en esto, lo cual jamás he dicho a persona alguna.

—Primero quiero ver a la fregona que sabéis que cosa; llamadla acá —dijo el corregidor.

—Llamóse el huésped a la puerta de la sala,

—Oílo, señora? Haced que entre aquí Cos-

ta, la huéspeta oyo que el corregidor mandaba a Costanza, turbóse y comenzó a torcer las manos, diciendo:

—Ay desdichada de mí! ¡El corregidor a mí, y a solas! Algún gran mal debe de sucedido; que la hermosura de esta muchacha encanecidos los hombres.

—¿Y a lo oís, dijo?

—Señor, no se congoje, que yo iré a ver lo que el señor corregidor quiere, y si alguna mal ha sucedido, está segura vuestra merced no tendré yo la culpa.

—En esto, sin aguardar que otra vez la llamaron una vela encendida sobre un canchales de plata, y con más vergüenza que tendió donde el corregidor estaba.

—Como el corregidor la vio, mandó al

le la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba abajo; y como Costanza estaba con sobrellebado, habiásele encendido la calor del rostro, y estaba tan hermosa y tan honesta, que al corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel en la tierra; y después de haberla bien mirado, dijo:

—Huésped, ésta no es joya para estar en el bajo engaste de un mesón, desde aquí digo que mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos. Digo, doncella, que no solamente os pueden y deben llamar *ilustre*, sino *ilustrísima*; pero estos títulos no hablan de casa, sobre el nombre de fregona, sino sobre el de una diquesa.

—No es fregona, señor —dijo el huésped—, que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata, que por la bondad de Dios tiene alguna, con que se sirven los huéspedes honrados que a esta posada vienen.

—Con todo eso —dijo el corregidor—, digo, huésped, que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un mesón. ¿Es parienta vuestra?

—Ni es parienta ni es mi criada; y si vuestra merced gustare de saber quién es, como ella no esté delante, oír vuestra merced cosas que, juntamente con darle gusto, le admiren.

—Si gustará —dijo el corregidor—, y sálgame Costancica allá fuera, y prométeme de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerme; que su mucha honestidad y hermosura obligan a que todos los que la vieren se ofrezcan a su servicio.

No respondió palabra Costanza, sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al corregidor, y salióse de la sala, y halló a su ama desalada esperándola, para saber de ella qué era lo que el corregidor le quería. Ella le contó lo que había pasado y como su señor quedaba con él para contarle no sé qué cosas que no quería que ella las viese. No acabó de sospechar la huésped, y siempre rezando hasta que se fué el corregidor y vio salir libre a su marido; el cual, en tanto que estuvo con el corregidor, le dijo:

—Hoy hacen, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días que llegó a esta posada una señora en hábito de peregrina, en una litera, acompañada de cuatro criados de a caballo, de los dos dueños y una doncella, que era un muchacho venían. Traía asimismo dos acémilas cubiertas con dos ricos ropajes y cargadas con una rica cama y con aderezos de cocina; finalmente, el aparato era principal, y la peregrina representaba ser una gran señora; y aunque en la edad mostraba ser de cuarenta o pocos más años, no por eso debía de parecer hermosa en todo extremo. Venía enferma y muy cansada, y tan fatigada, que al momento le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criados. Preguntáronme cuál era el médico de más fama de esta ciudad. Díjeme que el doctor de la Fuente. Fueron luego por él, y el vino luego; comunicó a solas con él su enfermedad, y lo que de su plática resultó fue que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte y en lugar donde no le diesen ruido. Al momento se mudaron a otro aposento que está aquí arriba apartado, y con la comodidad que el doctor pedía. Ninguno de los criados entraba donde su señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servían. Yo y mi mujer preguntamos a los criados quién era la tal señora y cómo se llamaba, de dónde venía y adónde iba; si era viuda, o casada, y la doncella, y por qué causaba tanta fama de peregrina. A todas estas preguntas, que le hicimos una y muchas veces, no hubo alguno que nos respondiese otra cosa sino que aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, y que no tenía hijos que la heredasen; y que porque había algunos meses que estaba enferma de hidropesía había oído decir a Nuestra Señora de Guadalupe en romería, por la cual promesa iba en

aquel hábito. En cuanto a decir su nombre, traían orden de no llamarla sino la señora peregrina. Esto supimos por entonces; pero a cabo de tres días que, por enfermedad, la señora peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó a mí y a mi mujer, y fuimos a ver lo que quería, y a puerta cerrada y delante de sus criadas, casi como lágrimas en los ojos, nos dijo, creo que en estas mismas razones: "Señores míos, los cielos me son testigos que sin culpa mía me hallo en el rigoroso trance que ahora os diré. Yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van prestando. Ninguno de los criados que vienen conmigo sabe mi sociedad ni desgracia; a estas mis mujeres ni he podido ni he querido encubriéndolo. Por huir de los maliciosos ojos de mi tierra y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir a Nuestra Señora de Guadalupe; ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto; a vosotros está ahora el remediarle y acudirle, con el secreto que merezca la que su honra me pide. Yo os pido que me guardéis la merced que me hicieris, que así quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero, responderé a lo menos, a dar muestra de una voluntad muy agradecida; y quiero que comencien a dar muestras de mi voluntad estos doscientos escudos de oro que van en este bolsillo". Y sacando debajo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja, de oro y verde, se lo puso en las manos de mi mujer, la cual, como simple y sin mirar lo que hacía, porque estaba suspensa y colgada de la peregrina, tomó el bolsillo, sin responderle palabra de agradecimiento ni de comendamiento alguno. Yo me acuerdo que le dije que no era menester nada de aquello; que no éramos personas que por interés más que por caridad nos movíamos a hacer bien, cuando se ofrecía. Ella prosiguió, diciéndome: "Esos escudos, amigos, que busquéis donde llevar lo que parirá, haced luego, buscad, donde también mentiras que decir a quien lo entregareis; que por ahora será en la ciudad y después quiero que se lleve a una aldea. De lo que después se hubiere de hacer, siendo Dios servido de alumbrarme y de llevarme a cumplir mi voto, cuando de Guadalupe vuelva lo sabréis, porque el tiempo me habrá dado lugar de que pienso que os sea de mucho provecho y conveniencia. Parera no la he menester, ni la quiero; que otros partos más honrados que he tenido me aseguran que con sola la ayuda de estas mis criadas facilitaré sus dificultades y ahorraré de un testigo más de mis sucesos".

"Aquí dió fin a su razonamiento la lastimada peregrina, y principio a un copioso llanto, que en parte fué consolado por las muchas y buenas lágrimas de mi mujer, ya vuelta en más de un día a casa. Finalmente, yo sé que fue a buscar donde llevar lo que pariese, a cualquier hora que fuese, y entre las doce y la una de aquella misma noche, cuando toda la gente de casa estaba entregada al sueño, la buena señora parió una niña, la más hermosa que mis ojos hasta entonces habían visto, que es esta misma que vuestra merced acaba de ver ahora. Ni la madre ni yo quisimos que el parto, ni la hija nacida lloraran; en todos los días me quedé en silencio morrilloso, y tal cual convenía para el secreto de aquel extraño caso. Otros seis días estuvo en la cama, y en todos ellos venía el médico a visitarla, pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedía su mal; y las medicinas que le ordenaba nunca las puso en ejecución, porque sólo pretendía engañar a sus criadas, para que él se viese libre. Todo esto me dijo ella misma después que me contó el peligro, y a los ocho días se levantó con el mismo bulto, o con otro que se parecía a aquel con que se había echado.

"Fué a su romería, y volvió de allí a veinte días, ya casi sana, porque poco a poco se iba quitando del artificio con que después de parida se mostraba hidrónica. Cuando volvió estaba ya la niña dada a criar por mi orden, con,

nombre de mi sobrina, en el aldea dos leguas de aquí. En el bautismo se le puso por nombre Costanza, que así lo dejó ordenado su madre; y la hija consentida lo que yo había hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena de oro, que hasta ahora tengo, de la cual quito seis trozos, los cuales digo que traerá la persona que por la niña viniere. También cortó un blanco pergamino a vueltas y a ondas, a la traza y manera como cuando se enclavaban las manos y en los dedos se escribían las cosas, que estando enclavadas las manos se puede leer y después de apartadas las manos queda dividida la razón, porque se dividen las letras, que en volviendo a enclavar los dedos se juntan y corresponden de manera que se pueden leer continuamente; digo que el un pergamino sirve de alma del oro, y enclavados se leerán, y divididos no es posible, si no es adivinando la mitad del pergamino; y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo que quedaba me la contrastaba hasta ahora, pero esto que ella me dijo que me daría dos años enviaría por su hijo, y me encargó que la criase no como quien ella era, sino del modo que se suele criar una labradora. Encargóme también que si por algún suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase a tener entendimiento no le dijese del modo que había nacido, y que le perdonase el no decirme su nombre ni quién le criaba, sino que guardaba para otra ocasión mi secreto importante. En resolución, me fui abrazando a cuatrocientos escudinos lágrimas, se partió, dejándonos admirados de su discreción, valor, hermosura y recato. Costanza se crió en el aldea dos años, y luego la traje conmigo, y siempre la he traído en hábito de labradora, como su madre me lo dejó ha mandado. Quince años, un mes y cuatro días que he aguardado a quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha venido a la memoria, esperanza de ver a mi sobrina, y si en este año que es el que me viene, viniendo, tengo determinado de prolebirle mi dulce toda mi hacienda, que vale más de sesenta mil ducados. Dios sea bendito.

"Resta ahora, señor corregidor, decir a vuestra merced, si es posible que yo sepa decirlas, las bondades y las virtudes de Costanciana. Ella, lo primero y principal, es devotísima de Nuestra Señora; confiesa y cumpla cada mes; sabe escribir y leer; no hay mejor ramera en el mundo canta a la almohadilla, como unos ángeles; en ser honesta, no hay quien la iguale. Pues en lo que a mí me interesa, es que me ha visto. El señor don Pedro, hijo de vuestra merced, en su vida le ha hablado; bien es verdad que de cuando en cuando le da alguna buena música, que ella jamás escucha. Muchos señores y de título han posado en esta posada; y apostó, por hartarse de verla, han detenido su camino muchos días; pero yo sé bien que no habrá ninguno que de puro que se pueda alabar que yo sepa decirlo. Lo que es decir, la palabra sola ni acompañada. Esta es, señor, la verdadera historia de la *ilustre fregona*, que no frega, en la cual no he salido de la verdad un punto."

Cilló el huésped, y tardó un gran rato el corregidor en hablarle: tan suspenso le tenía el suceso que el huésped le había contado. En fin, le dijo que le trajese allí la cadena y el pergamino, que quería verlo. Fue el huésped por ello, y trayéndoselo, vio que era así como le había dicho. La cadena era de trozos, curiosamente labrada: en el pergamino, en el que había un sello de cera, estaba escrito en el espacio que había de henchir el vacío de la otra mitad, estas letras: E T E L S V D D R, por las cuales letras vio ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino para poder ser entendidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juró no descubrir a la señora peregrina que y él mismo le había dejado ir, y se volvió a su casa en pensamiento de sacarle a su vuelta, por la hermosa muchacha cuan-
do le viera.

do hubiese concertado un monasterio donde llevarla, por entonces se contentó de llevar sólo el pergamino, encargando al huésped que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y diese noticia de quién era el que por ella venia, antes que le mostrase la cadena, que dejaba en su poder. Con esto se fué, tan admirado del cuento y suceso de la *ilustre fregona* como de su incomparable hermosura.

Todo el tiempo que gastó el huésped en estar con el corregidor, y el que ocupó Costanza cuando la llamaron estuvo Tomás fuera de sí, combatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamás con ninguno de su gusto; pero cuando vio que el corregidor se iba y que Costanza se quedaba, respiró su espíritu y volvióronle los pulso, que ya casi desamparado le tenían. No pudo preguntar al huésped lo que el corregidor quería, ni el huésped lo dijo a nadie sino a su mujer, con que ella también volvió en sí, dando gracias a Dios que de tan grande sobresalto la había librado.

El día siguiente, cerca de la una, entraron en la posada, con cuatro hombres de a caballo, dos caballeros ancianos de venerables presencias, habiendo primero preguntado uno de dos mozos que a pie con ellos venían si era aquella la posada del Sevillano; y habiéndole respondido que sí, se entraron todos en ella. Apeáronse los cuatro, y fueron a apea a los dos ancianos, señal por donde se conoció que aquellos dos eran señores de los seis. Salíó Constanza con su acostumbrada gentileza a ver los nuevos huéspedes, y apenas la hubo visto uno de los dos ancianos, cuando dijo el otro:

—Yo creo, señor don Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos a buscar.

Tomás, que acudido a dar recado a las calabazaduras, conoció luego a dos criados de su padre, y luego conoció a su padre y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos a quienes los demás respetaban; y así, como si él mismo considerase que debían de ir a buscar a él a Carriazo a las almadibras: que no habría faltado quien le hubiese dicho que en ellas, y no en Flandes, los hallarían; pero no se atrevió a dejarse conocer en aquel traje; antes aventurándolo todo, puestas la mano en el rostro, pasó por delante de ellos, y fue a buscar a Carriazo, y a quien la buena mujer le había llamado, saltó a prisa y con lengua turbada, temeroso que ella no le daría lugar para decirle nada. le dijo:

—Costanza, uno de estos caballeros anciano que aquí han llegado ahora es mi padre, que es aquel que oyeres llamar don Juan de Avendaño: informate de sus criados si tiene un hijo que se llama don Tomás de Avendaño, que soy yo, y de aquí podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en cuanto a la calidad de mi persona y linaje y que te la diré en cuanto de mi parte te tengo ofrecido. Y quedate a Dios; que hasta que ellos se vayan no pienso volver a esta casa.

No le respondió nada Costanza, ni el aguardar a que le respondiese; sino volviéndose a salir, cubierto como había entrado, se fué a cuenta a Carriazo de cómo sus padres estaban en la posada. Dió voces el huésped a Tomás que viniese a dar cabedada; pero como no parecía, dióla el mismo. Uno de los ancianos llamó aparte a una de las dos mozas gallegas, y preguntó cómo se llamaba aquella muchacha hermosa que habían visto, y que si era hija o parienta del huésped o huéspeda de casa. La Gallega le respondió:

—La moza se llama Costanza; ni es pariente del huésped, ni de la huéspeda, ni sé lo que es; sólo digo que la doy a la mala landre; que no se qué tiene que no deja hacer baza a ninguna de las mozas que estamos en esta casa. ¡Pues en verdad que tenemos nuestras facciones como Dios nos las puso! No entra huésped que no pregunte luego quién es la hermosa, que no diga: "Bonita es; bien parece; a fe que no es mala; mal año para las más pintadas nunca peor me la, depare la fortuna;" y a no-

otras no hay quien nos diga: "¿Qué tenéis
diablos o mujeres, o lo que sois?"

—Luego esta niña, a esa cuenta — replicó el caballero —, debe de dejarse manosear y robar de los huéspedes.

— ¡Si — respondió la Gallega —: tene pie al herrar!; ¡Bonita es la niña para eso! Dios, señor, si ella se dejara mirar sin manara en oro; es más áspera que un erizo, una tragaavenarías; labrando está todo el día y rezando. Para el día que ha de hacerme gros quisiera yo tener un cuento de renta. ¡ma dice que trae un silencio pegado en las carnes; tome qué, mi padre!

Contentísimo el caballero de lo que oído a la Gallega, sin esperar a que le quitasen las espuelas llamó al huésped, y retirándose él aparte en una sala, le dijo:

—Yo, señor huésped, vengo a quitaros prenda mía que ha algunos años que tenéis vuestro poder; para quitárosla os traigo escudos de oro y estos trozos de cadena y pergamino.

Y diciendo esto, sacó los seis de la cadena que él tenía. Asimismo como pergamino, y alegre sobremana con el cimiento de los mil escudos respondió:

—Señor, la prenda que queréis quitar en casa; pero no está en ella la cadena pergamino con que se ha de hacer la prueba; la verdad que yo creo que vuestra merced; y así, le suplico tenga paciencia, que vuelvo luego.

Y al momento fué a avisar al corregidor lo que pasaba y de cómo estaban dos ca-
en su posada que venían por Costanza.

Acababa de comer el corregidor, y deseo que tenía de ver el fin de aquella ría subió luego a caballo y vino a la posada de Sevilla, llevando consigo el pergamino nuestra. Y apenas hubo visto a los dos señores cuando, abiertos los brazos, fué a abrazarlos, diciendo:

—¡Válgame Dios! ¿Qué buena venida
señor don Juan de Avendaño, primo y
mío?

El caballero le abrazó asimismo, diciéndole:

—Sin duda, señor primo, habrá sido mi venida, pues os veo, y con la salud que pre os deseo. Abrazad, primo, a este caballero que es el señor don Diego de Carrizosa, mi señor y amigo mío.

—Ya conozco al señor don Diego —
dijo el corregidor —, y le soy muy ser-

Y abrazándose los dos, después de recibido con grande amor y grandes se entraron en una sala, donde se solos con el huésped, el cual ya tenía la cadena, y dijo:

—Ya el señor corregidor sabe a lo que tra merced viene, señor don Diego de Zo; vuestra merced saque los trozos que a esta cadena, y el señor corregidor el pergamino, que está en su poder y la prueba que ha tantos años que que se haga.

—De esa manera — respondió don
no habrá necesidad de dar cuenta de
señor corregidor de nuestra venida,
se verá que ha sido a lo que vos,
ped, habréis dicho.

—Algo me ha dicho; pero mucho me
por saber. El pergamino, he lo aquí.

Sacó don Diego el otro, y juntando partes se hicieron una, y a las letras tenía el huésped, que, como se ha dicho E T E L S N V D D R, respondían a éstas S A S A E A L E R A E A, juntas decían: ESTA ES LA SEÑAL DADERA. Corejáronse luego los tres cadena, y hallaron ser las señas verdaderas, y así habiendo terminado el juego, se fueron a dormir a sus aposentos.

—¡Esto está hecho! — dijo el conde.
Resta ahora saber, si es posible, quiza

padres de esta hermosísima prenda.

—El padre — respondió don Diego — soy; la madre ya no vive; basta saber tan principal, que pudiera yo ser criado.

no se encubra su nombre no se encubra ni se culpe de lo que en ella parece este error y culpa conocida, se ha de que la madre de esta prenda, siendo vuesa gran caballero, se retiró a vivir a una ally, y allí, con recato y con honestidad, una pasaba con sus criados y sus criadas, y enseguida y quieta. Ordenó la suerte una día, yendo yo a caza por el término a ligar, quise visitarla, y era la hora de cuando llegué a su alcazar, que así se puede su gran casa; dejé el caballo a un niño: subí sin topar con nadie hasta el aposento donde ella estaba durmiendo sobre un estrado negro. Era por exherencia, y al silencio, la soldada, la despertaron en mi un deseo más que de honesto, y sin ponerme a hacer discursos cerré tras mí la puerta, y vine a ella la desperté, y teniéndola asistemáticamente le dije: "Vuestra merced, señora, no grite, que las voces que diere se oírían de su deshonra: nadie me ha visto en este aposento; que mi suegra me ha dado un boniato en el corazon, ha llorido en todos vuestros criados, y cuando ellos en vuestras voces no podrán más que que la vida, y esto ha de ser en vuestros brazos, y no por mi muerte dejaré de en opinión vuestra fama". Finalmente, me gocé contra su voluntad y a pura fuerza: ella, cansada, rendida, o turbada, o no me quiso hablar palabra, y yo, de como atontada y suspensa, me volví a por los mismos pasos donde había entrado: me vine a la aldea de otro amigo mío, estaba dos leguas de la suya. Esta señora dó de aquel lugar a otro, y sin que yo la viese, ni lo procurase, se pasaron dos al cabo de los cuales supe que era muerta: podrá haber veinte días que con grandes sentimientos, escribiendo una cosa que me importaba en ella el contenido y la vida, me envié a llamar un mayordomo de señora. Fui a ver lo que me quería, bien de pensar en lo que me dijo; halléle a de muerte, y, por abreviar razones, en breves me dijo como al tiempo que la señora le dijo todo lo que conmigo había sucedido y cómo había quedado presa de aquella fuerza, y que por encubrir el había venido en romería a Nuestra Señora Guadalupe, y como había parido en casa una niña, que se había de llamar Cosme. Díome las señas con que la hallaría, que las que habéis visto de la cadena y perno, y díome asimismo treinta mil escudos que su señora dejó para casar a su Diego, asimismo que el niño era un niño, luego como su señora había muerto, ni díome lo que ella encomendó a su confesor y secreto, había sido por pura codicia y poderse aprovechar de aquel dinero; que ya estaba a punto de ir a dar cuenta por descargo de su conciencia me daba dinero y me avisaba dónde y cómo había de ir mi hija. Recibí el dinero y las señas dando cuenta de esto al señor don de Avendaño, nos pasamos en camino de ciudad.

Estas razones llegaba don Diego, cuando que en la puerta de la calle decían a voces:

«¡Vale a Tomás Pedro, el mozo de la casa como llevan a su amigo el Asturiano que acuda a la cárcel, que allí le espera la voz de cárcel y de preso dijo el correo que entrase el preso y el alguacil que le traen. Dijeron al alguacil que el corregidor, que está allí, le mandaba entrar con el preso, lo hubo de hacer.

«El Asturiano todos los dientes bañados sangre, y muy mal parado, y muy bien del alguacil; y así como entró en la sala,

conoció a su padre y al de Avendaño. Turbóse, y, por no ser conocido, con un paño, como se le limpiaba la sangre, se cubrió el rostro. Preguntó el corregidor que qué había hecho aquel mozo que tan mal parado le llevaban. Respondió el alguacil que aquel mozo era un aguador que le llamaban el Asturiano, a quien los muchachos por las calles decían: "¡Daca la cola, Asturiano; daca la cola!", y luego en breves palabras contó la causa por que le pedían la tal cola, de que no rieron poco todos. Dijo más: que saliendo por la puente de Alcántara, dándole los muchachos prisa con la demanda de la cola, se había apeado del asno, y dando un rodillo, le cayó a uno, a quien dejó ba medio muerto a palos; y que queriéndole prender, se había resistido, y que por eso iba tan malparado.

Mandó el corregidor que se descubriese el rostro, y porfiando a no querer descubriese, llegó el alguacil y quitó el pañuelo, y al punto le conoció su padre, y dijo todo alterado: «¿Qué traes don Diego, cómo estás de esta manera? ¿Qué traes éste? ¿Aun no se te han olvidado tus picardías?

Hincó las rodillas Carriazo, y fuese a poner a los pies de su padre, que, con lágrimas en los ojos, le tuvo abrazado un buen espacio. Don Juan de Avendaño, como sabía que don Diego había venido con don Tomás, su hijo, preguntó por él; a lo cual respondió que don Tomás de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el Asturiano dijo se acabó de apoderar la admiración en todos los presentes, y mandó el corregidor al huésped que trajese allí al mozo de la cebada.

«Yo creo que no está en casa — respondió el huésped —, pero yo le buscaré.

«Yo fui a buscarle. Preguntó don Diego a Carriazo que qué modificaciones eran aquellas y qué les había movido a ser él aguador y don Tomás mozo de mesón. A lo cual respondió Carriazo que no podía satisfacer aquellas preguntas tan en público y que el respondería a solas.

Estaba Tomás Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí, sin ser visto, lo que hacían don Tomás de Carriazo, y el alboroto que en toda la casa andaba. No faltó quien le dijese al huésped como estaba allí escondido; subió por él, y más por fuerza que por grado le hizo bajar; y aun no bajara si el mismo corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre, diciendo:

«¡Señor vuesa merced, señor pariente, que aquí no le agardan otros ni leones.

Baío Tomás, y con los ojos baños y sunición grande se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento, a fuer del que tuvo el padre del hijo Pródigo cuando le cobró de perdido.

Ya en esto había venido un coche del corregidor, para volver en él, pues le permitía la permisión. Hizo llamar a Costanza, y tomándola de la mano se la presentó a su padre, diciendo:

«Recibid, señor don Diego, esta prenda, y estimada por la más rica que acértaos a desear. Y vos, hermosa doncella, besad la mano a vuestro padre y dad gracias a Dios, que como tan bueno ha sido enmendado, subido y mejorado la bajeza de vuestro estado.

Costanza, que no sabía ni imaginaba lo que le había acontecido, toda turbada y temblando, no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos se las comenzó a besar tiernamente, bañándose las con infinitas lágrimas que por sus hermosísimos ojos derramaba.

«Después de esto, pasaba, había persuadido el corregidor a su primo don Juan que se viniesen todos con él a su casa; y aunque don Juan le rehusaba, fueron tantas las persuasiones

del corregidor, que lo hubo de conceder; y así, entraron en el coche todos. Pero cuando dijo el corregidor a Costanza que entrase también en el coche, se le anubló el corazón, y ella y la huésped se asieron una a otra y contrastaron a llacer, tan amargo llanto, como quebraban los corazones de cuantos le escuchaban. Decía la huésped:

«¿Cómo es esto, hija de mi corazón, que te vas y me dejas? ¿Cómo tienes ánimo de dejar a esta madre, que con tanto amor te ha criado?

Costanza lloraba, y le respondía con no menos tiernas palabras. Pero el corregidor, enterrecido, mandó que asimismo la huésped entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal causa, y por tal causa, en Toledo. Así, la huésped y todos entraron en el coche, y fueron a casa del corregidor, donde fueron bien recibidos de su mujer, que era una principal señora. Comieron reglada y suntuosamente, y después de comer contó Carriazo a su padre como por amores de Costanza don Tomás se había puesto a servir en el mesón, y que estaba enamorado de tal manera de ella, que sin que le hubiese descubierto, tan principal como está siendo su hija, la tomará por mujer en el estado de fregona. Vistió luego la mujer del corregidor a Costanza con unos vestidos de una hija que tenía la misma edad y cuerpo de Costanza, y si parecía hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecía cosa del cielo: tan bien le cuadraban, que daba a entender que desde que nació había sido señora y usado los mejores trajes que el uso trae consigo.

Pero entre tantos alegres, no pudiendo faltar un triste, que fue don Pedro, el hijo del corregidor, que luego se imaginó que Costanza no había de ser suya; y así fue la verdad; porque entre el corregidor y don Diego de Carriazo y don Juan de Avendaño se concertaron en que si don Tomás se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le había dejado, y el aguador don Diego de Carriazo casase con la hija del corregidor, y don Pedro, el hijo del corregidor, con una hija de don Juan de Avendaño que su padre se ofrecía a traer dispensación del parentesco.

De esta manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos, y la nueva de los casamientos y de la ventura de la *fregona ilustre* se extendió por la ciudad, y acudía tanta gente a ver a Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho. Vieron al mozo de la cebada Tomás Pedro vuelto en don Tomás de Avendaño y vestido como señor; notaron que Lope Asturiano era muy gentilhombré después que había mudado vestido y dejado el asno y las aguaderas; pero, como todo eso, no faltaba quien, en el medio de su pompa, cuando iba por la calle, no le pidiese la cola.

Un mes estuvieron en Toledo, al cabo del cual se volvieron a Burgos: don Diego de Carriazo y su mujer, su padre y Costanza, con su marido, don Tomás, y el hijo del corregidor, que quiso ir a ver a su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos y con muchas joyas que Costanza dió a su señora: que siempre con este nombre llamaba a la que la había criado. Dió ocasión la historia de la *fregona ilustre* a que los poetas del dorado Toño ejemplares en las plumas y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aun vive en compañía de su buen mozo de mesón; y Carriazo, ni más ni menos, con tres hijos, que sin tomar el estilo del padre ni acordarse si hay almadrasas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca; y su padre, apenas ve algún asno de aguador, cuando se le representa y viene a su memoria el que tuvo en Toledo, y tiene que cuando mueren se crite ha de remanecer en alguna sidra el "¡Daca la cola, Asturiano! ¡Asturiano, daca la cola!"



Problemas de lógica, charadas, compendios, metagramas, acrósticos y todo cuanto pueda proporcionar gratificante distracción.

CHARADAS

Tres dos tres de tres palomas,
tres dos tres de tres gallinas
tres dos tres de tres peridicos
y tres de tres tortolitos,
primero que estén abajo,
primera que estén arriba,
dice todo que no dejan
de ser dos tres muy distintas.

—¿Qué prima primera tercera
que tropiezo con los pies?
—Son dos segunda primera
de sogas de una dos tres.

(Las soluciones en el próximo número)



HORIZONTALES

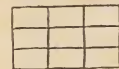
- Nombre de una consonante.
- Terminación de verbo.
- Cabeza del tallo de la cardencha.
- Remontar a tal o cual fecha.
- Personaje de "La Tempestad", de Shakespeare.
- Cabeza de partido de la provincia de Sevilla.
- Movimiento que hace con las manos el magnetizador.
- Quita.
- Bebida preparada con miel y especias.
- Sensación molesta de una parte del cuerpo.

PROBLEMA: COMBINACIÓN SILABICA

Colocar en cada casilla una sílaba, de modo que se lea, horizontal y verticalmente, lo siguiente:

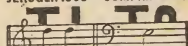
1º Nombre de un poeta griego.

2º Cuerda de cañamo o alambre.



(Lo solución en el próximo número)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS



FOPPO

PIIMO

(Las soluciones en el próximo número)

PALABRAS CRUZADAS

- Hacer don.
- Preposición inseparable que significa contra o desde.
- Preposición que indica el medio o la manera de hacer alguna cosa.
- Cólera, enojó.
- Dignidad de cardenal.
- Tela de algodón ligera y rala.
- Surco que hacen en la tierra las ruedas.
- Dícese del Polo Norte y de lo relativo a él.
- Bejuco.
- Será arrastrado un cuerpo de arriba abajo por su propio peso.
- Apéscope.
- Pronombre personal de segunda persona en ambos géneros y número plural, en dativo y acusativo.
- Sufijo de forma masculina y femenina, que denota sustantivo en los radicales a que se aplica.
- Tribu del Somañland inglés, una de las dos grandes ramas de la raza somali.
- Existir.
- Iniciales del nombre y apellido de un célebre agrónomo francés, autor del "Tratado de agricultura", introducido en Francia el cultivo de la morera.
- VERTICALES
- Pez de agua dulce, de la familia de los ciprinidos.
- Tierra sin cultivar ni labrar.
- Cuerpo de arquitectura que disimula el tejado.
- Hender, agrietar.
- ¿Qué!
- Quitar el mal olor.
- Dícese del verso castellano de catorce sílabas, dividido en dos hemistiquios.
- Curaran la opilación.
- Que causa o da dolor.
- Divinidad egipcia.
- Terminación de verbo.
- Hace don.
- Elegante, pulido, curruclato.
- (de Beaujeu), hija mayor de Luis XI y regente durante la menor edad de su hermano Carlos VIII.
- Moldura que se hace en las escuadras y tableros de las puertas y ventanillas.
- Pronombre.
- Lepidóptero de China, parecido al gusano de seda, que produce unos capullos muy grandes.
- Parte lateral de alguna cosa plural.
- Circunstancia, lance.
- Forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona, en dativo y acusativo de ambos géneros y número.
- Moneda romana antigua.

(Lo solución en el próximo número)

PROBLEMA ARITMETICO

Se trata de descomponer el 134 en cuatro partes, de modo que una de ellas con 1, sea el doble de la otra, multiplicando otra vez el resultado por 4, da el mismo resultado.

(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DE LOS "JEROGLIFICOS" CONTRASTE

DOS VIVEN ARRIBA Y SEIS ABAJO

PARENTESIS

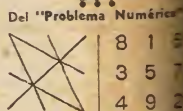
ACERO

DE LAS "CHARADAS" NOVELA

AMERICANA

RAMONA

Del "Problema Numérico"

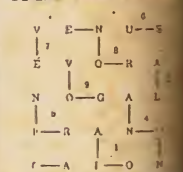


Ley matemática Una de las soluciones

Del "Problema Gráfico"



DE LA "ORDENACION"



LECTOR EMPEDERNADO, Mar del Plata. —1º: Tomamos nota de su pedido, que procuraremos complacer a medida que lo permita nuestro plan de publicaciones. 2º: He aquí una buena fórmula para preparar vinagre para encurtidos: vinagre de uva, 4 litros; pimienta negra molida, 120 grs.; jengibre machacado, 60 grs.; pimiento picante, 30 grs.; nuez moscada, 60 grs.; sal, 60 grs. Se cuecen las especias en el vinagre y, al cabo de un día de maceración, se cuela y se agrega la sal, etc.

AFICIONADO, Capital. —En el número 145 de LEOPLAN se publicó una nota gráfica tilu-

lada "Cómo se fabrica y cómo se graba un disco fonográfico", que lo ilustraré a usted respecto a la pregunta que nos hizo.

F. V. SANTI SPIRITO. —F: Ha olvidado mencionar el empleo que dará a la brocha. No obstante, he aquí un apresto general para preparar las cerdas: Se prepara un baño con un litro de agua caliente, 30 grs. de ácido tartárico, 30 grs.

de carbonato de sodio en 25 grs. de amarrillo. Las cerdas, limpias y sadas, se mantienen en durante 1 hora. Luego, se secan y, finalmente, necesario tratarlas con solución de 3 grs. de goma de tragacanto de glicerina en 1 litro de agua. 2º: Las cerdas en las brochas se usa el siguiente: laca, 2 partes; gutaparcha, 1; derrite la mezcla, agitando continuamente, luego se echa en agua fría. De esta forma una masa negra y elástica que da con el calor para usarla.

¡Aquí le contestamos!

En esta sección contestamos todos los preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Emeraldis 116, Buenos Aires.